

William Faulkner

Relatos inéditos

ÍNDICE

Adolescencia	3
Al Jackson	13
Don Giovanni.....	16
Peter	22
Claro de luna	26
El pez gordo	32
Una historia prosaica.....	46
Un regreso	60
Un hombre peligroso	78
Evangeline	84
Retrato de Elmer.....	101
Con cautela y diligencia	122
Nieve.....	137
Notas	145

Adolescencia

I

No era natural de la región. Como le había sido impuesto por las ciegas maquinaciones del azar y de la aún más ciega Junta Escolar del condado, habría de seguir siendo hasta el fin de sus días extranjera en esta tierra de colinas de pinos y hondonadas de lluvia y de fecundas tierras ribereñas. El suyo debería haber sido un medio de decadencia levemente sentimental, de comodidad formal entre ritos de té y actividades delicadas y superfluas.

Era una mujer menuda con enormes ojos oscuros, que en el galanteo físicamente crudo de Joe Bunden habríade hallar el falso romance donde encauzar los ardores de sus inhibiciones presbiterianas. Los primeros diez meses de su matrimonio –un tiempo de trabajo manual sin precedentes– no lograron destruir sus ilusiones; su vida mental, proyectada hacia adelante, hacia el esperado hijo, le ayudó a sobrellevarlos. Había anhelado que fueran gemelos, niño y niña, para poder llamarles Romeo y Julieta, pero se vio forzada a prodigar su hambriento afecto a Julieta¹ únicamente.

Su marido disculpó la elección del nombre con una tolerante risotada. La paternidad pesaba sólo muy levemente sobre sus espaldas: como todos los machos de su índole consideraba la llegada ineludible de los hijos como un inevitable inconveniente más del matrimonio, como el riesgo de mojarse los pies mientras se pesca.

A partir de entonces, de forma regular y sucesiva, aparecieron Cyril, que un día accedería al Cuerpo Legislativo del Estado, y Jeff Davis, que acabó colgado en Texas por el robo de un caballo, y otro varón a quien la madre, ya con el ánimo quebrado y apática en extremo, renunció a dar nombre alguno y que, por conveniencia, atendía por Bud², y que llegaría a ser profesor de latín –con cierta debilidad por Catulo– en una pequeña universidad del medio oeste.

El quinto y último hijo nació a los cuatro años y siete meses del día de la boda; de tal suceso, sin embargo, la madre tuvo la fortuna de no recuperarse, razón por la cual Joe Bunden, en un acceso inhabitual de contrición sentimental, puso al benjamín su propio nombre, y se casó de nuevo. La segunda señora Bunden era una arpía alta y angulosa que, cual brazo ejecutor de la justicia sin saberlo, ocasionalmente propinaba a su marido –según era sabido– vigorosas palizas con estacas de la lumbre.

El primer acto oficial del nuevo régimen fue privar a Julieta de su nombre, que pasó a ser Jule a secas; a partir de aquel instante Julieta y su madrastra, en quienes latía una mutua e instintiva antipatía desde el día mismo en que se conocieron, se odiaron abiertamente. No sería sino dos años después, empero, cuando la situación se haría insoportable. A los siete años, Julieta era una chiquilla traviesa como un duende, delgada como un junco y morena como una baya, con angostos ojos negros y sin fondo, como los de un animalito, y negra melena curtida por el sol. Un marimacho que zurraba imparcialmente a sus menos despiertos hermanos y maldecía a sus padres con pasmosa fluidez.

Joe Bunden, en sus periódicos arrebatos de plañidera embriaguez, se lamentaba de la desintegración de la familia e imploraba a Julieta que fuera más cordial con su madrastra.

¹ El nombre inglés es Juliet; hemos empleado su correspondiente castellano, Julieta, porque resultaría incongruente emparejar otro distinto al de Romeo. (N. del T.)

² Bud: tipo, chico, amigo, compadre. (N. del T.)

Como quiera que la brecha abierta entre las dos fuera insalvable, Joe Bunden se vio obligado, a fin de procurarse algo de paz, a enviar a Julieta a casa de la abuela.

Allí todo era diferente, hasta el punto de que su protesta retardadora ante el orden existente se convirtió en mera beligerancia perpleja; y, pasado un tiempo, ante la ausencia de cualquier tensión emocional, en una suerte de felicidad negativa. También allí había quehaceres en la casa y en el huerto, pero vivían juntas apaciblemente. Su abuela, que era la madre de su padre, había dejado atrás las perturbadoras ramificaciones del sexo, y consiguientemente era juiciosa; controlaba a Julieta de modo casi tan sutil que jamás había entre ellas roce alguno. Julieta poseía al fin, sin desazones, la paz e intimidad que deseaba.

La casa cuyo foco tormentoso había sido no la habría reconocido. El cambio, que sobrevino en el momento crucial, la había expurgado de su orgullo ardiente y susceptible, de su belicosidad nerviosa e inquieta, del mismo modo que su vida anterior la había expurgado de todo afecto animal por los padres. La mera mención de su padre y hermanos, empero, concitaba en ella toda la incontrolada turbulencia del pasado, a la sazón latente pero tan dinámica como siempre.

A los doce años seguía igual físicamente. Más alta y más serena, tal vez, pero morena y delgada y activa como un gato; sin sombrero y con un descolorido vestido de algodón, y descalza o con zapatos rotos y deformes; tímida con los extraños que pasaban ocasionalmente por la casa y desmañada e incómoda con sombrero y medias en sus raros viajes a la capital del condado. Evitaba siempre a su padre y hermanos con apasionada astucia animal. Podía trepar con mayor facilidad y rapidez que cualquier chico; y, desnuda y radiante, se pasaba horas y horas en un pozo pardo del arroyo. Al anochecer solía sentarse en el porche, con las piernas colgando y oscilando sobre el borde, mientras su abuela permanecía en el umbral y llenaba el quieto crepúsculo de aroma de tabaco curado en casa.

II

Tiempo feliz, con quehaceres cotidianos y orgullo en su cuerpo aún plano; tiempo de trepar y nadar y dormir.

Tiempo aún más feliz, pues en su decimotercer verano encontró un compañero. Lo descubrió mientras nadaba perezosamente en el pozo. Alzó la vista al oír un ruido y allí estaba, con un mono de trabajo descolorido, mirándola desde la orilla. En una o dos ocasiones había habido desconocidos que, al oír las salpicaduras de sus zambullidas, habían apartado la maleza para verla. Mientras se limitaban a mirar en silencio se comportaba ante ellos con una beligerancia indiferente, pero en cuanto trataban de iniciar la charla dejaba el agua con inflamado odio creciente y recogía sus contadas ropas.

Pero esta vez era un chico de su edad, con camiseta sin mangas y el sol en su cabeza redonda de pelo crespo, sin maleza que la ocultara, que la miraba en silencio, y ella ni se dio cuenta siquiera de que no se sentía importunada. Él siguió durante un rato sus lentos movimientos con apacible curiosidad pueblerina, sin grosería, pero el pardo y fresco centelleo del agua acabó por vencer sus reticencias.

—Diantre —dijo—. ¿Puedo meterme yo también?

Ella flotó perezosamente y continuó en silencio, pero él no aguardó a recibir respuesta alguna. Con contados y escuetos movimientos se desprendió de sus miserables ropas. Su piel era como papel viejo; trepó sobre una rama que sobresalía por encima del agua.

—Eh —gritó con voz estridente—.

Mírame.

Y, retorciéndose desgarradamente, se zambulló en el pozo en medio de salpicaduras prodigiosas.

—No es así —dijo ella con calma al verlo reaparecer ruidosamente—. Fíjate cómo se hace.

Y, mientras él flotaba en el agua y la miraba, ella trepó a la rama y se quedó unos instantes en equilibrio precario, con el cuerpo brillante y plano, réplica del del chico, erguido.

Y se zambulló.

—Diantre, eso está muy bien. Déjame ver si puedo hacerlo.

Durante una hora, uno tras otro, estuvieron saltando y zambulléndose.

Al cabo, cansados y con un zumbido en la cabeza, se deslizaron por el riachuelo hasta llegar a un punto de agua poco profunda, y se quedaron tendidos sobre la caliente arena. Se llamaba Lee, le dijo; “vivía en una granja al otro lado del río”; permanecieron tumbados en silenciosa compañía, luego se durmieron, y despertaron hambrientos.

—Vamos a coger unas ciruelas —sugirió él, y volvieron al pozo y se vistieron.

III

Fue el tiempo feliz, un tiempo tan claro y apacible que ella olvidó que no había sido así siempre; que ella y él no podrían seguir así indefinidamente, como dos animales en un estío eterno. Cogiendo bayas cuando estaban hambrientos, nadando en el cálido y brillante mediodía, pescando en la tarde monótona y apacible y tronchando la hierba cuajada de rocío al volver a casa en el crepúsculo. Lee, sorprendentemente, parecía carecer por completo de responsabilidades; no parecía apremiarle ninguna obligación, y jamás mencionó su casa o se refirió a otra vida que no fuera la que los dos llevaban juntos. Pero nada de esto le resultaba extraño a ella: su niñez le había inculcado la conciencia temprana de la eterna enemistad entre padres e hijos, y jamás había imaginado que una niñez pudiera ser diferente.

Su abuela nunca había visto a Lee; hasta entonces, pues, las circunstancias se habían ajustado a sus deseos: su abuela no debía llegar a verlo nunca. Porque Julieta temía que la anciana se viera obligada a interferir de alguna forma. Así que procuraba no descuidar sus quehaceres en modo alguno, ni despertar sospechas en la vieja. Con la agudeza del niño que desde temprana edad aprende de sus conquistas prácticas, se daba cuenta de que aquella camaradería perduraría inalterada únicamente en la medida en que no fuera conocida por quienes tenían autoridad sobre su persona. No desconfiaba especialmente de su abuela; no confiaba en nadie, simplemente; ni siquiera —respecto a ella misma estaba tranquila— en la capacidad de Lee para enfrentarse con el rechazo activo de un adulto.

Llegó agosto, y quedó atrás. Y septiembre. En octubre y principios de noviembre siguieron nadando y zambulléndose; pero tras las primeras heladas leves el aire se hizo sensiblemente más frío, si bien el agua seguía cálida. Entonces nadaban sólo al mediodía, y luego se tendían juntos, arropados con una vieja manta de caballería, y charlaban y dormitaban y volvían a charlar. Llegó el invierno tras las lluvias de últimos de noviembre, pero les quedaban los pardos y empapados bosques, y encendían hogueras y asaban en ellas batatas y maíz.

El invierno al fin. Tiempo de amaneceres acerados y oscuros, de aquelsuelo helado que le hacía encoger los dedos de los pies desnudos mientras se vestía, de fuegos por encender en la estufa fría. Luego, cuando el calor había ya nublado los cristales de la ventana en la apretada y pequeña cocina, una vez fregados los cacharros y hecha la mantequilla, pasaba por el cristal la punta del delantal y miraba hacia fuera, y lo veía esperándola: una diminuta figura en el borde pardo de la tierra ribereña que se extendía más abajo de la casa. Lee se había hecho con una vieja escopeta de un cañón y cazaban conejos en los esquilados campos de maíz y de algodón, o se apostaban inútilmente al acecho de los patos en zonas de aguas estancadas y pantanosas. Pero el invierno pasó al fin.

El invierno pasó al fin. El viento cambió en dirección sur y llegaron las lluvias; el río creció sombríamente, frío y fangoso. Y, transcurrido un tiempo, el sol; descubrieron los primeros brotes en los sauces y los primeros pájaros rojos, llameantes flechas en la maraña de zarzales. Los árboles frutales florecieron con estallidos de rosa y blanco, arracimándose

como fragantes abejas en torno a las destartadas y grises colmenas de casas y sucios almiarés; y bajo los caprichosos cielos marmóreos contra los que se inclinaban como ebrios los delgados árboles, el viento silbaba entre los pinos mesetarios como lejanos trenes en su largo y remoto paso.

El primer día de calor, Lee la aguardaba con impaciencia. Ella, golpeando descuidada e infructuosamente ante una pila oscura, no podía aguantar más. “Adentro ahora mismo”, le gritó él en cuanto la vio aparecer corriendo y dejando atrás un ondeante trapo húmedo, y bajaron a la carrera hacia el arroyo mientras iban desvistiéndose. Se zambulleron ambos a un tiempo, aunque con la prisa, ella olvidó quitarse los zapatos. Se desprendió de ellos bruscamente, ante el estridente júbilo de Lee, y se quedó sin aliento al sentir el agua helada.

—Oye, estás blanco otra vez —dijo ella con sorpresa mientras él se subía al árbol para lanzarse al agua de nuevo.

Estaba increíblemente blanco: el bronceado del pasado verano había desaparecido de sus cuerpos durante el invierno, y ahora se sentían casi como extraños. Durante los meses fríos, ante el descenso gradual de la temperatura, ella había llevado varias prendas superpuestas, de forma que ahora parecía extremadamente delgada en comparación con su pasada corpulencia. Tenía, además, catorce años, y se hallaba por tanto en esa etapa del desarrollo tan poco airosa; frente a la simetría marfileña y suave de Lee, sus delgados brazos y hombros y sus pequeñas y huesudas caderas la hacían casi fea.

El agua estaba demasiado fría, de modo que después de un par de chapuzones salieron del arroyo, tiritando, y corrieron por el bosque hasta que entraron en calor. Luego se vistieron, y Lee sacó dos sedales y una lata con una maraña de gusanos rojos.

—Mañana estará más caliente —le aseguró a Julieta.

No fue al día siguiente sino varias semanas después cuando al fin el agua estuvo cálida, y a medida que los días se hacían más largos iba desapareciendo de su piel aquella extraña blancura, y pronto estuvieron bronceados otra vez. Había pasado un año más.

lv

Estaban echados juntos, arropados en la gualdrapa, bajo el alto y rutilante mediodía de octubre, dormitando y despertándose; el calor que generaba la conjunción de ambos cuerpos era casi excesivo para que resultara enteramente comfortable. El calor, la tosquedad punzante de la manta hacían que Julieta se sintiera inquieta: se volvió y cambió de posición brazos y piernas; una y otra vez. El sol les daba en la cara en una lenta sucesión de oleadas demasiado cegadoras para que les fuera posible abrir los ojos.

—Lee —dijo ella al fin.

—¿Mmm...? —dijo, somnoliento.

—Lee, ¿qué vas a hacer cuando seas hombre?—No voy a hacer nada.

—¿Nada? ¿Cómo te las vas a arreglar sin hacer nada?

—No lo sé.

Ella se incorporó un poco sobre el codo. La desgreñada cabeza redonda de Lee estaba hundida en la arena caliente. Ella lo sacudió.

—¡Lee! ¡Despierta!

Los ojos de Lee, de color de la ceniza de la leña, se alarmaron en su cara oscura. Los cerró rápidamente y dobló el brazo por encima.

—Oh, diantre, ¿por qué te preocupas de lo que va a pasar cuando seamos mayores? Yo no quiero hacerme mayor: prefiero seguir como ahora: nadando y cazando y pescando. ¿No es mucho mejor que ser hombre y tener que arar y cortar el maíz y el algodón?

—Pero no puedes seguir como ahora siempre; tendrás que crecer y trabajar algún día.

—Pues bien, esperemos a hacernos mayores para empezar a preocuparnos.

Ella volvió a echarse y cerró los ojos. Brillantes puntos de sol, enloquecidos y rojos, le danzaban delante y detrás de los párpados. Pero no se sentía satisfecha: su insistencia femenina no iba a ser aplacada tan fácilmente. Se sentía vagamente turbada y triste, como el año cambiante, con una vislumbre de mortalidad y mutabilidad, de que nada salvo el propio cambio es inmutable. Voluptuosamente silenciosos, bajo el fuerte resplandor del sol, permanecieron allí echados hasta que un ruido hizo que Julieta abriera los ojos.

Grotescamente invertida, sobre ellos, estaba su abuela, una figura encorvada y deforme contra el blando e inefable azul del cielo. La anciana y la muchacha se miraron fijamente, y al cabo de unos instantes, Julieta volvió a cerrar los ojos.

—Levántate —dijo la anciana.

Julieta abrió los ojos, se incorporó a medias y se echó hacia atrás la melena con el brazo doblado y desnudo.

Lee, inmóvil y boca arriba, miró hacia la figura que permanecía de pie ante ellos con la rigidez trémula de la edad avanzada.

—Así que esto es lo que ha estado sucediendo a mis espaldas, ¿no? Por eso nunca tenías tiempo ni de hacer a medias el trabajo, ¿eh? Por eso hace falta un negro para cocinar y limpiar, ¿no es cierto? —masculló y rió entre dientes—. Levántate, te lo ordeno.

No se movieron. Había sucedido todo con tanta rapidez que sus cerebros embotados por el sueño se negaron a reaccionar. Se quedaron quietos, mirando aquella suerte de máscara que se agitaba en lo alto. La vieja alzó y blandió el bastón.

—¡Levántate, puerca! —dijo con voz trémula y súbita de ira.

Se levantaron y permanecieron codo con codo, como dos estatuas de bronce, bajo la implacable luz del sol. La cara de la vieja, vociferante y desdentada y con los ojos nublados y sombríos, se agitaba ante ellos.

—Completamente desnudos, los dos.

Ya me dijo tu padre que eras rebelde, pero nunca pensé que iba a encontrarte tumbada con alguien que ni siquiera he visto en mi vida. ¡Y éste no es el primero, estoy segura! ¡Tú y tus costumbres inocentes, tu afición a pescar y a vagabundear por el campo sola!

¿Ya sabes lo que has hecho? Echar por tierra tus posibilidades de conseguir un marido decente y rico: eso es lo que has hecho.

La miraron sin comprender, con mudo asombro.

—No tenéis por qué mirarme como si no entendierais nada: ¿creéis que vais a engañarme después de haberos pescado? ¿Es que no estáis bien juntitos los dos? —Se volvió de pronto a Lee—. ¿Cómo te llamas, chico?

—Lee —dijo él sin alterarse.

—Lee ¿qué?

—Lee Hollowell.

—El hijo de Lafe Hollowell, ¿eh?

—Se volvió de nuevo a Julieta—. ¿No tiene gracia la cosa, enredarte con un Hollowell? Lafe: vago, inútil total, no ha dado golpe en su vida. Jamás.

¡Y a ti no se te ocurre otra cosa que tumbarte con uno de ellos! ¿Qué piensas hacer si te quedaras esperando un hijo suyo? Pegarte a mí y hacerme tu esclava, supongo. Si necesitas un hombre, será mejor que te busques uno que pueda mantenerte: Hollowell no vaa hacerlo nunca.

Jule saltó como un alambre tenso.

—Tú..., vieja zorra —gritó desde las cenizas de su luminosa vida en compañía—. Lee, Lee —gimió con la congoja sorda de la desesperanza.

La vieja alzó el bastón con mano temblorosa y golpeó a Julieta sobre los hombros.

—Ponte la ropa y vete a casa. Ya me ocuparé de ti —dijo, al tiempo que Lee saltaba hacia ella y trataba de agarrar el bastón, que cayó de nuevo y le golpeó en la espalda. Tras el segundo golpe, Lee saltó fuera del alcance de la vieja.

—Vete de aquí —chilló la vieja—.

¡Fuera, que Dios te maldiga! Si vuelvo a verte el pelo o el pellejo, te pegaré un tiro como a un perro.

Se miraron: el desconcertado y cauteloso muchacho y la implacable anciana, terrible en su iracundia. Al cabo Lee se volvió y se vistió con rápida soltura y se alejó lanzando gritos por el bosque; y ella quedó allí, cuan gnomo trémulo, bajo la vida y quieta luz del sol y el lento ondear a la deriva de unas hojas escarlatas.

V

Reservada y apasionadamente orgullosa, se consumía en su interior.

Hacia el exterior, sin embargo, su comportamiento seguía siendo el mismo.

La vida con su abuela, descubrió, había sido hartamente placentera; a raíz de su desatino, la relativa autoridad que la anciana había ejercido sobre ella se vino abajo para siempre. En adelante convivieron en un tenso armisticio: la vieja, impersonalmente quejumbrosa; Julieta, en un estado semejante al de una botella de champán que no ha sido aún descorchada.

Su abuela se iba haciendo vieja y día a día, gradual e imperceptiblemente, recaía más y más trabajo sobre Julieta. Finalmente, cuando tuvo quince años, Julieta se vio haciendo casi todo el trabajo de la casa, y ocupándose asimismo del cuidado de los animales, si bien la vieja, animada por el rigor de su voluntad, dedicabanamente su reumático y consumido cuerpo a ciertas tareas menores. Dio en exigir la lumbre en verano y en invierno; se pasaba la mayor parte del tiempo sentada en el rincón de la chimenea: una grosera máscara, con una pipa de arcilla en la mano marchita, que escupía sobre las llamas.

—Abuela —dijo, y no por primera vez—, contrataremos a una cocinera.

—No necesitamos ninguna.

—Pero te estás haciendo vieja; creo que una negra te quitará mucho trabajo.

—Suponiendo que yo no mueva un dedo, ¿no eres tú lo bastante fuerte como para cuidarte de las cosas? He llevado la casa estos veintidós años; yo sola.

—Pero de nada sirve que nos matemos trabajando si no tenemos por qué.

—Mira, chiquilla: no te preocupes por mí hasta que me oigas protestar.

Espera a pasar lo que yo he pasado; espera a casarte y a aguantar catorce años con la tripa hinchada, y a ver a cuatro de nueve muertos y al resto desperdigados por Dios sabe dónde sin que muevan un dedo para ayudarte. ¿Te crees que cuando pasó todo, Alex ya muerto y enterrado, me iba a preocupar por un poco de trabajo y sin nadie de quien ocuparme?

—Y sé que fue duro; parece que todo el mundo lo ha pasado mal en este país. Pero, abuela, creo que ahora podríamos permitirnos un poco de descanso: tú has pasado lo tuyo, y yo no tengo aún edad suficiente para enfrentarme con lo mío.

—Ja —gruñó la vieja—. Estoy oyendo hablar al mismísimo Joe Bunden: pura pereza. Tú no estás contenta más que cuando corres por el bosque; ya no te queda tiempo para las faenas de la casa. ¡Una chica grande y fuerte como tú, tener miedo a un poco de trabajo duro! Cuando tenía tu edad cocinaba y me ocupaba de una familia de siete, y tú no tienes que cuidar a nadie más que a mí. Lo que te pasa es que no tienes ocupaciones suficientes, es lo malo.

Chupó la pipa e inclinó la cabeza hacia las llamas que brincaban en la lumbre.—Pero, abuela...

La vieja alzó bruscamente la cabeza.

—Escúchame, chiquilla. Ya estoy harta de tus tejemanajes. He mandado recado a tu padre contándole lo de ese Hollowell, así que va a venir a verte: a lo mejor te lleva a casa con él.

—Me tiene sin cuidado si viene o no. No me va a ver.

—Bah. Lo harás si te lo mando; y te irás con él si él quiere.

—No me iré con él. Lo mataré antes de que me toque.

—¡Vaya, no exagera la niña! Lo que tú necesitas es un palo en las costillas, y voy a intentar que Joe te lo ponga antes de que te marches de esta casa. No voy a tener aquí a nadie que no me haga caso, que haya decidido llevarme la contraria por pura terquedad.

—¿Qué es lo que he hecho, abuela, que no sea lo que me has mandado?

—¿Que qué es lo que has hecho?

Tengo sobre ti la misma autoridad que un fantasma; tú, que te comes mi comida día tras día. Desde que te sorprendía allí tumbada con ese paria de Hollowell me has hecho el mismo caso que si fuera tu padre, o esa mujer con quien se ha casado.

—¿Sigues pensando que Lee y yo...

que Lee y yo... que yo...? ¿Por eso has estado despectiva conmigo desde entonces? —y prosiguió, furiosa—: ¿Es eso lo que piensas? ¿Que él y yo...?

Oh, Dios. Me gustaría que no fueses tan vieja: te machacaría esa cara de vejestoria que tienes contra el fuego.

Te... te... ¡Te odio!

La vieja se agitó en las movedizas sombras; se le cayó la pipa de la mano trémula y se agachó sobre el hogar, tratando en vano de recogerla.

—No me hables así, zorra. —Buscó a tientas su bastón y se levantó—.

Vieja o no vieja, todavía tengo fuerzas para darte una zurra de despedida.

Alzó el bastón y abuela y nieta, durante unos instantes, se miraron con odio ante las llamas intermitentes y apacibles que brincaban alrededor.

—Atrévete a tocarme con ese bastón, sólo a tocarme —susurró Julieta entre los labios secos.—¡Tocarte! El que va a darte de lo lindo cuando venga es Joe Bunden, te lo prometo. Y estoy segura de que el marido que te busque Joe también te enseñará lo que es bueno; verás cuando se entere de lo que dice la gente de ti y de ese pelagatos de Hollowell.

—¿Marido? —repitió Julieta. La vieja rompió a reír a carcajadas.

—Marido, lo que has oído. No he querido decírtelo hasta que estuviera todo listo, en vista de lo cabezota que eres. Pero supongo que Joe sabrá manejarte. Ya le mandé recado de que yo no podía. La gente de tu familia no te quiere en casa, así que Joe te buscó un marido, aunque sólo Dios sabe dónde ha podido encontrar a alguien que quiera cargar contigo. Pero eso es asunto de Joe, no mío; yo ya he hecho lo que he podido.

—¿Marido? —repitió Julieta, embobada—. ¿Crees que tú y Joe Bunden podéis hacer que me case a la fuerza?

Por mucho que te odie, antes prefiero estar muerta que volver a aquella casa; antes de casarme con nadie, os mato a ti y a Joe Bunden. ¡No podéis obligarme!

La vieja blandió el bastón.

—¡Cállate!

—¡Tócame! —dijo Julieta en un tenso susurro.

—Me desafías, ¿no es eso? —dijo la vieja con voz trémula—. ¡Pues toma, maldita!

El bastón cayó sobre el pecho y el brazo de Julieta, que sintió cómo un viento helado se le cruzaba en el cerebro. Arrebató el bastón de la mano de su abuela y lo partió contra las rodillas mientras la vieja, atemorizada, se apartaba. Echó los trozos al fuego, y con voz tan liviana y seca como una cáscara de huevo repitió irreflexivamente: —Me has hecho hacerlo, me has hecho hacerlo.

La cólera de la vieja se esfumó.

—No me molestes, chiquilla. ¿Es que no puedes dejar que me siente junto a mi propia chimenea sin molestarme y fastidiarme? No ha habido ni un solo Bunden que no se haya propuesto molestarme y fastidiarme. ¡Tú y tunegra! Espera a que me muera: no tendrás que esperar mucho; entonces podrás llenar la casa de sirvientes.

Se arrastró por el cuarto hacia la monstruosa y torva sombra de su cama, encortinada en invierno y en verano.

—Si no te gusta vivir aquí, puede que tu marido te ponga una cocinera.

—Rió entre dientes con perversidad; luego lanzó un gruñido mientras se movía a tientas en la oscuridad.

Fuera, el cielo estaba claro; era un cuenco invertido de agua oscura inundada de estrella; el pelo húmedo se le agitó sobre la frente como ante el roce de una mano. Con resuelta parsimonia sacó y ensilló el viejo y único caballo, montó apoyando el pie sobre el abrevadero y tomó el camino de la ciudad, dejando el portón abierto de par en par a sus espaldas. Volvió una vez la vista hacia la casa oscura, y repitió: —Me has obligado a hacerlo —y siguió hacia adelante en medio de la oscuridad. Pronto se asentó el último torbellino de polvo alzado por los cascos del caballo, y el camino volvió a quedar vacío.

VI

Julieta sobrellevó como pudo los días que siguieron. Su abuela y ella, merced a un pacto tácito, no volvieron a mencionar el último incidente; la vida discurría sin cambios, tan monótona y anodina como siempre. Julieta se sentía como alguien que ha lanzado los dados y ha de esperar una eternidad hasta que dejen de rodar. También sentía, sin embargo, una vaga apatía en relación con lo que ellos pudieran mostrar: sus reservas volitivas se habían agotado. Su terror, su miedo ante lo que había hecho se había diluido en la mansa rutina de quehaceres y en los sueños solitarios a la luz del crepúsculo.

La casa estaba a oscuras; un ángulo de la cambiante y apacible luz de la lumbre señalaba la puerta del cuarto de su abuela. Al principio no vio a la anciana, pero al cabo descubrió una mano marchita que acariciaba la pipa.—¿Julieta? —le habló la abuela desde su rincón.

Julieta entró; la agresividad desdeñosa se encrespaba en su interior; se quedó de pie junto al fuego. El calor le llegaba placenteramente a través de la falda, contra las piernas. La abuela se echó hacia adelante y su cara quedó suspendida como una máscara a la luz de la lumbre. Escupió.

—Tu padre ha muerto —dijo.

Julieta contempló la enorme y fluctuante sombra de la cama encortinada.

Las pausadas bocanadas de la pipa de la vieja golpeaban blandamente sus oídos como alas de mariposa nocturna.

Joe Bunden ha muerto, pensó sin emoción; era como si las palabras de la abuela siguieran suspendidas susurrándose entre sí, en la penumbra del cuarto. Al cabo se movió.

—¿Ha muerto padre, abuela? —repitió. La vieja volvió a moverse, y gruñó: —¡Loco, loco! Todos los Bunden han nacido locos: aún no he conocido a ninguno, si te exceptuamos a ti, que no sea un desastre de nacimiento. Me casé con uno, pero se murió antes de hacer demasiado daño; y me dejó una granja arruinada y un montón de hijos.

Y ahora Joe, después de formar una familia, los deja a todos en la miseria; a menos que esa mujer tenga más agallas de las que yo le he visto.

Tampoco Lafe Hollowell era mucho mejor. Él y Joe harán una buena pareja esta noche en el infierno.

—¿Qué sucedió, abuela? —se oyó a Julieta decir con voz carente de pasión.

—¿Qué sucedió? Joe Bunden era un loco, y Lafe Hollowell no era mucho más cuerdo, por lo menos desde que se juntaron... Los mataron anoche los policías del contrabando, en la destilería de Lafe. Alguien llegó a la ciudad el miércoles por la noche, muy tarde, y le contó al diácono Harvey lo que sabía, así que los policías cayeron sobre ellos ayer por la noche.

No se ha sabido quién los delató... o seguramente no lo quieren decir.

La vieja inclinó la cabeza y fumó con los ojos cerrados por espacio de unos instantes. Julieta, con una suave mezcla de tristeza y de alivio indescriptible, miraba serenamente la lenta rotación de sombras. Los susurros de la vieja se materializaron en torno: —Esa mujer con la que Joe se casó, en cuanto se enteró se volvió a casa. Dios sabe lo que va a ser de tus hermanos: yo no los voy a recoger.

Y el chico de Lafe, ¿cómo se llamaba? ¿Lee?, se largó y no se le ha vuelto a ver. Que se vaya con viento fresco.

Las sombras se encaramaron por la pared; luego cayeron; y entretanto, las palabras de la abuela persistieron en la penumbra como telarañas. Julieta dejó el cuarto; se sentó en el suelo del porche con la espalda contra el muro y las piernas rígidas ante ella.

Joe Bunden: ya no lo odiaba; pero Lee... Lo de Lee era diferente: su partida era más tangible que la muerte de cien hombres: era como si muriera ella misma. Se quedó allí sentada en la oscuridad, contemplando cómo se alejaba de ella la niñez. Recordaba con claridad dolorosa aquella primavera en que ella y Lee nadaron y pescaron y vagabundearon por vez primera, aquellos días fríos e inclementes hechos jirones de nubes sobre las hondonadas de lluvia de la tierra en barbecho. Podía casi oír los gritos de los hombres que araban la tierra fangosa, y la maraña de mirlos que se inclinaban con el viento como pedazos de papel quemado...

Se levantó al fin y descendió despacio por la colina en dirección al arroyo; entonces vio una pequeña forma oscura que se acercaba a ella. ¡Lee!, pensó, y sintió que se le contraían los músculos del cuello, pero no era Lee: era demasiado pequeña. La figura, al verla, se detuvo, y luego se aproximó con cautela.

—¿Jule? —dijo tímidamente la sombra.

—¿Quién es? —dijo ella con sequedad.

—Soy yo... Bud.

Se miraron con curiosidad el uno al otro.

—¿Qué haces aquí?—Me marchó.

—¿Te marchas? ¿Adónde puedes ir tú?

—No lo sé; a alguna parte. No puedo quedarme en casa más tiempo.

—¿Por qué no puedes quedarte en casa? —Renacían en ella emociones que odiaba.

—Por madre, que es... La odio.

No me voy a quedar allí ni un día más. Si me quedaba antes era por padre; pero ahora..., ahora padre... está... está...

Cayó de rodillas e hizo oscilar el cuerpo como acusando la recurrencia del dolor. Julieta, en un arrebató de piedad y odiándose a sí misma, se acercó a él. Su hermano era un chiquillo sucio con un mono ajado; Julieta calculó con dificultad que debía tener unos once años. Junto a él había un bulto, envuelto en un pañuelo anudado, con un mendrugo de pan frío e indigesto y un sobado libro con ilustraciones descoloridas por el tiempo.

Parecía pequeño y solo, arrodillado sobre las hojas muertas, que el vínculo común del odio acabó por acercarlos. Alzó la cara surcada y sucia, dijo: "Oh, Jule", se abrazó a las piernas de su hermana y hundió la cara contra sus caderas angulosas y menudas.

Ella contempló cómo las caprichosas interrupciones de la luz lunar torturaban las desnudas ramas de los árboles. El viento soplabá arriba con un sonido lejano, y se deslizó por la cara de la luna una silenciosa V de gansos. La tierra estaba fría y silenciosa, y en su oscura quietud aguardaba a la primavera y al viento del sur. La luna miró a través de un claro entre nubes y ella pudo ver el pelo desgreñado de su hermano y el desvaído cuello de su camisa, y entonces las mortificantes y desusadas lágrimas le afloraron a los ojos y se deslizaron por la curva de sus mejillas. Al final ella también lloró abiertamente, porque todo parecía tan efímero y sin sentido, tan fútil; porque todo esfuerzo, todo impulso que había sentido hacia el logro de la felicidad se había visto frustrado por circunstancias ciegas, y hasta su tentativa de romper para siempre con la familia que odiaba se había venido abajo ante algo que le nacía de dentro. Ni la muerte podía servirle de consuelo, pues la muerte no era sino ese estado en el que los que se han dejado atrás quedan sumidos.

Julieta, al cabo, se sacudió las lágrimas de la cara y apartó a su hermano de sí.

—Levántate. Estás loco, así no puedes ir a ninguna parte; eres tan pequeño... Ven a casa a ver a la abuela.

—No, no Jule; no puedo, no quiero ver a la abuela.

—¿Por qué no? Tienes que hacer algo, ¿no? A menos que quieras volver a casa —añadió al fin.

—¿Volver con ella? No volveré con ella nunca.

—Bueno, entonces vámonos; la abuela sabrá lo que tienes que hacer.

Él retrocedió otra vez.

—Tengo miedo de la abuela; tengo miedo de ella.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Me voy, lejos, por allí —dijo, señalando hacia la capital del condado.

Ella reconoció la obstinación de su hermano como algo familiar, y supo que aquel chiquillo era tan difícil de convencer como ella misma. Había algo, sin embargo, que podía hacer: lo engatusó y lo llevó hasta el portón que daba al camino, y lo hizo esperar al abrigo de un árbol. Salió al poco con un voluminoso paquete de comida y unos cuantos dólares en monedas pequeñas —sus ahorros de aquellos años—.

Él lo tomó con la torpe apatía de la desesperación, y ambos caminaron juntos hasta el camino principal, donde se detuvieron y se miraron como extraños.

—Adiós, Jule —dijo al fin, y la hubiera tocado otra vez, pero ella se apartó; de modo que él se volvió y echó a andar, pequeña y vana figura por el camino difuso. Lo vio alejarse hasta que fue apenas visible, luego desapareció, y una vez más, Julieta se volvió y descendió la colina.

Los árboles estaban quietos, incorpóreos e inmóviles como reflejos, pues el viento había amainado; a la espera del invierno y de la muerte, como paganos indiferentes a los rumores de inmortalidad. Lejos aulló un perro sobre la tierra de octubre, y el melodioso y largo son de un cuerno vibró en torno a ella, llenando el aire como una agitación de aguas estancadas, y fue absorbido de nuevo en el silencio, y el oscuro mundo quedó inmóvil a su alrededor, apacible y levemente triste y bello. Cazadores de zarigüeyas, pensó, y luego, cuando el sonido hubo cesado, se preguntó si había oído algo realmente.

Se preguntó oscura y vagamente cómo era posible que las cosas la hubieran inquietado alguna vez, cómo podía existir algo capaz de perturbar aquel estado de ánimo: sereno y levemente entristecido. Ella avanzaba apenas, y era como si los árboles se movieran sobre su cabeza, haciendo deslizar sus ramas más altas por unas aguas cuajadas de estrellas, aguas que se abrían ante ellas para dejarles paso y volvían a juntarse luego, sin una onda o un cambio.

Allí, a sus pies, estaba el pozo: sombras, otra vez árboles inmóviles, otra vez el cielo; se sentó en el suelo y miró el agua con desesperanza suave y sensual. Aquello era el mundo, bajo sus pies y sobre su cabeza, eterno y vacío y sin límites. El cuerno volvió a sonar en torno a ella, en el agua y en el cielo y en los árboles; luego cesó despaciosamente, y del cielo y los árboles y el agua se vertió dentro de ella, dejándole en la boca un cálido sabor salado. Se echó súbitamente boca abajo y hundió la cara entre los brazos delgados, y sintió cómo la penetrante tierra chocaba a través de las ropas contra los muslos y vientre, contra los menudos y duros pechos. El último eco del cuerno se alejó inmaculadamente de ella y se deslizó por alguna colina blanda y sin límites de la quietud otoñal, como el rumor de una desesperanza lejana.

Y pronto, también, dejó de oírse.

Al Jackson

Querido Anderson:

He pasado el fin de semana en una excursión en barco por el lago, y cuando remontábamos el río el piloto nos indicó por señas la morada del viejo Jackson. Los Jackson son descendientes de Old Hickory, y sólo sobrevive uno de ellos: Al Jackson.

Me gustaría que pudieras conocerle: con tu interés por la gente, sería para ti una mina de oro. Sin mediar culpa por su parte, pues es muy retraído, el hombre ha tenido una vida muy agitada. Se cuenta que nadie lo vio nunca vadeando o nadando desvestido. Había algo relacionado con sus pies, según dicen, aunque nadie sabe nada a ciencia cierta.

El piloto me estuvo hablando acerca de la familia. La madre de Al, a la edad de siete años, ganó el concurso de bordados de la escuela dominical, y como premio se le otorgó el privilegio de asistir a todas las ceremonias religiosas que se celebraran en su iglesia, sin la obligación de asistir igualmente a las sociales, durante un período de noventa y nueve años. A los nueve años sabía tocar el armonio que su padre había conseguido a cambio de una barca, un reloj y un caimán domesticado. Sabía coser y cocinar, e hizo que la asistencia a su iglesia se viera incrementada en un trescientos por cien merced a cierta suerte de receta secreta para el vino de la comunión, en la que utilizaba, entre otras cosas, alcohol de grano. El padre del piloto acostumbraba a ir a su iglesia; de hecho, la parroquia entera acabó por ir a ella. En el pueblo derribaron dos iglesias y utilizaron la madera para hacer nasas de pesca, y uno de los pastores de almas consiguió finalmente empleo en un transbordador. En señal de reconocimiento, la iglesia le regaló a la madre de Al una Biblia con su nombre y su flor preferida repujados en oro.

El padre de Jackson ganó su mancuando ella tenía doce años. Dicen que se sintió embelesado por su destreza con el armonio; según contó el piloto, él no tenía ningún armonio.

Pero también era todo un personaje.

Cuando tenía ocho años se aprendió de memoria mil versos del Nuevo Testamento, y fue víctima de un ataque que parecía ser encefalitis. El veterinario, cuando al fin se decidieron a llamarlo, les dijo que no podía ser encefalitis. Después de aquello, el viejo Jackson se volvió algo así como... bueno, llamémosle raro: compraba pegamento de encuadernación para comer siempre que podía, y cada vez que iba a tomar un baño se ponía la gabardina.

Dormía en una cama plegable que extendía sobre el suelo, y una vez acostado la cerraba sobre sí mismo. Intentó asimismo unos agujeros perforados para que entrara el aire.

Parece que a Jackson se le ocurrió finalmente la idea de criar ovejas en aquella ciénaga suya, en la creencia de que la lana crecía como cualquier otra cosa, y de que si las ovejas permanecían todo el tiempo en el agua, como árboles, el vellón habría de ser por fuerza más exuberante. Cuando se le hubieron ahogado aproximadamente una docena, las equipó con unos cinturones salvavidas hechos de caña. Y entonces descubrió que los caimanes las estaban atrapando.

Uno de sus chicos mayores (debió de tener alrededor de una docena) cayó en la cuenta de que los caimanes no se atreverían a importunar a una cabra con larga cornamenta, así que el viejo cogió raíces y modeló unos cuernos de unos tres pies de largo y los ató sobre la testuz de sus ovejas. No las dotó a todas de cuernos, no fuera a ser que

los caimanes descubrieran la estratagema. El viejo, según decía el piloto, contaba con perder anualmente una cantidad determinada de ovejas, pero de aquel modo lograba mantener bastante baja la tasa de mortalidad.

Pronto descubrieron que las ovejas empezaban a gustar del agua, que nadaban de un lado a otro por los alrededores, y al cabo de unos seis meses constataron que no salían del agua para nada. Cuando llegó el momento de la esquila, el viejo tuvo que pedir prestada una motora a fin de perseguirlas y atraparlas, y cuando al fin pescaron una y la sacaron del agua, vieron que no tenía patas. Se le habían atrofiado y habían desaparecido por completo.

Y lo mismo sucedía con todas y cada una de las que conseguían atrapar. No sólo se les habían esfumado las patas, sino que en la parte del cuerpo que había estado bajo el agua tenían escamas en lugar de lana, y la cola se les había ensanchado y aplanado hasta adoptar una forma parecida a la de los castores.

Al cabo de otros seis meses, los Jackson no lograban ponerles la mano encima ni con ayuda de la motora.

De su observación de los peces, las ovejas habían aprendido a bucear. Y al año Jackson las veía únicamente cuando de tanto en tanto asomaban el hocico para tomar un buche de aire.

Pronto pasaron días sin que el agua se viera rota por un morro. En ocasiones sacaban algunas ovejas con ayuda de un anzuelo con cebo de maíz, pero sin rastro de lana en todo el cuerpo.

El viejo Jackson –según contaba el piloto– empezó a sentirse como desalentado. Todo su capital nadando de un lado para otro bajo el agua. Temía que sus ovejas se convirtieran en caimanes antes de que pudiera atrapar siquiera algunas. Finalmente Claude, el desafortunado hijo segundo que andaba siempre detrás de las mujeres, le dijo que si le entregaba la mitad de las que atrapara cantantes y sonantes, él se comprometía a coger unas cuantas.

Convinieron en ello, pues, y a partir de entonces, Claude se quitaba la ropa y se metía en el agua. Al principio no cogía muchas, pero de cuando en cuando acorralaba a alguna bajo un tronco y se hacía con ella. Una le mordió un día de mala manera, y Claude pensó para sí: “Sí, señor, tengo que darme prisa; estas benditas cosas serán caimanes en un año”.

Se puso manos a la obra, empezó a nadar mejor cada día y a hacerse con mayor número de presas. Pronto pudo permanecer media hora bajo el agua sinsacar la cabeza, pero en tierra su respiración ya no era tan buena, y empezó a sentir cierta extrañeza en las piernas, a la altura de las rodillas.

Luego dio en quedarse en el agua día y noche, y la familia le llevaba la comida. Perdió la facultad de valerse de los brazos a partir de los codos y de las piernas a partir de las rodillas, y la última vez que alguien de la familia pudo verlo, los ojos se le habían desplazado a ambos lados de la cabeza y una cola de pez le asomaba por un extremo de la boca.

Alrededor de un año después volvieron a oír hablar de él. Frente a la costa había aparecido un tiburón que se dedicaba a importunar a las bañistas rubias, en especial a las gordas.

—Ése es Claude –dijo el viejo Jackson—. Siempre ha sido terrible con las rubias.

Su sola fuente de ingresos, pues, se había esfumado. La familia hubo de soportar largos años de penurias, hasta que los salvó la promulgación de la Ley Seca.

Espero que la historia te haya parecido tan interesante como a mí.

Atentamente, William Falkner

Querido Anderson:

Recibí tu carta a propósito de los Jackson. Me ha dejado asombrado. Lo que tenía por una historia oída al azar resulta del dominio público. Debe de tratarse de una familia hartamente curiosa, y me hago eco de tus palabras: ¡cómo me gustaría conocer a Al Jackson!

Yo mismo he estado haciendo algunas indagaciones. Es como tamizar el agua en busca de oro: una pizca aquí, otra allí. La historia de Elenor, según parece, es todo un escándalo. Se deslizó una noche por una tubería de desagüe y se fugó con un quincallero ambulante. Imagínate el horror de esa familia –tan limpia como es de rigor en toda familia criadora de peces– al enterarse de que “Perchie”, como la llamaban a Elenor, se había fugado con un hombre que no sólo no sabía nadar, sino que jamás había tenido una gota de agua encima del cuerpo en toda su vida. Tanto miedo le producía el agua que en cierta ocasión, atrapado por una tormenta en medio del camino, permaneció encerrado en su carromato sin salir siquiera para dar de comer a su caballo. La tormenta duró nueve días, el caballo murió víctima de los dardos del hambre y el hombre fue hallado inconsciente, después de haberse comido un par de zapatos con elásticos que le llevaba como regalo al viejo Jackson, y de haber engullido las riendas hasta donde le fue posible sin dejar el carromato. Lo irónico del caso es que quien lo encontró y salvó fue Claude, uno de los hermanos de Elenor, que se había detenido a echar una ojeada al carromato con la esperanza de encontrar dentro a una mujer.

(Claude andaba como un demonio detrás de las mujeres, como te dije anteriormente).

Pero a quien quiero conocer es a Al. Todo aquel que lo conoce lo considera un ejemplar de la época más genuina de la virilidad americana, un puro nórdico. Durante la guerra siguió innumerables cursos por correspondencia para curarse la timidez y robustecer su fuerza de voluntad, a fin de pronunciar discursos de cuatro minutos para fomentar la compra de bonos de la Libertad y ayudar así a los muchachos del frente, y se dice que fue el primero que pensó en reescribir las obras de Goethe y Wagner y atribuir su autoría a Pershing y a Wilson. Al Jackson, como ves, ama las artes.

Creo que estás equivocado en cuanto a los antepasados de Jackson. El tal Spearhead Jackson, en 1799, fue capturado por una fragata inglesa y colgado del extremo de una verga. Al parecer navegaba a favor de los alisios con un cargamento de esclavos cuando la fragata lo avistó y se aprestó a darle caza. Como era su costumbre, empezó a arrojar negros por la borda, manteniendo así a cierta distancia a los británicos, pero entonces se levantó una súbita borrasca que lo arrastró a mar abierto y lo apartó tres días de su rumbo. Sin dejar de arrojar negros por la borda, enfiló hacia las Dry Tortugas, pero al cabo se quedó sin negros y los británicos lo alcanzaron frente a la costa de Caracas, donde lo abordaron sin cuartel y barrenaron su barco. De modo que no es posible que Al Jackson descienda de esa línea. Además, Al Jackson en ningún caso podría provenir de un antepasado con tan poca consideración para con el ser humano.

Aportaré otra prueba. Los Jackson que nos ocupan descienden a todas luces de Andrew Jackson. La batalla de Nueva Orleans se dirimió en una ciénaga. ¿Cómo se explica que Andrew Jackson derrotara a un ejército que lo superaba en número a menos que estuviera dotado de pies con dedos palmeados? El destacamento que se alzó con la difícil victoria estaba compuesto por dos batallones de seres acuáticos de las ciénagas de los Jackson en Florida, seres medio caballos, medio caimanes. Por otra parte, si te fijas en su estatura de Jackson Park (¿quién sino un Jackson sería capaz de montar un caballo de dos toneladas y media y conseguir que se mantuviera en equilibrio sobre sus dos patas traseras?), observarás que lleva zapatos con elásticos.

Sí, he oído la historia del tiro al negro. Pero la creencia general en la región es que se trata sólo de una flagrante calumnia. Fue un hombre llamado Jack Spearman quien se dedicaba a tirotear suecos en Minnesota por una prima de un dólar. Mi versión, naturalmente, puede no ajustarse a la verdad.

Pero ¿quién es el tal Sam Jackson? He oído cierta referencia a su persona, pero al mencionar su nombre a un viejo contrabandista de alcohol que parecía conocer y venerar a la familia, el tipo se calló como un muerto, y cuando insistí se puso hecho una fiera. Lo único que conseguí de él fue el comentario de que se trataba de una “maldita mentira”.

La mayor parte de la información al respecto la obtuve el otro día de gente que asistió al funeral de Herman Jackson. Herman, como sabrás, era un muchacho extraño que sentía pasión por la educación. Pero el bueno de Herman estaba loco por aprender a leer, y Al, que al parecer es un hombre cultivado, ayudó al chico a inventar el modo de hacer botones de

perla con escamas de pescado. Herman ahorró cierto dinero, y al fin logró que lo admitieran en la universidad. Hubo de mantenerse, como es lógico, haciendo pequeños trabajos. Durante un tiempo se dedicó a clasificar pescado en el mercado, pero los botones de perla seguían siendo su principal fuente de ingresos. La gente de la casa de huéspedes se quejaba del olor, pero al ver cómo el muchacho se afanaba pegando escama con escama con cola de pescado sentía cierta lástima por él.

Finalmente, a la edad de dieciocho años, aprendió a leer y realizó una proeza inigualada. Leyó las obras completas de sir Walter Scott en doce días y medio. Durante los dos días siguientes permaneció sumido en una suerte de estupor, hasta el punto de que no podía recordar quién era. Un condiscípulo le escribió su nombre en una tarjeta, que Herman llevaba en la mano a todas partes para mostrarla a todo aquel que le preguntara cómo se llamaba.

Luego, al tercer día, empezó a sufrir convulsiones, y fue de convulsión en convulsión hasta que falleció tras varios días de espantosa agonía. Al, según dicen, se sintió terriblemente compungido, pues imaginaba que en cierto modo había sido culpa suya.

La Benéfica Orden de la Carpa, asistida por la cofradía de estudiantes de su centro (la ROE), lo enterró con honores. El entierro –afirman– fue uno de los mayores que se recuerdan en los círculos de criadores de peces. Al Jackson no asistió: se sentía incapaz de soportarlo. Pero se cuenta que dijo: “Sólo espero que el país que amo, que la industria a la que he dedicado los mejores años de mi vida, muestre un reconocimiento semejante el día de mi muerte”.

Si te es posible hacer que yo conozca a este hombre espléndido, por favor hazlo, y te quedaré profundamente agradecido.

Wm Faulkner

Don Giovanni

Se había casado muy joven con una chica de cara bastante vulgar a quien trataba a la sazón de seducir, y ahora, a los treinta y dos años, era viudo. El matrimonio le había arrastrado el trabajo como la sequía arrastra a los peces por los arroyos hacia las aguas caudalosas, y las cosas habían sido arduas a lo largo del tiempo en que pasó de ocupación en ocupación y de puesto en puesto hasta caer inevitable y finalmente en la sección de ropa femenina de unos grandes almacenes.

Allí se sintió al fin en lo suyo (siempre se había llevado mucho mejor con las mujeres que con los hombres), y la restaurada fe en sí mismo hizo posible que ascendiera sin demasiados contratiempos a la codiciada posición de comprador al por mayor. Sabía mucho de ropa de mujer y, dado el interés que sentía por las mujeres, mantenía la creencia de que el conocimiento de las cosas que a ellas les gustaban le confería una comprensión de la psicología femenina que ningún otro hombre podía poseer. Pero jamás fue más allá de las meras especulaciones: le fue fiel a su mujer, pese a que estaba postrada en cama víctima de una invalidez.

Así, cuando tenía en la mano el éxito y la vida les sonreía al fin, murió su esposa. Él se había habituado al matrimonio, se sentía apegado a su mujer, y la adaptación a la nueva situación fue una tarea lenta. Con el tiempo, empero, se acostumbró a la novedad de una libertad madura. Se había casado tan joven que la libertad era para él un campo inexplorado.

Disfrutaba de la comodidad de sus habitaciones de soltero, de la rutina solitaria de los días: la vuelta a casa paseando en el crepúsculo, la detenida contemplación de la calle de los suaves cuerpos de las chicas, sabiendo que si se molestara en solicitarlas ninguna habría de decirle No. Su sola preocupación residía en que le escaseaba el pelo.

Pero al cabo el celibato empezó a serle opresivo.

Su amigo y presunto anfitrión de la visita inesperada, sentado en el balcón con un cigarro, lo vio doblar la esquina, bajo el farol, y con una exclamación se puso en pie de un salto y volcó la silla de un puntapié. Se metió con rapidez dentro del cuarto, apagó la lámpara de mesa y saltó sobre un sofá y fingió dormir.

Caminaba airosamente, haciendo girar su liviano bastón: “Les encanta que los hombres sean osados con ellas. Veamos: ella llevará un conjunto de ropa interior negra... Al principio me portaré con indiferencia, como si no quisiera estar con ella, o como si no quisiera especialmente ir a bailar esta noche.

Dejaré caer una observación acerca de haber acudido únicamente porque lo había prometido, ya que en rigor debería haber ido a ver a otra mujer. Les gustan los hombres que tienen más mujeres. Ella dirá “Por favor, llévame a bailar”, y yo diré “Oh, no sé si quiero bailar esta noche”, y ella dirá “¿No me llevas?” como apoyándose sobre mí –veamos–, sí, me cogerá la mano, me hablará dulcemente, bien, yo no responderé, como que no la oigo.

Seguiré provocando y al final pondré un brazo alrededor de ella y le levantaré la cara en el taxi oscuro y la besaré, con frialdad y dignidad, como si me tuviera sin cuidado hacerlo o no, y diré “¿Quieres realmente ir a bailar esta noche?”, y ella dirá “Oh, no lo sé. Lo que deseo únicamente es ir por ahí... contigo”, y yo diré “No, vamos a bailar un rato”.

“Bien, bailaremos y yo le acariciaré la espalda con la mano. Ella me estará mirando, pero yo no la miraré...” Despertó de su ensueño bruscamente y cayó en la cuenta de que había dejado atrás la casa de su amigo. Volvió sobre sus pasos y alargó el cuello hacia las ventanas oscuras.

—¡Morrison! –canturreó.

No hubo réplica.

—¡Oh, Mor...rison!

Las dos ventanas estaban oscuras e inescrutables como parcas. Llamó a la puerta, retrocedió unos pasos para dar término a su aria. Junto a la puerta había otra entrada. La luz se colaba por una celosía de medio cuerpo, semejante a la puerta de un “saloon”; más allá de ella teclaba con perversidad una máquina de escribir. Tocó, vacilante, en la celosía.

—Hola –tronó una voz sobre el ruido de la máquina. Él meditó brevemente y volvió a llamar, ahora con más energía.

—Adelante, maldita sea. ¿Cree que es un cuarto de baño? –dijo la voz, ahogando la máquina de escribir.

Abrió la celosía. El hombre enorme y con camisa sin cuello que estaba sentado a la máquina alzó una cabeza leonina y lo miró con irritación.

—¿Sí? –Cesó el ruido de la máquina.

—Discúlpeme: busco a Morrison.

—El piso de arriba –le espetó el otro, disponiendo las manos sobre la máquina—. Buenas noches.

—Pero es que no contesta. ¿Sabe si está?

—No.

Reflexionó de nuevo, tímidamente.

—Me pregunto cómo podría enterarme. Tengo prisa y...

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Suba y averígüelo, o salga ahí afuera y llámelo.

—Gracias, subiré.

—Bien, pues suba. –La máquina de escribir atacó un “pianissimo”.

—¿Puedo pasar por aquí? –aventuró tibia, cortésmente.

—Sí, sí. Pase por donde quiera.

Pero por el amor de Dios no me moleste.

Le dio las gracias en un susurro y pasó nuevamente junto al hombre grande y frenético. La habitación entera trepidaba ante las pesadas manos del hombre, y la máquina de escribir brincaba y alborotaba como un ser enloquecido. Subió unas escaleras oscuras;

su amigo le oyó tropezar y gruñó: “Te mataré por esto”, dijo, maldiciendo al desprevenido y estentóreo mecanógrafo del piso de abajo. La puerta se abrió y el visitante siseó “¡Morrison!” hacia el interior del cuarto oscuro. Morrison maldijo de nuevo para su colete. Al moverse gimió el sofá, y dijo: —Espere a que encienda la luz. Me romperá todo lo que tengo si se pone a andar a ciegas en la oscuridad.

El visitante suspiró con alivio.

—Bien, bien. Había casi desistido de verle y me marchaba ya cuando ese hombre de ahí abajo me dejó amablemente pasar por su cuarto.

La mano de Morrison encendió la luz.

—Oh, estaba usted dormido, ¿no es cierto? Lamento tanto haberlo importunado. Pero es que quiero su consejo.

Depositó el sombrero y el bastón sobre una mesa, derribando al tiempo un jarrón con flores.

Con pasmosa agilidad agarró el jarrón antes de que se estrellara contra el suelo, pero no antes de que su contenido salpicara copiosamente.

Volvió a poner en su sitio el jarrón, y acto seguido empezó a secarse rápidamente las mangas y la pechera del traje con un pañuelo.

—Ah, diablos —profirió, exasperado—. ¡Acabo de recoger el traje de la planchadora!

El anfitrión contempló el incidente con reprimido y vengativo regocijo, y le ofreció una silla.

—Qué pena —le compadeció insinceramente—. Pero ella no lo notará: probablemente estará interesada por usted.

Él alzó la vista, halagado aunque un tanto dubitativo respecto al tono de su amigo. Se pasó las palmas de las manos por el pelo ralo.

—¿Usted cree? Pero atienda —continuó con rápido optimismo—. Ya he descubierto dónde fallé antes. Osadía e indiferencia: eso es lo que hasta ahora he pasado por alto. Escuche —dijo con entusiasmo—: esta noche tendré éxito. Pero quiero su consejo.

El otro volvió a rezongar y se reclinó en el sofá.

El visitante continuó: —Bien, actuaré como si otra mujer me hubiera telefoneado, como si saliera con ella sólo porque lo había prometido: para empezar, ponerla celosa, ¿comprende? Bien, actuaré como si me tuviera sin cuidado ir a bailar, y cuando me lo pida suplicante, la besaré, con toda indiferencia, ¿me sigue?

—Sí —susurró su amigo, bostezando.

—Así que nos iremos al baile y bailaremos y la acariciaré un poco, pero sin mirarla, como si estuviera pensando en otra persona. Ella se sentirá intrigada, y dirá “¿En qué piensas con tanta intensidad?”, y yo diré “Por qué quiere saberlo?”, y ella me rogará que se lo diga, bailando todo el tiempo muy pegada a mí, y yo diré “Prefiero decirte lo que tú estás pensando”, y ella dirá “¿Qué?” al instante, y yo diré “Estás pensando en mí”. Bueno, ¿qué le parece?

¿Qué cree que dirá entonces?

—Probablemente le dirá que es usted un engreído.

—¿Cree que lo hará?

—No lo sé. Pero pronto lo averiguaré.

—No, no creo que me diga eso.

Imagino que pensará que sé mucho de mujeres. —Se quedó sumido en honda meditación, y al cabo rompió de nuevo a hablar—: Si lo hace, yo diré: “Tal vez sea así. Pero estoy cansado de este sitio. Vámonos”. Ella querrá quedarse, pero me mantendré firme.

Luego seré osado: la llevaré directamente a mi casa, y cuando vea lo osado que soy, se entregará a mí. Les gustan los hombres osados. ¿Qué le parece?

—Muy bien, siempre que ella actúe como usted espera. Aunque sería una buena idea si le esbozara un poco el guión, así no se equivocaría.

—Me está tomando el pelo. Pero ¿no cree de veras que el plan es consistente?

—Sin resquicios. Ha pensado en todos los detalles, ¿no es cierto?

—Así es. Es la única manera de ganar las batallas, ya lo sabe. Napoleón nos lo ha enseñado.

—Napoleón también dijo algo sobre la artillería más pesada —comentó su amigo malévolamente.

Él sonrió con complacencia.

—Yo soy como soy —dijo en voz muy baja...

—Especialmente cuando no ha sido usada en algún tiempo —continuó su anfitrión. Él adoptó entonces un aire de bestia herida, y su anfitrión prosiguió rápidamente—: Pero ¿va a poner en práctica su plan esta noche, o me habla en caso hipotético?

Él miró su reloj con consternación.

—Santo cielo, debo apresurarme.

—Se puso en pie de un salto—. Gracias por aconsejarme. Creo de veras que tengo en las manos el sistema para este tipo de mujeres, ¿no lo cree así?

—Claro —concedió su amigo.

Él se detuvo en la puerta y volvió apresuradamente a estrechar la mano de su amigo.

—Deséeme suerte —dijo por encima del hombro al partir.

La puerta se cerró a sus espaldas y sus pasos resonaron en las escaleras.

Luego se oyó la puerta de la calle.

El anfitrión, desde el balcón, lo vio alejarse. Volvió al sofá y se recostó de nuevo en él, riendo. Se levantó, apagó la luz y se quedó allí echado, riéndose entre dientes. Abajo, el mecanógrafo, atronador e incansable, seguía sobre la máquina.

Unas tres horas más tarde. La máquina de escribir seguía brincando sobre la mesa.

—¡Morrison!

El mecanógrafo sintió una vaga molestia, como alguien que supiera que tratan de despertarle de un sueño placentero, y que supiera asimismo que al ofrecer resistencia el sueño se vendría abajo.

—¡Oh, Mor...risooooon!

El mecanógrafo volvió a concentrarse, consciente de que la cálida y apacible noche del exterior de su cuarto había sido despojada de quietud.

Aporreó aún más fuerte el teclado para exorcizar aquel fastidio, pero le llegó la tímida llamada desde la celosía.

—¡Maldita sea! —dijo, dándose por vencido—. ¡Entre! —bramó, y alzó la vista—. Dios mío, ¿de dónde sale usted? Le dejé a usted hace unos diez minutos, ¿no es eso? —Miró la cara del visitante y su tono cambió—. ¿Qué le sucede, amigo? ¿Está enfermo?

El visitante permanecía allí, parpadeando ante la luz; luego entró con paso vacilante y se dejó caer pesadamente en una silla.

—Peor que eso —dijo, abatido.

El hombre grande giró pesadamente sobre sí mismo para encarar al visitante.

—¿Necesita un médico o algo?

El visitante hundió la cara entre las manos.

—No, ningún médico puede ayudarme.

—Bien, ¿Qué le pasa? —insistió el otro con creciente exasperación—. Estoy ocupado. ¿Qué es lo que quiere?

El visitante aspiró profundamente y alzó los ojos.

—Necesito hablar con alguien, simplemente. —Levantó un semblante afligido hasta la mirada dura y penetrante del otro—. Me ha sucedido algo terrible esta noche.

—Bueno, suéltelo, pues. Pero de prisa.

El visitante suspiró y se enjugó blanda y torpemente la cara con el pañuelo.

—Bien, tal como dije, actué con indiferencia, dije que no quería bailar esta noche. Y ella dijo “Eh, venga: ¿te piensas que he venido a pasarme toda la noche sentada en un banco del parque?”, y entonces le pasé el brazo alrededor...

—¿Alrededor de quién?

—Alrededor de ella. Y cuando intenté besarla ella me puso...

—¿Dónde era eso?

—En un taxi. Me puso el codo bajo la barbilla y me empujó contra mi rincón, y dijo: “¿Vamos a bailar o no?”

Si no vamos a bailar, dílo, y me bajo. Conozco a un tipo que me llevará a bailar y...” — Por Dios santo, amigo, ¿qué desvarío es este que me cuenta?

—Lo de esa chica con la que he salido esta noche. Así que nos fuimos a bailar y la estaba acariciando como tenía pensado y ella dijo “Ya está bien, hermano, no tengo lumbago”: Al rato empezó a mirar continuamente hacia atrás por encima del hombro, y alargaba el cuello para mirar también por encima del mío, y perdía el paso y decía “Perdona”, así que le dije “¿En qué piensas?”, y ella dijo “¿Eh?”, y yo le dije “Puedo decirte qué estás pensando”, y ella dijo “¿Quién yo? ¿Lo que estaba pensando yo?”, y seguía mirando y meneando la cabeza de un lado para otro. Entonces vi que estaba como sonriendo, y dije “Estás pensando en mí”, y ella dijo “Oh, ¿sí?”.

—Santo Dios —susurró el otro, mirándole.

—Sí. De modo que le dije, siguiendo el plan, “Estoy cansado de este sitio. Vámonos”. Ella no quería irse, pero me mantuve firme y al fin dijo “De acuerdo. Tú baja y coge un taxi; yo me arreglo en seguida y bajo”.

“Me debería haber dado cuenta entonces de que algo iba mal, pero no lo hice. Bien, bajé rápidamente y paré un taxi. Le di al taxista diez dólares para que nos llevara a las afueras, campo adentro, donde no hubiera mucho tráfico, y para que se parara y fingiera que tenía que volver a pie un trecho de la carretera en busca de algo, y esperara allí hasta que yo tocara la bocina.

“Así que esperé y esperé y ella no bajaba, y al final le dije al taxista que no se marchara, que iría a buscarla arriba, y subí corriendo las escaleras. No la vi en la antesala, así que volví a la pista de baile.

Permaneció unos instantes en blando y silencioso desaliento.

—¿Y bien? —le instó el otro.

El visitante suspiró.

—Creo que voy a renunciar, lo juro: nada jamás que tenga que ver con las mujeres. Cuando entré en la pista miré por todos lados y finalmente la vi. Estaba bailando con otro hombre, uno grande como usted. No sabía qué pensar. Determiné que era un amigo con quien bailaba hasta que yo subiera a buscarla, pues habría entendido mal lo que le dije: que la esperaba en la calle. Pero era ella quien me había dicho que esperara en la calle. Y eso me confundía.

“Me quedé en la puerta hasta que logré que nuestras miradas se econtraran, y entonces le hice señas. Ella hizo una especie de gesto hacia mí, como si quisiera que esperara a que acabara la pieza, así que esperé allí. Pero cuando acabó la música se fueron los dos a una mesa, y él llamó al camarero y pidió algo. ¡Y ella no volvió a mirarme siquiera!

“Entonces empecé a enfurecerme. Me acerqué a ellos. Como no quería que ni ellos ni nadie se dieran cuenta de que estaba furioso, me incliné un poco ante ellos, y ella me miró y dijo “¡Vaya, vaya! Aquí tenemos de vuelta a Herbie. Creí que me habías dejado, así que este amable caballero se ha ofrecido a acompañarme a casa”.

“Ten por seguro que lo haré”, dijo el tipo grande, mirándome con ojos como platos. “¿Quién es éste?” “Bueno, un amiguito mío”, dijo ella. “Pues bien, ya es hora de que los chiquillos como él estén en casa acostados”.

“Me miró con dureza, y yo le miré a él y dije “Vamos, señorita Steinbauer, nos espera el taxi”. Y él dijo “Herb, ¿no querrás robarme la chica, no?”. Yo le dije que ella estaba conmigo, y se lo dije muy digno, ¿sabe usted?, y ella dijo “Lárgate.

Tú estás cansado de bailar; yo no.

Así que me voy a quedar un rato”.

“Y estaba como sonriendo: me di cuenta de que me estaban ridiculizando. Y entonces él se echó a reír a pleno pulmón, como un caballo.

“Lárgate, hermano”, me dijo. “Te ha dado calabazas. Vuelve mañana”.

Bien, cuando vi su cara gorda y roja, llena de dientes, sentí ganas de pegarle. Pero luego pensé que se iba a armar un buen lío y que mi nombre saldría en los periódicos, así que le lancé una mirada a la chica y me di media vuelta y me marché. Naturalmente todo el mundo había visto y oído el incidente; y un camarero, al pasar yo hacia la salida, dijo: “Mala suerte, amigo, pero ellas son así”.

Y encima el taxista se marchó con mis diez dólares.

El hombre grande le miró con admiración.

—¡Dios, mira tu obra maestra!

¡Balzac, la desesperación! ¡Heme aquí perdiendo mi vida, intentando hacer que la gente viva merced a la palabra escrita! —Su cara se congestionó súbitamente—. ¡Fuera de aquí, maldita sea! —bramó—. ¡Me pone usted malo!

El visitante se levantó y se quedó de pie, sumido en un blando abatimiento.

—Pero ¿qué voy a hacer?

—¿Hacer? ¿Hacer? Váyase a un burdel si quiere una chica. O, si tiene miedo de que llegue alguien y se la quite, búsquese una en la calle y tráigala aquí, si le apetece. Pero en el nombre de Dios: no vuelva a hablarme en su vida. Trato de escribir una novela, y usted ha dañado ya mi ego irreversiblemente.

El hombre grande le cogió del brazo, empujó la puerta con el pie y, con amabilidad pero sin dilación, lo hizo salir a la calle. El visitante, con la celosía cerrada a sus espaldas, permaneció allí unos instantes escuchando el frenesí de la máquina de escribir, contemplando planos de sombras, dejando que la noche lo apaciguara. Un gato apareció furtivamente y lo miró; luego cruzó como un rayo sucio al otro lado de la calle. Él lo siguió con una lenta tristeza en la mirada, con envidia. El amor era tan sencillo para los gatos; en gran medida no era sino ruido: el éxito no importaba demasiado. Suspiró, y se alejó dejando a sus espaldas el estentóreo teclear de la máquina de escribir.

Su recatado paso lo alejó de las calles sumidas en la oscuridad; siguió andando, maravillándose de sentirse tan desesperado internamente y sin embargo ser el mismo externamente. Me pregunto si se me nota, pensó. Es porque me estoy haciendo viejo por lo que las mujeres no se sienten atraídas por mí. Pero el hombre de esta noche tenía más o menos mi edad. Es algo que no tengo: algo que no tendré jamás.

Pero el pensamiento le resultaba insoportable. No, es algo que soy capaz de hacer, de decir, pero que aún no he descubierto. Al entrar en la calle tranquila donde vivía vio a una pareja en un umbral oscuro, abrazándose. Se apresuró.

Una vez en su cuarto, se quitó lentamente la chaqueta y el chaleco y se situó frente al espejo y se examinó la cara. Su pelo era más escaso día a día (ni siquiera consigo conservar el pelo, pensó amargamente), y su semblante delataba sus treinta años. No era gordo, pero la piel de debajo de la barbilla empezaba a colgarle, flácida y fofa. Suspiró y terminó de desvestirse. Se sentó en una silla, metió los pies en una palangana de agua caliente y empezó a masticar lentamente una tableta digestiva.

El calor del agua le ascendía por el cuerpo delgado y lo aliviaba, el cáustico sabor de la pastilla que masticaba lentamente le sirvió de lenitivo a su miseria. “Veamos —reflexionó mientras movía rítmicamente las mandíbulas y analizaba la noche pasada—.

¿Cuándo me he equivocado? El plan era bueno: el propio Morrison lo admitió. Piensa”. Sus mandíbulas dejaron de masticar y sus ojos se posaron en una fotografía que había sobre la pared de enfrente. “¿Por qué nunca actúan como uno ha calculado? Uno puede

prever toda contingencia, pero ellas siempre actuarán de modo diferente. He sido demasiado delicado con ellas: no debería darles nunca la oportunidad de ponerme en ridículo.

Ése ha sido mi error una y otra vez: invitarles a cenar o a un espectáculo en seguida. El asunto es ser osado con ellas, traerlas aquí inmediatamente, dominarlas desde el principio.

Dios, ése es el asunto.

Se secó los pies apresuradamente, se puso las zapatillas y fue hasta el teléfono.

“Ése es el asunto, exactamente”, susurró para sí lleno de exultación, y en su oído estaba ya la somnolienta voz de Morrison.

—¿Morrison? Lamento molestarle, pero al fin me he dado cuenta. —Se oyó en la línea un sonido ahogado e inarticulado, pero él prosiguió sin dilación—: Un error que he cometido esta noche me ha abierto los ojos. El problema reside en que no he sido lo bastante osado: tenía miedo a ser demasiado osado y asustarlas. Atienda: la traeré aquí inmediatamente: seré duro y cruel, brutal si es necesario, hasta que me suplique que la ame.

¿Qué le parece...? ¡Sí! ¿Morrison...?

Hubo entonces un lapso subrayado por un zumbido lejano, y luego una voz de mujer dijo: —Di que sí, chicarrón; trátalas con mano dura.

Y se oyó un clic: en la mano sostenía gutapercha inerte, y la gutapercha inerte era una O rotunda que le miraba con fijeza a la boca.

Peter

Era primavera en una calle asfaltada, entre muros, y allí estaba Peter, sentado en un poste, moviendo las piernas cortas dentro del pantalón corto de sarga, golpeando rítmicamente con los talones sobre el peldaño de madera. A su espalda, un callejón espacioso y arqueado, en el que uno se adentraba como quien se adentra en el sueño, retrocedía entre paredes de un inefable azul celeste y desembocaba otra vez en la luz y en un patio destartalado y sucio y algo verde e infernal contra un muro lejano.

—Hola —dice Peter con desenvoltura por encima del golpear de sus tacones, por encima de la estridencia sincopada de una gramola en la que han confinado los negros toda la desesperación atormentada de los negros. La cara de Peter es redonda como una taza de leche con una nube de café—. Mihermano es blanco —observa Peter locuaz, con su traje de marinero—.

¿Vais a dibujar más? —nos pregunta, y un viejo amigo se para ante nosotros.

Es decir, un viejo amigo de Peter.

Su cara plana de mogol es tan amarilla como la de Peter, y dice: —¿Qué tal, Peter? ¿te estás portando bien hoy? ¿Está mamá en casa?

—Sí. Está arriba hablando con un hombre.

—¿Y tu papá está?

—No —replica Peter—. No tengo padre, pero tengo un hermano. Es blanco. Como tú —añade dirigiéndose a Spratling. A Peter le gusta Spratling.

—Tú también eres bastante blanco.

¿No te parece que eres lo bastante blanco? —pregunto yo.

—No lo sé. Mi hermano es pequeño.

Cuando sea tan grande como yo supongo que no será tan blanco.

—Peter —interrumpe el chino—. Tú mamá está hablando con un hombre. Vete y dile que ya ha hablado lo suficiente. ¿Se lo dirás? Eres un buen chico.

—Oh, vete a decírselo tú. A ella no le importa. Dice que puede quitárselos de encima en un abrir y cerrar de ojos. A veces dice que no les deja ni quitarse el sombrero. Me figuro que nunca sabe cuándo puede aparecer por casa Pico de Águila.

El chino, con semblante ávido de sexo, miró a través del callejón de inefable azul hacia donde el sol era como agua dorada entre paredes.

—¿Pico de Águila? —repetí yo.

—Sí, eso es. Es el que duerme con mamá. Trabaja en el muelle 5. Puede manejar más carga que nadie en el muelle 5.

—¿Te gusta Pico de Águila?

—Claro; está bien. Me trae dulces. El otro jamás me trajo dulces.

—¿Nunca?

—No. Nunca traía nada. Así que mamá lo largó.

El chino entró en el callejón. Vimos cómo su figura oscura alcanzaba un nimbo de sol y torcía y desaparecía.

—Pico de Águila está bien. Nos gusta Pico de Águila —añadió, y a nuestro lado pasó Hércules, de unbronce oscuro—. Hola, Baptis —dijo Peter.

—Hola, chicarrón —replicó el negro—. ¿Qué tal? —preguntó. El brillo saltó brevemente, describió un arco hacia abajo y Peter se abalanzó sobre una moneda de cinco centavos. El hombre bajó por la calle y desapareció tras una esquina. La primavera, zaherida por madera y piedra, inundó el aire, llenó la atmósfera misma, insidiosa e inquietante, y Peter dijo: —Es un buen tipo. Siempre hace lo mismo. Tienes que tratarles así, dice mamá. Y así lo hacemos.

Peter, con su cara redonda y amarilla como un centavo nuevo, reflexionó unos instantes. ¿Qué es lo que ve?, me pregunté, pensando en él como en una moneda fortuita acuñada entre las desesperaciones desligadas aunque semejantes de dos razas.

—Oye —dijo al fin—, ¿sabes hacer bailar una peonza? En esa casa vive un chico que la hace bailar y luego la coge con la cuerda.

—¿Tú no tienes peonza? —pregunté.

—Sí. Baptis me regaló una, pero no he tenido tiempo para aprender a manejarla.

—¿No has tenido tiempo?

—Bueno, verás. Tengo que estar aquí y decirle a la gente cuándo mamá está ocupada hablando con alguien. Y luego están las otras. Tengo que mirar también por ellas.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. A mirar por ellas, simplemente. Son muy buena gente.

Baptis dice que tenemos las chicas más guapas de la ciudad. Pero oye, ¿no vas a dibujar hoy?

—Sí, voy a dibujar vuestra escalera. ¿Te apetece acompañarnos?

—¿Por qué no? —le dijo Peter a Spratling—. Podré verlas igual. Pero tú no vas a subir al cuarto de mamá, ¿verdad?

—No, no. Voy a dibujar el callejón. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ahora está ocupada hablando con ese chino que acaba de subir.

No le gusta que la molesten mientras está hablando con alguien.

—Entonces no la molestaré. Dibujaré sólo la escalera.—Bueno, creo que no habrá ningún problema.

Entramos: era como sumergirse en un mar dulce y azul.

—¿Puedo mirar? —preguntó Peter.

—Claro que puedes. A propósito, ¿te gustaría que te dibujara?

Peter: No lo sé. ¿Puedes dibujarme?

Spratling: Eso espero.

Peter: Pero, oye, no puedes ponerme en un cuadro, ¿o sí?

Una voz: Espera a que ese aire frío te coja en tu BVD.

Spratling: Por supuesto que puedo, si tú quieres.

La gramola inició de nuevo su son atormentado y sincopado. Oscuros árboles, estrellas sobre un agua ignota; todas las desesperanzas del tiempo y del aliento.

Una voz: ¡Nina!

Otra voz: Rompe los muelles, si es que puedes.

Peter: Ésa es Euphrosy; es la más sensata de todas estas chicas, según dice mamá.

Unas escaleras de color salmón que ascendían abombadas, tan placenteras como el vientre de una mujer. Negros que nos rozaban al pasar: negras y morenas y amarillas caras que se retorcían ante la inminencia de la satisfacción física. Nos dejaban atrás –Peter en la desazón de la timidez y Spratling extendiendo el papel y eligiendo un carboncillo–, y pasaban a nuestro lado otros negros que salían, despacio, con la satisfacción del apetito y (lo que es peor) la inminencia ineludible del trabajo, y todos tenían una palabra para Peter, que posaba crispado hasta el punto de ser una atormentada caricatura de sí mismo.

Una voz: ¡Abrázame, niña!

Una voz: Maldita puta, te voy a cortar el cuello.

Una voz: Y el corazón se te derrite por las penas que has padecido.

Estrepitosos pasos en las escaleras, ropa lavada ondeando al aire leve. Negros que llegaban, congestionados y taciturnos por el sexo; negros que partían, lánguidos y saciados.

Bajó el chino.

—¿Qué tal, Peter? Guapo chico –dijo, y se marchó. Pero Peter no reparó en él.

Spratling: Apóyate en la pared, Peter. ¡No te muevas tanto! Quédate quieto como si Dios te estuviera mirando.

Peter: ¿Así? –Su oscuro traje de marinero adoptó una forma imposible contra el azul de la pared tranquila.

Su cuerpo joven era imposible y terrible.

Spratling: Oh, diablos. De todos modos, no podrá quedarse así.

—Venga, dibuja –le aconsejé, pero se había puesto ya manos a la obra.

—Si quieres moverte, Peter –dijo–, adelante, muévete.

Pero para Peter era ya una cuestión de honor el no moverse. Spratling dibujaba, mirándoles con los ojos entrecerrados; y supe que Peter estaba a punto de llorar. La luz del sol era inmaculada como una virgen: las ropas tendidas eran planos de luz y una cuerda del tendedero recibió al dorado mediodía como a un danzarín sobre la cuerda floja.

Voz: Niña, calienta mi piel como un traje de presidiario dorado. Haz que redoblen los tambores. Redoblan los tambores por ti, niña.

Una voz: Gané trescientos anoche en una partida de dados.

Una voz: Venga, grandón, acaba.

No puedo quedarme aquí echada todo el día.

Una voz: Todo lo que he hecho, lo he hecho por ti. Cuando estás triste, estoy triste; cuando te ríes, río.

Una voz: ¡Oh, Cristo, no lo hagas! ¡No quise decir eso! ¡No lo hagas!

Peter (llorando): Me duele el brazo.

Spratling: Bueno, muévete.

Peter: No puedo. No seguirías dibujándome.

Una voz: Maldita puta. Peter (cambiando de postura, pensando que Spratling no se dará cuenta): Ése es Joe Lee. Siempre está zurrando a Imogene. Joe Lee es malo.

Yo: ¿Malo?

Peter: Claro. Ha matado a tres.

Pero es demasiado listo para ellos.

No logran cogerlo con las manos en la masa. Mamá siempre le pregunta a Imogene cómo es que sigue con él, pero Imogene no lo sabe. Así son las mujeres, dice mamá.

Pasos en la escalera; aparece la madre de Peter, lánguida como un pétalo de magnolia manoseado. Tiene la tez tan clara como la de Peter; una mujer dice al pasar: —Ajá, sabía que tendrías líos. Te advertí que sería mejor para ti que tu madre no te pillara aquí.

—Muy bien. Espérate a que Imogene me sacuda como te sacudió a ti cuando te pilló con Joe Lee en tu cuarto la semana pasada. Entonces hablaremos. Te tiró de los pelos, claro que sí.

—Deberías darle duro, Mable —dijo la mujer, y pasó de largo.

—Peter —dijo su madre.

—Me está dibujando, mamá. Te dibujará a ti también, si te quedas quieta.

La mujer se acercó, lánguida como una azucena marchita, y miró el boceto.

—Bah —dijo—. Ven conmigo —le dijo a Peter.

Peter se echó a llorar.

—Pero si me está dibujando —dijo.

—¿no te advertí que no rondaras por aquí abajo?

—Pero es que me está dibujando...

Con el brazo doblado sobre la cara, desde algún caudal maduro de vanidad masculina, lloraba al ver su vida temporalmente perturbada por una mujer.

Pero ella le cogió por el brazo y le hizo subir por las escaleras color salmón. En el recodo de la escalera se detuvo como una lánguida y maltrecha azucena, y con sus ojos oscuros, llenos de la desesperanza de una raza sometida y una sangre diezmada y al cabo estéril, salvo en el conocimiento de las ancestrales pesadumbres deblancos y negros, lo mismo que un perro ve y oye cosas que nosotros no vemos ni oímos, nos miró por espacio de un instante. Luego desapareció, y pronto dejó de oírse el llanto de Peter.

Mientras Spratling finalizaba el boceto, vi cómo el mediodía se convertía en tarde, cómo la luz del sol cambiaba de plata a oro (si me quedara dormido y despertara al cabo de un rato, creo que sabría distinguir la tarde de la mañana por el color de la luz del sol), pese al arte y al vicio y a todo lo que da lugar a un mundo; y oía las frases truncadas de una raza que responde con presteza a las compulsiones de la carne y parte luego, liberada temporalmente del cuerpo, hacia el sudor y el trabajo y el cántico; abocada fatalmente a acudir de nuevo a la satisfacción temporal del apetito; satisfacción efímera, que no puede durar. El mundo: muerte y desesperación, hambre y sueño. Hambre que exigirá su tributo al cuerpo hasta que la vida se canse de tal servidumbre.

Spratling acabó el boceto, y a través del callejón de inefable azul, tan apacible como el sueño, salimos fuera.

Era primavera en una calle asfaltada, entre muros, y allí estaba Peter, en una ventana, sin acordarse ya de su congoja, diciendo: —Cuando volváis, la próxima vez, apuesto a que sabré hacer bailar la peonza.

Claro de luna

La casa de su tío, al acercarse a ella por detrás, aparecía vacante y sin luz bajo la luna de agosto, porque sus tíos habían salido hacía dos días a pasar sus vacaciones estivales.

Cruzó el ángulo del camino, apresurada y furtivamente a un tiempo, con el whisky de maíz agitándose con apagado borboteo en la botella, bajo su camisa. Al otro lado del césped (lo veía por encima de la silueta baja del tejado, como punteado sobre el cielo, sólido y pesado y sin profundidad) había un magnolio, y sobre él, probablemente sobre la rama más alta, cantaba un sinsonte, muy próximo a la luna, y él entraba rápida y solapadamente por la puerta y se internaba en las sombras de los árboles. Ahora no podría ser visto mientras avanzaba de prisa por el césped moteado y cuajado de rocío, sobre sus suelas de goma, y alcanzaba el santuario del mirador, cercado de enredaderas y negro como tinta. Temía menos a cualquier posible y fortuito viandante que a un vecino que pudiera estar mirando desde alguna ventana oblicua o incluso desde otro porche umbroso; una mujer, una mujer de edad que, en representación de la totalidad de la clase y casta de las madres, de los progenitores, se erigiera en su enemigo mortal por puro instinto reflejo.

Pero alcanzó el mirador sin ser visto. Ahora ya nadie conseguiría verlo; ahora empezaba a creer, por vez primera desde que recibió la nota, en su buena suerte. Había una fatalidad en todo aquello; la casa vacía, el hecho de haber llegado al mirador sin ser visto. Era como si al ganar aquel abrigo sin que lo descubrieran hubiera oficiado de augur, hubiera sangrado el ave, y ello significara suerte, fortuna: ese instante en que el deseo y la circunstancia coinciden. Era como si no sólo coincidieran, como si la circunstancia no sólo autorizara el deseo, sino que lo forzara de modo ineludible: pensaba que, si fracasaba ahora, si aquello no tenía lugar esa noche, si algo acontecía en aquel momento capaz de traicionarlo y de frustrarlo, él se vería automáticamente dispensado de todo vasallaje para con cualquier comportamiento, mandato e incluso aliento.

Había una puertaventana que daba al interior oscuro de la casa; estaba cerrada. Sacó del bolsillo la hoja rota del cuchillo de cocina, fruto y símbolo de la espera interminable de aquella tarde, la licuación de sus entrañas, convertidas una y otra vez en agua salada mientras esperaba la llegada de la noche, del instante de templar la carne muda y esclavizada con los vivos y dulces fuegos de la esperanza. Mientras se apoyaba en la puertaventana y trataba de introducir la hoja en la rendija, bajo el pestillo, temblando ya, sentía la botella dentro de la camisa, entre la tela y la carne. Antes, al colocársela allí dentro, había estado fría, pesada y fría entre la camisa y la piel; la carne se había encogido ante ella.

Pero ahora estaba caliente, ahora no la sentía siquiera porque otra vez, con el solo pensamiento sus entrañas volvían a licuarse, a hacerse líquidas como el alcohol de la botella: su epidermis sólo un recipiente muerto, como el vidrio pegado a ella. La botella era un frasco medicinal de media pinta, vaciado y enjuagado y lleno de whisky de maíz del barril que su padre creía oculto en el desván. Encorvado en el caluroso y mal ventilado desván, bajo el techo bajo caldeado por el sol, con los ojos escocidos y todo su ser asqueado, retrocediendo ante el acre olor del whisky al trasegarlo torpemente al frasco de boca angosta, había pensado en que debería haber sido champaña. Naturalmente, debería haber tenido un largo y delicado dos plazas y un traje de etiqueta y el océano Pacífico allende los eucaliptos (tenían un coche, su padre tenía un traje de etiqueta, pero las posibilidades de conseguir el uno eran tan escasas como las de conseguir el otro, y lo había olvidado todo acerca del océano y los árboles, y ni siquiera había sabido ni pretendido descubrir el nombre de cualquiera de ambos), pero en cualquier caso debería haber sido champaña, que en su

vida había probado: tampoco, empero, había probado el whisky sino una vez, y no le había gustado. Pero no había sitio alguno donde conseguir el champaña; al pensar en el whisky, en aquel ardiente licor casero al que se veía limitado, pensó, con una suerte de desesperación, en las angustias de esa duda de uno mismo, de ese sentimiento de que no merecemos tanto cuando, sin previo aviso, nos llega a las manos el deseo de nuestro corazón (o de nuestro cuerpo): “Puede que ahora vaya a perderlo sólo porque no he tenido tiempo de trabajar y hacerme rico”.

Pero aquello había sido a primeras horas de la tarde. Así hubo de ser mientras su madre echaba la siesta, antes de que su padre hubiera tenido tiempo de llegar a casa de la tienda.

A partir de entonces estuvo libre para leer la nota una y cien veces. Era mucho mejor que cualquier cosa que jamás hubiera visto en la pantalla:

Querido mío. Perdona a mi guardián es viejo y no se da cuenta de que soy tuya. Haz que Skeet me pida salir con él esta noche y nos encontraremos en alguna parte y seré tuya esta noche aunque mañana no sea adiós pero hasta siempre. Destruye esta nota. S.

No la destruyó. Aún la llevaba consigo en el bolsillo trasero abotonado, y bien podría servir asimismo de alimento a aquel vampiro que se nutría de la ignominia y del ultraje. Le habría gustado que el señor Burchett le leyera. Mientras manipulaba y hurgaba con la hoja del cuchillo debajo del pestillo, imaginaba que, si no fuera por Susan, no dudaría en enviar la nota por correo al día siguiente al señor Burchett. Imaginaba al señor Burchett recibiendo la nota; al leer cómo Susan se refería a él no como a un “tío” sino como a un “guardián”, caería en la cuenta de su error irreparable al creer que se enfrentaba a niños a quienes castigar. Porque era eso: la ignominia, el ultraje, no el daño en sí. Sabía perfectamente que el señor y la señora Burchett no le tenían en mucha estima, pero tampoco él tenía un alto concepto de ellos.

De hecho, sólo reparaba en su existencia cuando se cruzaban en su camino, en el suyo y en el de Susan, y aun entonces sólo pensaba en ellos tal como pensaría en sus propios padres: como en el natural y perturbador añadido a su existencia, el obstáculo inexplicable a sus deseos. Él y Susan estaban echados en una hamaca en el lado oscuro del jardín del señor Burchett. Susan había dicho: “Tengo que estar en casa para las diez y media”, y había oído sonar las diez y trataban de calcular cuándo se agotarían los treinta minutos restantes.

(Él llevaba su reloj, pero eso se explicará más adelante). Pero habían perdido tiempo – él, cuando menos– en algún lugar de aquella oscuridad estival perfumada por el aroma joven y dulce de la invisible carne femenina, en algún lugar entre los labios de ella y el tímido manoseo, rechazado a medias, de las manos de él, de modo que la primera noticia de la situación le llegó a él en forma de un traumático y terrorífico golpe en el trasero, que partió de debajo de la malla de la hamaca y lo lanzó fuera de ella y lo hizo caer sobre manos y rodillas en tierra, desde donde al mirar hacia arriba airadamente vio al hombre hecho una furia, con el pelo desgredado y un anticuado camisón hasta la rodilla y una linterna, agachándose ya ágilmente para pasar por debajo de la cuerda de la hamaca. El señor Burchett le propinó una nueva patada antes de que pudiera levantarse, pues se había pisado el cordón desanudado de un zapato; sin embargo, con el primer grito de Susan aún resonando en sus oídos, logró dejar fácilmente atrás al agresor antes de las primeras diez yardas. Era la ignominia, el amargo escarnio. “No tenía pistola, ni siquiera tenía una estaca”, pensó. “Ni llegó a decir nada. Se limitó a darme patadas como a un perro callejero que hubiera subido al mirador y se hubiera orinado en él”. Durante las diez horas de sufrimiento atroz que siguieron pensó sólo en la venganza. Pero la única venganza que lograba visualizar era la de sí mismo dando de puntapiés al señor Burchett, y sabía que para hacerlo sin ayuda habría de esperar como mínimo diez años. La única persona a quien podía pedir ayuda era a Skeet, aunque sabía antes incluso de pensar en ello que tal petición resultaría vana. Trató de exorcizar, mediante operaciones matemáticas, no exactamente al señor Burchett, sino el ultraje. Tendido en la cama, (tenía la impresión de que entre él y la cama se hallaba aquel pie de carne y hueso, inevitable y ultrajante, como el símbolo de una maldición, como si estuviera ligado a su trasero para siempre, al modo de albatros del Viejo Marino, por mucho que cambiara de postura), sumaba por escrito su edad y la de Skeet, 16

más 16: 32, y el señor Burchett tenía como mínimo cuarenta. Luego sumó su peso y el de Skeet, en libras, y el resultado le pareció más satisfactorio. Pero aún quedaba la incógnita del propio Skeet. O mejor, el dato conocido, pues –se preguntó a sí mismo– supón que Skeet viene y te dice: Quiero que me ayudes a dar de puntapiés al doctor West o al señor Hovis. Y sabía que se habría negado. Más tarde recibió la nota, y todo aquello se esfumó. Se evaporó: el señor Burchett, los puntapiés, la ignominia, todo quedaba exorcizado ápor] un trozo de rosa y fragante papel barato sobre el que se habían garabateado pródigos trazos de tinta color púrpura. Agachado ante la puertaventana oscura, manipulando con la hoja rota en el pestillo, pensaba únicamente –con la misma desesperación una vez más– en lo difícil que era en verdad la seducción. Porque también él era virgen. Skeet y la mayoría de los otros bajaban a veces por la noche a la hondonada del Negro, e intentaban hacer que fuera con ellos, pero él no había accedido nunca. No sabía por qué; no había ido nunca, sencillamente. Y ahora, probablemente, era ya demasiado tarde. Era como el cazador que al fin tropieza súbitamente con la pieza, y entonces cae en la cuenta de que jamás aprendió a cargar el arma; ni siquiera la otra noche, cuando estuvo tendido con Susan en la hamaca, confuso y ofuscado por aquella ineptitud suya blanco de fácil rechazo, había pensado mucho en ello.

Pero ahora sí. “Tal vez debería haber practicado antes con negras”, pensó.

El pestillo cedió; la oscura puertaventana se abrió hacia el interior; la casa, vacía y clausurada y secreta, parecía hablar en susurros de un millar de actitudes de amor. Porque su tío y su tía eran jóvenes aún. Su padre y su madre, por supuesto, eran viejos. Enérgicamente (y sin dificultad) se negó a imaginarlos juntos en el lecho. Pero sus tíos eran diferentes, eran jóvenes, amén de que los lazos que los unían a él no eran tan próximos. “Si al menos consiguiera que entrara aquí conmigo”, pensó.

“Aquí han yacido ya el uno con el otro, acaso hace tan sólo dos noches, antes de partir”.

Cerró la puertaventana de forma que pudiera abrirse luego con un empujón leve, y una vez más avanzó rápida y sigilosamente por el patio y cruzó el sendero y torció y bajó por él con aire despreocupado, sin ocultarse ya, hasta el cruce con la calle, donde se detuvo y permaneció bajo la corroída sombra de los robles de agosto. El sinsonte seguía cantando en el magnolio; no había dejado de hacerlo en ningún momento; en cada mirador, a derecha e izquierda de la calle, podían adivinarse mecedoras y borrosas y susurrantes formas. No tuvo que esperar mucho.

—Hola, cara de caballo –dijo Skeet–. ¿Dónde la tienes?

—¿Dónde tengo qué?

—Ya sabes.

Skeet le tocó la camisa, agarró la botella por encima de la tela con una mano y con la otra trató de abrirle los botones. Él apartó de un golpe la mano de Skeet.

—¡Vete! –dijo–. Primero vete a buscarla.

—Eso no es lo que dijiste –dijo Skeet–. No voy a llevar los asuntos de nadie con el estómago seco.

Desanduvieron, pues, el sendero y entraron en el patio de la casa de su tío y dieron un rodeo hasta el magnolio, a cuyo pie había una boca de riego; el sinsonte seguía cantando en la copa.

—Dámela –dijo Skeet.

Le pasó a Skeet la botella.

—Bebe con tiento –dijo–. Voy a necesitarla.

Skeet se llevó la botella a la boca. Al poco él se agachó, y vio la cabeza roma de Skeet y la botella inclinada recortadas contra el cielo; luego se levantó y le quitó la botella de las manos.

—¡Ten cuidado! –gritó–. ¿No te he dicho que voy a necesitarla? Vete a buscarla; ya llegas tarde.

—Está bien —dijo Skeet. Se levantó de la boca de riego, del hueco del agua tibia estancada, con sabor a herrumbre, y caminó por el césped en dirección a la calle.

—Date prisa —le urgió cuando le vio alejarse.

—¿Qué crees que voy a hacer? —dijo Skeet sin volverse—. ¿Sentarme y darle a la lengua con el viejo Burchett? Yo también tengo un culo; también a mí puede soltarme una patada.

Volvió a quedarse esperando a la tupida sombra del magnolio. Ya no le debería resultar difícil hacerlo, pues había tenido la tarde entera para practicar, para habituarse a la espera. Pero ahora se le antojaba más enojoso: allí de pie, al abrigo de la sombra, bajo el pájaro de plata indiferente e incansable. La botella, de nuevo oculta bajo la camisa, le producía ahora una sensación de auténtico calor, pues su carne, su ser se había vuelto repentinamente frío; una suspensión semejante al agua, de atónita y ensoñadora incredulidad: le resultaba difícil creer que era en verdad él quien esperaba allí a la chica, con aquella puertaventana a la espalda tan hábilmente dispuesta. Maquinalmente levantó el brazo para mirar el reloj de pulsera, pero sabía que aunque el tiempo hubiera importado no habría podido verlo; el reloj que su madre le había regalado el verano pasado, cuando aprobó los exámenes de su primer año con los boy scout. La esfera —tenía en ella el emblema de los scout— había sido entonces luminosa, pero un día lo olvidó y se metió en el agua con el reloj en la muñeca. Aún seguía funcionando bien de vez en cuando, pero ahora la oscuridad le impedía ver tanto la esfera como las manecillas. “Eso es todo lo que quiero”, pensó. “Lo único que quiero es seducirla. Hasta me casaría con ella luego, aunque no sea del tipo de hombre que se casa”.

Luego la oyó —la alta y dulce risa atolondrada y sin sentido, como un relincho, que hacía que sus entrañas se volvieran agua—, vio el vestido claro, el cuerpo delgado como un junco; venía con Skeet por el césped, en dirección al magnolio.

—Muy bien, cara de pez —dijo Skeet—. ¿Dónde la tienes?

—Te lo tomaste ya.

—Me dijiste que me darías un trago cuando la trajera.

—No, no es cierto. Te dije que esperarás a traerla para tomarte el trago que te prometí esta tarde. Pero no esperaste.

—No es así. Esta tarde te dije que si me dabas un trago iría a buscarla, y tú dijiste que muy bien, y esta misma noche me has dicho que me darías un trago cuando te la trajera; aquí está, pues, ¿y el trago?

Skeet intentó agarrar de nuevo la botella; de nuevo él le apartó la mano de la camisa bruscamente.

—Está bien —dijo Skeet—. Si no me das un trago no me voy.

Así que él volvió a ponerse en cuclillas, volvió a ver la botella inclinada y el perfil romo y engullidor de Skeet recortados contra el cielo; y de nuevo le arrebató la botella, esta vez con auténtica ira.

—¿Quieres bebértela entera? —clamó, con un hilo de voz exasperado y silbante.

—Claro —dijo Skeet—. ¿Por qué no? Ella no quiere. Y a ti no te gusta.

—Ya basta —dijo él, temblando—.

Es mía, ¿no es cierto? ¿No es mía? ¿Qué?

—Está bien, está bien, no te enfades. —Los miró—. ¿Venís a la ciudad?

—No.

—Vaya, le he dicho a tía Etta que iba a ir al cine —dijo Susan.

—No —volvió a decir él—. No vamos a la ciudad. Vete ya. Vete.

Skeet siguió mirándolos unos instantes más.

—De acuerdo —dijo al cabo. Y lo vieron alejarse por el césped.

—Creo que será mejor que vayamos al cine —dijo ella—. Le he dicho a tía Etta que iba a ir, y alguien puede...

Él se volvió hacia ella; estaba temblando; al tocarla sintió sus manos extrañas y torpes.

—Susan —dijo—. Susan...

La abrazó; tenía las manos entumecidas: no fueron, por tanto, sus manos las que le hicieron darse cuenta de que ella estaba tensa y un poco echada hacia atrás, mirándole con curiosidad.

—¿Qué te pasa esta noche? —dijo ella.

—Nada —dijo él. La soltó y trató de que cogiera la botella—. Toma —dijo—. Allí, en la boca de riego, tienes aguas; puedes beber directamente...

—No quiero —dijo ella—. No me gusta.

—Por favor, Susan —dijo él—. Por favor.

Volvió a abrazarla; estaba echada hacia atrás e inmóvil, con el cuerpo arqueado y tenso; luego cogió la botella. Durante un instante él pensó que iba a beber: una caliente y viva oleada de triunfo henchió todo su ser.

Luego oyó el débil sonido sordo del frasco al golpear contra la tierra, e instantes después estaba abrazándola; el cuerpo familiar y delgado como un junco, la boca, los frescos y tranquilos besos carentes de lujuria de la adolescencia, ante los que sucumbió como solía, y se dejó llevar flotando sin esfuerzo a unas aguas frescas y oscuras que olían a primavera; momentáneamente entregado, como rapado por Dalida, aunque no por mucho tiempo; tal vez fuera la voz de ella, tal vez lo que dijo:—Venga, vamos al cine.

—No. Al cine no.

Y sintió cómo se quedaba quieta, atónita por completo.

—¿Es que no me vas a llevar?

—No —dijo él.

Estaba gateando en busca de la botella. Pero debía darse prisa de nuevo y no logró encontrarla en seguida; no importaba. Se levantó. Le temblaba el brazo que había puesto en torno a ella; tuvo la repentina convicción de que entonces, en el último momento, podía perderla a causa de su temblor y embotamiento.

—Oh —dijo ella—. ¡Me estás haciendo daño!

—Está bien —dijo él—. Vamos.

—¿Adónde?

—Ahí —dijo él—. Allí cerca.

La condujo hacia los escalones, hacia el mirador oscuro. Ella se resistía, le tiraba incluso del brazo y de los dedos, pero él no lo advertía porque tenía el brazo insensible. Siguió adelante, tropezando un poco en los escalones, medio arrastrándola, diciendo: —Me sentía morir, y entonces recibí tu nota. Creí que tendría que morir y entonces llegó la nota —y luego algo más hondo, incluso mudo—: “¡Susan! ¡Susan! ¡Susan! ¡Susan!” En un ángulo del porche había una tumbona de columpio. Ella intentó detenerse allí; imaginaba sin duda que aquél era el punto de destino. Cuando vio la tumbona dejó incluso de resistirse, y cuando vio que él pasaba de largo lo siguió dócilmente, como en actitud pasiva no ya fruto de la sorpresa sino de la viva curiosidad al ver que la conducía hasta la puertaventana y empujaba las hojas hacia dentro. Entonces se detuvo y empezó a forcejear.

—No —dijo—. No. No. No. No.

—Sí. Están fuera. Será sólo...

—dijo él, forcejeando a su vez, arrastrándola hacia la puertaventana. Entonces ella empezó a llorar: un gemido fuerte de conmocionado asombro, como un niño a quien han golpeado.

—¡Calla! —exclamó él—. ¡Dios, calla! —Ella, con la espalda contra la pared, junto a la puertaventana, gemía con la ruidosa inconsciencia de los niños—. ¡Por favor, Susan! —dijo él—. ¡Deja de berrear! ¡Nos van a oír! ¡Silencio!

La agarró y trató de taponarle la boca con la mano.

—¡Quítame tus sucias manos de encima! —gritó ella dabatiéndose.

—Está bien, está bien.

La abrazó. La apartó de la puertaventana y la condujo hasta la tumbona y la hizo sentarse en ella, sin dejar de abrazarla.

—¡Calla, calla! ¡Dios, calla!

—¡Déjame en paz! —gimió ella—.

¡Quieto! —Pero ya no gritaba; seguía llorando con aquel enorme abandono, sin debatirse ya, sin forcejear con él, que la abrazaba y trataba de que no alzara la voz.

—No pretendía nada —dijo él—. Era sólo lo que decía tu nota. Pensé que...

—¡Yo no dije nada! —gimió ella—.

¡Yo no dije nada!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo él.

La abrazó. La abrazó torpemente; al poco cayó en la cuenta de que se estaba aferrando a él. Se sentía como una masa de madera; un soporte corpóreo del que han huido la sensación, la percepción, la sensibilidad junto con los dulces y desbocados fuegos de la esperanza. Pensó, con apacible asombro: "No le habría hecho ningún daño.

Lo único que quería era seducir a alguien".

—Me asustaste tanto —dijo ella, aferrándose a él.

—Sí, de acuerdo. Lo siento. Jamás pretendí asustarte. Ahora chssssss...

—Quizá quiera mañana por la noche.

Pero me has asustado tanto.

—De acuerdo, de acuerdo.

La abrazó. Ya no sentía nada en absoluto; ni pesar, ni desesperación, ni siquiera sorpresa. Pensaba en Skeet y en él en el campo, tendidos allá en una colina bajo la luna, con la botella entre ambos, sin hablar siquiera.

El pez gordo

Cuando Don Reeves trabajaba en el “Sentinel” solía pasarse seis noches a la semana jugando a las damas en la comisaría de policía. La séptima noche jugaban al póquer. Él me contó la historia:

Martin está sentado en la silla.

Govelli sobre el escritorio, con el muslo en el borde, el sombrero puesto y los pulgares en el chaleco; el cigarrillo en el labio inferior, brinca de arriba abajo mientras le cuenta a Martin que Popeye se ha saltado una luz roja con un coche lleno de whisky, y que por poco atropella a un peatón. Ellos –los mirones, los otros peatones– obligaron al coche a ir hasta el bordillo, asistidos por el peso absolutamente encolerizado de unas virtudes cívicas puestas a prueba hasta la saciedad, y personificadas por sufridos y vulnerables seres de carne y hueso, y retuvieron allí a Popeye, las mujeres chillando y vociferando y el peatón, sobre el estribo, agitando un puño insignificante ante la cara de Popeye; y entonces Popeye sacó una pistola: un hombre menudo de cara mortecina y pelo y ojos mortecinos y negros y pequeña y delicada nariz ganchuda, sin barbilla, encogido y gruñendo detrás de la automática pulida y azul. Era un tipo pequeño y de aspecto mortecino, con apretado traje negro de actor de “vaudeville” de hace veinte años, y feroz voz de falsete, como de niño de coro, que era considerado todo un personaje en los círculos sociales y profesionales en que se movía. Tengo entendido que dejó más de un corazón palpitante entre la hermandad femenina que florece en la noche de DeSoto Street cuando se largó de estos parajes. No había nada que pudiera hacer con su dinero salvo regalarlo, ya ve. Ésa es la tragedia americana: tenemos que regalar tanto de nuestro dinero, y no hay nadie a quien regalarlo salvo a los poetas y a los pintores. Pero si se lo diéramos a ellos probablemente dejarían de ser poetas y pintores. Y aquella pequeña y plana y omnipresente pistola había hecho que más de una glándula masculina funcionara más de la cuenta, y que al menos una se parara por completo: y también el corazón, en este caso. Pero el principal motivo de interés y admiración entre ellos residía en el hecho de que cada verano viajaba a Pensacola a visitar a su anciana madre, a quien contaba que trabajaba en la recepción de un hotel. ¿No ha notado que la gente cuya vida es equívoca, por no decir caótica, se conmueve siempre ante las virtudes del hogar?

Vaya al burdel o al presidio si quiere escuchar esas canciones sobre hijo mío y mamá.

Así que el poli hubo de copar con todo –el coche lleno de alcohol, elofendido e histérico peatón, Popeye y la pistola–, amén de una creciente nube de opinión pública ruidosa como una bandada de mirlos, en la que figuraban por azar dos periodistas.

Tal vez la presencia de aquellos dos periodistas fue lo que influyó en Martin. No pudo haber sido la mera presencia del alcohol en el coche, ni el hecho de que Popeye se dirigiera a la casa de Martin con el cargamento cuando se saltó el semáforo; los propios polis se habrían ocupado de eso, pues conocían de vista a Popeye mejor incluso que a Martin. No habían pasado ni diez días desde que Martin sacó a Popeye de un apuro parecido, y no había duda de que los polis hicieron desaparecer de escena el coche en cuanto llegaron a la comisaría. Tuvo que ser la presencia de aquellos dos periodistas, de aquellos símbolos de la “vox populi” que ni siquiera este Volstead–Napoleón³, este pequeño cabo de cabinas electorales, se atrevía a vejar ni ofender más allá de cierto punto.

Así que está sentado en la única silla que hay detrás del escritorio.

³ Andrew Volstead: padre de la “Ley Seca” norteamericana (N. del T.)

—Tengo buena cabeza —dice—. Tengo buena cabeza. ¿Cuántas veces le he dicho que no permita llevar pistola a esa pequeña y maldita rata? ¿Han olvidado ya usted y él el asunto del año pasado?

Eso fue cuando metieron a Popeye en la cárcel sin fianza por aquel asesinato. Lo cogieron con las manos en la masa; un trabajo a sangre fría donde los haya, aunque con ello Popeye hubiera prestado un servicio a la comunidad (como el propio Martin dijo cuando se enteró: “Si ahora se le ocurre cumplir aún más y se suicida, les pongo a los dos un monumento”).

Pero, en cualquier caso, allí lo tenían, tumbado en la cárcel con aquella extraña —a lo mejor todos los drogadictos están locos—, extraña convicción de la propia invulnerabilidad.

Tenía cierto código —lo mismo que tenía cierto código en el vestir: trajesceñidos y negros— limitado pero positivo. Solía drogarse y lanzar largas diatribas contra el tráfico de bebidas alcohólicas, y utilizaba la pistola a manera de énfasis. No quería —o no podía— beber, y odiaba el alcohol más que un diácono baptista.

Como casi todo el mundo podrá imaginar, ni siquiera tuvo la precaución, habitual en los niños, de ocultar o mitigar su acción o su participación en ella. Ni afirmaba ni negaba, ni siquiera hablaba de ello ni leía lo que decían de él los periódicos. Lo único que hacía era pasarse todo el santo día tumbado de espaldas en la celda, diciendo a todo el mundo que iba a verlo —los abogados que Govelli contrató para salvarle el pellejo, los periodistas, quienquiera que fuera que lo primero que iba a hacer cuando saliera era cargarse al carcelero que le había llamado drogadicto; y lo decía en un tono como si hablara de un partido de béisbol, si es que había visto alguno en su vida. Lo único que supe que le pasaba era ser arrestado por los polis de tráfico con el coche lleno de alcohol de Govelli e ir a Pensacola a ver a su madre; el abogado, en el juicio, recalcó mucho ese punto. Era inteligente el abogado aquel. El juicio empezó dilucidando si iba o no realmente a Pensacola, y si tenía en verdad una madre en tal lugar. Pero el testigo que presentaron puede que fuera su madre, después de todo. Hubo de tener una alguna vez, ese hombre pequeño, frío, quieto, silencioso, con aspecto de tener tinta en las venas, o al menos algo de frío y fúnebre.

—Tengo buena cabeza —dice Martin—. La tengo, es indudable.

Govelli sigue sentado e inmóvil sobre los pulgares enganchados como garfios, y el humo del cigarrillo le sube en espiral y lentamente por la cara, y pasa por la limpia cicatriz sesgada que le cruza una comisura de la boca como un hilo blanco.

—Nunca llegaron a cargarle el muerto —dice con hosquedad.

—¿Y por qué no? Porque yo les impedí que lo hicieran. No fue usted, no fue él. Fui yo quien lo hice.—Claro —dice Govelli—. Y lo hizo por nada. Sólo porque tiene usted un gran corazón. Yo pago por ello, sé lo que debo hacer.

Se miran; el humo del cigarrillo asciende en espiral y lentamente por la cara de Govelli; desde que lo encendió no ha movido el cigarrillo de los labios.

—¿Me está amenazando? —dice Martin.

—No le estoy amenazando —dice Govelli—. Se lo estoy diciendo.

Martin tamborilea sobre el escritorio. No mira a Govelli; no mira nada: es un hombre grueso, de estatura mediana, sentado tras el escritorio con la inmovilidad dinámica de una locomotora parada, cuyos dedos reflexionan con lentos golpecitos sobre el escritorio.

—Pequeña y maldita rata —dice—.

Si al menos se emborrachara. Uno puede prever cómo actuará un bebedor.

Pero un maldito drogadicto...

—Cierto —dice Govelli—. Si en esta ciudad se puede comprar cocaína es por su culpa. Fue él quien les permitió venderla.

Martin sigue sin mirarle; sus dedos siguen meditabundos sobre el escritorio.

—Una maldita rata. ¿Por qué no se deshace usted de todos esos latinos y drogadictos y contrata a jóvenes americanos decentes en quienes se pueda confiar...? No hace ni diez días que hice que lo pusieran en libertad y se pone a esgrimir una pistola en la calle, ante

las propias narices de una multitud. Tengo aún buena cabeza; que me cuelguen si no es cierto.

Tamborileó sobre el escritorio mientras miraba a través de la habitación y más allá de la ventana, por encima de los altos edificios: su ciudad. Porque había levantado parte de ella, adjudicando los contratos por un precio, cobrando el porcentaje normal, pero insistiendo siempre en que los contratos fueran buenos, en que el trabajo fuera bueno —nuestras virtudes son por lo general subproducto de nuestros vicios, ya sabe; ésa es la razón por la que conviene tener todo tipo de egoístas en el aparato circulatorio del cuerpo cívico—, y lo controlaba todo desde aquella oficina inhóspita, aquel barato escritorio amarillo y aquella silla acharolada. Era su ciudad, y aquellos que no estaban contentos no eran nada. No eran sino los eternos optimistas, señores feudales de cuartos alquilados y trabajillos ruinosos de taburete o mostrador, que esperan esa mística pleamar de humanidades airadas que nunca llega.

Al cabo de unos instantes, mientras Govelli lo miraba, se movió. Acercó el teléfono que había sobre el escritorio y dio un número.

Alguien respondió al otro lado de la línea.

—Tienen a Popeye en la comisaría —dijo en el micrófono—. Ocúpese de ello... Popeye; sí. Y avíseme de inmediato. —Apartó el teléfono y miró a Govelli—. Ya le dije antes que era la última vez. Y lo digo en serio.

Si vuelve a meterse en líos otra vez, tendrá usted que deshacerse de él. Y si le encuentran encima una pistola, lo voy a mandar al presidio yo mismo.

¿Entiende?

—Oh, se lo diré —dijo Govelli—.

Ya le he dicho que no tiene ninguna necesidad de llevar esa pistola. Pero éste es un país libre. Si quiere llevar pistola, es cosa suya.

—Dígale que la haré mía. Ahora baje y hágase cargo del coche y mándeme la mercancía a casa, y luego dígaselo. Hablo en serio.

—Y usted dígame a esos astrosos polis que lo dejen en paz —dijo Govelli—. No habrá problemas con él si le dejan a su aire.

Govelli se ha marchado y él sigue sentado en la silla, inmóvil, con esa inmovilidad de la gente del campo ante la que la paciencia es sólo una palabra sin sentido. Había nacido y crecido en una granja del Mississippi.

Colonos, ya sabe: la familia entera descalza nueve meses al año. Él mismo me contó que un día su padre le mandó a la casa grande, la casa del señor, del patrón, con un recado. Fue hasta la puerta principal, descalzo, con su mono remendado; nunca había estado allí antes; puede que no supiera que no debía llamar a la puerta principal, pues para él una casa no era sino donde se guardan los jergones de colchas y la harina de maíz para resguardarlos de la lluvia (él decía dea lluvia). Y puede que el patrón no lo conociera de vista; tenía probablemente el mismo aspecto que docenas de chicos de sus tierras y que centenares de las propiedades conlindantes.

El patrón, fuera como fuese, salió él mismo a la puerta. Así, de pronto, el chico miró hacia arriba y allí estaba, a unos palmos y por vez primera, el ser que para él simbolizaba el estilo fácil y placentero de vida sobre la tierra: ociosidad, un caballo para cabalgar el día entero, zapatos durante todo el año. E imagínese cuando el patrón habló: —No vuelvas a llamar a mi puerta principal en toda tu vida. cuando vengas aquí, das la vuelta hasta la puerta de la cocina y le dices a uno de los negros lo que quieres.

Así fue, ya ve. En la puerta, detrás del señor, había un criado negro, con los globos de los ojos blancos en la penumbra; entre los negros y la gente de Martin y la afín a su clase, que aunque miraban a los republicanos y católicos —sin haber visto, probablemente, ninguno nunca— con cierta dosis de aquel horror místico con que los campesinos europeos del siglo Xv hubieron de mirar —según les fue enseñado— a los demócratas y protestantes, existía una antipatía inmediata y categórica, a un tiempo bíblica, política y económica: las tres exigencias; la dura tierra incesante fragmentada en espacios dispersos por trechos de

demagogia y de histeria religiosoneurótica que conformaban y constreñían sus miserables vidas. Una justificación mística de la necesidad de sentirse superior a alguien en algo, ya ve.

No entregó el recado. Se volvió y bajó por el camino de acceso, mientras sentía también los dientes del negro en la penumbra del vestíbulo, más allá del hombro del patrón, y mantenía la espalda derecha hasta perderse de vista. Luego echó a correr. Corrió por el camino y se internó en el bosque y se ocultó allí todo el día, tendidoboca abajo en una zanja. Me contó que de cuando en cuando se arrastraba hasta la orilla del campo y veía a su padre y a sus dos hermanas mayores y a su hermano trabajando, cortando algodón, y me confesó que era como si los estuviera viendo por primera vez en la vida.

Pero no regreso a casa hasta la noche. No sé que les dijo a los suyos, lo que sucedió; a lo mejor nada.

A lo mejor el recado no tenía importancia –no puedo imaginar que aquella gente tuviera algo importante que comunicar con palabras–, o es posible que lo enviaran otra vez. Esa gente, además, reacciona ante la desobediencia o la falta de seriedad únicamente cuando ésta se traduce en pérdida de trabajo o de dinero. Salvo en el caso de que aquel día lo necesitaran en el campo, probablemente ni se dieron cuenta de su ausencia.

Nunca volvió a acercarse al patrón.

Solía verlo de lejos, a caballo, y más tarde empezó a observarlo: la forma de montar, sus gestos y amaneramientos, el modo de hablar. Me contó que a veces se escondía y hablaba solo: utilizaba los gestos y el tono del patrón y se dirigía a su propia sombra, proyectada sobre la pared del establo o el terraplén de una zanja: “No vuelvas a llamar a mi puerta principal en tu vida. Vas a la puerta de la cocina y se lo dices a un negro.

No vuelvas a llamar a esta puerta en tu vida”, con su pobre pronunciación plebeya, que distorsionaba las palabras, subrayada por la imitación de los gestos de aquel hombre holgazán y arrogante que, inadvertidamente, había dado un golpe mortal a aquello que personificaba y sintetizaba y que era lo único que le permitía respirar.

Creo, aunque no me lo haya contado, que se escabullía del campo, del surco y del azadón abandonado y se escondía cerca del portón de la casa grande y esperaba a que el señor pasara. Lo único que me dijo es que no odiaba en absoluto a aquel hombre, ni siquiera aquel día en la puerta, con el negro riéndose a su espalda. Y que la razón por la que se escondía para mirarlo y admirarlo era que su gente creía quedebía odiarlo, y que él sabía que no podía.

Luego se casó, y fue padre y propietario de una tienda en la encrucijada. El proceso debió ser para él algo semejante a la escueta afirmación siguiente: de pronto se vio mayor y casado y propietario de una tienda desde la que se veía a lo lejos la casa grande. No creo que recordase el proceso de haber crecido y conseguido la tienda mucho mejor que el camino, el sendero que había de atravesar para llegar al portón y agazaparse a tiempo en la maleza. Lo había cumplido del mismo modo. El paso real del tiempo, la atenuación se habían condensado en un instante olvidado; su cuerpo extraño –ese vehículo en el que viajamos de una estación desconocida a otra como en un tren, sin advertir cuándo la máquina cambia o cuándo deja un vagón aquí y engancha otro más adelante, sin recibir más que un pitido nuevo y extraño– se había metamorfoseado e inventaba para él nuevos y pequeños deseos y compulsiones que obedecer o mimar, conquistados o rendidos o sobornados por el pequeño cambio dejado por su incesante sueño cuando se apostaba entre los matorrales ante el portón, a la espera de ver pasar a aquel hombre que desconocía su nombre y su cara y el implacable propósito que él –el hombre– había levantado sobre esa parte femenina de todo niño donde la ambición yace fecunda y expectante.

Era, pues, un comerciante; ocupaba un escalón por encima de su padre y hermanos, que seguían hipnotizados y pegados a la tierra ingrata e ineluctable. No sabía ni leer ni escribir; vendía a crédito bobinas de hilo y latas de rapé y bielas de pulidora y rejas de arado, y lo llevaba todo en la cabeza durante la jornada y lo recitaba sin equivocarse en un centavo mientras su mujer lo apuntaba en el libro de caja sobre la mesa de la cocina después de la cena.

Existía otra característica de la que se sentía un tanto avergonzado y un tanto orgulloso: su naturaleza de hombre, su Yo, y el sueño en conflicto. Brotaba de su relato

como una pintura, como un cuadro. El patrón ya un anciano, había retornado ya calladamente a sus vicios impotentes.

Seguía cabalgando aún un poco por sus tierras, pero la mayor parte del tiempo la pasaba tendido en calcetines sobre una hamaca del patio, entre árboles, el hombre que siempre había podido llevar zapatos todo el día, todo el año. Martin me lo contó: "Eso era lo que tenía decidido –me dijo–. Hubo un tiempo en que pensaba que si llegaba a poder llevar zapatos todo el tiempo... ya sabe. Y luego descubrí que quería más. Quería remediar definitivamente tal carencia y poder llevar zapatos continuamente y situarme en una posición en la que si quisiera podría poseer cincuenta pares y llegar incluso a no desear llevar ninguno".

Y cuando me decía esto estaba sentado en la silla giratoria, detrás del escritorio, en calcetines, con los pies apoyados en un cajón abierto.

Pero volvamos al escenario de los hechos. Es de noche; una lámpara de aceite arde sobre una caja puesta de pie en el suelo de la angosta despensa; es la despensa de la tienda, y se halla atestada de barriles y cajas sin abrir, y en la pared cuelgan de unos clavos rollos de cuerda nueva y repuestos de arneses; los dos hombres –el anciano con el bigote manchado y blanco y los ojos que ya no ven bien y las manos vacilantes de venas azules, y el joven, el campesino en su primera madurez, de semblante frío y con el viejo hábito de la deferencia y la emulación y acaso del afecto (se ha de amar u odiar aquello que se imita) y seguramente un poco de admiración respetuosa– cara a cara, a cada lado de la caja, sobre la que están las cartas (utilizan clavos forjados como fichas); un vaso y una cuchara en la mano del viejo, y la jarra de whisky en el suelo, bajo la sombra de la caja.

—Tengo tres reinas –dice el patrón, extendiendo las cartas en una trémula y triunfante hilera–. ¡Supera eso, voto a bríos!

—Muy bien, señor –dice el otro–.

Me tenía engañado otra vez.

—Eso pensaba. Voto a bríos, vosotros los jóvenes confiáis siempre en la suerte...El otro extiende sus cartas. Tiene las manos nudosas, deformadas por el arado; maneja las cartas con cierta lentitud que a primera vista parece rigidez y torpeza, de forma que a nadie se le ocurriría volver a mirarlas: y menos a un hombre cuyos ojos están no sólo nublados por la edad sino también un poco ofuscados por el alcohol.

Pero dudo de que aquel joven dependiera tan sólo del alcohol, de que utilizara el alcohol con tal propósito.

Sospecho que estaba absolutamente seguro de sí mismo, que se había tomado sus lentas y pacientes precauciones, del mismo modo que habría salido a practicar con el hacha antes de acometer la tala de una vega de cipreses para vender luego leña.

—Creo que sigo teniéndola –dice.

El patrón ha hecho ademán de alcanzar los clavos. Y ahora se inclina hacia adelante. Lo hace lentamente; sus trémulas manos están suspendidas sobre los clavos. Se echa hacia adelante, mira hacia el otro extremo de la caja, sus movimientos se hacen más lentos por momentos. Es como si supiera lo que va a ver. Es como si todo el gesto careciera de convicción, como cuando uno trata de asir dinero en un sueño y sabe que no está despierto.

—Acércalas –dice–. Maldita sea, ¿quieres que las vea desde aquí? –El otro las acerca hacia el anciano: son las siguientes: 2, 3, 4, 5, 6. El patrón las mira. Su respiración es pesada. Vuelve a sentarse, coge con mano trémula un cigarro mordido y frío del borde de la caja y chupa, y cigarro y boca tiemblan al contacto; entretanto el otro lo mira, inmóvil, con la cara un poco inclinada, sin ademán aún de coger los clavos. El patrón maldice, chupa el cigarro–.

Ponme un ponche –dice.

Así es como empezó. Vendió la tienda, y con mujer e hija se vino a esta población, a la ciudad. Y llegó aquí exactamente en el momento apropiado; tres años después de la victoria americana. De otro modo, a lo máximo que había podido aspirar es a tener otra tienda, y quizá retirarse a los sesenta. Pero ahora, con sólo cuarenta y ocho años (hay una cierta ironía que domina los actos de los potentados. Es como si detrás de la silla de

cualquier mesa a la que se sienten se recortaran inclinadas y prosélicas sombras, y cada una de ellas hiciera el gesto familiar e inmemorial de la fortuna y la buena suerte, y cuyo grito triunfal a cada golpe afortunado rugiera, aunque estentóreamente, por debajo de su propia exultación; hasta que un día el poderoso se vuelve aterrorizado ante el rugido sardónico), a los cuarenta y ocho años era millonario. Vivía con su hija, de dieciocho años; su esposa llevaba ya diez años bajo un cenotafio de mármol que había costado veinte mil dólares y estaba situado entre los apellidos prominentes en el sector más viejo del más viejo cementerio: había comprado la parcela en una subasta por quiebra. Padre e hija vivían en cuatro o cinco acres de terreno, en una casita de estilo español; era nuestra zona residencial más nueva. Su hija lo traía cada mañana en un dos plazas color limón que alcanzaba las cuarenta y cinco millas por hora a lo largo de la avenida, y llegaban a los saludos de los guardias de tráfico y la inhóspita oficina, donde se sentaría en calcetines y leería en el "Sentinel", con fría e ilusoria expectación, la lista anual de "debutantes" en el baile de los Chickasaw Guards que tenía lugar cada diciembre.

La casita española era reciente.

El primer año vivieron en habitaciones alquiladas, y el segundo se mudaron – exigencias compulsivas de su pasado campesino– a la casa mayor y más cercana al centro, a los tranvías y el tráfico y los anuncios luminosos que pudo encontrar. Su esposa seguía insistiendo en hacer las labores de la casa. Seguía deseando volver al campo o, en última instancia, comprar una de esas casitas pulcras y escuetas, rodeadas de diminutos céspedes y huertos y con gallineros asépticos, que se hallan en las carreteras nada más salir de la ciudad.

Pero él empezaba ya a afirmarse en un marco de casa de ladrillo con columnas en un amplio y levemente sórdido césped de magnolias; reconocía ya a primera vista los apellidos ilustres –Sandeman, Blount, Heustace– en los periódicos y en la guía telefónica.

Compró la casa, pagó tres veces su precio; y ello mató a su mujer. No el pago de un precio excesivo por la casa, sino el ver cómo aquel hombre, que hasta entonces había dominado toda circunstancia, se hacía el enconadizo con los vecinos con aquella paciente casualidad con que solía esconderse en la maleza cerca del portón de la casa grande, y entablaba una especie de armisticio de seto con los hombres, mientras sus esposas permanecían frías y entraban y salían por sus avenidas de acceso en sus limusinas un tanto anticuadas sin dirigir la mirada al otro lado del boj o la alheña divisorios.

De modo que ella murió, y él contrató a un matrimonio –italianos– para que se hiciera cargo de la casa. No negros todavía, dése cuenta. Aún no estaba preparado para ellos. Tenía la casa, la apariencia externa y la forma, pero todavía no estaba seguro de sí mismo, todavía no estaba preparado para afirmar en la vida práctica su convicción de superioridad; no quería arriesgar aún aquello que había sido una vez su salvación. Todavía no había aprendido que el hombre es circunstancia.

La casita de estilo español vino cinco años después. Regaló prácticamente la mansión –para entonces empezaba a aprender– y mandó construir la nueva casa: un esplendor de estuco con patios y terrazas y hierro forjado, semejante a la sublimación última de una gasolinera. Acaso sintió que allí él y ellos –el campesino sin pasado y los negros sin futuro– tendrían al fin un improvisado comienzo nacido de la pura paradoja.

La casa estaba atendida por una legión de negros: demasiados, más de los que podía llegar a necesitar en ocasión alguna. No lograba hacer que le gustaran; no lograba sentirse a gusto con ellos: el murmullo triste y constante y suave de sus voces que le llegaba desde la cocina, siempre en la frontera de la risa, le hacía volver pese a sí mismo, que seguía utilizando el dialecto plebeyo y aspirando su rapé barato sin ningún escrúpulo íntimo en presencia de políticos urbanos y jueces y contratistas, aquel día en que, sin dejar de sentir los dientes y los ojos del negro en la penumbra del vestíbulo, bajó con la espalda erguida por el camino de acceso a la casa grande y se alejó de su infancia para siempre, flanqueado por las dos voces: la que decía "No puedes correr", y la que decía "No puedes llorar".

—Así que me quedé con Tony y su mujer para que se encargaran de los negros –me contó–, para que los mantuvieran ocupados.

Es posible que creyera lo que decía. Es posible que ni siquiera se hubiera aventurado a confesarle la monstruosa forma de su ambición, de su delirio. No se la había confesado a su hija, ciertamente, cuando viajaban a la ciudad cada mañana; eso fue tan sólo hasta que ella tuvo dieciséis años; en el curso del año siguiente uno de los criados negros tomó a su cargo el llevarlo a la ciudad, pues la chica se pasaba la mayor parte de la noche bailando y paseando en coche y no se levantaba hasta las diez o las once de la mañana.

—¿Con quién estuviste anoche? —le preguntaba él, y ella, que en sus dieciséis años había aprendido más del mundo que él en cuarenta y ocho; de aquel mundo divorciado de toda realidad y necesidad, mencionaba los apellidos que él deseaba oír: Sandeman, Heustace y Blount. Y a veces era verdad; y también que había encontrado a su acompañante en un baile. Sólo que olvidaba mencionar en qué baile, en qué lugar: el pabellón al aire libre en West End Gardens, al que acudían los sábados por la noche los vástagos de los Blount y los Sandeman y los Heustace, con botellas de alcohol de Govelli, para conseguir estenógrafas y dependientas. Yo mismo la he visto allí, una criatura delgada que vestía con exageración pese a los dos meses que pasó en aquel convento de Washington. El propio Martin la llevó a Washington, con la lista de escogidas direcciones entresacadas del "Sentinel": "Señorita fulana de tal, hija de fulano de tal, Sandeman Place, residencia de vacaciones". Me agrada imaginarlos juntos en ese viaje de treinta y seis horas (probablemente, y a pesar del poder de él y de la pequeña dosis de sofisticación urbana de ella, derivada de la adulación de los dependientes en las tiendas, su primera experiencia en un coche Pullman) viendo cómo se desplegaba el mundo más allá de la ventanilla del compartimento con esa emoción inolvidable de los primeros viajes, esa atenuación de uno mismo, ese aislamiento y escisión que tiene lugar cuando asimilamos por primera vez la incontrovertible realidad de la redondez de la tierra, mientras gradual pero indefectiblemente nuestro espíritu desciende hasta gatear de nuevo en tierra para aferrarse a lo cercano, una vez postrado por la ruptura de su armisticio con el horror del espacio.

Probablemente no hablaron ni una sola vez de lo que iba viendo: los nuevos paisajes, las montañas que se alzaban remotas y profundas como lo incognoscible último en que la empequeñecida afirmación del campesino con los labios llenos de rapé y las direcciones anotadas a lápiz, y la campesina de cabellos con ese matiz inconfundible de gastada sogá hecha de fibra vegetal del mar: emblema y alcuña del campesino sudista blanco y pobre.

Y no hay que olvidar su cara, su pequeña cara pintada. Se volvía más y más silenciosa por momentos. Aquí, en casa, también ella había estado a la altura de toda circunstancia, pero en Washington era como si el mero recorrido de aquella distancia, de su vuelta momentánea al medio rural, la hubiera despojado de todos aquellos años de desvelos. Disfruto imaginándolos de implacable gira por las direcciones en un coche alquilado; ella silenciosa, vigilante, insinuándosele ya en la pequeña y plana y viva cara el inicio de ese algo oscuro e inarticulado y hondo que uno advierte en la cara de los perros, menos afortunada y más irremediabilmente campesina que él, que tenía cierta confianza en sí mismo por mera limitación al no ser consciente de su condición, ya que las mujeres reaccionan con más presteza.

Él era quien hablaba; aguardaban en las apacibles, vagamente claustrales salas de espera mientras las hermanas y las madres superiores (había elegido un convento católico: tenía todos los delirios de un Napoleón, ya ve; también él era capaz de remontarse, ocasional e inconscientemente, por encima de las ancestrales voces que moldean a un hombre) entraban con placidez sibilante, con su toca y sus semblantes serenos y ajenos a este mundo. Y la dejó allí: una figura pequeña y desgarrada y delgada, con lágrimas en las mejillas y los ojos mudos y alucinados.

—¿Es que no quieres quedarte en un sitio donde puedes conocer a las chicas? —dijo él—. Podrás hacer amigas y así volveréis todas juntas en el mismo coche y a tiempo para el baile.

Se refería al baile de los Chickasaw Guards. Pero ya le hablaré de ello.

De modo que la dejó allí y se volvió a casa con la misma ropa con que había salido de ella, pero con una nueva lata de rapé.

Me contó ese detalle: se le había acabado la lata de rapé y empleó una noche en ir hasta Virginia a comprar otra. Me enseñó la lata; la sujetaba en una mano.

—Cuesta cinco centavos más —dijo—, y no se puede comparar de ningún modo con las nuestras. Bajo ningún concepto. Vaya, si cuando tenía la tienda le vendo a un tipo una de estas latas, me echan de la región. —Estaba sentado, en calcetines, con el “Sentinel” abierto en la página de sociedad, donde ya se empezaba a rumorear acerca del baile de los Chickasaw.

Los Chickasaw Guards y su baile anual eran instituciones.

El grupo se organizó en 1861, y el primer baile tuvo lugar el mismo año: ellos —los Blount y los Sandeman y los Heustace— vistieron sus uniformes nuevos al son de los instrumentos de cuerda; sus mochilas yacían apiladas en la antesala; a medianoche el tren de la tropa partió para Virginia. Cuatro años después volvieron dieciocho de ellos, con las rosas marchitas de aquella noche aún prendidas en sus guerreras ajadas. Durante los quince años siguientes el grupo fue predominantemente político; llegó a ser prácticamente una sociedad secreta cuyos miembros se hallaban diseminados por el Sur, proscritos por el gobierno federal, hasta que el régimen de los politicastros del Norte acabó con la gallina de los huevos de oro. Entonces se convirtió en social, aun cuando conservara su estructura militar como unidad de la National Guard. Así pues, se había convertido en dos organizaciones distintas, con una esquemática jerarquía de oficiales del ejército —un coronel, un mayor, un capitán y un alférez— a quienes por deferencia se les permitía asistir a su principal manifestación anual: el baile de diciembre en el que tenía lugar la presentación de las “debutantes”. La auténtica jerarquía era social, prácticamente hereditaria, y asignaba a sus oficiales nombramientos de una distinguida e invertida casta militar con impasible inobservancia de los usos militares. En otras palabras: cualquiera que lo deseara podía ser coronel, pero el título de cabo abanderado confería a su titular un aura de honor semejante a la de Lancelot, una pureza de motivaciones como la de Galahad, la alcurnia de Man o. War⁴. El grupo participó en la guerra europea, y los Sandeman y los Blount y los Heustace militaron en sus filas, al igual que el cabo abanderado.

El actual cabo abanderado era el doctor Blount. Soltero, de unos cuarenta años, desempeñaba el cargo desde hacía doce años —llevaba ya treinta y cinco en manos de su familia— cuando Martin fue a visitarlo dos semanas después de haber dejado a su hija en el colegio de Washington. Esto no me lo contó Martin. No es que le hubiera importado admitir una derrota momentánea, sino que sabía de antemano que iba a ser derrotado esta primera vez, quizá porque por primera vez en su vida se veía obligado a salir a comprar algo en lugar de venderlo sin moverse de la silla de su despacho.

No había nadie a quien pudiera pedir ayuda, ya ve. Sabía que sus jueces y comisarios y gente de tal índole no tenían peso alguno en este caso, pese a sus cuellos de lino. Tampoco habría dudado en utilizarlos a tal fin si hubiera sido posible, pues, como Napoleón, también no habría vacilado en hacer que sus quimeras sirvieran a sus fines prácticos, o viceversa si usted quiere. Y así es como un hombre adquiere conocimientos prácticos haciendo que sus fines prácticos sirvan a sus quimeras. Pues el hacer que los hechos materiales sirvan a sus fines prácticos únicamente adquiere hábito.

Así que fue a ver al doctor Blount, al presidente hereditario.

Al doctor Blount le había correspondido también una suerte de concesión hereditaria para el ejercicio médico entre las viejas damas, algo así como una asesoría legar heredada, un asunto de consultas relativas a la dieta y a diversas indisposiciones distinguidas que tenía lugar a la cabecera de las pacientes, con la añadidura quizá de un café o una copa de vino servido por un mayordomo negro que le llamaba señor Harrison y le preguntaba por la salud de su madre.

Tenía un consultorio, sin embargo, y él y Martin se hallaban ahora cara a cara a cada lado del escritorio —el doctor con su cara delgada y su pelo escaso y su interrogativa mirada tras los quevedos a caballo de su nariz delgada, y el visitante con su traje barato sin

⁴ Man o. War: legendario caballo de carreras norteamericano. (N. del T.)

planchar y cierta dosis de aquella torpeza, de aquel conocimiento previo de la derrota, mudo y alerta, que su hija había paseado por Washington aquel día.

Al cabo de unos instantes el doctor Blount dijo: —¿Sí? ¿Quería usted verme?

—Imagino que usted no sabe quién soy —dijo Martin, y en sus palabras no había interrogación ni desaprobación ni apremio: eran tan sólo una afirmación, un hecho que a ninguno de ambos interesaba.

—No puedo decir que sí. ¿Quería usted...?

—Mi nombre es Martin. —Blount lo miró—. Dal Martin. —Blount lo miró, alzando un tanto las cejas. Luego sus ojos, mientras Martin observaba su cara, quedaron vacíos.

—Ah —dijo Blount—. Ahora recuerdo el nombre. Usted es... constructor, ¿no es eso? Recuerdo haber visto su nombre en el periódico en relación con el asfaltado de la avenida Beauregard. Pero no pertenezco a la comisión municipal; me temo... —Su semblante se despejó—. Ah, comprendo.

Viene a verme con motivo de la propuesta de nuevo blasón para los Chickasaw Guards. Pero yo...

—No es eso —dijo Martin.

Blount calló; había arqueado levemente las cejas.

—¿Entonces qué...?

Y Martin se lo dijo. Sospecho que lo expuso llanamente, en una única y escueta frase. Y sospecho que durante unos instantes el corazón de Martin se henchió dentro del pecho, y que las sombras inclinadas a su espalda se inclinaron sobre él aún más en una honda aspiración de gozo, pues el doctor permaneció sentado ante su escritorio con absoluta placidez.

—¿Cuál es su linaje familiar, señor Martin? —dijo el doctor Blount.

Martin le habló de su familia y de su hija, y Blount escuchaba con ese interés frío, con ese conocimiento del universo femenino que Martin no poseía ni jamás poseería, y que había adivinado a primera vista sus ilusiones en relación con la chica.

—Ah —dijo Blount—. No dudo que su hija sea en todo punto merecedora del alto lugar al que obviamente está destinada. —Se levantó—. ¿Es eso todo lo que quería de mí?

Martin no se levantó. Miraba a Blount.

—Hablo de dinero en efectivo —dijo—. No le estoy ofreciendo un talón.

—¿Lo lleva encima?

—Sí —dijo Martin.

—Buenos días, señor —dijo Blount.

Martin no se movió.—Doblo la cantidad —dijo.

—Dije buenos días, señor —dijo Blount.

Se miraron. Martin no se movió.

Blount pulsó el zumbador que había sobre el escritorio; Martin siguió su mano con los ojos.

—Supongo que sabrá que puedo causarle problemas —dijo.

Blount cruzó el despacho y abrió la puerta: el secretario esperaba en el umbral.

—Este caballero desea irse —dijo.

Pero Martin no se dio por vencido.

Lo imagino sentado en su oficina, en calcetines, con los pies sobre un cajón abierto y avanzando despacio el labio inferior, pues Martin pensaba que todo hombre es susceptible de sucumbir ante sus apetitos.

—Fue el dinero —dijo—. ¿De qué diablos le sirve el dinero a un tipo como él? Ahora bien, ¿de qué se tratará en su caso?

No lo descubrió hasta el año siguiente. Su hija había vuelto a casa al cabo de dos meses de estancia en Washington; faltaba una semana para el baile. La recibió en la estación.

Ella se bajó del tren llorando y allí de pie, en las cocheras, siguió llorando sobre el abrigo de su padre, que le daba golpecitos torpes en la espalda.

—Venga, venga —decía él—. Venga.

No importa. Da lo mismo. Puedes quedarte en casa si lo prefieres.

La chica tenía mejor aspecto; la pena, la nostalgia, la postración la habían refinado; la postración, ese miedo innato a las ciudades que el campesino sólo pierde cuando, gracias a las mayores posibilidades, obtiene de una ciudad concreta una existencia más bucólica que la conocida anteriormente, que la que su carne y sus huesos conocían antes de llegar a ser su carne y sus huesos. Al principio Martin pensó que eran otras chicas del convento las que habían hecho infeliz a su hija.

—Dios —dijo—. Dios, ya les enseñaremos. Que me cuelguen si no.

La madre superiora le decía en su carta que la chica se había sentido mal, y así lo dejaba traslucir la propia chica. Pero tenía mucho mejor aspecto. Era como si por primera vez en su vida hubiera encarado algo de lo que no pudiera ocultarse tras la pequeña máscara de pintura y polvos costosos, con espúreos nombres franceses, aplicados al estilo de una camarera de restaurante de estación de servicio prendada de Hollywood; tras los pequeños amaneramientos urbanos y toda esa intensa e incesante preocupación de la mujer por las seguras trivialidades a las cuales —con esa vieja agudeza femenina vivida desde más antiguo y mucho más práctico que cualquier inventado dogma masculino— se aferran.

Pero aquello no duró mucho. Pronto se la volvió a ver con el semblante vivo y descontento visitando breve y sucesivamente esos clubs nocturnos de espúreo aire neoyorquino —Chinese Gardens, Gold Slippers, Night Boats—; con todo, el rasgo más dominante en su semblante era su expresión de incredulidad, de duda: su sangre campesina era incapaz aún de aceptar cabalmente la realidad de las cuentas sin límite de gastos en los establecimientos de ropa interior o pieles o automóviles, mientras explicaba a su padre que sus acompañantes eran Blount o Sandeman.

Él nunca vio a tales galanes. Estaba demasiado ocupado; había descubierto qué era lo que podía hacer claudicar a aquel maldito tipo a quien el dinero no le importaba en absoluto.

Pero en cualquier caso no le habría preocupado quiénes eran los acompañantes de su hija, con tal de que no fueran parias, gente como Popeye y los drogadictos y los indios a quienes utilizaba, “lo mismo que utilizaría una mula o un arado. Pero no con parias. Que no te vea con parias”, le decía.

Era su única prohibición. Estaba muy ocupado; fue el invierno siguiente, había transcurrido un año desde su primera entrevista con el doctor Blount; sentado en su oficina, con los pies sobre un cajón, pensaba en él cuando de pronto lo descubrió. Aquel hombre, naturalmente, no actuaría movido por propio interés de lucro; y entonces lo descubrió: iría a verle y le ofrecería donar las nuevas armas de los Chickasaw Guards si incluía el nombre de su hija en la lista anual del baile.

Ya no abrigaba ningún temor a ser rechazado. Se puso en camino inmediatamente, a pie, sin prisa. Era como si el asunto se hubiera ya zanjado, como si se tratara de dos cartas, la pregunta y la respuesta, echadas al mismo tiempo en el buzón. No pensó en el otro hombre hasta que entró en el edificio. Me gusta imaginarlo —alguien en quien nadie se fijaría dos veces— caminando a grandes pasos por la calle y entrando en el edificio y deteniéndose a media zancada ante la iluminación repentina que inundó su cara; una convicción, mientras las sombras invisibles que se inclinaban a su espalda alzaban las manos en señal de triunfo. Prosiguió luego —nadie habría advertido aquel instante— y subió hasta el piso décimo y entró en el despacho del que una vez fue expulsado y se encaró con el hombre que le ordenó salir entonces e hizo su oferta desnuda con una única frase: “Ponga a mi hija en la lista y

construiré una galería de arte y la bautizaré con el nombre de su abuelo muerto en 1864 cuando peleaba en la unidad de caballería de Forrest”.

Y también me agrada imaginar al doctor Blount. ¿No le imagina usted diciéndose a sí mismo: “Es por la ciudad, por los ciudadanos; no sacaré nada con ello, ni una pizca más que cualquier inquilino de una casa de vecinos”? Pero el hecho mismo de que tuviera que hacerse tal consideración era un indicio. Tal vez se debió en parte a que no podía contar la verdad de aquel asunto, aunque tampoco podía dejar que la ciudad creyera una mentira; tal vez en ocasiones pensaba que todo había sido un sueño, que había soñado las palabras irrevocables; tal vez, de cuando en cuando en aquel verano, había logrado persuadirse de que lo había soñado, diciéndose: “¿Cómo habría podido decir que sí? ¿Cómo habría sido capaz?” Él tenía en sí la médula, ¿entiende?, la sangre vieja, el viejo sentido del honor muerto en el resto de América, pues sólo en el Sur lo mantenía vivo un puñado de viejas damas que consistieron en el 65, pero que nunca se rindieron.

Así que una noche, el día en que el asunto se hizo irrevocable, en que sobre el emplazamiento previsto el letrero metálico descubrió la leyenda recién inscrita: ...Galería de arte a la memoria de Blount. Arquitectos: Windham y Healy..., acudió a una de las damas, una mujer que desde hacía quince años venía consultándole casi hasta el hecho de levantar una ventana. Ellas tenían también en sí la médula, ¿entiende? Y no es que ella le aconsejara hacer lo que hizo; probablemente se rió de él con un tanto de simpatía y un tanto de desprecio, y tal vez fue eso lo que él no pudo soportar; aquella misma noche fue a ver a Martin. Había envejecido diez años –contaba Martin–, y allí de pie, pues no quiso sentarse, expresó también sin ambages el motivo de su visita: —Debo pedirle que me permita retractarme y me libere de nuestro acuerdo.

—¿Quiere decir que...? —dijo Martin.

—Sí. Absolutamente. Por ambas partes.

—Ya se ha firmado el contrato y el terreno está listo para la excavación —dijo Martin.

Blount hizo un breve gesto.

—Lo sé —dijo. Del bolsillo interior sacó un fajo de papeles—. Son bonos por valor de cincuenta mil dólares; es todo lo que tengo. —Se acercó y los dejó sobre la mesa, al alcance de Martin—. Si no fuera suficiente, tal vez acepte un pagaré por la diferencia que estime conveniente.

Martin no miró los bonos.

—No —dijo.

Blount permanecía al lado de la mesa, con la cabeza baja.

—No creo que me haya expresado con claridad. Quiero decir...

—¿Quiere decir que, acceda yo o no, va a quitar el nombre de mi hija de la lista del baile? —Blount no respondió. Siguió junto a la mesa—.

No puede hacerlo. Si lo hiciera, yo tendría que explicarlo todo al contratista, y quizá a los periódicos. No había pensado usted en ello, ¿verdad?

—Sí —dijo Blount—. Sí, había pensado en ello.

—Entonces no veo que podamos hacer algo al respecto. ¿Y usted?

—No —dijo Blount. Había cogido algo de la mesa, pero volvió a dejarlo y se volvió y se dirigió a la puerta.

Miró a su alrededor—. Muy acogedor todo esto —dijo.

—A nosotros nos gusta —dijo Martin. Blount siguió hacia la puerta mientras Martin lo observaba—. Olvida sus bonos —dijo. Blount se dio la vuelta y se acercó y recogió los bonos y se los volvió a guardar con cuidado en el bolsillo.

—Me gustaría poder exponerle con claridad mi situación —dijo—. Pero si pudiera hacerlo, usted no sería usted y ya no haría falta. Y yo no sería yo y nada tendría importancia.

Salió de la habitación, y el mayordomo negro –que sabía bien quién eracerró la puerta a su espalda, y Martin siguió sentado, en calcetines, en la caverna de un salón anegado por las mudas y exultantes risas ahogadas de sus sombras.

Lo encontré sentado así a la mañana siguiente, cuando entré en su oficina.

—Vaya noticia la de esta mañana –dije.

—¿Qué noticia? –dijo él—. Aún no he leído los periódicos.

—¿Qué? ¿Que no ha oído que el doctor Blount se suicidó anoche?

—¿El doctor Blount? Vaya, que me cuelguen. Así que perdió ese dinero, ¿no?

—¿Qué dinero? No puede perder ningún dinero; su fortuna la administra un abogado.

—Entonces, ¿por qué se mató? –dijo Martin.

—Eso es lo que se preguntan cien mil personas desde las ocho de esta mañana.

—Vaya, que me cuelguen –dijo Martin—. Pobre, maldito estúpido.

Su mente no alcanzaba a ver la relación, ya ve. Con su innato y descarado recelo de todas las mujeres, incluida la de su propia familia, no podía concebir que a hombre alguno le preocupase la presencia de una mujer más o menos en alguna parte, y en cuanto al honor personal... Pero él tenía el propio. O puede que se limitara a cumplir su parte del trato.

Fuera como fuese, los trabajos de construcción de la galería de arte continuaron; para noviembre, cuando el “Sentinel” publicó la lista de “debutantes” de aquel año, en la que figuraba el nombre de su hija, el sereno contorno del ático del edificio, cuyo exterior se hallaba ya terminado, se recortaba contra el marchito follaje del parque.

Así, que hacía dos semanas que había leído el nombre de su hija en el lugar en que su convicción, su quimera lo había impreso diez años atrás, y se hallaba ahora sentado en la única silla de su escritorio, inmóvil, tal como Govelli lo había dejado, cuando sonó el teléfono. Sin cambiar de posición extendió la mano y lo acercó hasta él y lo descolgó. Era Govelli.

—Sí... ¿Está ya fuera? ¿Y el coche también...? Mándelo a mi casa y luego dígame lo que dije. –Colgó el teléfono. “Malditos latinos”, se dijo. “Tengo buena cabeza”. Miró el teléfono sin moverse. “Todavía la tengo”, se dijo. “Que me cuelguen si no”.

Abrió un cajón y sacó la lata de rapé, idéntica a la que podría encontrarse en diez mil monos de trabajo en un radio de diez millas en torno a la ciudad, y la destapó y echó sobre la tapa una cuidadosa y exigua cantidad y la puso dentro del labio inferior proyectado hacia fuera y volvió a cerrar la lata, con el labio ligeramente abultado de forma idéntica a la de otros miles cuyos dueños se sentaban en carcomidos porches de perdidas tiendas rurales por toda la región.

Y seguí sentado cuando el policía de paisano entró en la oficina con el parte de la detención, la denuncia.

—Ha sido uno de los novatos –dijo el policía—. Debería saber lo que no debe hacer. Le he dicho a Hickey, a quienes había que despedir. –De su chaqueta de sarga desaliñada y con brillos sacó un grasiento billeteo; buscó en él la denuncia y la puso sobre el escritorio—. El maldito imbécil siguió en sus trece y escribió la multa e hizo la detención, pues la chica no quería cogerla. Se la trajo a la comisaría, a pesar de que la chica no dejaba de repetirle quién era.

Hickey saltó sobre él hecho una fiera. Pero la denuncia estaba hecha, y aún rondaban por la comisaría aquellos dos periodistas que entraron con Popeye, sin olvidar todas esas malditas mujeres que denuncian a gritos la corrupción y todo eso.

Martin miró la denuncia; no la tocó. Aquello era lo único de su hija que le producía irritación. Odiaba la torpeza, ya ve, pues a la torpeza sigue siempre la publicidad, aunque se trate únicamente de no respetar una luz roja. Pero de cuando en cuando la chica solía hacerlo, y yo supongo que aquel policía de tráfico era el único tipo en la ciudad que no conocía el dos plazas amarillo. Él nunca se cansaba de repetirle a su hija que las leyes insignificantes son las únicas que no pueden transgredirse impunemente. No con esas palabras, naturalmente. Probablemente le dedicaba sermones sobre la observancia de la ley que no habrían desentonado en los boletines de la escuela dominical. Pero ella seguía

haciéndolo. No demasiado a menudo, pero lo suficiente para él, que, una vez alcanzada la cota de ambición, seguramente no podía entender por qué ella necesitaba hacer algo distinto a vegetar hasta que llegara y pasara aquel día de diciembre.

Así que se quedó meditando sobre el papel de la denuncia mientras el policía apoyaba el muslo en el borde del escritorio, como había hecho Govelli, y se quitaba el sombrero hongo y sacaba de la copa un cigarro mediado y lo encendía. Desde el despertar del Sur, hace unos veinticinco años, nuestras ciudades han estado imitando a Chicago y Nueva York. Y lo hemos conseguido; mejor aún de lo que pensábamos. Pero estamos ciegos; no nos damos cuenta de que uno sólo puede imitar los vicios del modelo, de que la virtud es accidental incluso en quienes los practican. Pero respecto a nuestra corrupción sigue habiendouna especie de torpeza amable, una especie de caótica y exasperante inocencia, y mientras seguía allí sentado probablemente pensaba en la cantidad de tiempo que tenía que dedicar a que la corrupción funcionase sin contratiempos; entonces ambos oyeron los rápidos tacones en el pasillo y alzaron la vista en el momento en que se abría la puerta y entraba su hija.

El policía se dejó caer en el escritorio y se quitó el cigarro de la boca y se levantó el sombrero.

—Buenos días, señorita Wrennie —dijo. La chica lo miró fugazmente, una sola vez, con mirada combativa, vigilante, y se acercó hasta el escritorio y lo rodeó y se detuvo junto a su padre. Martin cogió la denuncia.

—Bien —dijo—. Eso es todo. Puede decirle a Hickey que yo me ocuparé de ello.

—Se lo diré —dijo el policía—. Si de nosotros dependiera únicamente, la damita podría saltarse todas las luces: rojas, verdes, azules o violetas.

Pero ya sabe cómo se ponen esos progresistas cuando tienen ocasión de chillar. Como digo siempre, si las mujeres fueran capaces de quedarse en casa, que es el sitio que les corresponde, encontrarían multitud de ocupaciones que les impedirían hacer diabluras. Pero ya sabe cómo son, y ahora empiezan también los periódicos.

—Sí. Me ocuparé del asunto. Muchas gracias.

El policía salió. Martin volvió a dejar la denuncia sobre el escritorio y se recostó en la silla.

—Ya te dije —dijo— que no iba a consentirlo. ¿Por qué tienes que seguir haciéndolo? Te da tiempo de sobra a pararte ante los semáforos.

La chica permanecía en pie junto a la silla.

—Cambió cuando ya estaba en medio del paso de peatones. Yo... —Él la miraba—. Tenía prisa... —Él podía leer en su mente, sabía de antemano sus palabras; ella buscaba con premura qué decir tras su pequeña máscara, pintada, tras sus ojos veloces como ratones.

—¿Adónde ibas tan de prisa?

—Yo... nosotros... Había un almuerzo en Gayoso. Llegábamos tarde.

—¿Llegabais?

—Sí. Jerry Sandeman y yo.

—Jerry Sandeman está en Birmingham. Lo he leído en el periódico.

—Volvió anoche —hablaba con la voz débil, rápida y seca del niño que miente—. El almuerzo era en su honor.

Él la miró a través de esa ceguera, de esa estupidez hija del éxito.

—¿Vino a verte a propósito del baile?

—¿El baile? —Lo miró a través de un abismo de algo muy semejante a la desesperación; acosada, inmóvil, como un animal acorralado que ha agotado todos sus recursos—. ¡No quiero ir a ese baile! —exclamó con voz delgada y débil—. ¡No quiero!

—Vamos, vamos —dijo él. Volvió a mirar la denuncia—. Esos semáforos...

Te lo digo por tu bien. Supón que atropellaras a alguien. Supón que estuvieras andando, que fueras de compras y alguien se saltara un semáforo y te atropellara. Debes

tener en cuenta que en las leyes hay cosas buenas además de malas. Si te paras a pensarlo, verás que su acción es doble.

—De acuerdo. Tendré cuidado. No volveré a hacerlo.

—Procura no hacerlo, pues.

Ella se inclinó y lo besó en la mejilla. Él no se movió. La vio cruzar la oficina con su vivo vestido, con las llamativas cuentas del collar, golpeando el suelo con sus frágiles tacones. La puerta se cerró ruidosamente a su espalda. Él se limpió la mejilla con el pañuelo y examinó detenidamente la tenue mancha escarlata sobre el lino. Luego rompió la denuncia por la mitad y tiró los trozos en la escupidera.

Media hora después seguía allí sentado, inmóvil; sólo su labio inferior se movía lentamente hacia adelante; sonó el teléfono. Era Govelli otra vez.

—¿Qué? —dijo Martin—. Si se trata de nuevo de ese maldito drogadicto...

—Espere —dijo Govelli—. Es un lío gordo. Un mal asunto. Ha atropellado a una mujer. Iba hacia su casa con la mercancía para usted, y la mujer estaba en plena calle con el poli que le estaba ayudando a cambiar una rueda, y la atrapó entre dos coches. El poli que la ayudaba lo detuvo allí mismo. —Martin, con el auricular en la mano, maldecía una y otra vez mientras la débil voz proseguía—: Está grave... la ambulancia... si logran llegar hasta él y habla...

—Quédese allí con él —dijo Martin—. No le deje abrir la boca.

Colgó; fue apresuradamente hasta la caja fuerte y la abrió y sacó otro teléfono. No tuvo que dar ningún número.

—Uno de los muchachos de Govelli acaba de atropellar a una mujer en la calle. Está en la comisaría. Hágalo salir de la ciudad inmediatamente.

Durante un instante se oyó un zumbido en la línea. Luego la voz dijo: —No será fácil esta vez. Los periódicos están ya...

—¿Quién prefiere que se le eche encima, los periódicos o yo?

Volvió a hacerse un breve silencio.

—De acuerdo. Lo arreglaré.

Colgó, pero no dejó el teléfono.

Permaneció ante la caja fuerte abierta, con el teléfono en la mano, inmóvil a excepción del lento movimiento del mentón, por espacio de casi veinte minutos. Al cabo sonó el teléfono.

—Arreglado —dijo la voz—. Lo sacaron de la ciudad antes de que pudiera hablar.

—Perfecto. ¿Qué me dice de la mujer?

—Está en el Charity Hospital.

Le informaré en cuanto reciba el parte médico.

—Perfecto.

Metió el teléfono en la caja fuerte y la cerró. Luego volvió a abrirla y sacó una botella de whisky y un vaso.

Mientras se servía el whisky recordó las dos cajas que Popeye debía haber entregado en su casa y que ahora estaría dentro del coche en la comisaría.

“Malditos latinos”, dijo. Bebió y volvió al escritorio y alargó la mano hacia el teléfono, que sonó antes de que llegara a cogerlo. Siguió sonando durante largo rato, y él esperó con lamano suspendida sobre él mientras con el labio inferior se frotaba lentamente las encías. Al cabo el teléfono dejó de sonar, y se llevó el auricular al oído. Era el Charity Hospital, para comunicarle que la chica había muerto sin recobrar el conocimiento, y que...

—¿La chica? —dijo yo.

—Sí, la que Popeye atropelló —dijo Don. Me miró—. ¿No se lo dije? Era su hija.

Una historia prosaica

I

Sentado tras el pulcro y desnudo escritorio, el doctor Blount miró al visitante. Vio a un hombre ancho, grueso, un poco calvo, con cara gris e impasible y ojos turbios, que vestía un traje barato de sarga sin planchar y una corbata anudada con descuido, y llevaba en la mano un sombrero manchado de fieltro negro.

—¿Quería usted verme? —dijo Blount.

—Usted es el doctor Blount —dijo el visitante.

—Sí —dijo Blount. Miró al hombre, con semblante interrogante y asombrado. Echó una ojeada rápida a ambos lados, como quien busca un arma o una vía de escape—. ¿No desea sentarse?

El visitante con el sombrero en lamano tomó la silla única y de respaldo recto que había más allá del escritorio. Se miraron el uno al otro. El doctor Blount volvió a hacer aquel rápido y brusco movimiento lateral con la cabeza.

—Supongo que usted no sabe quién soy —dijo el visitante.

—No —dijo Blount. Rígido y erguido en su silla, observaba al visitante—. ¿No puedo...?

—Mi nombre es Martin. —Blount no hizo gesto alguno; seguía mirando al visitante—. Dal Martin.

—Oh —dijo Blount—. Ahora recuerdo ese nombre. De verlo en los periódicos. Usted es el político. Pero me temo que ha perdido el tiempo acudiendo a mí. Ya no practico la medicina general. Tendrá que...

—No estoy enfermo —dijo el visitante. Miró a Blount; grueso e inmóvil, desbordaba la silla estrecha y dura sobre la que estaba sentado—. No he venido por eso. Creo que sé más de usted que usted de mí.

—¿Para qué ha venido?

El visitante no dejó de mirarle, y sin embargo, por vez primera, el doctor Blount se acomodó en la silla con más naturalidad, aunque siguió mirando a aquel hombre con curiosidad vigilante.

—¿Qué desea de mí?

—Usted es el presidente —pronunció la palabra con acento campesino— de los soldados de Nonconnah...

—Oh, los Guardias. Sí. Tengo ese cargo. —Miró al visitante; sus ojos se estrecharon, quedaron vacíos a causa de la reflexión—. Sí, ahora recuerdo. Usted tuvo algo que ver con el asfaltado de Beauregard Avenue.

Y viene a verme en relación con nuestra armería. Tendré que desilusionarle: nosotros...

—No es eso —dijo Martin.

—¿No?

Ambos se miraron.

El visitante habló con voz despaciosa, uniforme, cotidiana, con cara impasible y sin dejar de mirar a Blount.

—Tengo dinero. Supongo que lo sabe. No es ningún secreto. Tengo una hija. Es una buena chica. Pero mi esposa murió y no tenemos parientes en Memphis, ninguna mujer que cuide de ella. Que decida por ella a quién debe conocer y a quién no debe conocer; una mujer lo podría hacer. Porque quiero que ella salga adelante. Le estoy dando una base mejor de la que yo tuve, y quiero que sus hijos la tengan aún mejor. Así que debo hacer todo lo que pueda.

—¿Sí? —dijo Blount. No es que adoptara un ademán rígido exactamente, pero poco a poco empezó a inquietarse en la silla mientras seguía mirando al hombre que tenía frente a él al otro lado de la mesa. El visitante hablaba sin prisa, sin énfasis.

—Es bastante popular. Sale todas las noches; va a bailes del West End y de esas salas de las afueras de la ciudad. Pero no es eso lo que quiero para ella.

—¿Qué es lo que quiere para ella?

—Los Nonconnah...

—... los Guardias.

—... los Guardias de Nonconnah dan un baile anual en invierno. Donde van las chicas, las dibu... dibu...

—Debutantes —dijo Blount.

—Debutantes. Sí. Así las llamó mi hija; sus fotos salen en los periódicos. Sus familias han vivido desde hace mucho tiempo en Memphis, tienen calles con sus nombres. Y luego están los hombres. Los muchachos y los jóvenes. Es una buena chica, aunque yo no lleve en Memphis los años que ella tiene y no haya ninguna avenida que se llame Martin... por ahora. Pero vive en una casa tan elegante como la de cualquiera de ellos. Y puedo construir una avenida que lleve el nombre de Martin.

—Ah —dijo Blount.

—Sí. Puedo hacer lo que quiera en esta ciudad.

—Ah —dijo Blount.

—No fanfarroneo. Se lo digo, simplemente. Puede preguntar en Memphis.

—No lo dudo —dijo Blount—. Empiezo a recordar más cosas sobre usted. Uno de sus monumentos está cerca de mi casa.

—¿Uno de mis monumentos?

—Una calle. Se construyó hacetres años y no duró más que uno. Así que tuvieron que levantarla y volverla a construir.

—Oh —dijo Martin—. Wyatt Street. Esos timadores. Les di su merecido. Acabé con ellos.

—Acepte mis felicitaciones por su espíritu cívico. ¿Y ahora quiere...?

Se miraron. Ninguno de ellos lo dijo; ninguno dijo las palabras. Fue Martin quien apartó la mirada.

—Es una buena chica —dijo con voz lenta y sin inflexiones—. Tan buena como cualquiera de ellas. No le avergonzará. Ni a usted ni a nadie de los asistentes. Yo me encargaré de ello.

—Usted es tan experto y tan profeta con las hijas como con los contratos de pavimentación, ¿no es cierto?

—Yo me encargaré de ello. Tendrá mi promesa. Mi palabra.

Blount se levantó con un movimiento rápido. Permaneció muy erguido tras el escritorio; era un hombre menudo, no tan alto como el otro.

—No dudo de que podrá situar a su hija en una posición mucho más alta que la que le conseguirían mis pobres influencias —dijo—. Una posición a la que está obviamente llamada, aunque no fuera más que por ser su hija. ¿Era eso únicamente lo que quería de mí?

Martin no se había levantado.

—Puede que haya pensado que se trata de un cheque —dijo—. Que tendría que pasar por el banco. Se trata de dinero en efectivo.

—¿Lo trae consigo?

—Sí.

—Buenos días, señor —dijo Blount.

Martin no se movió.

—Ponga usted la cifra. Y la doblaré.

—Buenos días, señor —dijo Blount.

Afuera, en el pasillo, el visitante se puso con lentitud el sombrero.

Permaneció allí unos instantes, inmóvil. Movi6 despacio la boca, como si masticara algo. “Ha sido el dinero —dijo al cabo—. ¿Qué necesidad de dinero puede tener un condenado tipo como éste? Pero tiene que haber algo.

Nadie puede decirme que un hombre de carne y hueso...”

li

En el cruce de Madison Avenue con Main Street, donde los tranvías enfilan colina abajo retumbando y crujiendo al tañido de las campanillas que advierten y consuman el cambio de la luz roja a la verde, Memphis es casi una ciudad. Main Street, sin embargo, tanto a derecha como a izquierda, es la ciudad rural a gran escala; las calles podrían haber sido trasplantadas sin cambio alguno del interior de Arkansas o Mississippi: las mismas zonas de aparcamiento con aire de abandono y cuidadosamente pintadas con franjas desvaídas y arañadas por los neumáticos, los mismos escaparates sórdidos llenos de botas de trabajo y tejidos oxford lustrosos y bermejós y ropa interior con etiquetas de saldo, los mismos optimistas y llamativos anuncios de rebajas pintados en ajados y domésticos banderines ondeantes.

En el cruce de Main con Madison, sin embargo, donde cuatro altos edificios dividían en cuatro sus flancos y formaban un túnel vertical en donde el diapason del tráfico resonaba como en el fondo de un pozo, transcurre la vida inquieta y el movimiento de las ciudades; el precipitado y resuelto ir de un lado para otro, como si los componentes atómicos fueran arrojados como nieve dentro de unos límites dados, la prisa hacia cualquiera de las vías de escape y la desaparición como nieve, que al instante se reemplaza y no se echa en falta. Allí siempre hay gente que no está de paso. Unos son mendigos con cuencos de hojalata y lapiceros; otros, charlatanes con juguetes que danzan sobre el pavimento o con panaceas; otros, taquimecanógrafas y empleados y colegiales con pantalones bombachos que esperan el tranvía; otros, ganchos de timbas clandestinas de dados y póquer y de burdeles; otros, visitantes de Arkansas y Mississippi que pasan el día en la ciudad, o banqueros y abogados y esposas e hijas de banqueros y abogados que viven en las espléndidas casas de Peabody y Belvedere y Sandeman Park Place, y que esperan a sus maridos o sus coches particulares. Al pasar tres veces por la esquina, quienquiera que uno sea, verá a alguien conocido y será mirado por otros cincuenta que sentirán interés por el hecho de su paso; así que cada tarde, al dejar el despacho, que estaba en esa manzana, el doctor Blount se detenía en la puerta del edificio, y si era invierno se cubría el cuello y la parte inferior de la cara con la bufanda de seda y se anudaba los botones del abrigo, y decía: “Ahora a pasar este martirio”, y se adentraba en la calle como quien se mete en una bañera de agua fría. Había en el edificio una salida trasera, pero nunca la utilizaba. Solía pararse en la puerta principal, y luego entraba en la incesante multitud y caminaba por la calle en dirección a Madison y torcía hacia el río, hacia el aparcamiento al aire libre donde dejaba el coche, y su paso era algo más rápido hasta que llegaba al coche y abría la portezuela y se montaba y la cerraba tras él. Entonces solía darse cuenta de que había estado sudando. “Es porque no me conocen —se decía—. Sólo conocen mi apariencia; lo que odio ser, no lo que soy”.

No miraba ni a izquierda ni a derecha. La gente de la esquina: granjeros de Arkansas y Mississippi con camisetas de lana o algodón y sin corbata; empleados, mecánicos, taquimecanógrafas con relucientes piernas de rayón y carmín comprado en Woolwarth.s,

veía a un hombre delgado y menudo y atildado, y confundía aquella cara ansiosa, enfermiza por los nervios y la inseguridad, con la de algún próspero propietario de sala de fiestas de las afueras o algún agente de venta o comerciante de algodón; o, en cualquier caso, lo confundía con alguien que tenía dinero en el banco y que dormía bien por las noches en una buena cama, cálida o fresca según su deseo, y en una habitación apenas turbada por el ruido de la ciudad.

Aquella gente no podía saber que hacía tanto tiempo que él se había enseñado a sentir, a través de la chaquetaceñida, el impacto de unos ojos que muy probablemente ni siquiera se fijaban en su paso con curiosidad o conjetura o burla, que ahora llevaba tal impacto sobre sí mismo como partículas de pimienta sobre un trozo de carne cruda, hasta que la portezuela de su cupé se cerraba tras él. En el coche se sentía mejor. Volvería en él hasta la esquina, donde tal vez esperara a que sonara la brusca, estentórea campanilla y tuviera lugar el cambio de luces, y miraría a las gentes no como a individuos, pensamientos, inflexiones, ojos. Entonces no eran sino parte de la escena: las lámparas globulares que descendían en curva y se alejaban a lo largo del asfalto que se empequeñecía gradualmente, como la doble vuelta de un collar de perlas en el pecho oscuro y angosto de una mujer; los edificios, los letreros, el ruido: Memphis, el lugar donde había nacido en la misma casa donde antes que él había nacido su abuelo.

Tenía cuarenta años. Nunca se había casado. Vivía con su abuela, una inválida de noventa años, y con una hermana soltera de su padre. Era hijo único. Su madre había muerto al darle a luz. Su padre, que aún vivía, era un hombre brusco y ruidoso, un hombre práctico, un humilde y próspero médico que gustaba de levantarse a las tres o cuatro de la madrugada para visitar a emigrantes griegos e italianos de los arrabales de la ciudad. Cuando Blount era niño, su padre a veces le provocaba y le hacía hablar y le tendía una celada que le hacía caer en una de esas exposiciones de uno mismo, en una de esas revelaciones inocuas, traiciones de la dignidad que tan trágicas son para los niños. Él salía entonces corriendo de la habitación, seguido del estrepitoso grito de su padre, y subía las escaleras y se escondía en un armario para la ropa blanca. Temblaba, se sentía desfallecer; transpiraba y se atormentaba de impotente congoja, pero nunca lloraba.

Se encogía en la oscuridad con los ojos muy abiertos, con los oídos receptivos a lo preternatural –aunque no supiera a qué–, sintiendo el sudor contra las ropas, sintiendo su cuerpo frío bajo el sudor, pero sin dejar de sudar. Pensaba en la cena, en que tenía que bajar a sentarse a la mesa, y su estómago se enroscaba y se crispaba como un puño, aunque quizá instantes antes de que su padre hubiera logrado que se traicionase a sí mismo había tenido hambre. A medida que se acercaba el momento en que había de sonar la campana para la cena, le parecía que transcurrían años, sufría los tormentos de la indecisión, pues el sudor hacía que sus glándulas trabajaran más, y gustaba la saliva y se sentía hambriento. Se deslizaba en el comedor antes de que la comida estuviera servida, y cuando los otros entraban él estaba sentado en su puesto, inmóvil, con la cabeza baja, como si esperase no un golpe, sino un cubo de agua sobre la cabeza sin previo aviso.

Entretanto su tía había hablado con su padre, que no volvía a importunarle. Allí, sentado en su puesto, se veía comer sin tregua y sentía una especie de horror. Entonces sabía que cuando se acostara quedaría dormido en seguida, y que al cabo de treinta minutos se despertaría como si un reloj hubiera sonado en su interior, y que se sentiría angustiosamente enfermo.

Y al saberlo, mientras estaba sentado en la biblioteca después de la cena viendo a su padre leer el periódico y coser a su tía, sufría un acceso de llanto inexplicable para todos ellos –incluido él mismo– salvo para su tía, que creía entender. “No se encuentra bien desde hace unos días”, decía, y le daba una medicina que él no necesitaba y lo acostaba ella misma, y él se quedaba dormido casi inmediatamente, y se despertaba media hora después y se sentía angustiosamente mal hasta que la naturaleza lo liberaba a un tiempo de cena y medicina. Cuando creció y se convirtió primero en estudiante de medicina y luego en médico, de cuando en cuando seguía viéndose, con el mismo horror y desesperación, arrastrado por las circunstancias a situaciones en que traicionaba su sentido de la idoneidad, aunque ya no necesitaba del armario de la ropa blanca, pues había aprendido a reprimir los ulteriores deseos de comer en exceso. Sin embargo, en tales ocasiones seguía

despertando treinta minutos después con náuseas, sudoroso aunque vacío e interiormente frío. Entonces solía pensar que iba a morir, y se incorporaba en la cama, con el pelo despeinado y la cara pálida y absorta, con los sentidos tensos como si la piel del semblante se hallara sintonizada con el acto de escuchar, y se tomaba el pulso y la temperatura con el termómetro que llevaba en un tubo con un prendedor para el bolsillo como el de las plumas estilográficas.

Había heredado la clientela de su padre, que al cabo de quince años se había convertido en cuatro o cinco viejas damas a quienes visitaba rutinariamente por sus afecciones de gota e indolencia, ya que tenía una posición acaudalada por derecho propio, si bien su abuela y su tía percibían rentas e intereses de la fortuna familiar. Sin embargo, tenía también consulta en la ciudad, la cual, sin él saberlo, constituía el equivalente del armario de la ropa blanca de su infancia; y al detenerse ante la puerta misma del inmueble para tomar aquel hondo aliento mental antes de adentrarse en la calle, y su “Ahora a pasar este martirio” eran la contrapartida de la vieja y miserable y angustiosa indecisión que debía vencer cuando se encogía en el oscuro armario de la espera de la campana de la cena en los días de su niñez.

Las relaciones con sus pacientes difícilmente podían considerarse contactos con la escena contemporánea, con cualquier escena viviente. El sufrimiento que padecían nacía de algo que ningún médico puede aliviar o curar: tenía su origen en el tiempo y en la carne. Vivían en altivos, sólidos dormitorios de aire enrarecido en donde agotaban la hora de la visita médica hablando de su mocedad, de sus padres y primogénitos en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil; y Blount, con la cara serena aunque ansiosa aún y un tanto difusa, hablaba de las historias de aquel tiempo que le había relatado su abuela, como si él mismo las hubiera presenciado. Cuando era más joven huboun tiempo, durante un breve intervalo, en que fue consciente de que aún no había renunciado a los armarios de la ropa blanca. “También yo soy una vieja –se decía–. Confundieron los cuerpos y me pusieron en uno equivocado, y demasiado tarde”. Ésa fue la razón por la que, cuando estuvo en Francia el personal hospitalario de una base, decidió deliberadamente entablar una pelea con un hombre de más envergadura, y corrió el albur temblando de aprensión pero no de miedo, y sin ninguna pericia ni esperanza, y fue vapuleado seriamente. Pero el triunfo, el fulgor, ni siquiera llegó a convertirse en sueño duradero. “Tampoco lo habría conseguido si yo lo hubiera vapuleado”, se dijo. Al día siguiente se sintió avergonzado de su ojo negro, de los dientes que le faltaban. Solicitó –y lo consiguió– el traslado a otro hospital, donde explicó que había sido atacado por un paciente conmocionado por los bombardeos.

Regresó a casa y a lo largo de los diez años siguientes vio reducirse su clientela a cuatro o cinco viejas damas que se morían lenta y quejumbrosamente en enormes, feas, ricas casas situadas en calles con nombres evocadores de generales confederados y de batallas: Forrest Avenue, Chickamauga y Shiloh Place, que pasaban las largas tardes protegidas del estrépito y la furia del exterior por viciados y rancios muros. “Es porque me gusta el olor –se decía–. Me gusta el olor de la carne vieja de mujer”.

El único contacto con el escenario que habitaba era la presidencia de los Guardias de Nonconnah. Ocupaba el cargo desde hacía doce años; cada diciembre dirigía el baile en el que eran presentadas las debutantes de la temporada, y aunque allí no se encontraba olor a carne vieja de mujer, aunque él aún no lo sabía, tal cargo –la importancia menor y espúrea de elegir la música y los decoradores y los proveedores y de aprobar las listas de las debutantes– no era sino otro armario de ropa blanca.

Los Guardias fueron organizados en 1859 por cincuenta y un hombres jóvenes de la ciudad, todos ellos solteros. El batallón eligió oficiales y recibió un estatuto de Guardia Nacional, y el mayor del mismo fue el abuelo del doctor Blount. Dieron un baile aquel año y en los dos diciembre sucesivos. En 1861 dieciséis de ellos regresaron a casa. La organización fue prohibida por el gobierno federal, y los dieciséis miembros se diseminaron por el Sur a la cabeza de bandas que actuaban de noche, aterrorizando e intimidando a los negros, unas veces con razón y otras sin ella.

Cuando los últimos politicastros del Norte fueron expulsados y los oficiales de justicia y representantes negros que habían regido los gobiernos de los estados desde la guerra fueron enviados de nuevo a los campos de algodón, los Guardias se reorganizaron y

volvieron a recibir su estatuto y celebraron un nuevo baile, y lo siguieron haciendo desde entonces cada diciembre.

Su "status" había sido restaurado; poseían un esquemático escalafón de oficiales regulares del ejército, con una jerarquía interna de oficiales sociales electivos, cuya más alta graduación recaía en el cabo abanderado, cargo que ostentaba el doctor Blount al haber sido elegido para el mismo en un café de París en 1918.

lil

Cuando su cupé descendía por la colina desde Main Street y dejaba atrás el tráfico para internarse en Union Street, donde la congestión cesaba y se convertía en rápidas líneas paralelas sin más semáforos ni campanillas, su ánimo se serenaba. El sudor desaparecía; sentía un fresco vacío entre su cuerpo y su ropa. Sentía su cuerpo firme, como si el movimiento lo aislara, lo moldeara de nuevo, y el hombre fuera otra vez hombre, y avanzara velozmente en una oculta, cerrada cabina de cristal a lo largo del suave y silbante asfalto. Entonces empezaba a mirar en torno, hacia adelante, y nombraba las calles antes de llegar a ellas: nombres evocadores de viejas batallas perdidas, de hombres –le gustaba creer, pensar en ellos– que habitaban en algún "walhalla" de los invictos, que galopaban con largas cabelleras ondeantes blandiendo el sable para siempre sobre sus infatigables monturas: Beauregard, Maltby, Van Dorn; luego Forrest Park, con un airoso hombre de piedra sobre un airoso caballo de piedra, Forrest, un hombre sin educación, un soldado como Goethe era poeta, cuya táctica para ganar batallas residía en llegar lo más lejos posible con el mayor número de hombres, y a cuyas órdenes murió el abuelo del doctor Blount. Al pasar por una calle aminoró la marcha; uno de los lados estaba ya derruido, y a lo largo de él había trozos de tela roja clavados fláccidamente a estacas, y hacia la mitad de ella trabajaban con picos y palas negros e italianos. "Un monumento –se dijo–. Pero no más duradero que el latón, gracias a Dios".

lV

La estancia era un dormitorio, un dormitorio grande y cuadrado atestado de pesado mobiliario. Una anciana estaba recostada en un hondo sillón delante del fuego, arropada con mantas.

Blount, en una silla recta que había a su lado, inclinado hacia adelante, hablaba: — Fue la primera vez que lo vi en mi vida, allí sentado en mi despacho, ofreciéndome dinero por permitir que su hija participara en el baile. Llevaba encima el dinero. En metálico.

Pero yo no le había visto en mi vida.

Había oído hablar de él, por supuesto; y más que nunca en años de elecciones, cuando todos esos clubs femeninos de ustedes proponen programas reformistas para expulsar de la ciudad al sumo sacerdote de la corrupción.

Pero no sabía nada de él. Ni siquiera sabía que no era de la región.

Quizá si lo llego a saber, mi orgullocívico... Ya sabe, si nos han de robar, que lo hagan nuestros propios ladrones.

—¿Es de otra región? —dijo la mujer.

—Vino de allá de Mississippi.

Tenía una tienda de comestibles, y quizá también una estación de servicio, al principio en las afueras. Vivía encima de la tienda, con su mujer e hija; y eso no fue hace tanto tiempo como uno podía pensar, teniendo en cuenta dónde vive ahora. Su casa es espléndida. Es más grande que el antiguo Morro Castle de Saint Louis Fair. Sólo en el tejado debe de tener ocho o diez acres de teja roja.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Todo el mundo ve su casa. No puedes evitarlo. Puedes verla casi de tan lejos como ves Sears & Roebuck.s.

—Me refiero acerca de él. —la anciana miraba a Blount.

—Me informé. Pregunté. ¿Cree que voy a permitir que alguien trate de sobornarme sin averiguar todo lo posible acerca de él?

—¿Para saber si el soborno es bueno o no?

Blount se interrumpió en mitad de la frase. Miró a la mujer.

—¿Usted...? Santo Dios. Yo...

¿Me está tomando el pelo, como dicen ahora los niños? Supongo que pueden sobornarme para que me traicione a mí mismo; supongo que le puede pasar a todo hombre, a todo hombre moderno.

Que todos tengan su precio. Pero no traicionar a la gente que ha depositado su confianza en mí.

—Eligiéndole director de un club de baile —dijo la mujer. La boca de Blount había adoptado ya la forma de la réplica, de la refutación. Al cabo la cerró.

—Tonterías —dijo—. ¿Por qué discuto con usted? Usted no puede entender. Es sólo una mujer. No puede entender cómo siente un hombre en relación con cosas sin valor, cosas que no tienen ni el valor de un dólar. Si esto tuviera un precio en curso, un valor en moneda, la creería al instante. Por supuesto que a ellos no les importaría; a las otras chicas, a los invitados. Las chicas no la conocerían y los hombres no bailarían con ella. Se lo pasaría francamente mal.

Lo sabemos. Ella no nos concierne.

—¿Quién le concierne?

—No lo sé. Eso es lo que pasa.

No sé lo que debo hacer.

—No tenía por qué ver de nuevo a ese hombre.

—¿Cómo se enteró...? —La miró, con la mandíbula caída, con la cara delgada, enfermiza, intensa. Cerró la mandíbula—. Sí. Envié por él. Le escribí una nota. Volvió, con el mismo traje. Me ofreció construir una nueva armería para los Guardias.

Hablamos. Me habló de sí mismo...

—¿Y aceptó usted la armería?

—No. Sabe que no. No sería capaz de venderle a los Guardias, pues una vez que él los hubiera comprado ya no tendrían valor, ya no serían los Guardias. Es como si pudiera venderle Forrest Park, por ejemplo, o lo que significa Van Dorn Avenue. Así que hablamos. Nació y creció en una plantación de Mississippi. Aparceros, ya sabe: descalzos, la familia entera, nueve meses al año. Era el más pequeño de seis hermanos, y vivían en una cabaña de una sola habitación y tejado a una sola agua. A veces de cerca, pero normalmente de lejos, solía ver al patrón sobre un caballo de silla, cabalgando por sus tierras, entre sus arrendatarios, llamándolos por sus nombres de pila, y ellos llamándole "señor". Y desde la carretera que pasaba ante la casa grande, él (solía escabullirse de la cabaña cuando su familia estaba en los campos) solía ver al patrón echado en una hamaca, bajo los árboles, a las dos y tres y cuatro de la tarde, mientras su padre y madre y hermanas y hermanos estaban entre brillantes hileras de algodón, con sus sudados trajes de guinga y sus sombreros de paja, como objetos salvados del cubo de la basura.

"Un día su padre le mandó a la casa grande con un recado. Y él llamó a la puerta principal. Abrió un negro, uno de los pocos de esa región, de ese vecindario; un miembro de

una raza odiada por los suyos desde la cuna, odiada por desconfianza y celos económico y, en ese caso, envidia; pues su gente hacía trabajos que los negros rechazarían, comían alimentos que los negros de la casa grande habrían despreciado.

El negro obstruyó la puerta con su cuerpo, y así estaban cuando el propio patrón se acercó por el vestíbulo y miró al chico vestido con mono ajado: "No vuelvas a la puerta principal", dijo. "Cuando hayas de volver, ve a la puerta trasera. No vuelvas a llamar a mi puerta principal". Y el negro, a su espalda, dentro de la casa, sonreía. Él, Martin, me contó que cuando bajaba por el camino de acceso, sin entregar el recado, podía sentir en la espalda los ojos blancos del negro, y el rechinar de sus dientes al reírse.

"No volvió a casa. Se escondió en los matorrales. Estaba hambriento y sediento, pero permaneció escondido todo el día, boca abajo en una zanja.

Cuando llegó la tarde se arrastró hacia la orilla del bosque, desde donde podía ver a su padre y a su hermano y a sus dos hermanas mayores trabajando en el campo. Volvió a casa después del anochecer. Nunca volvió a hablar con el patrón. Hasta que fue adulto no volvió a verlo sino de lejos, cabalgando sobre su yegua de silla por los campos. Pero lo observaba; miraba cómo montaba y cómo llevaba el sombrero y cómo hablaba; a veces se escondía y se hablaba a sí mismo utilizando los gestos del patrón, y contemplaba su propia sombra recortada sobre la pared del establo o el talud de la zanja: "No vuelvas a llamar a mi puerta principal". Se juró entonces que algún día él también sería rico, y que tendría un caballo sobre el que cabalgar, ensillado y desensillado por negros, y una hamaca en la que echarse en las horas calurosas, sin zapatos.

Nunca había tenido un par de zapatos, así que la situación comparativa sería llevar zapatos todo el tiempo, en invierno y en verano, y la superlativa, poseerlos y no llevarlos siquiera.

"Luego se hizo adulto. Tenía esposa y una hija; tenía una tienda rural en la vecindad. Su esposa sabía leer, pero él no había tenido oportunidad de aprender. De modo que retenía en la memoria las operaciones a crédito que hacía en la jornada —las bobinas de hilo, los centavos de manteca o de grasa para ejes de carro o de queroseno— y las recitaba en la mesa, después de la cena, mientras su mujer las anotaba en el libro de cuentas. Nunca cometió un error, pues no podía permitírselo.

"Por las noches él y el patrón solían jugar al póquer en la tienda. Lo hacían a la luz de una lámpara, y sobre una mesa improvisada, y utilizaban clavos forjados como fichas; solía tener una jarra de whisky de maíz, un vaso, una cuchara y un tazón agrietado con azúcar. Sin embargo él no bebía; hoy es el día en que aún no conoce su sabor, según me ha dicho. El patrón era ya viejo, con un blanco bigote manchado de tabaco y manos temblorosas y ojos que no veían bien ni siquiera durante el día. No podía ser muy difícil, por tanto, hacerle trampas. En cualquier caso, apostaban una y otra vez y con diversa fortuna con los clavos. "Tengo tres reinas", decía el patrón, y alargaba la mano para coger los clavos. "Supera eso, voto a bríos". Entonces el otro extendía las cartas sobre la mesa; el patrón se inclinaba hacia adelante tratando de ver las cartas, con las manos detenidas sobre los clavos. "Una escalera", decía el otro. "He tenido suerte otra vez". El patrón juraba; cogía un cigarro frío con su mano trémula y se ponía a chupar. "Ponme otro ponche", decía. "Y da cartas".

"El hombre se vino a Memphis. Al principio tenía una tienda de comestibles; vendía a negros y latinos en las afueras de la ciudad. Su mujer e hija vivían en dos habitaciones, encima de la tienda, y en la parte trasera tenían un huerto. A la mujer le gustaba aquello. Pero cuando él se hizo rico y se vino al centro urbano y se hizo más rico aún, a ella ya no le gustaba. Vivían muy cerca del centro, podían ver los letreros luminosos desde las ventanas del piso superior, y él ganaba dinero a manos llenas cada vez que había elecciones, pero ya no tenían ningún huerto. Eso fue lo que la mató: no el dinero, sino el hecho de no tener huerto y de que hubiera un criado negro en la casa. Así que murió y él la enterró en una parcela privada; el cenotafio costó doce mil dólares, según me dijo. Pero pudo permitírselo, me dijo. Podía haberse gastado en él cincuenta mil, dijo.

—"Ah", dije yo. "Tenía usted ciertos contratos de pavimentación".

—"La gente necesita caminar", me dijo. "Y votar también", dije yo.

—"Exacto", dijo él. Me dijo que tiene ochocientos diez votos que puede depositar en cualquier urna como si se tratara de cáscaras de cacahuete.

"Luego supe de la chica, de la hija. Me contó que la chica conocía a un montón de jóvenes que van al baile de los Guardias; los había conocido en bailes del West End y en salas de fiestas de las afueras. Ella misma se lo contó, salía casi todas las noches a uno de esos bailes con Harrison Coates o con los hijos de Sandeman o con el de Heustace, no me acuerdo de su nombre. Tenía su propio coche, así que salía de casa sola y se reunía con su acompañante en el baile, según le contó a su padre. Y él lo creía; incluso creía que eran bailes de sociedad. "Pero ella vale tanto como puedan valer ellos", dijo. "Aunque no vayan a buscarla a casa, como hacían los muchachos de mi tiempo. Puede que no lo sepan. Pero no hay nada de lo que se tengan que avergonzar. Ella vale tanto como cualquiera de ellos".

"Me encontré en la calle con Harrison Coates; me refiero a Harrison hijo, al que expulsaron de Sewanees el año pasado. "He oído hablar de esos bailes de Grotto", le dije. Me miró. "Ella se refiere a ellos como si fueran bailes de etiqueta", dije. "Eso le dijo a su padre que eran. Dijo que tú y los hijos de Sandeman ibais a esos bailes".

—¿Quién lo dijo? —dijo él.

—Así que es cierto —dije. Le dije el nombre de ella.

—Oh —dijo él.

—Así que la conoces.

—Ya sabe; nos tomamos una noche libre y nos fuimos al baile. Y puede que a la salida nos lleváramos una o dos chicas.

—Sin preguntar cómo se llamaban —dije—. ¿Así la conociste?

—¿Conocer a quién? —dijo. Volví a decirle el nombre—. ¿No será ese Martin?

—El mismo —dije—. Pero no diré nada.

—Me estaba preguntando dónde la conoció usted —dijo—. Dios, pensé que... —Se detuvo.

—¿Pensaste qué? —se limitó a mirarme—. ¿Cómo es ella? —dije.

—Mucha media y mucha pintura.

Como la mayoría de ellas. Hack Sandeman fue el que la conoció primero.

No sé dónde. Nunca se lo pregunté.

Se refiere usted a esa que lleva un dos plazas color limón, ¿no es eso?

—La misma. No hay otro coche igual en la ciudad.

—Claro —dijo—. Dios, pensé que... —Volvió a callar.

—¿Qué? ¿Pensaste qué?

—Bueno, iba de tiros largos, con una especie de vestido con brillantes y todas esas baratijas. Cuando me acerqué a conocerla, noté que había algo en ella, algo como... —Me miró.

—¿Agresividad? —dije.

—No sé nada de ella. Jamás la había visto antes. Puede que sea una buena chica, no tengo ni idea. Claro: ella...

—No quise decir nada con lo de la agresividad —dije—. Me refería a que quizá te miraba como con atención, con cautela; como si tratara de averiguar quién eras.

—Oh —dijo—. Claro. Así que pensé...

—¿Qué?

—Con aquel coche y lo demás.

Pensamos que a lo mejor era la chica de alguien. Que el coche era de algún tipo, quizá, y que ella se había tomado la noche libre y que en cualquier momento podía aparecer él en busca de ella y del coche. De Manuel Street o de Toccopola; de por aquella zona.

—Oh —dije—. ¿Pensasteis eso?

—No sabíamos que se tratase de esa Martin. Nunca presté demasiada atención al nombre, porque pensé que sería falso. Ella solía decirnos que nos encontraríamos en tal sitio, y nosotros íbamos, y ella aparecía en el coche amarillo y nos subíamos, quizá mirando hacia atrás todo el tiempo; ya sabe, por si él aparecía.

—Sí —dije yo.

—Pero ya Martin me había dicho lo buena chica que era, y sé que lo es.

Sé que no es más que una chica de campo, mucho más perdida que él, porque al menos él cree saber adónde quiere llegar. Ella no ha tenido madre, ¿comprende? Lo único que quiere es tener medias de seda y conducir ese coche amarillo y saltarse a toda velocidad las luces rojas, mientras los policías se tocan la gorra a su paso.

Pero eso a él no le satisface. La llevó a Washington y la metió en un colegio. Incluso era la primera vez que cualquiera de ellos montaba en un coche Pullman. Llevaba allí tres semanas cuando él (se había vuelto a casa) recibió una carta de la madre superiora. La chica se había pasado llorando todo el tiempo desde la tarde en que él subió a un taxi y la dejó allí; cuando fue a recibirla a la estación, ella se bajó, llorando aún, recién maquillada sobre los surcos de las lágrimas. Había perdido quince libras, me contó él.

—Y ahora el baile de los Guardias.

Es posible que él la haya querido preparar desde siempre para ese acontecimiento. Y ella iría, aun sin desearlo; ella tendría más sensatez que él: no le harían ningún caso, y se habría acabado todo el asunto. El baile, quiero decir, y el deseo de él de que ella acudiera de grado o por fuerza, y por su propio bien, según él cree. Pero él no puede entenderlo.

Nunca lo entendería, ni siquiera al día siguiente, cuando ella y Memphis y todos los demás estuvieran en contra de él. Se limitaría a pensar que su propia sangre lo había traicionado; que ella no era el hombre que su padre era, simplemente. ¿Qué piensa de todo esto?

—Nada —dijo la mujer. Tenía los ojos cerrados, la cabeza recostada sobre la almohada—. Lo había oído antes. Es la misma historia de la misma mosca y la misma melaza.—¿Cree usted que sería capaz de hacerlo? ¿Qué lo haré?

La mujer no dijo nada. Podría muy bien haber estado dormida.

V

Aquello tuvo lugar a comienzos de la primavera. Dos meses después, una mañana clara de mayo, al salir del ascensor en su planta, el doctor Blount vio —informe y paciente y astroso, en silueta contra los brillantes ventanales del fondo del pasillo— a un hombre que esperaba a la puerta de su despacho. Entraron, y de nuevo se enfrentaron uno a cada lado del pulcro y desnudo escritorio.

—Tiene usted una calle con el nombre de su abuelo —dijo Martin—. Usted no querrá eso. Hay algunos que tienen parques con su apellido; y no es que lo merezcan más, sino que sucede que tienen más dinero. Yo puedo encargarme de ello. —Llevaba la misma corbata, el mismo traje barato y astroso, el mismo sombrero con manchas en la mano, y hablaba con la misma voz uniforme y sin inflexiones del campesino—. Y haré más que eso. Haré por usted lo que los que dicen merecerle a usted y a su abuelo no han hecho. Me refiero al que murió con Forrest. A mi abuelo también lo mataron. Nunca supimos a qué ejército perteneció ni adónde fue. Simplemente salió un día y nunca volvió; puede que simplemente estuviera cansado de estar en su hogar. Pero la gente de mi clase no importa. Había mucha; siempre la hubo y siempre la habrá. Es la de su clase, la que tiene los nombres que las calles y los parques necesitan. —Mientras hablaba miraba continuamente a Blount, a la delgada, enfermiza, imprevisible cara que, tras los quevedos, tenía frente a él al otro lado del escritorio—. No existe una galería de arte como es debido en Memphis, y no la habrá a menos que yo la construya. Ponga el nombre de mi hija en esa lista, y yo levantaré una galería de arte en Sandeman Park y la bautizaré con el nombre de su abuelo, del que fue muerto con Forrest.

VI

En el parque, ante la hondonada de la excavación, por encima de los enormes y anárquicos montones de tierra, se alzaba sólido en el aire, erguido y con letras rojas sobre fondo blanco, el ancho letrero: "Galería de Arte en Memoria de Blount-Windham & Healy, Arquitectos". Pasaba ante él todos los días, pero nunca se detenía.

Solía entrar en el parque, y veía el cartel asomarse súbitamente en el cielo, por encima del verde recodo recortado de los cuidados setos que coronaban una loma, y seguía velozmente hacia adelante.

"No es para mí —se decía a sí mismo, solo en su rauda y aislada cabina de cristal, pasando al lado y dejando atrás el cartel—. Es para los ciudadanos, para la ciudad. Yo no sacaré nada de ello; ni una pizca más que cualquier inquilino de cualquier casa de vecindad de Beale o de Gayoso Street, que cualquier ciudadano de a pie". Y seguía hacia adelante. Las visitas médicas eran breves. Se sentaba en las sillas de respaldo y esperaba a que las damas gotosas y postradas se enteraran de la verdad, del mismo modo que en los días de su niñez esperaba dentro del oscuro armario el sonido de la campana que anunciaba la cena. Luego volvía a casa, aún inmune, y cenaba con su abuela y su tía, que asimismo lo ignoraban. "Es un bonito detalle de la ciudad —decía la tía—. Aunque debo decir que un poco tardío. —Y lo miraba con ojos penetrantes, curiosos, con la afinidad instintiva para el mal de las mujeres—. Pero qué diantre puedes haber hecho, qué les habrán dicho..."

—Nada —dijo él, sobre su plato—. Lo han hecho por voluntad propia.

—¿Quieres decir que no sabías nada hasta que empezaron los trabajos de excavación?

—No sabía nada —dijo él.

Después de la cena solía salir de nuevo; avanzaba en su coche en soledad por el asfalto sombrío y reluciente y se internaba de nuevo en el parque umbroso, y pasaba ante el súbito y ahora ilegible cartel enhiesto, y se decía a sí mismo: "¿Cómo he podido decir que sí? ¿Cómo he podido?" Un día, hacia el final de la tarde, detuvo el coche ante la gran casa donde vivía la mujer enferma. Subió al mismo dormitorio y la encontró en el mismo sillón, arrojada con la misma manta, aunque la fría chimenea estaba llena de papel verde estriado.

—He estado preguntándome qué es lo que ha sido de usted últimamente —dijo la mujer. Él se lo dijo, inclinado hacia adelante sobre la dura silla de respaldo, con voz quieta. Ella miraba su cara a la luz mortecina—. No creía que fuera usted tan rico —dijo—. Y no creía que la ciudad...

—Sí —dijo Blount—. Él tiene razón. Todo hombre tiene su precio. Y es porque él tiene razón. En el tener razón hay algo que es mejor que ser valeroso o incluso honorable.

—Así parece —dijo la mujer.

—Los otros. Tienen parques con su nombre, y esto y lo otro. Porque tuvieron dinero, en metálico, en el momento preciso. No importa cómo lo consiguieron. Porque en aquellos tiempos no había muchas formas respetables de hacer dinero en este país; el asunto es haberlo tenido. Haberlo tenido, ¿comprende? Si mi abuelo o su padre hubieran hecho hace sesenta años lo que yo he hecho, estaría bien hecho. ¿Comprende?

—Pero no lo hicieron —dijo la mujer—. Pero eso no importa. No importa.

—No —dijo Blount—. Está hecho.

Está ya todo hecho. Pero todavía no hay hecho demasiado. Tengo, mi abuela y yo tenemos lo bastante como para correr con los gastos del trabajo realizado, para pagar al constructor por los perjuicios causados. Para dejar las cosas como están. Dejar también el cartel: un monumento.

—Entonces hágalo —dijo la mujer.

—¿Se refiere a que rompa el trato?

—Limítese a quitar el nombre de la chica de la lista. Eso es todo lo que tiene usted que hacer. Deje que él construya la galería. Cuando menos le debe eso a la ciudad. Es con el dinero de la ciudad con el que la está construyendo, con el que están excavando el hoyo; ¿es que no se da usted cuenta?

—No —dijo Blount—. Ella había estado mirándole. Ahora recostó la cabeza sobre la almohada; de nuevo tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormida.

—Ustedes los hombres —dijo—. Pobres y necios hombres.

—Sí —dijo Blount—. Nosotros los pobres y necios hombres. Pero somos sólo hombres. Si la ciudad le permite robar, yo también soy responsable en cierto modo. Pero esto no tiene nada que ver con la ciudad. Durante un tiempo he estado engañado. Creí que era la ciudad la que sacaría algo en limpio de esto, no yo. Pero el ser íntimo del hombre no puede engañarse a sí mismo siempre. El ser de un hombre, quiero decir. Tal vez las mujeres sean diferentes. Pero somos sólo hombres; no lo podemos evitar. Así que ¿qué debo hacer?

—Ya se lo he dicho. Borre su nombre de esa lista. O déjelo. Después de todo, ¿qué importa? Suponga que hubiera un centenar de chicas como ella en ese baile... ¿Importaría algo?

—Sí. A ella no le gustará. Lo sentirá. Para él será terrible.

—¿Para él?

—¿No acaba de decir que nosotros los hombres somos unos pobres necios?

—Vaya a verlo —dijo la mujer.

—¿A romper el trato?

—Hombres... —dijo la mujer. Tenía la cabeza apoyada sobre la almohada y los ojos cerrados. Sus manos gruesas, blandas, hinchadas y con anillos descansaban sobre los brazos del sillón—.

Ustedes los pobres y necios hombres.

Vii

La casa de Martin estaba situada en una nueva zona residencial, sobre una loma. Era de estilo español; grande, con patios y balcones, se alzaba majestuosa en el crepúsculo.

Cuando llegó Blount, el dos plazas amarillo estaba estacionado bajo lamarquesina de la cochera. Lo recibió un negro en mangas de camisa, que al abrir la puerta lo miró con una especie de insolente brusquedad.

—Deseo ver al señor Martin —dijo Blount.

—Está cenando —dijo el negro sin soltar la puerta—. ¿Para qué quiere verlo?

—Apártese —dijo Blount. Empujó la puerta y entró—. Dígale al señor Martin que el doctor Blount desea verlo.

—¿El doctor qué?

—Blount. —El vestíbulo era opulento, opresivo, frío. A la izquierda había una habitación iluminada—.

¿Puedo entrar ahí? —dijo Blount.

—¿Qué es lo que quiere del señor Martin? —dijo el negro.

Blount se detuvo y retrocedió.

—Dígale que es el doctor Blount —dijo. El negro era joven, de color pardo, con la cara picada de viruela—.

Adelante. —dijo Blount. El negro dejó de mirarlo. Recorrió el vestíbulo en dirección a un corredor también iluminado. Blount entró en un enorme salón, con vigas en el techo, que parecía el escaparate de una tienda de muebles. Había alfombras con apariencia de no haber sido pisadas nunca; muebles y lámparas que parecían haber sido enviadas a prueba aquella misma mañana; sin vida, rígidos, costosos.

Entró Martin; llevaba el mismo traje barato de sarga; estaba en calcetines.

No se estrecharon la mano. Ni siquiera se sentaron. Blount se mantuvo de pie junto a una mesa con objetos que parecían asimismo tomados en préstamo o robados de un escaparate.

—Debo pedirle que me permita echarme atrás en nuestro trato —dijo.

—Quiere romperlo —dijo Martin.

—Sí —dijo Blount.

—El contrato está firmado; ya han empezado las obras —dijo Martin. Seguramente lo habrá visto.

—Sí —dijo Blount. Se llevó la mano al pecho. Del otro lado de la puerta llegó un rápido golpeteo de tacones duros y frágiles. La chica cruzó el umbral hablando.

—Voy a...

Se interrumpió al ver a Blount. Era una chica delgada, de pelo color de estopa peinado de forma retorcida en torno a una máscara pequeña y escandalosamente pintada, con los ojos a un tiempo desafiantes e inseguros; agresivos. Su vestido era demasiado rojo y demasiado largo, su boca demasiado roja, sus tacones demasiado altos. Llevaba pendientes y, sobre el brazo, una capa de piel blanca, pese a que era todavía agosto.

—Éste es el doctor Blount —dijo Martin.

Ella no reaccionó, no hizo ademán alguno; por espacio de un instante posó la mirada en él, rápida, agresiva, velada, y continuó. “Me voy”, dijo, y se dirigió a la puerta, y sus tacones frágiles y duros y rápidos golpearon el duro piso. Blount oyó en la puerta principal la voz del negro picado de viruela. “¿Adónde vas esta noche?” Y la puerta se cerró. Momentos después oyó el coche, el dos plazas amarillo.

Pasó con un zumbido frente a las ventanas en segunda, a gran velocidad.

Blount sacó del bolsillo interior de la chaqueta un fajo de papeles gofrados.

—Aquí tengo bonos por valor de cincuenta mil —dijo. Los dejó sobre la mesa. Martin no se había movido; estaba inmóvil sobre la cara alfombra, en calcetines—. Tal vez quiera aceptar un pagaré por el resto que usted estime.

—¿Por qué no borra el nombre de la lista, simplemente? —dijo Martin—.

Nadie podrá probarle nada.

—Podría hipotecar la casa a su nombre —dijo Blount—. La propietaria legal es mi abuela, pero estoy seguro...

—No —dijo Martin—. Está tirando su dinero. Quite el nombre de la lista. Puede hacerlo. Nadie se enterará. No le pueden probar nada. No con su palabra contra la mía.

Blount cogió de la mesa un pisapapeles de jade tallado. Lo examinó y volvió a ponerlo sobre la mesa y permaneció allí inmóvil unos instantes, mirando hacia su mano. Se movió en dirección a la puerta con un aire vago, como si se hubiera percatado de pronto de su propio movimiento. Sucara estaba tensa, imprecisa, aunque serena.

—Tienen una bonita casa —dijo.

—A nosotros nos gusta —dijo Martin; estaba inmóvil, astroso, en calcetines grises, mirándole. El sombrero de Blount seguía en la silla donde lo había puesto—. Se olvida usted de algo —dijo Martin—. Sus bonos.

—Blount volvió hasta la mesa y cogió los bonos. Los guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta, con la cabeza baja. Luego se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—Bien —dijo—. Si hubiera conseguido algo con mi visita, usted no sería usted. O yo no sería yo, y en ese caso no tendría importancia.

Se hallaba ya a medio camino de su coche cuando lo alcanzó el negro picado de viruela.

—Aquí tiene su sombrero —dijo el negro—. Lo olvidó.

Viii

En la esquina de Main Street y Madison Avenue, al día siguiente, la gente, los granjeros de Mississippi y de Arkansas, los empleados y mecanógrafas, leyeron los gruesos titulares:

Suicidio de un patricio

Destacado ciudadano de Memphis se suicida de un tiro en un garaje. Vástago de una vieja familia de Memphis se quita la vida; deja una abuela y una tía soltera...

El doctor Gavin Blount... miembro de una antigua familia... destacó en la vida social de la ciudad; era presidente de los Guardias de Nonconnah, la más alta organización social... de familia acomodada... no pueden dar razón para...

La noticia causó sensación durante tres días; hablaron de ella los ganchos de las casas de juego y de los burdeles, las mecanógrafas y los empleados, los banqueros y abogados y sus esposas que vivían en las magníficas casas de Sandeman y Blount Avenue; luego se disipó, fue desplazada por una elección del Estado u otra cosa. Era agosto. En noviembre llegó el sobre al número de la casa de Martin: la cartulina gofrada, el timbre heráldico: "Los Guardias de Nonconnah. 2 de diciembre de 1930. Diez de la noche" y en letra pulcra de empleado: "La señorita Laverne Martin y acompañante".

Como el doctor Blount había dicho, no fue muy agradable para ella. Volvió a casa antes de medianoche, con un vestido negro de corte tal vez elegante en exceso, sofisticado, y encontró a su padre en calcetines, con los pies apoyados sobre la repisa de la chimenea, leyendo la última edición de un diario en la que aparecía, además de la lista de los nombres, una borrosa fotografía tomada con flash de las debutantes. Entró llorando, corriendo sobre sus tacones duros y frágiles.

Él la sentó sobre sus rodillas, y ella seguía llorando con apasionada humillación; él le acarició la espalda. "Vamos, vamos", le dijo acariciándole la espalda, que temblaba con sacudidas bruscas bajo el vestido nuevo, el sofisticado y costoso encaje negro que durante dos horas había sido dejado a un lado por los vestidos blancos y de color pastel de las chicas de las viejas casas de Sandeman y Belvedere, como si hubiera vestido a un espectro, y que sería visto tal vez un par de veces más, deslumbrante y llamativo y provocador, en los bailes de los Grotto y los Pete.s Place diseminados por los arrabales y los barrios extremos de la ciudad. "Vamos, vamos. Qué estúpido. Maldito estúpido. Podíamos haber hecho cosas en esta ciudad, él y yo juntos".

Un regreso

I

El día en que debía llegar el carruaje, el chico negro esperaba desde el alba sentado al lado del mulo atado de orejas caídas, tiritando sobre el fuego que ardía sin llama bajo la lluvia de diciembre, junto al camino de Mississippi, con un ramo tan grande como una escoba de jardín envuelto en un capote de hule, y tal vez cien yardas más arriba estaba el propio Charles Gordon sobre su caballo, al abrigo de un árbol desnudo bajo la lluvia, mirando al chico y el camino.

Entonces se avistaría el carruaje embarrado y Gordon vería cómo el ramo era entregado y entonces saldría a caballo con la cabeza descubierta bajo la lluvia, y desde la silla, ante la ventanilla del carruaje, haría una pequeña reverencia con la cabeza, por encima de la mano veloz y suave, de los ojos dulces sobre la masa de rosas rojas.

Esto tenía lugar en 1861, la tercera vez que Lewis Randolph llegaba desde Mississippi en el carruaje embarrado cuyo piso iba tapizado por ladrillos calientes que un criado retiraba cada ciertas millas y recalentaba en un fuego de leña de pino traída a tal efecto; en las dos primeras ocasiones la habían acompañado su madre y su padre a recibir el ramo de Gordon en el serpenteante camino y a entrar por la noche en el Cuartel de los Guardias de Nonconnah del brazo de Gordon y bailar allí danzas como el chotis y el "reel" y acaso el nuevo vals, mientras la bandera de las barras y las estrellas colgaba desplegada de la galería de los músicos negros que tocaban violines y triángulos.

Pero esta vez, este diciembre de 1861, sólo la acompañaba su madre, pues su padre se había quedado en Mississippi organizando una compañía de infantería, y la bandera que colgaba del estrado de los músicos era la nueva, la cruz de San Andrés con las estrellas, tan nueva y extraña como el gris sin tacha que los jóvenes llevaban ahora en lugar del viejo azul.

El batallón había sido organizado para ir a México; todos eran jóvenes y solteros; se dejaba de pertenecer a él automáticamente al contraer matrimonio. Era una unidad de la Guardia Nacional, pero en ella había también una jerarquía de oficiales sociales electivos y hereditarios, y el presidente del Comité, en Tennessee del oeste y en el norte de Mississippi al menos, era superior a cualquier mayor o capitán, a Washington, a los Estados Unidos y a todo. Sin embargo, se formó demasiado tarde para combatir en México, de modo que su primer despliegue de fuerza tuvo lugar no en equipo de campaña en una polvorienta llanura de Texas, sino en el azul y oro del uniforme de gala en el salón de baile de un hotel de Memphis, poco antes de Navidad, mientras del balcón de los músicos colgaba la bandera de los Estados Unidos, y siguió repitiéndose año tras año, al poco tiempo en su propio cuartel, y pronto las jovencitas del norte de Mississippi y del oeste de Tennessee eran presentadas formalmente en sociedad en esos bailes, y una invitación (o convocatoria) a ellos resultaba una impronta social no menos irrevocable que una de Saint James o el Vaticano.

Pero en el 61 los hombres llevaban uniforme gris en lugar de azul y donde antes ondeaba la vieja bandera ahora ondeaba la nueva y había un tren militar esperando en la estación para partir hacia el Este a medianoche. Lewis Randolph habría de contar lo de ese baile a su solo oyente, quien en cierto sentido no había llegado a estar presente en él tan sólo por veinticuatro horas. Se lo habría de contar más de una vez, aunque la primera vez que el oyente recordaría haberlo oído fue cuando tenía aproximadamente unos seis años: los jóvenes (eran ciento cuatro) de prístino gris bajo la nueva bandera, las guerreras grises y

los vestidos de miriñaque girando y evolucionando mientras la lluvia, que a la llegada del crepúsculo se había convertido en nieve, susurraba y emitía un murmullo en los altos ventanales; cómo a las once y media se paró la música a una señal de Gavin Blount, que era a un tiempo presidente del Comité y mayor del batallón, y se despejó la pista de baile, la amplia pista bajo las severas y marciales arañas del techo, el batallón formado enfrente, bajo la bandera por encima de la cual atisbaban las caras de los músicos negros, las chicas con sus miriñaques y sus flores al otro lado de la estancia, los invitados: damas de compañía, madres y tías y padres y tíos, jóvenes que no pertenecían a los Guardias, en sillas doradas a lo largo de las paredes. Ella, a su oyente de seis años, le dirigió incluso palabra por palabra el discurso que había pronunciado Gavin Blount apoyado con soltura sobre el sable y frente al batallón gris; ella (Lewis Randolph) de pie en el centro de la cocina en la casa de Mississippi que empezaba ya a derrumbarse sobre sus cabezas, con un vestido de calicó y sombrero para el sol, apoyada sobre el cañón de mosquete yanqui que utilizaban para atizar el fuego, del mismo modo que Gavin Blount se había apoyado sobre el sable. Y mientras ella hablaba, al chiquillo de seis años le parecía poder ver la escena, le parecía que no era la voz de su madre sino la de aquel joven que había ya muerto cuando el pequeño oyente nació; las palabras llenas de pomposidad y coraje e ignorancia de aquel hombre que muy probablemente había visto cómo disparaban contra su propio cuerpo y había oído la bala, pero que aún no había visto la guerra: “Muchos de vosotros se han ido ya.

No me dirijo a ellos. Muchos de vosotros han hecho ya sus planes para ir. Tampoco me dirijo a ellos. Pero hay algunos de vosotros que podrían ir e irán, sólo que piensan que se habrá acabado antes de poder participar en una batalla, antes de ver un faldón de guerrera yanqui. Es a ellos a quienes hablo”. el oyente podía verlos: la fila rígida y gris bajo la nueva bandera y los blancos ojos de los negros de la galería, el hombre del fajín carmesí y del descuidado sable que le servía de apoyo, aquel hombre que dentro de siete meses estaría muerto, las jóvenes con sus faldas extendidas como un puñado de mariposas, las sillas alineadas bajo los altos ventanales donde susurraba la nieve. “Todos habéis oído hablar de Virginia desde lo de Bull Run. Pero no habéis visto tal estado. De Washington, de Nueva York. Pero no los habéis visto”.

Entonces sacó de su guerrera el papel sellado y lacrado y lo abrió y lo leyó en alta voz: ...facultado por el presidente de los Estados Confederados de América...

Entonces gritaron; las mujeres también. Gritaron estentóreamente. Posiblemente algunos de ellos no habían visto un uniforme gris hasta entonces, pero probablemente ninguno de ellos había escuchado jamás aquel grito; la primera vez que llegaba a sus oídos salía de sus propias gargantas, no inventado por nadie individual sino nacido simultáneamente de una raza, inventado (si es que era inventado) no por el hombre sino por su destino fatal. Y el grito sobrevivió incluso a tal destino. El oyente, el chiquillo de seis años, creció y se hizo adulto y despertaba confianza y era digno de ella, y triunfó y llegó a ocupar en el tejido económico y social de su entorno escogido una posición más elevada que la mayoría. Cuando tenía cuarenta y cinco años realizó un viaje de negocios a Nueva York, donde conoció al padre del hombre que había ido a ver, un viejo que había estado en el 62 en el Cuerpo de Shields en Valley. El viejo conocía el grito, lo recordaba.

“A veces lo vuelvo incluso a oír –le dijo al sureño–. Incluso después de cincuenta años. Y me despierto sudando”. Y hubo otro a quien el chico conoció en su juventud, un hombre llamado Mullen que había estado en la unidad de caballería de Forrest, que se estableció en el oeste y cuando en una ocasión volvió de visita contó de un muchacho que bajó a caballo por una calle de Kansas en el 78 gritando “¡Yaaaaiihhh! ¡Yaaaaiihhh!”, y disparando con su pistola a través de las puertas al interior de la taberna, hasta que un alguacil, apostado tras un montón de basura, lo alcanzó con un disparo de su escopeta de cañones recortados y cargada con postas y lo derribó del caballo, y la gente rodeó al muchacho que se desangraba mortalmente en el suelo y Mullen dijo: “Hijo, ¿dónde lo hizo tu padre?”, y el muchacho dijo: “Dondequiera que hubiera yanquis, como yo. ¡Yaaaiihh!” Así fue como el oyente lo oyó: a otra señal de Blount la música volvió a sonar y las chicas, en fila india tras la pareja de Blount, pasaron a lo largo del batallón formado, besando a los hombres uno a uno, y entre ellas estaba Lewis Randolph, que besó a ciento cuatro hombres,

es decir a ciento tres, pues a Charles Gordon le entregó una rosa roja del ramo que había recibido de él y el beso que la acompañó, según oíría el chico de un testigo presencial treinta años mástarde, no fue el roce veloz de unos labios que ríen o como el roce de un pie alado sobre un guijarro de un vado. Y cuando el tren militar partió ella estaba dentro, había sido alzada por el lado que no podía verse, mientras en el andén las caras de las otras chicas, enmarcadas en los vuelos semejantes a pétalos de las faldas, parecían flotar como flores cortadas en un arroyo oscuro, mientras su madre, a una milla de distancia, la esperaba en el cuartel charlando plácidamente de frivolidades. Así que ella viajó a Nashville en un vagón lleno de soldados, con la capa de Charles Gordon sobre su vestido de baile, y fueron casados por un soldado (que resultó ser un pastor) en medio de un batallón que esperaba para subir al tren, sobre el andén bloqueado por la nieve, con un regimiento entero como testigo mientras los cables telegráficos que se enroscaban arriba, tapizados de hielo, crujían y susurraban con la enojada orden que su madre enviaba a todas las estaciones entre Memphis y Bristol; contrajo matrimonio con el vestido de baile y la capa de oficial en medio de la nieve, sin un cabello desordenado a pesar de que no había dormido en treinta horas, en el corro de caras juveniles de quienes jamás habían oído una bala y sin embargo estaban convencidos, todos ellos, de que iban a morir. Cuatro horas después el tren militar siguió su camino y quince horas después ella estaba de vuelta en Memphis, con una carta de Gordon, escrita en el reverso de un menú del restaurante de la estación lleno de manchas, dirigida a la madre, la cual ya no estaba frenética, sino sólo sombría y fríamente ofendida.

—¿Casada? —gritó la madre—. ¿Casada?

—¡Sí! ¡Y además voy a tener un niño!

—¡Tonterías! ¡Tonterías!

—¡Es cierto! ¡Es cierto! Lo he intentado con todas mis fuerzas.

Volvieron a casa, a Mississippi.

Era una gran casa cuadrada situada a veinticinco millas de cualquier ciudad. Tenía un parque, arriates, una rosaleda. Durante aquel invierno lasdos mujeres hicieron calcetines y bufandas de punto y confeccionaron camisas y prepararon botiquines de urgencia para los soldados de la compañía, que crecía constantemente, y bordaron sus colores, y las chicas negras de las cabañas cosieron y plancharon la brillante seda fragmentaria. El terreno abierto, el establo estaban llenos de caballos y mulos desconocidos, y las praderas y el parque salpicados de tiendas y plagados de desechos; desde la habitación alta donde trabajaban, las dos mujeres oían durante todo el día las pesadas botas en el vestíbulo y las altas voces en torno a la ponchera en el comedor, mientras el aguanieve y la escarcha que se fundía del invierno que partía inundaban las huellas de los pesados tacones entre las rosas rotas y marchitas. Al anochecer solía haber una hoguera y oratoria, con el fulgor del fuego rojo y fiero sobre los sucesivos oradores, con las cabezas inmóviles de los esclavos en silueta a lo largo de la cerca, entre el fuego y el pórtico, donde las mujeres negras y blancas, la señora hija y la esclava, se arrebujaban en sus chales y escuchaban las voces pomposas y sonoras y sin sentido que se alzaban sobre los gestos de una pantomima ruda e insustancial.

La compañía partió al fin. La charla, las botas en el vestíbulo se esfumaron, y al cabo de cierto tiempo también la basura y los desechos; los céspedes heridos sanaron gradualmente con las lluvias de la primavera, y quedaron sólo los marchitos arriates y los setos de boj, la casa apacible de nuevo, con sólo las dos mujeres y los negros de las cabañas, y sus voces, el mesurado son de los golpes de hacha y el olor del humo de leña que llegaban plácidamente a través de los largos crepúsculos de la primavera. Empezó de nuevo la vieja y nada original, la monótona historia. No era nada nuevo.

Era sólo una de tantas y tantas repeticiones que tendrían lugar en el Sur aquel año y los dos años siguientes, no de sufrimiento real aún, sino sencillamente aquel infortunio atenuado, aquella incesante demanda de aguante sin esperanza o incluso sin desesperación —esa atroz repetición que es la tragedia de la Tragedia, como si la Tragedia tuviera una fe infantil en la eficacia de la trama simplemente porque la trama funcionó una vez— un sistema económico que había sobrevivido a su lugar en el tiempo, una tierra vacía

de hombres que la abandonaron cabalgando no para entablar una lucha contra un enemigo mortal, como ellos creían, sino para despedazarse contra una fuerza a la que no podían hacer frente, pues no se hallaban dotados ni por inclinación ni por herencia, y en la que aquellos a quienes atacaban y contraatacaban no eran tanto vencedores cuanto –como ellos– víctimas; armados con convicciones y creencias anticuadas, de hace mil años, salieron al galope tras la enseña de un día y desaparecieron, no en el humo de la batalla sino allende el irrevocable telón de una era, de una época en la que, incorpóreos e inmoldados, podían batirse para siempre contra ningún enemigo y sin dolor ni herida en campos elíseos bajo un sol detenido; tras ellos se apagaba el proscenio y las candilejas. Algunos de ellos volvieron para cerciorarse, pero eran sombras aturdidas y perplejas e impotentes que volvían arrastrándose a la oscurecida escena en donde la vieja historia había sido representada hasta la saciedad: una mujer o unas mujeres que tras la partida de las fuertes pisadas y las banderas y las trompetas, miraron en torno y se encontraron solas en remotas casas diseminadas por una tierra escasamente poblada cuya inmensa mayoría de habitantes era de raza oscura e, incluso en circunstancias normales, imprevisible, medio infantil, medio salvaje, una tierra, un modo de vida que mantener mediante manos educadas sólo para labores de aguja y cuyo mantenimiento no ofrecía sino una sola certeza: que al año siguiente habría aún menos alimentos y seguridad que en el año en curso, una tierra a la que las noticias de lejanas batallas llegarían como momentáneos y mudos relámpagos, irreales y oníricas, traídas verbalmente meses después de que los cadáveres hubieran empezado a pudrirse (muertos sin nombre, pues las noticias no decían si se trataba o no de un padre o hermano o marido o hijo); luego el comienzo y aumento de rumores de violencia y pillaje, cada día más cercanos, y la mujer o las mujeres sentadas en habitaciones oscuras, a la espera de que los negros se recogieran en las cabañas por la noche a fin de enterrar sigilosamente un poco de plata en el jardín o el bosquecillo con manos ya no tan suaves), sin saber ni siquiera entonces qué oídos podrían escuchar desde qué sombras.

Luego la vigilancia y la espera, la infatigable y mezquina lucha por la existencia, por el sustento: orillas de acequias y de bosques rastreadas en busca de hierbas y bellotas para preservar la vida en cuerpos a los que se había negado incluso la situación límite del hambre, a los que se había negado no la vida sino simplemente la esperanza, como si el único fin del desastre fuera clínico: únicamente comprobar cuánto podían soportar la voluntad y la carne.

Ellas –las dos mujeres– pasaron por ello. Cuando la casa recobró la calma empezaron a preparar las cosas para el niño que habría de llegar en el otoño.

Es decir, la mujer de más edad, pues la hija supervisaba la siembra para la cosecha anual, el algodón y el forraje. La madre, en la habitación alta donde habían confeccionado las banderas, planchaba y hacía delicadas labores de aguja y empleaba multitud de cintas con la ayuda de una negra, mientras la hija seguía a caballo a los arados hasta el campo, hasta que la madre le prohibió hacerlo, y entonces iba en un pequeño coche de caballos y pasaba por los huecos que abrían los mozos derribando tramos de cerca, y se sentaba en el coche y contemplaba la recolección del algodón en los brillantes y calurosos días de septiembre, como su padre había hecho, una cosecha que fue desmotada y enviada a la capital del condado para su venta, y que se esfumó, desapareció allí, sin que ellas supieran en qué dirección y sin que tuvieran tiempo para averiguarlo, pues en la última semana de septiembre nació el niño, un chico al que dieron el apellido Randolph; hubo una comadrona negra, pero no médico, y una semana después llegó a caballo desde su casa, situada a diez millas, un vecino, un hombre demasiado viejo para combatir: —Ha habido una gran batalla más allá de Corinth. Han matado al general Johnston, y ellos están ya en Memphis. Será mejor que vengan a quedarse con nosotros. Al menos habrá un hombre en la casa.

—Gracias –dijo la madre—. El señor Randolph (había intervenido en aquella batalla con Gavin Blount y no había vuelto de ella, aunque el cuerpo de Blount fue hallado más tarde) esperará encontrarnos aquí cuando vuelva.

Las lluvias equinocciales empezaron aquel mismo día. Para la caída de la noche hizo ya frío, y la hija se despertó de pronto en la noche avanzada, sabiendo que su madre no estaba en la casa y sabiendo asimismo dónde estaría. La niñera negra de su hijo estaba dormida en un catre en el vestíbulo, pero ella no la llamó; se levantó de la cama, arropó con

cuidado al niño y se agarró a un barrote de la cama hasta que las oleadas de debilidad y la sensación de vértigo cesaron. Entonces, con los pesados zapatos de su padre que utilizaba en los campos y un chal ceñido a la cabeza y hombros y apoyándose en la barandilla de las escaleras, bajó y se adentró en la misma lluvia, en el fuerte e incesante y negro viento lleno de partículas de lluvia helada que la sostenía de hecho, que la mantenía erguida al inclinarse en él, y avanzó sujetando con fuerza el ondeante chal, sin hacer ruido alguno hasta que llegó al bosquecillo, e incluso entonces habló sin alzar la voz, aunque apremiante y perentoriamente: “¡Madre! ¡Madre!”, y la madre, en algún lugar a sus pies, le replicó con calma, con un punto de irritación incluso: —Con cuidado. No vayas a caerte tú también. Es la pierna. No me puedo mover.

La hija podía ver un tanto ahora, como si las batientes partículas de lluvia fueran débilmente incandescentes, conservaran en cada gota algo del pasado día y lo diseminaran en torno, el pesado baúl que la mujer había arrastrado allí desde la casa con la sola ayuda de sus manos (la hija nunca supo cómo), el hoyo que había cavado y en el que había caído.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —exclamó la hija, volviendo ya hacia la casa, corriendo, mientras la madre la llamaba con su voz áspera y fría, prohibiéndole que avisara a los negros, repitiendo: “La plata. La plata”, y la hija llamando hacia la casa, aún sin alzar la voz, sólo apremiante y perentoriamente. Al poco aparecieron la niñera y dos negros. Sacaron a la mujer de la fosa.

—Joanna me ayudará a entrar en la casa —dijo la mujer—. Tú quédate y asegúrate de que Will y Awce entierran el baúl.

Pero tuvieron que llevarla los dos negros, aunque no fue sino a la mañana siguiente cuando supieron con certeza que se había roto la cadera. Y, pese a la llegada de un médico aquel día, la madre murió tres noches después de neumonía, sin siquiera decir cómo había conseguido llevar hasta allí el pesado baúl ni cuánto tiempo había permanecido en aquel hoyo que había ido llenándose de lluvia lentamente.

Así que la enterraron, y borraron cuidadosamente las huellas sobre la tierra del baúl; y de nuevo en el coche de caballos, con el niño arropado en una manta junto a ella, la hija supervisó la construcción de un corral oculto para los cerdos en la parte más honda de la ribera del río, y la recolección y almacenamiento del maíz.

Ahora tendrían alimento, pero poco más, pues el algodón, el dinero de la cosecha, se había esfumado. En una hilera de heterogéneas y cuidadosamente etiquetadas botellas y frascos, sobre el escritorio de su padre, estaban las semillas recogidas en el huerto en el verano; en la primavera próxima supervisaría su siembra, y con los zapatos masculinos y ya con unos pantalones de su padre, en el coche de caballos y con el niño a su lado (su hijo había de ser destetado, había de aprender a andar y a hablar en aquel coche; comía y dormía en él, sobre el regazo de su madre, y sentía contra el costado la forma dura de la Derringer que ella llevaba en el bolsillo), vio el maíz sembrado y luego recolectado.

En el curso de aquel año recibió dos cartas. La primera contenía la escritura temblorosa de un anciano (al principio ni siquiera reconoció la escritura de su padre) sobre el papel barato y manchado, dentro de un sobre manchado, dirigida a su madre desde la prisión de Rock Island. La escritura de la segunda la conocía. Era fuerte y desordenada y airosa, la misma que se había traído de Nashville en el menú manchado. Contaba que había sido herido, aunque no gravemente; el párrafo dedicado a su estancia en el hospital de Richmond tenía un tono casi luculano. Había sido trasladado al Departamento del Oeste; estaba pasando un solo día con sus padres, y acto seguido se uniría a la unidad de caballería de Van Dorn en una expedición (no citaba el destino) cuya conclusión le situaría a un día a caballo de aquel hijo que no había visto nunca y al cual presentaba sus respetos. Pero nunca llegó a casa. Una noche entró en Holly Springs dando alaridos tras la larga y ondeante cabellera de Van Dorn, y al día siguiente su cuerpo fue identificado gracias a una carta de su esposa por un viejo que le había disparado desde la puerta de la cocina, al parecer cuando lo sorprendió forzando el gallinero.

El oyente —el hombre de sesenta y nueve años, el banquero sagaz y de éxito en quien la gente confiaba, que un día había sido aquel niño de cuatro o cinco años que usaba hasta apurarla al límite la última ropa que su madre le había hecho de los trajes que había dejado en casa su abuelo (había un viejo perro setter que desde cachorro había crecido sobre una alfombra junto a la cama del abuelo, el cual, ya ciego, seguía al niño en los monótonos días de su solitaria infancia (no se sentía solo simplemente porque jamás había aprendido cómo podría ser el anverso de la soledad en pos de las ropas)— recordaba todo aquello. Pero no fue por su madre por quien lo supo, sino por los tres negros que quedaban de los más de cuarenta que habían sido, y el hecho —incluso a los seis años— no le sorprendía, pues sin ser consciente de ello ya había aprendido que la gente no habla de lo que realmente le causa sufrimiento; no tiene necesidad de hacerlo; que quien habla de sufrimiento no ha sufrido todavía, que quien habla de orgullo no se siente orgulloso. Así, le parecía que ante los ojos de su madre el desastre todo, la catástrofe en la que su vida se había desplomado sobre su cabeza, tal como la gran casa cuadrada hacía gradualmente, se había quintaesenciado para siempre en la imagen de aquel joven con fajín carmesí que se apoyaba sobre el sable, bajo la cruda luz de fulgor marcial de aquella noche de diciembre de 1861, a quien ella, una mujer delgada (una forma también, una vasija llena de la destilación de todos sus pensamientos y acciones, los apetitos y desatinos, el valor, la cobardía, la vanidad y el orgullo y la vergüenza), madurada antes de tiempo, con un descolorido vestido de calicó y un sombrero para el sol, devolvía la vida al decir, apoyada sobre el cañón de un mosquete yanqui en la vacía cocina de la casa hundida: —¿Quién quiere escupir en el río Potomac antes del Domingo de Resurrección?

Él recordaba esto sentado en su despacho (el privado, la habitación pequeña que insistía en conservar en el ático del edificio del banco, adonde se retiraba en las blandas horas del final de la tarde y en donde se sentaba a fumar y a contemplar la puesta de sol al otro lado del río), y recordaba cosas que habían sucedido antes de que comenzaran los recuerdos, y que él sabía no eran memoria sino cosas oídas, aunque oídas y vueltas a oír tan a menudo y tanto que hacía mucho tiempo que había dejado de tratar de precisar dónde lo oído acababa y dónde empezaba el recuerdo. También él tenía entonces un oyente, un hombre de la mitad de su edad que, diez o doce años atrás, había irrumpido sin anunciarse en la pequeña y remota y desnuda habitación, diciendo: “Usted es su hijo. Usted es el hijo de Lewis Randolph”. Era un hombre de cara inteligente y enfermiza que al instante le produjo a Gordon la impresión de no poseer más vida, de no existir en otra parte, de no ser en el agonizante y apacible fin de la tarde de un anciano sino como el escritorio desnudo, las dos sillas, las lentas y familiares mutaciones de sombras estacionales del rotante zodíaco, solsticio y equinoccio; una cara enfermiza que no parecía un armazón para la vista ni una máscara para el pensamiento, sino sólo el continente de una actitud de voraz escucha, y que empleaba el órgano del habla tan sólo para repetir: “Otra vez. Cuéntemelo otra vez.

¿Cómo era ella? ¿Qué es lo que hizo?

¿Qué es lo que dijo?” Y él —Gordon no podía decírselo. Ni siquiera podía describirla. Ella había sido demasiado constante; él no había conocido nada diferente, la había visto siempre en términos de él mismo, y cuando trataba de contarlo lo hacía únicamente en términos de él mismo: de estar echado y arropado en la colcha, luego de estar sentado en el pescante del coche, luego de jugar en la tierra al lado del coche mientras su madre —con el vestido de calicó cuyo bolsillo colgaba por el peso de la Derringer, que después de sus pechos era uno de los primeros objetos de su memoria; las terminaciones nerviosas de su carne eran tan constantemente conscientes de aquella dura y compacta forma como su estómago de infante lo era de los pechos bajo el calicó—, apoyada con los brazos cruzados sobre el madero superior de la cerca, miraba al negro que araba el campo. “Y además araba rápido —dijo—. Mientras ella estaba allí”. Y la propia Derringer: pero no recordaba este episodio pese a que había estado allí, en la cocina, al principio dormido en aquella cuna construida con una caja de madera, al lado del hornillo, luego incorporado a ella, despierto aunque sin emitir sonido alguno, contemplando con los redondos ojos de la infancia la escena que tenía lugar ante él, la mujer con el descolorido calicó volviéndose ante el hornillo, el hombre de azul entrando en la cocina, el azul estrépito metálico de carabinas y bayonetas y sables; no sabía siquiera, no podía recordar si realmente oyó o no el disparo de

la Derringer; lo único que creía recordar era que la cocina volvía a estar vacía y que de pronto él se agarraba a las rodillas de ella, y las manos fuertes sobre él, y quizá el olor de la pólvora en el aire o quizá no, y acaso una de las negras gritando, pues lo único que de verdad creía recordar era la cara bajo el sombrero descolorido, e incluso era simplemente la misma cara que miraba arar al negro o que inclinaba sobre el puntal del cañón del mosquete, de modo que lo único que sabía con certeza era que a partir de aquel día la Derringer desapareció, y que ya nunca volvió a sentir la forma dura contra su carne cuando ella lo tomaba en brazos: y el oyente dijo: “¿Así que llegaron y la encontraron sola? ¿Y qué es lo que hizo? Trate de recordar”.

—No lo sé. Creo que no hicieron nada. No teníamos nada que nos pudieran robar, y no quemaron la casa. Supongo que no hicieron nada.

—¿Pero ella? ¿Qué hizo ella?

—No lo sé. Ni siquiera los negros me querían decir lo que había sucedido. Puede que ni ellos lo supieran.

“Pregúntaselo a ella, que te lo cuente ella misma cuando tengas edad suficiente para oírlo”, me dijeron.

—Pero no tenía usted la edad suficiente —exclamó el oyente con una suerte de júbilo, de exultación—. Por mucho que hubiera nacido usted de ella.

—Puede que no —dijo Gordon.

—Sí —dijo el oyente, ya calmado, con la enfermiza cara inteligente ya desprovista incluso de su expresión de escucha—. Lo mató. Lo enterró, ocultó el cuerpo. Y lo hizo sola. No quería ninguna ayuda. El enterrar a un yanqui no debía de resultar proeza alguna para la hija de una mujer que cavó sola un foso para enterrar un baúl de plata en la oscuridad. Sí, no quiso decírselo ni a usted. Y usted no era lo bastante hombre aún para preguntar, por mucho que fuera hijo suyo.

Él no preguntó y pasó el tiempo y un día adquirió la facultad del recuerdo; y esto lo sabía, lo vio; estaba allí al año siguiente de la Rendición, cuando su abuelo volvió a casa desde la prisión de Rock Island.

Llegó a pie, en andrajos. No tenía pelo ni dientes, y no quería hablar ni una palabra. No quería comer en la mesa, y se llevaba su plato de la cocina y se escondía con él como una bestia; no se quitaba la ropa para acostarse y no dormía en la cama de su habitación, sino que lo hacía en el suelo, junto a ella, como su viejo perro había hecho, y su hija y los negros tenían que limpiar el piso en torno a él de huesos roídos y de desperdicios, como si se tratara de un perro o de un recién nacido. Nunca habló de la prisión; nadie sabía siquiera si sabía o no que la guerra había terminado; y así hasta que la negra Joanna, una mañana, se acercó a la hija en la cocina y dijo: —El amo se ha ido.

—¿Se ha ido? —dijo la hija—.

¿Quieres decir...?

—No. No está muerto. Sólo que se ha marchado. Awce lo ha estado buscando desde el alba. Pero nadie lo ha visto.

Nunca volvieron a verlo. Rastrear en aljibes y en pozos e incluso en el río. Buscaron y preguntaron por toda la región. Pero había desaparecido, sin dejar rastro salvo los huesos del día anterior en aquel cuarto que había sido el suyo, dejando incluso las ropas que colgaron en el ropero desde que fueran ajadas por el niño, hacía tanto tiempo, incluso el viejo setter ciego muerto hacía tanto tiempo.

Así que no preguntó acerca del yanqui; para aquel niño de cinco años la llegada y partida del andrajoso y mudo anciano no fue sino la venida e ida de un desconocido, de algo en realidad menos que humano, que no había causado huella ni dejado rastro; si bien hacía ya cierto tiempo que el anciano había entrado en su herencia y había sido fiador de la memoria, no podía recordar si llegó a preguntar siquiera a la negra qué había sido de aquel anciano que vivió en la casa durante aquel breve mes del estío. Aquélla fue la última invasión; a continuación vendría el éxodo, y sería él quien lo encabezaría. Pues estaba creciendo; no de prisa pero continuamente. Nunca llegaría a ser tan alto como su padre, no a causa de la pequeñez de su madre sino de la escasez de alimento en el tiempo de la

lactancia, que hizo que la leche de la madre careciera de la calidad necesaria para dar al niño los grandes huesos que le habrían correspondido por derecho. Pero a partir de aquel período ya no padeció de desnutrición; las dos mujeres, la blanca y la negra, se las arreglaban para procurarle alimentos, de forma que el niño, aunque corto de estatura, prometía llegar a ser una persona sana y bien formada, un chico fuerte y robusto que a los quince años relevaba en el arado al negro, que era ya demasiado viejo, del tiempo del abuelo. Las cartas iban y venían, y en el verano de la desaparición del abuelo recibieron la primera de los padres de su padre desde Memphis. Las escribía invariablemente la abuela; de escritura delicada, de patas de mosca, sobre fino y descolorido papel de carta que seguía oliendo al espliego del cajón en el que habían permanecido escondidas sin duda desde 1862, empezaban: “El señor Gordon dice”, o “El señor Gordon me pide que escriba”. Sin embargo no eran frías, eran sólo aturdidas, exentas aún de cabal entendimiento —seguían diciendo “el pequeño Charles” al referirse al chico—, estaban escritas en otro tiempo, en otra época, y aventuraban tímidamente: “Nos gustaría verle, veros a los dos. Pero como el señor Gordon y yo somos viejos y no viajamos... habida cuenta de que al parecer ahora puede desplazarse la gente sin peligro... en la esperanza de que vendréis a vernos, de que vendréis a vivir con nosotros...” Tal vez su madre contestó a tales misivas; él no lo sabía. Había estado demasiado ocupado. A los ocho y nueve años sabía ordeñar, sentado en el establo sobre un pequeño banco réplica del taburete de su madre (ella ordeñaba, recogía el heno con la horca y limpiaba los establos como un hombre, pero ni cocinaba ni barría), y a los doce y catorce años fijaba los radios de las ruedas de los carros y herraba a las caballerías, y por la noche ambos se sentaban uno a cada lado del hogar, en la cocina, él con una astilla lisa de roble blanco y un palo carbonizado y afilado, la mujer delgada del descolorido calicó, que no había cambiado un ápice, con el ajado abecedario o la tabla de multiplicar, mirándole por encima de ellos de modo idéntico a como miraba arar al negro por encima de la cerca. Así, hasta que a los dieciséis años llegó la primera carta dirigida a él, sus abuelos de Memphis significaron para él aún menos que aquel hombre a quien al menos había podido seguir silenciosamente por las escaleras y mirar a través de la puerta y ver cómo se encogía de cara a una esquina del cuarto sobre su plato de comida, como una bestia: nada, menos que nada; la llegada cada seis meses de unos sobres delicados y descoloridos en los que se leía las patas de mosca de una dirección que parecía no escrita liviana y temblorosamente, sino desvaída en un largo viaje hasta llegar a la destartada casa de Mississippi, llegada allí casi por accidente, como la caída casi inadvertida de la última hoja de un año moribundo. Al fin llegó un sobre dirigido a él. Su madre se lo tendió sin decir una palabra. Él leyó la carta a solas; dos noches después, mientras estaban sentados el uno frente al otro en el hogar, dijo: “Me voy a Memphis”, y se quedó sentado de modo idéntico a como un caballo que sabe que no llegará a refugio encara el último tramo de quietud antes de la tormenta. Pero la tormenta no llegó. Su madre no dejó siquiera de hacer punto; fue de nuevo su propia voz la que se alzó: —Tengo derecho. Es mi abuelo.

Quiero...

—¿He dicho que no lo tienes?

—Voy a hacerme rico. Voy a sertain rico como cualquier politicastro del Norte. Así podré... —Iba a decir “Así podré hacer más por ti”, pero cayó en la cuenta de que ella jamás permitiría que nadie hiciera por ella más de lo que ella misma era capaz de hacer, ni siquiera él—. ¡No pienses que quiero ir sólo porque son ricos y no tienen parientes!

—¿Y por qué no, si lo deseas? Es tu abuelo, como has dicho. Y rico.

¿Por qué no habrías de vestir finos paños y pasearte sobre un caballo de raza todo el día si así lo deseas?

¿Cuándo quieres partir?

Era el momento de que él dijera “De acuerdo. No me iré. Si tú has sido capaz de ocuparte de nosotros dos todo este tiempo, también yo seré capaz de hacerlo a partir de ahora”.

Pero no lo dijo. Porque ella creía que se marchaba por los caballos de raza y los paños finos, y era ya demasiado tarde; habrían de pasar aún algunos años antes de que, sentado en su pequeño y desnudo despacho de las tardes, mientras el humo de un buen

cigarro se alzaba apacible y casi inmóvil en torno a su cabeza, se dijera a sí mismo con jocosa admiración: “¡Dios! Creo incluso que ella misma falsificó aquella carta!”. Así que no dijo nada, y al cabo de unos instantes ella dejó de mirarle y habló a la negra por encima del hombro, y él advirtió que su madre ni siquiera había dejado en ningún momento de hacer punto.

—Baja el baúl del ático, Joanna.

Y dile a Awce que tenga el carro enganchado para el alba.

No le acompañó a la estación. Ni siquiera le dio un beso de despedida; se quedó en la puerta de la cocina en aquel alba de finales de otoño, la delgada mujer del calicó descolorido, no tanto de mediana edad cuanto sin edad y casi sin sexo, que años atrás había cancelado en sus noches y para siempre la juventud y la feminidad, como quien viste la túnica de la confirmación de una virgen, y que avanzaba insensible a través del tiempo como la proa de una nave por el agua, ya no marcada permanentemente por los mares sucesivos. El ferrocarril estaba a veinticinco millas de la casa. Él poseía un traje, cuatro camisas de confección casera, un par de sábanas y dos toallas hechas de sacos de harina, un cepillo de dientes de caucho negro y un pedazo de jabón casero en una lata, diez dólares de plata y la carta con la dirección de sus abuelos cosida en la cara interior del cinturón.

Nunca había visto un tren, hasta que subió al furgón con el baúl de cuero.

Hubo de viajar en él durante dieciséis horas sin disponer siquiera de agua. Al cabo, cuando el coche se detuvo por última vez, no se bajó de inmediato. Descosió del cinturón el papel con la dirección de su abuelo y lo dobló cuidadosamente y empezó a romperlo de lado a lado una y otra vez mientras miraba cómo los fragmentos caían revoloteando sobre la carbonilla del suelo, hasta que le fue imposible asirlo con los dedos. “Le escribiré”, pensó. “Lo primero que haré será escribirle y contárselo”. Luego pensó: “No. No lo haré, maldita sea. Si quiere creer eso de mí, que lo crea”.

Su primer trabajo fue en una prensa de algodón; cargaba y descargaba las balas de los vapores y de los vagones de mercancías. Trabajaba hombro con hombro con negros; el jefe de la cuadrilla era negro. Escribía a casa una vez al mes, sin contar nada salvo que estaba bien. “Si ella quiere imaginarme cabalgando en levita a lomos de ese caballo, allá ella”, pensaba.

Un día lo llamaron en alta voz por su nombre, y él alzó la vista y vio a un hombre de edad con camisa de lino y un buen traje, que se apoyaba en un bastón, trémulo, y decía con voz temblorosa: —Charles. Charles.

—Mi nombre es Randolph —dijo él.

—Sí, sí, claro —dijo su abuelo—.

¿Por qué no...? No nos habríamos enterado si tu madre no hubiera... la única carta que hemos recibido de ella en un año...

—¿Madre? Pero si ella no sabía...

¿Quiere decir que sabía que yo no vivía con ustedes?

—Sí. Lo único que sabía era que estabas en Memphis, trabajando. Y no nos habríamos enterado... no habríamos...”Ella lo sabía”, pensó en una oleada de orgullo, de reivindicación: “Ha sabido siempre que yo no iba a hacerlo. Lo ha sabido todo el tiempo”. Él trató de explicarlo el siguiente domingo; una alta y sólida casa oscura de ladrillo, entre magnolios, una mujer de negro, pequeña y regordeta, con manos suaves y mínimas y trémulas e ineptas y ojos azules y aturcidos, el salón de pesadas contraventanas, el retrato, la fogosa y apuesta cara bajo la vieja bandera drapeada y el sable, sobre la repisa de la chimenea; trató de explicarlo.

—No necesitas trabajar, trabajar con las manos entre negros —dijo el abuelo—. La facultad. La universidad, una posición que te aguarda en la oficina. —Miró el sereno y obstinado semblante—. ¿Es porque tengo a un yanqui como socio? También él perdió a su hijo. Por eso vino al Sur: vino en su busca. Al menos nuestros hijos murieron en su hogar.

—No, señor. No es eso. Es porque quiero... ella querría... —pero no valía la pena decirlo, jamás valdría la pena decírselo a un extraño, ni siquiera al padre de su padre. Así

que dijo—: Pretendo hacerme rico. Y en mi opinión el único dinero que vale cien centavos por dólar es el dinero que gana uno por sí mismo. Y en el Sur el algodón es dinero. Y pienso que el único medio de aprender el negocio del algodón es estar donde uno pueda tocarlo, cogerlo. Intentar —añadió con aquel humor sardónico que trascendía su edad— coger un extremo de él al menos.

—¿Pero vendrá aquí a vivir? Eso sí puedes hacerlo.

—¿Me dejarán pagar mi alojamiento?

—Y al cabo dijo—: No, señor. Tengo que hacerlo a mi manera. De la manera en que yo... en que ella... Vendré todos los domingos.

A partir de aquel día visitó a sus abuelos los domingos y los miércoles por la noche, de forma que empezó a ir a la iglesia dos veces a la semana.

Sólo una vez en su vida había ido a la iglesia; a una iglesia para negros con Joanna, un domingo por la tarde a una ceremonia de bautismo. Se había escabullido; es decir, no le había dicho a su madre a dónde iba. No es que pensase que su madre fuera a oponerse demasiado, o que fuera a prohibírselo. Era únicamente que, aun cuando aceptaban a Dios como una fuerza en el mundo respecto de la cual no tenían nada en favor ni en contra, como el buen o mal tiempo, y con la cual, como con el tiempo, habían llegado mucho tiempo atrás a un acuerdo básico de “vivir y dejar vivir”, ellos no iban a la iglesia, y ello principalmente y sin duda porque no había iglesia para blancos en los alrededores, y porque su madre aún no había aprendido a condensar el trabajo de una semana en seis días, tal como los hombres habían aprendido. Pero ahora él iba a la iglesia; lo hacía con los ojos bien abiertos; incluso a los dieciséis y diecisiete años se decía a sí mismo con aquel humor sardónico e impasible: “Imagino que cuando se entere lo considerará también una farsa”.

Así que se lo contó por carta él mismo, y al cabo de cierto tiempo recibió el acuse de recibo de su carta, pero sin referencia alguna al asunto de la iglesia; de hecho, recibía de ella muy pocas cartas de cualquier tipo: garabatos en trozos de papel, una escritura violenta y masculina que acababa siempre con una expresión formal de agradecimiento (en tercera persona) a los abuelos; cuando al final de los primeros doce meses él le escribió diciéndole que había ahorrado doscientos dólares y que se proponía traerla a vivir a Memphis, no recibió respuesta alguna. Y viajó a casa, también en un furgón aunque esta vez llevaba doscientos dólares en un viejo cinturón monedero que había comprado en una casa de empeños. El carro lo esperaba; las mismas mulas, el mismo negro viejo con la misma ropa con remiendos; era como si hubiera permanecido allí desde aquel día hacía un año en que él se bajó del carro para coger el tren; encontró a su madre en el establo, con la horca del estiércol. Se negó a acompañarlo a Memphis, y durante un rato no quiso aceptar siquiera los doscientos dólares.

—Tómalos —dijo él—. No los necesito. Ni siquiera los quiero. He conseguido un empleo mejor. Voy a hacerme rico —proclamó con jactancia: la ensoñación fanfarrona en alta voz (tenía diecisiete años)—. Pronto empezaré a arreglar la casa. Podrás tener también un coche de caballos —y calló al advertir la mirada fría y fija en él, no en su cara; su boca—: No te preocupes —dijo—. No es sólo dinero lo que deseo, lo que quiero. Imagino que a estas alturas ya lo sabes. “Y “creo que sí lo sabe”, pensó, porque ella cogió el dinero y lo metió sin contarlo en el bolsillo de su descolorido vestido; desde el carro él miró hacia atrás una vez y la vio de pie con dos cubos en la puerta del establo. Su nuevo empleo era el de cobrador de un corredor de algodón. Ahora enviaba dinero a casa mensualmente, y esperaba sin éxito el acuse de recibo.

De hecho ella dejó de escribirle por completo, pese a que él ya no siempre la visitaba al transcurrir los doce meses y a que los meses se convertían en años divididos tan sólo por los jamones curados en casa que ella enviaba por Navidad y Acción de Gracias y él comía en compañía de sus abuelos.

“No me gusta escribir cartas —le escribió—. Y tú ahora estás perfectamente, y deberías saber que yo estoy bien. Siempre lo he estado.

“Siempre lo ha estado y siempre lo estará”, pensó él. “Sólo que ahora estoy descubriendo cuán poco parece haber pensado en mí antes”. Así que esta vez esperó hasta haber ahorrado mil doscientos dólares. Y viajó a casa, llegó a aquella casa que se consumía

y la vio en el crepúsculo saliendo del establo con los dos cubos, esta vez llenos, como si al igual que con el carro no hubiera pasado el tiempo desde que la viera la última vez tres años atrás. En aquella ocasión no le dejó siquiera hacer nada en la casa.

“Awce la apuntalará antes de que llegue a derrumbarse”, le dijo. Pero aceptó los mil doscientos dólares, sin comentario alguno como de costumbre, aunque esta vez sin protestas. Y ahora el tiempo empezó a fluir de prisa para él, como sucede con los jóvenes guiados por una sola idea. Pronto fue empleado en la oficina del corredor, y en seis años su socio; ahora tenía una auténtica cuenta corriente, una suma demasiado grande para llevarla consigo en un cinturón monedero, y se había casado; a veces se detenía con una suerte de asombro, no sin aliento sino como un fuerte caballo que se para unos instantes para respirar, y pensaba “Tengo treinta años.

Tengo cuarenta”, y no era capaz de recordar cuándo, en qué verano, la había visto por última vez, había llevado a sus hijos para que la abuela los mirara, pues en las ocasiones que lo hizo todo había sido intercambiable e idéntico: los mismos dos cubos de leche llenos o vacíos, la misma mujer delgada y erguida y sin edad cuyo encanecimiento del pelo no hacía sino reafirmar su impermeabilidad ante el tiempo, el mismo sombrero para el sol y el mismo vestido descoloridos; sólo el estampado del calicó era diferente, como si el cambio de vestido constituyera la variación única; luego, un día, “Tengo cincuenta años y ella sesenta y nueve”, en su limusina semejante a un coche fúnebre, ya presidente de aquel banco en donde hiciera su primer ingreso y millonario por derecho propio –hacía veinte años que se había convertido en heredero de su abuelo: había declinado el legado y lo había dedicado a una fundación que daba hogar a ancianas sin hijos–, viajó hasta Mississippi siguiendo la línea férrea sobre la que el viejo furgón se deslizó un día, y tomó después el camino un día interminable bajo el voluntarioso y lento carro y llegó hasta la casa que Awce (muerto hacía mucho tiempo y reemplazado entonces por un chico de catorce años que era ya un hombre ahora, y que también araba con rapidez cuando la mujer blanca lo vigilaba desde la cerca) había apuntalado. Pero ella se negaba a ir a vivir a Memphis.

—Estoy bien, te lo aseguro –dijo–.

¿No nos arreglamos Joanna y yo durante años? Pues creo que yo y Lissy –la hija de Joanna y Awce; su nombre era Melissandre, aunque probablemente nadie salvo el hijo lo recordaba– podemos hacer lo mismo.—Pero no tienes por qué ordeñar –dijo él. Y ella no respondió en absoluto a esto—. Imagino que tampoco me prometerás escribir más a menudo, ¿no es cierto? –Y ella no quiso prometerlo, así que él se detuvo en una tienda que había en una encrucijada situada a unas cuantas millas, cuyo propietario accedió a desplazarse hasta la casa una vez a la semana y enviarle una reseña de cada visita; el hombre así lo hizo, y cinco meses después él recibió una carta comunicándole que su madre estaba enferma, y viajó a casa y por primera vez en la vida la vio en la cama, con la cara fría e indómita de siempre aunque un tanto agraviada por el tropiezo de su carne.

—No estoy enferma –dijo ella–.

Podría levantarme ahora mismo si quisiera.

—Lo sé –dijo él–. Vas a levantarte. Vas a venir a Memphis. Esta vez no te lo pido. Te lo ordeno. No te preocupes por tus cosas. Volveré mañana a recogerlas. Hasta me llevaré la vaca conmigo en el coche.

Tal vez fuera porque estaba acostada e indefensa y lo sabía. Pues al cabo de un instante dijo: —Quiero que venga Lissy también.

Alcánzame la caja que hay encima de la chimenea.

Era una caja de zapatos de cartón; había estado allí encima por espacio de treinta años –según él recordaba–, y contenía hasta el último centavo, en los billetes originales con sus dobleces originales, del dinero que le había enviado o entregado personalmente.

Y entonces, como le contó a su oyente, Gordon cayó en la cuenta de que ella jamás había montado en automóvil. En un automóvil en movimiento cuando menos, pues había estado sentada unos instantes en el primero que su hijo trajo a casa en el pasado; había dejado en el suelo los dos cubos de leche y se había montado en él con el sombrero y el vestido descoloridos y había permanecido sentada unos segundos y había gruñido

hoscamente una vez y se había apeado, pese a que el chófer negro le había obsequiado a la negra Lissy con un paseo hasta la carretera principal. Pero ahora montósin vacilación; se negó a que su hijo la llevara en brazos, caminó hasta el coche y se quedó de pie junto a él mientras la excitada y casi histérica negra sacaba los pocos bultos y bolsas que había preparado apresuradamente.

Luego él la ayudó a subir al coche y cerró la portezuela y pensó que el “clic” que hizo la portezuela era el final, del mismo modo que la libertad del “detenido” finaliza con el “clic” de las esposas, pero estaba equivocado. También contó aquel episodio: era de noche, el coche avanzaba ahora sobre una carretera pavimentada y se veía ya el fulgor de la ciudad allá adelante; él iba sentado al lado de la pequeña y erguida figura arropada con el chal que asía con fuerza una cesta que llevaba encima de las piernas, y pensaba con asombro que nunca en su vida la había visto acostada o incluso sentada durante tanto tiempo, cuando de pronto ella se inclinó hacia adelante y dijo con voz débil y cortante: “Pare. Pare”, y hasta su chófer negro la obedeció, tal como Awce hizo y su sucesor hacía, y el coche aminoró la marcha y chirriaron los frenos mientras ella miraba hacia afuera también y vio lo que al parecer ella miraba, una casita pulcra y mínima entre pulcros arbustos en una pequeña y cuidada parcela.

—Un bonito lugar, ¿verdad? —concedió él—. Sigue, Lucius.

—No —dijo ella—. No voy a seguir adelante. Quiero quedarme aquí.

—¿En esa casa? Tiene dueño. No podemos quedarnos en ella.

—Entonces cómprala y haz que se marchen, si es que eres rico como dices.

Y lo contó también: se quedaron allí sentados en el coche parado y lleno de la ruidosa consternación de la negra, que veía cómo la perspectiva de Memphis se iba esfumando poco a poco de su vida. Pero su madre fue inflexible. Se negó incluso a ir a esperar en Memphis.

—Volvamos a Holly Springs —dijo—. Llévame a casa de la señora Gillman. Me quedaré allí. Puedes comprar la casita mañana y venir luego a buscarme.—¿Me prometes no volverte a casa?

—No voy a prometer nada. Tú compra esa casa. Porque yo no voy más lejos.

Así que volvieron y la llevó a Holly Springs, a casa de la vieja amiga con quien había ido al colegio en la mocedad, sabiendo que no se quedaría allí, como en efecto no hizo; hizo él, pues, un último viaje a Mississippi y la sacó una vez más de la vieja casa con la negra y la acomodó en la nueva, donde había ya instalado a la vaca y a las gallinas, y la dejó allí. Ella se negó a pisar la ciudad, aunque ahora él podía visitarla todos los domingos por la noche; la veía allí de pie en los crepúsculos estivales, con el desvaído vestido de guinga y los sombreros para el sol, en medio de una arremolinada nube de gallinas, alzando y sujetando el dobladillo del delantal con una mano y con la otra ejecutando el gesto inmemorial del sembrador de semillas. Una tarde, al cabo de cierto tiempo, estaba él sentado en el cuartito desnudo que llamaba su despacho cuando se abrió la puerta de pronto y se vio encarando el rostro enfermo del hombre que le hablaba a gritos: —¡Es su madre! ¡Lewis Randolph es su madre! —gritaba—. Me llamo Gavin Blount, igual que él. Soy su sobrino nieto —gritaba—. ¿No lo sabía? Él y Charles Gordon estaban enamorados de ella. Los dos le propusieron matrimonio el mismo día: cortaron una baraja de cartas para ver quién lo hacía primero, y ganó Gavin Blount. Pero ella le ofreció la rosa a Charles Gordon.

iii

Por las tardes, desde la ventana de aquel despacho, Gordon miraba el Battery Park y veía a Blount sentado en un banco, frente al río. Gavin Blount estaba siempre solo, sentado con un abrigo en invierno y ropa ligera de lino en verano, entre los viejos cañones clavados y las placas de bronce, y a veces solía permanecer allí una hora, incluso bajo la lluvia. Hacía mucho tiempo que había conocido a Blount, y aunque habían transcurrido ya doce años seguía mirándolo con tolerancia y cierto afecto y un punto de desdén. Pues para él —el hombre cuerdo y equilibrado con mente enérgica y sana— la vida que Blount llevaba no era una vida adecuada a un hombre. Ni siquiera convenía a una mujer. Merced a su

indesmayable esfuerzo, Blount, que era médico y había heredado de su padre una clientela, había logrado reducir ésta al mínimo absoluto; los casos que actualmente entraban en su consulta lo hacían entre las cubiertas de las revistas médicas, los pacientes que cruzaban el umbral de su puerta se sintetizaban en él mismo.

Estaba enfermo. No físicamente, sino con una morbosidad de nacimiento.

Vivía con dos tías solteras en una pesada y sólida casa bien conservada, construida de ladrillo y sin elegancia en una calle enclavada en una zona que cincuenta años atrás había sido uno de los distritos selectos y residenciales de la ciudad, y que ahora era un amasijo de garajes y establecimientos de fontanería y ruinosas casas de huéspedes a cuya espalda se extendía una zona de viviendas de negros, y bajaba a la ciudad cada mañana, tal como hacía Gordon, aunque no a despacho alguno (había días en que ni siquiera pisaba el consultorio en cuya puerta aún figuraba el nombre de su padre) sino a pasarse el día en el club de los Guardias de Nonconnah, y la tarde en el Battery, junto al río, sentado entre los viejos cañones clavados y los ostentosos bajorrelieves, y al menos una vez a la semana sentado durante diez minutos o una hora en aquel cuarto situado a gran altura, cuyo ocupante y propietario había llegado a pensar que el visitante, fuera de allí, carecía de existencia.

—Debería casarse —le dijo en cierta ocasión Gordon—. Eso es lo que le pasa a usted. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y uno —dijo Blount—.

Admitiendo por un instante que me pase algo, ¿sabe por qué no me he casado? Porque nací tarde. Desde 1865 todas las damas están muertas. No quedan ya más mujeres. Además, si me casase tendría que renunciar a la presidencia de los Guardias.

Y ello, los Guardias de Nonconnah, constituía en Blount, según Gordon, tanto su enfermedad como su sanatorio. Era presidente del Comité desde hacía diecisiete años, y había heredado el cargo de un hombre llamado Sandeman que a su vez lo había heredado de un hombre llamado Heustace que a su vez lo había heredado en el campo de Shiloh del primer Gavin Blount. Tal era la enfermedad... Un hombre aún joven que se había apartado con firmeza del mundo de los vivos a fin de existir en un tiempo pasado e irrevocable, cuya sola relación con el mundo de los vivos estribaba en sopesar y descartar nombres propuestos de jovencitas anónimas ansiosas por asistir a un baile, y en hacerlo de acuerdo a una escala de valores postulada por desinteresados muertos; un hombre cuyo mecanismo vital permanecía tan prístino e inmóvil e intocado como el día en que le fue dado, igual que un casco no botado que se pudre quieta y lentamente sobre las anguilas en el astillero, un hombre que se pasaba la vida sentado en soledad entre unos cuantos cañones mudos y herrumbrosos y unas placas de bronce tapizadas de verdín, y que de cuando en cuando se sentaba al otro lado de la mesa de un hombre que le doblaba en edad, y decía: “Cuéntamelo otra vez.

Cuando ella se apoyaba en el cañón de mosquete y le contaba todo aquello.

Vuélvame a contar. Es posible que haya partes que usted olvidó antes”.

De modo que él volvía a contarle: cómo las chicas formaban una fila e iban besando a los miembros del batallón uno por uno, cómo los negros volvían a tocar el violín, aunque su madre afirmaba que nadie podía oírlos, y cómo él le había dicho en una ocasión (tenía quince años y se le antojaba que había escuchado la historia un considerable número de veces): “¿Cómo sabes que nadie podía oírlos?”, pero su madre se había negado a explicarlo en aquel momento, y se había quedado apoyada en el cañón del mosquete mirándole airadamente, con la boca aún abierta para seguir hablando bajo el sombrero que llevaba tanto dentro como fuera de la casa, prenda que en su opinión —según le contó a Blount— su madre se ponía cada mañana antes incluso de los zapatos y las enaguas.

“Apuesto a que cuando llegaste a Charley Gordon la gente ni siquiera era capaz de ver los codos de los negros en movimiento”, le había dicho a su madre.

—Lo que usted quiere decir es que la gente no necesitaba escuchar —dijo Blount—. Lo que usted quiere decir es que entonces uno podía oír: “Aparta la mirada, aparta la mirada”,

sin necesidad de estar escuchando. Hay gente que todavía puede oírlo, incluso después de setenta años —añadió—. Que no es capaz de oír otra cosa.

—Pero uno no puede vivir en el hoy y en el pasado al mismo tiempo —dijo Gordon.

—Puede morir intentándolo.

—Quiere decir que usted morirá intentándolo.

—De acuerdo. ¿Y qué más da si es así? ¿A quién perjudicará con ello?

Aquella fue la primera vez que Gordon le dijo que debería casarse, y volvió a repetirlo la tarde en que Blount irrumpió con su asombrosa petición y en un estado aún más histérico que cuando doce años atrás había irrumpido gritando: “Usted es su hijo, usted es el hijo de Lewis Randolph”. Él, la cara enferma y desencajada e inteligente, el médico que se pasaba la vida sopesando los nombres de las candidatas a un baile anual como si fuera el cabeza de un nuevo y aún precario gobierno revolucionario que elige su gabinete, sus ministros.

—Así que debo arrastrarla; a una mujer que tiene casi noventa años; sacarla a viva fuerza de donde esté cómoda y contenta y hacerla ir a un baile con un montón de mozalbetes danzarines.

—Pero ¿es que no comprende? Ella asistió al primero. Es decir, al primer baile auténtico, al primero que significó algo, cuando los Guardias nacieron de verdad, cuando cantaban “Dixie” bajo aquella bandera que la mayoría de ellos no había visto antes y ella besó a ciento cuatro hombres y entregó a Charles Gordon la rosa.

¿No lo entiende?

—Pero ¿por qué madre? Tiene que haber alguna mujer aún viva en Memphis que estuviera también allí aquella noche.

—No —dijo Blount—. Ella es la última. Y aunque hubiera otras vivas, ella seguiría siendo la última. No fue ninguna de las otras la que partió en aquel tren de tropa aquella noche, con una capa de oficial confederado sobre el vestido de baile con miriñaque y la flor aún en el pelo, para casarse en la nieve con la cabeza descubierta y ante un cuadro de soldados, como en un consejo de guerra, y pasar luego cuatro horas con el marido que jamás volvería a ver. Y ahora asistiría al úl... éste, y entraría en el salón de baile de mi brazo, lo mismo que hace setenta años entró del brazo de Charles Gordon.

—Ha empezado a decir “el último”.

¿Se refiere al último que va usted a presidir, o al último que tiene intención de asistir? Tenía entendido que sólo la muerte o el matrimonio pueden relevarle de la presidencia.

—Con el paso del tiempo no me hago más joven.

—¿Para el matrimonio o para la muerte?

Blount no contestó. Al parecer tampoco estaba escuchando; aquella cara inteligente y trágica, enferma y absorta, tenía la vista baja. De pronto se alzó, miró al otro cara a cara, y Gordon supo que aquel hombre estaba más enfermo de lo que él mismo o cualquiera pudiera sospechar.

—Me dice usted que me case —dijo Blount—. No puedo casarme. Ella no me aceptaría.

—¿Quién no le aceptaría?

—Lewis Randolph.

Blount dejó el cuarto y Gordon se quedó sentado, también absorto. Pero no había nada enfermizo en él; un hombre robusto y enérgico, triunfador encanecido y juicioso, sentado con atuendo sobrio de paño fino y enormes e inmaculados y anticuados puños, con un costoso cigarro consumiéndose en la mano de uñas recortadas, una mano suave y lisa ahora pero que no había olvidado la forma del mango del arado, que se sacude, que despierta súbitamente y dice en voz alta: —Bien, maldita sea. Que me cuelguen si no lo hago.

Así, dos días después su secretaria telefoneó a casa de Blount: no había transcurrido una hora cuando Blount se presentó en el despacho de Gordon.

—Bien, la convencí —dijo Gordon—.

Va a venir. Pero no al baile. Creo que sería demasiado para ella. Digamos una cena en mi casa con unos cuantos invitados. Vendrán Henry Heustace y su esposa. Madre es apenas veinte años mayor que ellos. Del baile hablaremos más adelante.

Pero Blount tampoco le escuchaba ahora.

—La convenció —dijo—. Lewis Randolph en el baile de los Guardias de Nonconnah. Charley Gordon, y ahora Gavin Blount. ¿Cómo lo ha hecho?

—¿Cómo cree usted que lo he hecho?

¿Cuál es el único medio seguro de hacer que cualquier mujer, doncella o esposa o viuda, vaya a cualquier parte? Le dije que había un soltero muy buen partido que quería casarse con ella.

Y así, tres semanas después, sentado entre sus invitados sobre la fina mantelería y el cristal y la plata y las flores de su cargado comedor, pensó “tal vez Gavin Blount no la haya visto en su vida, pero, Santo Dios, yo es la primera vez que la veo en una mesa con mantelería de auténtico hilo y más de un plato y cuchillo y tenedor y copas y jarras”, la figura delgada y erguida, con cabello de un blanco perfecto y un chal y un vestido de seda de un negro absolutamente impecable que aún mostraba las arrugas y aún olía a la tenue y acre casca en la que había permanecido doblado y guardado, que llegaba a Memphis al fin —sólo había viajado durante unos cuantos meses cuando tenía menos de veinte años—, que llegaba una vez más en el agonizante crepúsculo y entraba en aquella casa que jamás había visto, con ojos fríos y penetrantes e incólumes que miraron un instante el ramo de rosas rojas que el criado y no el oferente le ofrecía, mientras el oferente espiaba el vestíbulo desde la habitación que Gordon llamaba despacho siguiendo la vieja costumbre, y exclamaba: “No puede ser ella —dijo—. Espere. Quiero sentarme frente a ella.

Así podré mirarla y contemplarla”.

Y el hijo dijo: —¿Contemplar qué? ¿Cómo se embrolla con ese montón de cuchillos y cucharas de nuevo diseño?

Y el otro dijo: —¿Embrollarse? ¿Lewis Randolph?

¿Cree usted que la mujer que llevó aquella Derringer en el bolsillo del delantal durante tres años, hasta que llegó el momento de usarla, es capaz de alterarse o aturdirse ante los postulados surgidos después?

Y no lo era. El hijo observó cómo Heustace se adelantaba al mayordomo para apartar la silla de su madre, y vio cómo ella se detenía por espacio de un instante y miraba los juegos de plata con mirada rápida y comprensiva de mujer de campo, y eso fue todo.

Así, él supo entonces que no debía haberse preocupado por ella en absoluto, y se dijo con su viejo humor que más le valía que ella no supiera que se había preocupado. Porque, como Blount habría podido decir, y de hecho dijo su hijo —el hijo de Gordon—, ella se había erigido ya en el centro de atención, no sólo respecto a Heustace, el único invitado de los presentes que se acercaba a la generación de ella, sino igualmente respecto a la pareja de la edad de Gordon y a la joven acompañante de su hijo y al joven acompañante de su hija, para no hablar de la cara suspendida frente a ella sobre un florero, como una luna afligida y apagada a punto de ocultarse más allá de un seto, de forma que Gordon dejó de mirar a su madre y empezó a mirar a Blount; vio cómo su madre levantaba una cuchara con sopa y pensó “No le va a gustar y lo va a decir en voz alta”, y luego empezó a mirar a Blount, y pensó “Él es quien necesita que se preocupen por él”, pensó. “Sí. Qué aspecto más lamentable; está más enfermo de lo que nadie se imagina”. Así que también a él cogió desprevenido; no era, como cayó en la cuenta más tarde, que en realidad hubiera esperado que la velada trascurriera sin incidentes, sino que todo empezó con rapidez, antes incluso de que se sentaran a la mesa.

Estaba mirando a Blount, consciente de que Heustace le estaba hablando a su madre de los días de la guerra en Memphis, con los yanquis en la ciudad, que Heustace recordaba; oía a Heustace decir: “La situación en el campo era diferente, naturalmente”, cuando vio a Blount moverse un poco, apartar hacia atrás la silla, con la enferma cara lunar inclinada hacia adelante sobre la sopa intocada, y empezar a hablar con una intensidad rápida y curiosa; y entonces Gordon supo de pronto lo que se avecinaba tan nítidamente como si lo

hubiera leído en la mente de Blount; vio cómo las caras de los otros se inclinaban hacia adelante, hacia el brusco silencio, como si la intensidad de Blount les hubiera contagiado también a ellos de alguna manera.

—El problema reside —dijo Blounten que nunca conseguimos mantener a nuestros yanquis en la proporción correcta. Fuimos como un cocinero con demasiada materia prima. Si al menos hubiéramos logrado mantenerlos en la proporción de diez o doce frente a uno de los nuestros, podríamos haber lidiado una guerra como es debido. Pero cuando no jugaban limpio, cuando los que excedían de tal número dieron en merodear por la región, por los lugares donde tan sólo quedaban mujeres y niños, o acaso una mujer sola con un niño, y un puñado de negros asustados... —La madre miraba a Blount.

Acababa de morder un trozo de pan y masticaba, con el pan aún levantado, como mastica la gente sin dientes, y entonces dejó de masticar y observó a Blount exactamente como acostumbraba a observar al negro que araba más allá de la cerca—. La mitad de ellos merodeando por las puertas traseras de casas del interior de la región, mientras todos los hombres estaban fuera luchando contra el otro medio millón de ellos, hombres que salieron de buena fe, que creían que las mujeres y los niños se hallarían a salvo incluso de los yanquis... —La madre volvió a masticar, dos veces; Gordon vio los rápidos movimientos de mandíbula antes de que su madre dejase de masticar de nuevo y mirase, a ambos lados de la mesa, las caras de los otros, que se inclinaban hacia adelante con idéntica expresión de intenso asombro; una mirada rápida y fría, unos ojos fríos que no se detenían más en la cara de su hijo que en la de cualquiera de los comensales. La mujer, luego, puso las manos sobre la mesa y empezó a retirar hacia atrás la silla.

—Vamos, madre —dijo Gordon—. Vamos, madre.

Pero su madre no se estaba levantando; era como si simplemente hubiera echado hacia atrás la silla para hacerse espacio y comenzar a hablar; la retiró con brusquedad y se inclinó, con las manos —una de las cuales aún sujetaba el pan mordido— sobre el borde de la mesa, mirando al hombre que se sentaba frente a ella en actitud idéntica, y su voz, aunque no apresurada, fue tan fría y eficaz como lo había sido antes su mirada; y su hijo, a la espera de que su cuerpo obedeciera y pudiera moverse también, pensó “Cómo pretender evitarlo, cuando ha esperado setenta años para contárselo a alguien”.

—Yo sólo vi a cinco de ellos —dijo—. Joanna decía que había más afuera, frente a la casa, sin desmontar. Pero yo nunca los vi. Eran sólo cinco y vinieron andando hasta la puerta de la cocina. Llegaron y entraron. Entraron directamente en mi cocina, sin llamar siquiera. Joanna acababa de llegar por el vestíbulo diciendo a gritos que todo el patio principal estaba lleno de yanquis, y yo me estaba dando la vuelta del hornillo en donde había estado calentando leche para él... —No se movió, ni siquiera indicó a Gordon con un movimiento de ojos o de cabeza—. Y acababa de decir “Calla, deja de gritar y levanta el niño del suelo”, cuando esos cinco vagabundos entraron en mi cocina sin quitarse siquiera el sombrero...

Y Gordon seguía sin poder moverse. Siguió sentado también, rodeado de semblantes asombrados entre los cuales, por encima del jarrón de flores, se inclinaban la una hacia la otra las caras de su madre y de Blount; la una fría, articulada bajo el cabello blanco; la otra semejante a algo costoso y frágil a punto de caer de la repisa de la chimenea o de un estante sobre el piso de piedra, y cuya voz brotaba de ella en un suspiro apasionado y tenue: —Sí. Sí. Continúe. Y entonces, ¿qué?

—El cazo de leche hirviendo estaba así, sobre el hornillo. Lo levanté, así exactamente... —Entonces se movió; ella y Blount se levantaron a un tiempo, como dos marionetas movidas por un mismo hilo. Se encararon durante un segundo, un instante, inmóviles como dos muñecas en un escaparate navideño, por encima del brillante fulgor de la mesa, sobre un fondo de caras asombradas e incrédulas. Entonces ella alzó el bol de la sopa y lo lanzó contra la cabeza de Blount, y luego, mirándole a la cara, con el cuchillo de la mantequilla en la mano y apuntando a Blount como si esgrimiera una pequeña pistola, repitió la frase con la que había ordenado a los soldados que salieran fuera de la casa, una frase digna de ser usada entre compadres de un buque de vapor, la cual —Gordon pensó— ni

siquiera ella sabía que sabía hasta el momento, setenta años atrás, en que llegó a necesitarla.

Más tarde, cuando el tumulto de vítores y gritos hubo cesado, Gordon pudo de algún modo reconstruir la escena: los dos, ambos pequeños y rígidos y echados hacia atrás, mirándose frente a frente, la una con el pequeño y reluciente cuchillo dirigido con firmeza hacia el vientre de Blount, el otro con el rostro y la pechera salpicados de sopa, y la cabeza erguida y el semblante enfermo exaltado como el de un soldado a quien le están condecorando, y en torno a ellos el rugido, el tumulto de vítores y voces.

Cuando al fin Gordon logró alcanzarla, la halló sentada en una silla de la sala, trémula aunque erguida y rígida aún.—Llama a Lucius —dijo—. Quiero irme a casa.

—Pero si ha sido magnífico —dijo él—. ¿Es que no les oyes? Aún siguen. Ni siquiera oíste más ruido la noche aquella en que asististe al baile.

—Me voy a casa —dijo ella. Se levantó—. Llama a Lucius. Quiero salir por la puerta de atrás.

Así que la llevó a la habitación que él llamaba su despacho, y esperaron a que llegara el coche.

—¿Es por esas palabras que olvidastes y que has usado? —dijo él—.

Hoy día no son nada. Las encuentras en todos los libros. Algunas de ellas, quiero decir.

—No —dijo ella—. Pero quiero irme a casa.

Así que la dejó dentro del coche y volvió al despacho. Encontró en él a Blount, sentado apaciblemente en una silla, con una servilleta húmeda y manchada en una mano.

—Le haré traer una camisa limpia —dijo Gordon.

—No —dijo Blount—. No se preocupe.

—No va ir así al baile, ¿no es cierto?

Blount no respondió. Había una caneca sobre la mesa. Gordon quitó el tapón y sirvió la bebida sola en un vaso y lo acercó a Blount. Pero Blount no hizo ningún gesto para cogerlo.

—Ahora sé por qué dejó usted de sentir aquella Derringer —dijo Blount—. No fue por el hecho de que no hubiera ya necesidad de ella, puesto que ellos podían volver, otra cuadrilla de ellos. Tal vez lo hicieron.

Usted no se habría enterado. Fue porque ella descubrió que no era digna de protegerse con una bala, una bala limpia que Charles Gordon habría aprobado, al descubrir que podía ser sorprendida y obligada involuntariamente a usar un lenguaje que ni ella misma sabía que sabía, que Charles Gordon ignoraba que sabía, y que yanquis y negros le habían oído emplear.

—A continuación miró a Gordon—. Déme su pistola. —Gordon lo miró—. Vamos, Ran. Puedo ir a casa y cogeruna. Usted lo sabe.

Gordon siguió mirándole unos instantes más. Luego, apacible, inmediatamente, dijo: —De acuerdo. Aquí la tiene.

Sacó del escritorio la pistola y se la entregó a Blount. Y sin embargo, cuando el otro se hubo ido, la mente de Gordon empezó a dudar un tanto; él, un hombre cuya profesión era juzgar caracteres, prever la progresión de las acciones humanas, que venía haciéndolo desde hacía tanto tiempo que a veces podía parecer juicios precipitados y no lo eran, un hombre con absoluta fe en sus juicios, y no sólo porque éstos hubiera demostrado invariablemente ser correctos. Sin embargo, en esta ocasión sentía ciertas dudas aprensivas, si bien admitió para sí mismo en seguida que no eran motivadas tanto por su afecto por Blount cuanto por su orgullo respecto a su juicio. Empero, equivocado o acertado, ya estaba hecho, de modo que se sentó a fumar plácidamente; por fin oyó llegar el coche, y al poco entró Lucius, el negro.

—Espero una misiva —dijo Gordon—.

No creo que llegue hasta mañana por la mañana, aunque es posible que llegue esta noche. Pero cuando llegue, súbemela en seguida.

—Sí, señor —dijo el negro—. ¿Aunque esté usted dormido?

—Sí —dijo Gordon—. Esté dormido o no. Y tan pronto como llegue.

No llegó hasta la mañana, sin embargo. Es decir, no le llegó a las manos hasta que apareció sobre la bandeja de su primer café de la mañana, aunque al ver que se trataba de un paquete en lugar de un sobre no esperó siquiera respuesta a su pregunta de por qué no había sido despertado la pasada noche a su llegada, sino que se limitó a sacar la nota y a devolver al negro el objeto envuelto en papel de periódico.

—Pon esto en el escritorio —dijo.

Así, lo que sintió fue alivio, una emoción semejante a la que cualquier mujer podría sentir, y no la reivindicación del buen juicio de un hombre, de un banquero (“Me estoy haciendo viejo”, pensó), y como penitencia, y para fortalecimiento de su alma, ni siquiera leyó la nota hasta que hubo apurado su café. Estaba escrita a lápiz, sobre el reverso de un prospecto manchado que anunciaba una cadena de tiendas de alimentación. “Al parecer ha vuelto usted a tener razón, si es que el oír que tiene razón puede aún procurarle satisfacción. Una vez dije que ella y las gentes como ella son capaces de resistir y que nosotros no, de forma que ése es el problema que nos aqueja y usted dijo Quizá y yo estaba equivocado, lo cual ambos esperábamos. Pero usted también estaba equivocado porque yo puedo resistir porque ¿por qué no habría de hacerlo?, porque Gavin Blount lo venció al fin. Puede que fuera a Charles Gordon a quien ella le dio la rosa, pero, ¡Dios!, fue a Gavin Blount a quien arrojó encima la sopa”.

Un hombre peligroso

Las mujeres saben cosas que nosotros no sabemos, que aún no hemos aprendido, que acaso no aprendamos nunca, supongo. Quizá es que el hombre lo tiene todo, lo que cree que está bien y lo que cree que está mal y lo que cree que debería suceder y lo que cree que no debería suceder y no puede suceder, claramente adjetivado y catalogado y acomodado a ciertos patrones.

Al señor Bowman lo calificábamos de hombre peligroso, pues reaccionaba de forma propia y absolutamente masculina, en la que se aunaban cierto credo simple y masculino con una especie de presteza violenta, sin aprensiones ni remordimientos. Una mañana, Zack Stowers entró en la oficina del expreso pistola en mano. Un viajante de comercio había insultado a su mujer; había ido en su busca, pero cuando lo encontró, el hombre saltaba ya al autobús que lo conduciría desde el hotel a la estación.

—¿Eh? —dijo el señor Bowman (es un poco sordo) inclinándose sobre la ventanilla enrejada y haciendo pantalla con la mano en el oído. Stowers lo repitió agitando la pistola. El viajante estaba con un amigo; era muy posible que Stowers necesitara ayuda—. Por supuesto —dijo al instante el señor Bowman. Sacó de la caja la pistola propiedad de la compañía y se la metió en el bolsillo y se detuvo un instante en la puerta trasera para decir a su mujer—: Voy un momento a la estación.

Salió rodeando la mampara y sin coger siquiera la chaqueta siguió a Stowers, que tenía el coche en la calle. Subieron y partieron hacia la estación a galope tendido, mientras la gente se volvía en la calle para mirarlos.

Eran dos.

—Allí están —dijo Stowers—. ¿Ve a aquel alto del sombrero verde y al otro bajo con dos bolsas?

—¿Se refiere al tipo escurrido que lleva la chaqueta en el brazo? —dijo el señor Bowman, inclinándose un poco hacia adelante mientras galopaban por la ancha plaza situada frente a la estación. Hablaba con voz calma, tensa, impersonal, como si estuvieran levantando un largo poste o una escalera.

—No, no —dijo Stowers, con las riendas y el látigo y la pistola amontonados en las manos—. Aquel tipo alto de sombrero verde que se da la vuelta ahora mismo y mira hacia aquí.

—Ah, sí —dijo el señor Bowman—.

Ya lo tengo. Ahora que nos ha mirado, ¿va a dispararle ya?

—No, no. Usted vigílemelos. Primero quiero hablar con él.

—Mejor que le dispare ahora —dijo el señor Bowman—. Ha echado una mirada hacia aquí.

—No, no; usted espere, ya se lo he dicho.

—De acuerdo —dijo el señor Bowman—. Pero ahora no sería por la espalda: nos está mirando.

Se bajaron del coche, no se entretuvieron en atar el tiro. El viajantegordo también se había dado la vuelta y, sin soltar las dos bolsas, los miraba acercarse con una especie de horror solemne. Llevaba el sombrero echado hacia atrás; con sus ojos redondos y su boca redonda se asemejaba a la fotografía de un chiquillo pequeño y gordo con un gorro de marinero.

Echó una ojeada por encima del hombro; ahora él y su compañero estaban tan aislados como si fueran los dos únicos seres de la tierra.

—¿Cuál de ellos quiere? —dijo el señor Bowman, sacando la pistola y observando a los dos viajeros como un perro no particularmente hambriento contemplaría dos cuartos de carne de vaca aderezada.

—Espere, hombre, maldita sea —dijo Stowers—. Vigíelos, nada más.

—¿Eh? —dijo el señor Bowman, haciendo pantalla en el oído con la mano de la pistola. Stowers dejó a un lado la pistola y empezó a quitarse la chaqueta.

—¿Qué sucede, amigo? —dijo el viajante alto.

—Va a pelearse a puñetazos, ¿no?

—dijo el señor Bowman.

—Oiga, amigo —dijo el viajante alto. Miraba por encima del hombro—.

Oigan, amigos, les pido que...

—Déjemelo a mí —dijo el señor Bowman—. Usted apúnteles para que no se escapen.

—No —dijo Stowers, tirando la chaqueta al suelo—. Es cosa mía.

—Me pegaré con los dos —dijo el señor Bowman—. Con los dos al mismo tiempo.

—No —dijo Stowers entre dientes, mirando con furia al viajante alto.

—Eh, amigos —dijo al viajante alto, mirando rápidamente a su alrededor, sin atreverse a apartar la mirada de Stowers durante mucho tiempo—.

Les pido que...

Stowers lo golpeó; para hacerlo hubo de alzarse literalmente del suelo, y a continuación ambos hombres se enzarzaron. El señor Bowman se apartó y fue hasta el viajante gordo, que seguía con las bolsas.

—Es un error —dijo el viajante gordo—. Se lo juro por Dios. Le juro por Dios que no le ha hecho nada a su mujer. Ni siquiera la conoce. Y aunque la conociera, no hay en el mundo quien respete más que él a una mujer.

—¿Quiere pelear también? —dijo el señor Bowman.

—Se lo juro, se lo juro por Dios, señor.

—Venga. Dejaré la pistola en el suelo, entre los dos. Venga.

Llegó el tren; retumbó y pasó por delante, chirriando. El viajante alto miró por encima del hombro, volvió a enzarzarse con Stowers, se volvió de nuevo y escapó de un salto.

Stowers saltó tras él, pero luego giró sobre sí mismo y volvió corriendo y cogió su pistola, y en aquel momento lo sujetaron dos mirones, mientras él se debatía y maldecía.

—Vamos, vamos —decían—. Vamos, vamos.

Cuando el tren hubo partido, el señor Bowman y Stowers volvieron al coche; Stowers se daba golpecitos en la boca y escupía.

—Maldita sea —dijo—. He estado como obnubilado por un momento. Estaba tan furioso... El tipo no hacía más que decir que no era el que buscaba.

—No se preocupe —dijo el señor Bowman—. El tipo peleó estupendamente. El mío era otra cosa.

Bowman es el agente de la compañía, un hombre de complexión fuerte, sin edad definida. Cara rubicunda, nariz un tanto ganchuda, tuerce un poco los fogosos ojos de avellana y tiene un pelo escaso y fino y rojizo y vigoroso, y lo que en un hombre más cuidadoso o consciente de su aspecto recibiría el nombre de una calva. Camina casi de puntillas, con paso ligero y medido, como un boxeador que sufre de rigidez en las articulaciones, y su ropa siempre es un poco demasiado corta o demasiado ceñida y demasiado chillona, de un modo descuidado e inocente.

Aparenta tener unos treinta y ocho años, aunque tiene un sobrino ya mayor, casado y padre; un chico que —según dicen el señor y la señora Bowman— es el sobrino del señor Bowman. Mi tía, sin embargo, dice que es un hijo adoptivo que sacaron del orfanato. El chico creció en la apretada y pequeña casa en que viven los Bowman, y fue a la escuela y

trabajó en la oficina del expreso los sábados cuando tuvo edad suficiente, y se hizo un hombre y dejó la casa para casarse.

Ahora los Bowman tienen dos perros fox terrier, dos bestias gordas e insolentes y de mal carácter, con ojos rojos y coléricos, que van con ellos en el coche los domingos y siguen al señor Bowman a todas partes durante la semana, tanto en la oficina como en la calle, y gruñen y lanzan mordiscos malévolos a las manos de quienes intentan acariciarlos. Gruñen e intentan morder también al señor Bowman, pero a la señora Bowman no le gruñen.

No es que la eviten exactamente, pero la miran con cierto respeto, insolente pero atento, y se quedan en la oficina únicamente cuando el señor Bowman está en ella.

Minnie Maude, que vive en la casa de huéspedes de la señora Wiggins, en la acera de enfrente, me contó que un día los Bowman, tuvieron una pelea terrible porque el señor Bowman, como hacía frío, quería bañar a los perros en la cocina. Me contó que la cocinera de la señora Bowman le contó a la cocinera de la señora Wiggins que, después de aquello, la señora Bowman ni siquiera le dejaba tener a los perros en la cocina por la noche, y que el señor Bowman, después de acostarse, se deslizaba a la cocina y les dejaba entrar, y le daba a la cocinera un dólar a la semana para que los sacara al llegar por la mañana y limpiara para que no se notara nada.

El señor Bowman es el agente del expreso, pero la señora Bowman es la oficina misma, la Compañía, por lo que a nosotros se refiere. Está en ella todo el día, con un limpio delantal de cuerpo entero y negros guantes altos de alpaca, una mujer de cara plana, que mira de frente y tiene una ancha sonrisa llena de dientes de oro y una exuberancia de rizos de un cobre virulento que uno sabe que no puede ser auténtico. De pecho generoso, ancha de caderas, corta de piernas; incansable, de una simpatía brusca y viva, tiene el aspecto de una guapa y próspera lavandera. Y más que nunca en domingo, cuando se viste de seda floreada y con un sombrero rojo de ala ancha y salen al campo en el coche con los perros y vuelven cargados de eucalipto o de cornejo y zumaque, con los que decora su pequeña y oscura casa tan transitoriamente frecuentada.

—Cortas demasiado —dice el señor Bowman.

Ella no responde; está de espaldas a él, con los brazos levantados, y el vestido tenso sobre los firmes hombros y brazos, sobre los anchos muslos.

Luego van a la cocina; los perros, en los talones del señor Bowman, miran cautelosamente a la señora Bowman; el señor Bowman saca de la alacena una jarra de galón de whisky blanco, y ambos lo beben solo en vasos gruesos, a partes iguales.

—Estará marchito en dos días, de todas formas —dice él—. Si la gente cortara tanto como tú, dentro de cincuenta años no quedaría nada.

—¿Y qué más da? —dice ella—.

¿Piensas estar aquí entonces? Yo no.

A la mañana siguiente, la señora Bowman le espera ya en el coche y toca el claxon con impaciencia, y él entretanto riega las ramas con torpeza, derramando agua por todas partes; por la noche, a la vuelta de la oficina, él repite la operación.

—Vas a ahogarlas; se morirán con tanta agua —dice ella.

—No son más que porquerías, de todas formas —dice él.

—Entonces, tíralas. No quiero tener toda la casa salpicada de agua.

A la mañana siguiente salen tarde y tienen prisa y él no se detiene para regarlas; por la noche vuelven tarde.

Al día siguiente, de todos modos, es ya tarde. Pero él las riega igualmente. A la noche, cuando vuelven, ven que la cocinera las ha tirado. Y la cocinera tiene que acompañar al señor Bowman al patio trasero, donde las puso, para que él vea que están marchitas y muertas.

—Es un desastre, cómo se llevan —contaba la cocinera—. Siempre peleando por los perros, y si no son los perros es otra vez el cuarto del señor Joe. Ella quiere cambiarlo para poder tener un dormitorio cada uno, y él grita y maldice de forma escandalosa cada vez que ella lo menciona. Y los dos sentados en mi cocina, bebiendo esa jarra y maldiciéndose como

hombres. Pero ella no se arredra. Le hace llevarse a los perros al garaje para bañarlos hasta en los días más fríos.

La oficina del expreso era una sinecura. Al principio tenía la oficina en un villorrio. Una noche, solo en la oficina, verificaba los últimos detalles para cerrar cuando oyó un ruido y se volvió y se vio frente a la boca de una pistola.

—Manos arriba —dijo el bandido.

En el acto mismo de alzar las manos echó una rápida mirada a su alrededor; la mano derecha, al elevarse, alzó consigo la pesada caja de metal, y aprovechando el mismo movimiento la arrojó a la cara del bandido, y acto seguido saltó hacia la pistola que hacía fuego. Tendidos en el suelo, jadeando y forcejeando en silencio, peleó hasta que le arrebató al bandido la pistola, y le dio muerte con ella.

El sujeto tenía antecedentes penales y ofrecían por él una recompensa de cinco mil dólares. Él, con los cinco mil dólares, se compró una casa; la compañía le ofreció la cómoda oficina que ahora regenta.

En los primeros tiempos de su llegada a nuestra ciudad regentaba también un restaurante en la estación, a cuyo cargo estuvo la esposa hasta un buen día en que cierto problema con un maquinista de locomotora se decidió a vender el negocio y a llevarse a su mujer para que lo ayudara en la oficina. No es que desconfiase de ella: se trataba meramente de su puñado de firmes y simples convicciones de humana conducta. Tampoco es que la amara menos o confiara menos en ella, o que odiara particularmente al maquinista, si bien durante un año a partir de entonces el maquinista, cada vez que llegaba a nuestra estación, se deslizaba hasta el puesto del fogonero y se agazapaba detrás de la caldera.

Pronto la esposa se hizo cargo de la oficina; él se limitó al trabajo externo, al transporte y similares, con los dos perros a su lado en el camión, recibiendo a los trenes primero y último, sin abrigo incluso en los días más crudos. Un hombre activo, aunque no locuaz; un hombre sanguíneo, tanto como para ser insensible al frío, tanto como para que la vehemencia misma de su deseo de descendencia se consumiera tal vez y esterilizara la semilla, según ese hondo designio de la naturaleza de frustrar a quienes tratan de forzarla más allá de sus designios, pues él sin duda habría intentado hacer que su hijo fuera más Bowman que él mismo, o lo habría matado en el empeño.

Así, no está en la oficina casi nunca, como lo atestigua la ausencia de los perros. Sin embargo, y a pesar del tiempo libre de que dispone, nunca lo habíamos visto holgazaneando y charlando con los ociosos de la plaza.

Hasta hace poco.

Las mujeres saben cosas que nosotros no sabemos. Minnie Maude tiene veintidós años; masca chicle en la taquilla del teatro Rex, en la acera de enfrente de la oficina del expreso.

—Vosotros esperad —dice—. Hoy está tardando un poco, pero esperad y veréis.

Así que esperamos, y al rato el coche se detiene y él se apea. Su nombre es Wall. Vende pólizas de seguros o algo así. Es un hombrecillo atildado con cara hermosa de aire afeminado y desolado, como la cara de una atractiva mujer de capitán de barco, ese tipo de ojos fríos. Vemos cómo entra en la oficina del expreso.

—Santo Dios —dijo—. El tipo está...

—¿Ves a los perros por alguna parte? —dice Minnie Maude. La miró—.

Está entregando el expreso del número 24. ¿Te crees que el otro no lo sabe?

—Santo Dios —dijo de nuevo.

El esbelto dedo de Minnie Maude aprieta blandamente el color fresa de sus labios; entre sus pequeños dientes asoman las blandas y diminutas estrías de su chicle meditabundo, remoto, más viejo que el tiempo o que el pecado.—Las mujeres grandes que tienen que bregar continuamente con su aspecto siempre eligen a esos hombrecillos agresivos.

Y, pensando en ello, recordé que en una ocasión Wall me había enseñado una libreta manoseada –su registro de yeguas, según dijo– que contenía tal vez un centenar de nombres femeninos, con sus teléfonos respectivos, cuyas direcciones abarcaban todo el norte del Mississippi y se adentraban hasta Memphis. ¡Cómo era posible que osara desafiar a aquel hombre por aquella mujer que podía ser su madre o cuando menos su tía! Pero ésa es una de las cosas que las mujeres saben y que nosotros jamás sabremos, ni siquiera Wall, pese a su libreta llena de nombres.

Pero es de admirar su valor, su convicción de invulnerabilidad, y Minnie Maude, viendo mis ojos aún incrédulos, dice: —Hace dos fines de semana estuvieron en Mottson, y se registraron como marido y mujer.

Y yo digo: —Calla. ¿Quieres provocar una muerte?

Ella me mira.

—¿La muerte de quién?

—Si sueltas esa información a cada uno que pasa, como a mí, ¿no te das cuenta de que el señor Bowman acabará enterándose? Si han podido ocultarlo durante este tiempo, cosa que además no entiendo cómo...

Ella me está mirando, pero sus ojos ya no son remotos; hay en ellos esa curiosa, cansina tolerancia con que ellas a veces miran a los niños.

—No te engañes a ti mismo, querido –dice.

—¿Qué quieres decir? –dijo.

Pero supongo que no lo sabe. Supongo que, sabiendo tantas cosas inmediatas e importantes, no necesitan saber más. Así que me marché.

Lleva camisas de colores; todas las tardes toma café en la cafetería, con los hombres de la ciudad que entran y salen; afuera, más allá de la puerta, los dos perros se encogen, vigilantes y coléricos, y arremeten y lanzan mordiscos a los chiquillos que los importunan. Cuando él sale se pegan a sus talones, y vuelven a detenerse cuando entra en la tienda a comprar una revista; luego, con la revista enrollada bajo el brazo y las manos en los bolsillos y la chaqueta abierta sobre la camisa y corbata chillona, el señor Bowman se va a casa.

Un día me las ingení para hacer que pareciera casual y lo paré en la calle. Estaba lloviendo, pero su sola concesión ante tal circunstancia había sido abotonar el botón superior de su chaqueta, bajo la cual sobresalía un extremo de la revista que acababa de comprar.

—Magnífico día para leer –dije.

—¿Eh? –dijo, haciéndose pantalla en el oído y mirándome fija y afablemente con sus ojos apopléticos.

—Su revista –dije, tocándola con un dedo—. ¿Ha leído a Balzac?

—¿Qué es eso? ¿Una revista de cine? Creo que no la conozco.

—Es una persona –dije—. Un escritor.

—¿Qué escribe?

—Escribió una historia muy buena sobre un banquero llamado Nucingen.

—No me fijo en los nombres –dijo.

Sacó la revista e hizo ademán de abrirla. Era el “The Ladies Home Journal”⁵.

—Dudo que venga alguna este mes –dije—. Además, se le va a mojar.

De modo que volvió a guardarla bajo la chaqueta y siguió caminando con los perros en los talones. Yo seguí hasta la esquina y lo vi pasar ante su oficina, en la otra acera, sin apresurar ni aminorar el paso, con la cabeza sesgada bajo la lluvia. Al poco rato lo vi cruzar la calle y entrar en su pequeño y estrecho patio y mantener la puerta abierta para que lo adelantaran los perros.

—Baña a esos perros todos los días –contaba la cocinera.

⁵ Cierta revista femenina del hogar. (N. del T.)

Para agarrarlos se hizo con un par de guantes de manga alta. Pone la tina en medio de la cocina y se quita los guantes, y los perros dándole tajos en las manos como una navaja de afeitar, y él maldiciéndolos de manera escandalosa. Pero los baña allí mismo, por mucho que muerdan, y ella no dice ni pío. Luego él saca esa revista y se sienta allí, en mi cocina, estorbando mientras intento hacer la cena, leyendo cómo criar bien a los hijos y preguntándome si sé cocinar esto o lo otro siempre que encuentra una foto que enseñarme. A mí, que llevo cuarenta años cocinando para gente blanca mejor que él. Si no le gusta mi forma de cocinar, mejor que se busque a otra.

Evangeline

I

No había visto a Don hacía siete años y no había tenido noticias de él hacía seis y medio cuando recibí el telegrama a cobro revertido: "Tengo fantasma para ti – ¿Puedes venir a atraparlo? – Parto esta semana". Y pensé al instante: "¿Para qué diablos quiero yo un fantasma?", y releí el telegrama y el nombre del lugar desde donde había sido enviado – un pueblo de Mississippi tan pequeño, que el nombre bastaba como dirección a una persona que hubiera de quedarse en él solo hasta finales de semana–, y pensé: "¿Qué diablos estará haciendo allí?" Lo supe al día siguiente. Don es arquitecto por vocación y pintor por afición. Pasaba sus dos semanas de vacaciones sentado tras un caballete por los campos, bosquejando pórticos y casas coloniales y cabañas y cabezas de negros, negros de las colinas, distintos de los de las llanuras y las ciudades.

Mientras cenábamos en el hotel aquella noche me contó lo del fantasma. La casa estaba a unas seis millas del pueblo, y llevaba deshabitada cuarenta años.

—Parece ser que el tipo, que se llamaba Sutpen...

—El coronel Sutpen –dije.

—Eso no está bien –dijo Don.

—Lo sé –dije. Por favor, sigue.

—Parece que descubrió la tierra o se la cambió a los indios por una linterna mágica o la ganó al blackjack o algo por el estilo. El caso es que, esto debió ser hacia el 40 o el 50, se trajo un arquitecto extranjero y se hizo construir una casa y la rodeó de un parque y de jardines (aún pueden verse las viejas sendas y macizos, bordeados de ladrillo), que habrían de ser el marco adecuado para su alhaja solitaria...

—Una hija llamada...

—Espera –dijo Don–. Oye, mira; yo...

—Llamada Azalea –dije.

—Quise decir Syringa –dije.

—Ahora uno a cero a mi favor –dijo Don–. Se llamaba Judith.

—Eso es lo que quise decir: Judith.

—De acuerdo. Cuéntalo tú, entonces.

—Continúa –dije–. Me portaré bien.

II

Al parecer tenía un hijo y una hija, y también una esposa. Era un hombre rubicundo, corpulento, un tanto fanfarrón, que gustaba de ir a la iglesia al galope los domingos. La última vez que fue lo hizo también muy rápido, dentro de un ataúd casero y con su uniforme de confederado, su sable y sus guantes bordados. Eso fue en el 70. Desde el final de la guerra, cinco años atrás, había vivido en aquella casa en decadencia con la sola compañía de su hija, que era viuda sin haber llegado a ser esposa, como suele decirse. Para entonces ya no les quedaba ganado alguno, a excepción de dos caballos de tiro lisiados por el esparaván y un par de mulas de dos años, las cuales jamás conocieron el arnés doble hasta el día en que las engancharon al carro ligero para llevar al coronel a la capilla episcopaliana

de la ciudad. Pues bien, las mulas se desbocaron y volcaron el carro y arrojaron al coronel, con sable y penacho y todo lo demás, a la cuneta; de allí lo recogieron para devolverlo a casa donde la propia Judith ofició la ceremonia por el muerto y lo enterró en el bosquecillo de cedros donde descansaban ya su madre y su marido.

El carácter de Judith, ya para entonces, se había hecho más sólido, según contaron a Don las negras.

—Ya imaginas cómo debieron vivir las mujeres, las chicas, en aquellos días. A resguardo. No ociosas, tal vez, con aquellos negros a quienes cuidar y todo eso. Pero tampoco incubando futuras agentes inmobiliarias con presión alta o caudillos femeninos del comercio. Pero ella y su madre cuidaron del lugar mientras los hombres estaban en la guerra, y Judith, después de la muerte de su madre en el 63, siguió sola en la casa. Quizá la mantuvo incólume el esperar el regreso de su esposo. Sabía que él volvería, ya ves. Las negras me han contado que eso jamás la preocupó lo más mínimo.

Que tenía el cuarto de él preparado para su vuelta, lo mismo que los de su padre y su hermano: cambiaba las sábanas todas las semanas, hasta que no le quedó sino un solo juego para cada cama, pues el resto hubo de destinarlo a la confección de vendajes. Desde entonces no pudo cambiarlas.

“Y luego acabó la guerra y recibió una carta de su esposo, su nombre era Charles Bon, de Nueva Orleans, escrita tras la rendición. No experimentó sorpresa, alegría, nada.

“Sabía que resultaría bien”, le dijo a la vieja negra, a la de más edad, a la bisabuela, a aquella que llevaba también el nombre de Sutpen. “Ya pronto volverán a casa” “¿Volverán?”, dijo la negra. “¿Se refiere a él y al amo Henry? ¿Que los dos van a volver a vivir bajo el mismo techo después de todo lo que pasó?” Y Judith dijo: “Oh, aquello.

Sólo eran niños entonces. Y ahora Charles Bon es mi marido. ¿Lo has olvidado?” Y (estaban limpiando la habitación) Judith dijo: “Lo han superado ya. ¿No crees que la guerra habrá sido capaz de lograrlo?” Y la negra dijo: “Depende de qué sea lo que la guerra tendría que lograr superar”.

—¿Qué es lo que se supone que la guerra tenía que superar?

—Ahí está —dijo Don—. Las negras que me lo contaron no parecían saberlo. O tal vez les tenía sin cuidado.

Tal vez se trataba simplemente de algo que había sucedido hacía mucho tiempo. O quizá se deba a que los negros son más sabios que los blancos y no se preocupan del “porqué” uno hace las cosas, sino sólo de lo “que” uno hace, y no demasiado en cualquier caso. Eso fue lo que me contaron. No ella, la de más edad, la que también se llamaba Sutpen. No llegué nunca a hablar con ella. Sólo la he visto, sentada en una silla junto a la puerta de la cabaña, y parecía que muy bien podría haber tenido nueve años cuando nació Dios. Es bastante más blanca que negra; una auténtica emperatriz, tal vez porque es blanca. Los otros, el resto de ellos, de sus descendientes, se oscurecen de generación en generación, como los peldaños de una escalera. Viven en una cabaña, a una media milla de la casa, dos cuartos y un hueco abierto llenos de hijas y de nietas y de bisnietas, todas mujeres.

Ni un solo varón mayor de once años.

Ella se sienta estratégicamente, para poder ver la casa grande, y se pasa allí todo el santo día, fumando en pipa, con los pies desnudos enroscados en los barrotes de la silla, como un mono, mientras las otras trabajan. Y ay de la que se permita un alto en el trabajo para descansar un minuto. Se le oye a una milla de distancia, aunque no parece mayor que una de esas “muñecas de todos los países” de tamaño casi natural que venden en la feria benéfica de la iglesia. Y no se muevemás que para quitarse la pipa de la boca: “¡Tú, Sibey!”, o “¡Tú, Abum!”, o ¡Tú, Rose!”. Eso es todo lo que tiene que decir.

“Pero me hablaron las otras; la abuela, la hija de la vieja, me habló de lo que había visto cuando niña o de lo que había oído contar a su madre.

Me contó que la vieja solía hablar por los codos, y contar las historias una y cien veces, hasta hace unos cuarenta años. Entonces dejó de hablar, de contar historias, y la hija me dijo que a veces la vieja se enfurecía y decía que tal cosa y tal otra fuera de la cabaña.

Pero la hija me dijo que, antes de eso, había oído tantas veces esas historias que ahora nunca podía recordar si alguna cosa la había visto o simplemente la había oído contar.

“He ido allí varias veces, y me han hablado de los viejos tiempos, antes de la guerra, de los violines y del salón iluminado y de los finos caballos y carruajes en la avenida de entrada, de los jóvenes que recorrían treinta y cuarenta y cincuenta millas para cortejar a Judith. Uno de ellos, sin embargo, venía incluso de más lejos: Charles Bon. Él y el hermano de Judith tenían la misma edad. Se habían conocido en la facultad...

—En la Universidad de Virginia —dije—. Bayard la acercó mil millas.

El regurgitar periódico del honor altivo de las tierras salvajes.

—Te equivocas —dijo Don—. Era en la Universidad de Mississippi. Formaban parte de la décima promoción que iba a graduarse desde su fundación; casi socios fundadores, se diría.

—No sabía que en Mississippi hubiera diez que fueran a la universidad entonces.

—... se diría. No estaba lejos de la casa de Henry (Henry tenía un par de caballos de silla y un mozo de cuadra y un perro, descendiente de la pareja de pastores que el coronel Sutpen se había traído de Alemania: los primeros perros policías que se vieron en Mississippi, y tal vez en América), y más o menos una vez al mes cabalgaba durante la noche y pasaba el domingo en casa. Un fin de semana vino con él Charles Bon.

Charles probablemente le había oído hablar de Judith. Es posible que Henry tuviera una fotografía de su hermana o puede que hubiera fanfarroneado un poco a costa de ella. Y puede que Charles se hiciera invitar por Henry a su casa sin que Henry cayera en la cuenta de que lo había hecho. A medida que Charles fue dando a conocer su carácter (o éste se hizo más patente con el desarrollo de los acontecimientos, podíamos decir), se empezó a tener la impresión de que podía ser de ese tipo de personas. Y digamos que Henry por su parte, daba la impresión de ser del otro.

“Bien, veamos. Los dos jóvenes cabalgaban hacia el pórtico colonial, y Judith está apoyada contra la columna con un vestido blanco...

—... con una rosa roja en su pelo oscuro...

—Bien. Pon una rosa. Pero la chica era rubia. Y los dos mirándose, ella y Charles. Ella había salido fuera de casa en ocasiones, naturalmente. Pero a otras casas semejantes a la suya, donde las vidas no eran diferentes a la que ella conocía; patriarcales y harto generosas, pero al fin y al cabo provincianas. Y allí estaba Charles, joven... “y guapo” — dijimos al unísono—. “Empatados”, —dijo Don—, y de Nueva Orleans, prototipo de lo que hoy sería, a lo sumo, un archiduque de los Balcanes.

Y en especial después de aquella visita. Las negras me contaron que, a partir de entonces, el criado negro de Charles llegaba todos los martes antes del mediodía, después de cabalgar la noche entera, con un ramo de flores y una carta, y dormía un rato en el granero y emprendía luego el viaje de vuelta.

—¿Utilizaba Judith la misma columna siempre, o cambiaba, pongamos, dos veces por semana?

—¿Columna?

—Para apoyarse. Cuando miraba hacia el camino.

—Ah —dijo Don—. No mientras estuvieron en la guerra, su padre y su hermano y Charles. Le pregunté a la negra qué hacían las dos mujeres mientras vivían allí solas. “No hicieron nunca nada. Sólo esconder la plata en el jardín trasero, y comer lo que podían encontrar”. ¿No es estupendo? Tan sencillo. La guerra es mucho más sencilla de lo que la gente cree. Sólo enterrar la plata, y comer lo que se pueda conseguir.

—Oh, la guerra —dije—. Creo que ésta debería contar sólo como una: ¿Salvó Charles la vida de Henry o salvó Henry la vida de Charles?

—Son dos a cero a mi favor —dijo Don—. No se vieron el uno al otro durante la guerra, sino cuando terminó. Y aquí está el meollo de la cuestión. Tenemos a Henry y a Charles, cercanos el uno al otro casi como un matrimonio compartiendo el cuarto de la universidad, pasando las vacaciones y festividades bajo el techo de la casa de Henry, donde Charles era

tratado como un hijo por los padres, y reconocido como el caballo ganador de los pretendientes de Judith; incluso lo reconocía así la propia Judith al cabo de cierto tiempo. Tal vez vencido su pudor de doncella. O abandonado su disimulo de doncella, más bien...

—Sí. Más bien.

—Sí. El caso es que decayeron las visitas de los caballos de silla y las rápidas calesas, y el segundo verano (Charles era huérfano, con un tutor en Nueva Orleans, nunca he llegado a saber por qué Charles hubo de ir a estudiar tan lejos, al norte de Mississippi), cuando Charles decidió que tal vez convenía dejar que su tutor lo viera en carne y hueso, y viajó a casa, se llevó consigo la fotografía de Judith, en un estuche metálico que se cerraba como un libro y con una llave, y dejó tras de sí un anillo.

“Y Henry se fue con él, a pasar a su vez el verano como huésped de Charles. Iban a permanecer allí todo el verano, pero Henry volvió a casa a las tres semanas. Ellas, las negras, no sabían lo que había sucedido. Sabían únicamente que Henry estuvo fuera tres semanas en lugar de tres meses, y que trató de hacer que Judith le devolviera a Charles el anillo.

—Y así Judith languideció y murió, y ahí tenemos a tu fantasma nocorrespondido.

—No hizo tal cosa. Se negó a devolver el anillo, y desafió a Henry a explicar qué es lo que había de malo en Charles, y Henry no quiso decirlo. Entonces los padres intentaron hacer hablar a Henry, pero Henry se negó igualmente. Así que la cosa debió de resultar harto enojosa, al menos para Henry. Pero el compromiso no se había anunciado todavía; quizá los padres decidieron visitar a Charles para ver si podía esperarse una explicación entre ambos, pues, fuera el asunto el que fuera, Henry no lo contaría. Parece que Henry era también de ese tipo de personas.

“Llegó el otoño y Henry volvió a la universidad. Al igual que Charles. Judith escribía a Charles y recibía las cartas de respuesta, pero quizá todos esperaban que Henry lo traería a pasar un fin de semana, como anteriormente solía. Esperaron mucho tiempo; el mozo de Henry contó que ya no compartían el cuarto y que cuando se cruzaban en el campus no se hablaban. Y tampoco Judith, en casa, le hablaba a su hermano. Henry debió de pasarlo mal; debió de apurar la medida colmada de lo que, fuera lo que fuese, se negaba a contar.

“Judith debió de llorar a veces entonces, pues esto acontecía antes de que, en palabras de las negras, cambiara su carácter. Así que tal vez los padres insistieron una y otra vez ante Henry, pero Henry se negaba a hablar. Y así, el día de Acción de Gracias le dijeron que Charles vendría a pasar las Navidades. Entonces, Henry y su padre se encerraron y tuvieron un altercado. Me contaron, sin embargo, que pudieron oírles a través de la puerta: “Entonces el que no estaré aquí seré yo”, decía el coronel. “Y ofreceré a Charles y a su hermana una explicación satisfactoria de su conducta”. Algo así, imagino.

“Henry y Charles lo explicaron de este modo; se celebra un baile en Nochebuena, y el coronel Sutpen anuncia los esponsales, el compromiso que de todos modos todo el mundo conocía. Y a la mañana siguiente, hacia el alba, un negro despierta al coronel, el cual baja a la carrera con la camisa de dormir metida en los pantalones y los tirantes colgando, y salta sobre la mula sin silla (fue el primer animal con que se topó el negro en el redil) y baja hasta los pastos del fondo, donde en aquel instante Henry y Charles se apuntan el uno al otro con pistolas. El coronel no ha hecho sino llegar cuando he aquí que aparece Judith, en camisón y con un chal, sobre un poney sin silla. ¿Y qué no le diría a Henry? Sin llanto, aunque no fue sino después de la guerra cuando dejó de llorar para siempre, con el cambio de carácter y todo lo demás.

“Di lo que ha hecho”, le dice a Henry. “Acúsale a la cara”. Pero Henry sigue negándose a hablar. Entonces Charles dice que quizá sería mejor dejar el campo libre, pero el coronel no se lo permite. Así que media hora después Henry sale a caballo de la casa, sin desayunar y sin decir siquiera adiós a su madre, y no lo volvieron a ver hasta después de tres años. El perro policía, al principio, aulló lo suyo; no permitía que nadie lo tocara ni le diera de comer. Se metió en la casa, entró en el cuarto de Henry y durante dos días no permitió que nadie entrara en el recinto.

“Henry estuvo fuera tres años. En el segundo año después de aquella Navidad, Charles se licenció y volvió a su casa. Tras la partida de Henry las visitas de Charles quedaron, digamos, en suspenso de mutuo acuerdo.

Una especie de período de prueba. Él y Judith se habían visto de cuando en cuando, y ella seguía llevando el anillo, y cuando él se licenció y volvió a casa la boda quedó fijada para aquel mismo día del año siguiente, todos se preparaban para luchar en Bull Run. Aquella primavera llegó Henry, de uniforme. Él y Judith se saludaron: “Buenos días, Henry”.

“Buenos días, Judith”. Pero eso fue todo, más o menos. No se mencionó entre ellos el nombre de Charles Bon; tal vez era mención suficiente el anillo en la mano de Judith. Luego, unos tres días después de la llegada de Henry, salió del pueblo un negro con una carta de Charles Bon, que se había alojado, digamos discretamente, en el hotel, en el hotel de aquí.

“No sé a qué se debió. Tal vez el padre de Henry convenció a éste, o tal vez fue Judith. O tal vez se debió simplemente a que los dos jóvenes caballeros partían hacia la batalla; creo haberte dicho ya que Henry era ese tipo de persona. Sea como fuere, Henry cabalgó hasta el pueblo. No se estrecharon la mano. Pero al rato Henry y Charles volvieron juntos. Y aquella misma tarde Judith y Charles contrajeron matrimonio. Y Charles y Henry, aquella noche partieron juntos hacia Tennessee, a unirse al ejército que se enfrentaba a Sherman. Y no volvieron en cuatro años.

“Esperaban estar en Washington para el 4 de julio de aquel primer año, y de vuelta a casa a tiempo para el almacenamiento del maíz y el algodón.

Pero no estaban en Washington el 4 de julio, de modo que a finales del verano el coronel arrojó al suelo el periódico y partió a lomos de su caballo y reunió a los primeros trescientos hombres que encontró, chusma y patricios y gentes de todo tipo, y les dijo que eran un regimiento y se asignó a sí mismo el grado de coronel y se fue con ellos a Tennessee. Entonces las dos mujeres se quedaron solas en la casa, para “enterrar la plata y comer lo que podían conseguir”. Sin apoyarse ya sobre columnas mirando hacia el camino; y sin llorar tampoco.

Fue entonces cuando el carácter de Judith empezó a cambiar. Pero no cambió por completo hasta una noche, tres años después.

“Pero al parecer la vieja dama no lograba encontrar lo suficiente para vivir. Tal vez era una pésima buscadora. El caso es que murió, y el coronel no pudo llegar a casa a tiempo, y Judith la enterró, y el coronel llegó al fin y trató de persuadir a Judith para que se fuera a vivir al pueblo, pero Judith dijo que se quedaba en casa, y el coronel se volvió a la guerra, para lo cual no tuvo que ir muy lejos. Y Judith permaneció en la casa, cuidando de los negros y de las cosechas que aún quedaban, manteniendo los cuartos frescos y preparados para cuando volvieran los tres hombres, cambiando la ropa blanca cada semana mientras hubo ropa blanca con que mudar las camas. No se quedaba en el porche mirando hacia el camino. El procurarse el sustento había llegado a ser para entonces algo tan natural que le acaparaba todo el tiempo. Tampoco se sentía preocupada. Tenía las cartas mensuales de Charles para sus noches; sabía, además, que de todas formas volvería indemne. Lo único que ella debía hacer era estar preparada y esperar. Y para aquel tiempo estaba ya habituada a la espera.

“No estaba preocupada. Uno ha de estar expectante, para preocuparse.

Pero ella ni siquiera lo estuvo cuando, casi tan pronto como supo de la rendición y recibió la carta de Charles diciendo que la guerra había terminado y que se encontraba a salvo, uno de los negros entró precipitadamente en la casa una mañana, diciendo: “Señorita, señorita”. Ella estaba en el vestíbulo, de pie, cuando Henry subió al porche y se acercó hasta la puerta. Y siguió allí, con su vestido blanco (puedes seguir imaginando la rosa, si quieres); siguió allí; acaso tenía la mano un poco levantada, como cuando alguien te amenaza con un palo, aunque se trate de una broma.

“—¿Sí? —dice—. ¿Sí?”

“—He traído a Charles a casa —dice Henry. Ella le mira; la luz en la cara de ella, pero no en la de él.

Quizá son sus ojos los que hablan por ella, porque Henry, sin gesto alguno de cabeza, dice—: Está ahí afuera.

En el carro.

“—Oh —dice ella, con absoluta calma, mirándole, sin moverse siquiera—.

¿Le ha... le ha resultado duro el viaje?

“—No, para él no ha sido duro.

“—Oh —dice ella—. Sí. Sí. Claro. Ha debido haber un último... un último disparo, para que la guerra pudiera terminar. Sí, lo había olvidado. —Luego se mueve, sosegada y resueltamente—. Te estoy agradecida.

Gracias. —Luego llama a los negros, que hablan en susurros en torno a la puerta principal y miran hacia el vestíbulo. Los llama por sus nombres, serena y quietamente—: Traed al señor Charles a la casa.

“Lo subieron hasta el cuarto que ella había mantenido a punto durante cuatro años; lo tendieron, con botas y todo lo demás, en la cama fresca; a él, que había muerto por el último disparo de la guerra. Judith subió tras ellos las escaleras, con el semblante quieto, sereno, frío. Entró en el cuarto, mandó fuera a los negros y cerró con llave la puerta. A la mañana siguiente, cuando salió del cuarto, su semblante seguía exactamente igual que cuando entró. Y a la mañana siguiente Henry había partido. Salió a caballo en la noche, y nadie que conoció su cara lo volvió a ver jamás.

—¿Y cuál de ellos es el fantasma?

—dije.

Don me miró.

—Ya no llevas la cuenta de los santos, ¿verdad?

—No —dije—. Ya no llevo la cuenta.

—No sé quien es el fantasma. El coronel volvió a casa y murió en el 70, y Judith lo enterró junto a su madre y a su esposo, y la negra, la abuela (no la de más edad, la que también se llama Sutpen), que era ya mayorcita entonces, me contó que, quince años después, sucedió algo más en aquella gran casa en decadencia. Me contó que Judith vivía en ella sola, atareada siempre por la casa con un viejo vestido que sólo el populacho osaría usar, criando pollos que le ocupaban desde antes del alba hasta después del anochecer. Lo contó según lo recordaba; se despertó un amanecer sobre su camastro de la cabaña y vio a su madre, vestida, encorvada sobre el hogar, avivando el fuego. Su madre le dijo que se levantara y se vistiera; y me contó cómo subieron hasta la casa a la luz del alba. Me dijo que ya sabía lo que había sucedido, antes incluso de llegar a la casa y encontrar a una mujer y dos hombres negros de otra familia que vivía a tres millas; estaban los tres en el vestíbulo, y ponían los ojos en blanco en la penumbra. Me contó cómo, a lo largo de todo el día, la casa parecía susurrar: "Chssssss".

La señorita Judith. La señorita Judith. Chssssss".

“Me contó que, entre recado y recado, se agazapaba en el vestíbulo, escuchando a los negros que se movían arriba, que se movían en torno a la fosa. Estaba ya cavada; la húmeda y fresca tierra levantada y apilada en terrones que se iban secando lentamente a medida que ascendía el sol. Y me contó el lento arrastrar de pies que bajaban las escaleras (estaba escondida entonces en un lavabo situado bajo las escaleras); oía las pisadas lentas que se movían arriba, que salían por la puerta y cesaban. Pero ni siquiera entonces salió de su escondite. Era avanzada la tarde cuando salió y se encontró encerrada en la casa vacía.

Trataba de salir de la casa cuando oyó el sonido, arriba, y empezó a gritar y correr de un lado para otro.

Dijo que no sabía lo que quería hacer. Dijo que corrió sin parar por el oscuro vestíbulo, hasta que tropezó con algo cerca de la escalera y cayó al suelo, gritando, y que entonces, mientras yacía de espaldas debajo del hueco de la escalera, gritando, vio en el aire, sobre su cara, una cabeza invertida. Lo primero que recordaba después de esto, contó, era que despertaba en la cabaña y era de noche, y que su madre estaba en pie junto a ella.

—Lo soñaste —dijo la madre—. Lo de esa casa pertenece a esa casa. Lo soñaste, ¿me oyes, negra?

—Y así los negros de los alrededores se han hecho con un fantasma de carne y hueso —dije—. Sostienen que Judith no está muerta, ¿no?

—Te olvidas de la tumba —dijo Don—. Puedes verla allí, junto a las otras tres.

—De acuerdo —dije—. Además están aquellos negros que la vieron muerta.

—Ah —dijo Don—. Nadie más que la vieja vio a Judith muerta. La amortajó ella misma. No permitió que nadie entrara hasta que el cadáver estuvo dentro del ataúd cerrado. Pero aún hay más. Más que un asunto de negros.

—Me miró—. También de blancos. Es una buena casa, lo sigue siendo. El interior está en buen estado. Desde hace cuarenta años cualquiera podía haberse quedado con ella en cualquier momento pagando los impuestos. Pero aún hay algo más. —Me miró—. Hay un perro.

—¿Y qué?

—Es un perro policía. De la misma raza que los que el coronel Sutpen se había traído de Europa y que el que Henry tenía en la universidad...

—... y que lleva cuarenta años en la casa esperando a que vuelva Henry.

Eso nos pone empatados otra vez. Así que si me compras el billete de vuelta, te perdono lo del telegrama.

—No me refiero al mismo perro. El perro de Henry aulló por la casa durante un tiempo cuando su amo partió aquella noche; luego murió, y su hijo ya era viejo cuando el entierro de Judith. De poco lo echa a perder.

Tuvieron que apartarlo con palos de la tumba, pues quería escarbar en ella. Era el último de la estirpe, y se quedó allí, rondando por la casa, aullando. No permitía que nadie se acercara a la casa. La gente solía verlo cazando por el bosque, demacrado como un lobo, y de cuando en cuando aullaba durante largo rato en la noche. Pero ya era viejo entonces, al cabo de un tiempo no podía alejarse mucho de la casa, e imagino que había mucha gente esperando que se muriera para subir a echar una ojeada a la mansión. Así, un día un hombre blanco encontró al perro muerto en una zanja (había bajado en busca de comida y no había tenido fuerzas para salir de ella), y pensó: "Ésta es la mía".

Había llegado casi al porche cuando a un costado de la casa apareció un perro policía. Quizá el hombre se quedó mirándolo unos instantes con una especie de hórrido y ultrajado asombro, y al cabo decidió que no era un fantasma y trepó a un árbol. Permaneció allí arriba tres horas, gritando; llegó al fin la vieja negra y retiró al perro y le dijo al hombre que se marchara y no volviera.

—Está muy bien —dije—. Me gusta esa pincelada del fantasma del perro.

Apuesto a que el fantasma de Sutpen tiene también un caballo. ¿Y no te han hablado por casualidad del fantasma de una damajuana?

—Aquel perro no era un fantasma.

Pregúntale al tipo aquel. Porque ese perro también murió. Y otro perro ocupó su lugar. La gente veía cómo, uno tras otro, los perros envejecían y morían, y, tan pronto como encontraban a uno muerto, a un costado de la casa aparecía otro cargando fogoso y a la carrera contra los intrusos, como si alguien con una varita mágica u otro artilugio hubiera golpeado la piedra angular del edificio. Y yo he visto al actual. No es un fantasma.

—Un perro —dije—. Una casa encantada que produce perros policía como ciruelas en los arbustos. —Nos miramos—. Y la más vieja de las negras logró que se retirara. Y lleva también el nombre de Sutpen. ¿Quién crees que vive en la casa?

—¿Y tú quién crees que vive?

—Judith no. La enterraron.

—Enterraron algo.

—Pero ¿por qué iba a querer ella que la gente pensase que había muerto si no era así?

—Ésa es la razón por la que te llamé. Eres tú quien debe descubrirlo.

—¿Cómo?

—Ve y mira. Sube hasta la casa y entra y grita: “¡Hola! ¿Hay alguien dentro?” Así es como lo hacen en la región.

—Oh, ¿sí?

—Claro. Así mismo. Es muy fácil.

—Oh, sí.

—Claro —dijo Don—. A los perros les gustas, y no crees en aparecidos.

Tú mismo lo dijiste.

Así que hice lo que Don me dijo.

Fui y entré en la casa. Y yo tenía razón y Don tenía razón. Aquel perro era un perro de carne y hueso y aquel fantasma era un fantasma de carne y hueso. Había vivido en la casa por espacio de cuarenta años, y la vieja negra lo había alimentado, y nadie había advertido su existencia.

lii

Mientras estaba en oscuridad, en medio de una maraña de frondosos árboles de Júpiter, bajo una ventana con los postigos echados, pensaba: “Sólo tengo que entrar en la casa. Entonces ella me oirá, y llamará. Dirá “¿Eres tú?”, y llamará a la vieja negra por su nombre. Y así me enteraré también del nombre de la vieja”.

Eso es lo que pensaba mientras estaba allí de pie junto a la casa oscura, en la oscuridad, escuchando cómo el trote del perro se alejaba más y más hacia el riachuelo que corría entre los pastos.

Permanecía, pues, en medio de la tupida vegetación del viejo jardín, al lado del amenazador y desconchado muro de la casa, pensando en el trivial asunto del nombre de la vieja. Más allá del jardín, más allá de los pastos, divisé una luz en la cabaña donde aquella tarde había visto a la vieja negra, que fumaba sentada en una silla atada con alambres, al lado de la puerta.

—Usted se llama también Sutpen —dije.

Ella se quitó la pipa de la boca.

—¿Y su nombre cuál es?

Se lo dije. Me miró mientras fumaba. Era increíblemente vieja: una mujer pequeña, con una miríada de arrugas en la cara color de café claro y tan inmóvil y fría como el granito.

Sus rasgos no eran negroides; sus facciones eran demasiado frías, demasiado implacables, y de pronto pensé: “Es sangre india. En parte india y en parte Sutpen, espíritu y carne.

No es extraño que a Judith le haya bastado con ella estos cuarenta años”.

Inmóvil como el granito, tan fría como el granito. Llevaba un pulcro vestido de calicó y un delantal. Tenía la mano vendada con un trapo blanco y limpio. Y los pies desnudos. Le dije a qué me dedicaba, mi profesión, y ella avivaba la pipa y me miraba con ojos carentes por completo de blanco, como una máscara en la que las cuencas hubieran sido groseramente abiertas y los ojos olvidados.

—¿Un qué? —dijo.

—Un escritor. Alguien que escribe cosas para los periódicos y similares.

Gruñó.

—Conozco a esa gente. —Gruñó de nuevo en torno a la boquilla de la pipa, sin dejar de chupar, hablando en forma de humo, moldeando las palabras en humo para que los ojos las oyeran—.

Conozco a esa gente. No es usted el primer periodista con quien hemos tenido tratos.

—¿No? ¿Cuándo...?

Siguió chupando, sin mirarme.

—Aunque no demasiados tratos. No, por lo menos, desde que el amo Henry fue a la ciudad y lo azotó y lo sacó alatigazos de su oficina, hasta la calle, enroscándolo con el látigo como a un perro. —Siguió fumando, con la pipa en una mano no mayor que la mano de una muñeca—. ¿Así que por escribir en los periódicos cree que tiene licencia para venir a entrometerse en la casa del coronel Sutpen?

—Ya no es la casa del coronel Sutpen. Ahora pertenece al Estado.

A todo el mundo.

—¿Por qué razón?

—Porque hace cuarenta años que no se han pagado los impuestos. ¿Sabe lo que son los impuestos?

Siguió fumando. No me miraba. Pero resultaba difícil precisar qué es lo que estaba mirando. Al cabo supe lo que estaba mirando. Extendió el brazo; con la boquilla de la pipa apuntó hacia la casa, hacia los pastos.

—Mire allí —dijo—. Mire lo que sube por el pasto.

Era el perro. Grande como un ternero: grande, salvaje, solitario sin conciencia de su condición de solitario, como la casa misma.

—Él no pertenece a ningún Estado.

Vaya y compruébelo.

—Oh, el perro. Puedo burlar al perro.

—¿Cómo lo hará?

—Puedo hacerlo.

Volvió a fumar.

—Vuelva a sus ocupaciones, joven caballero blanco. Apártese de lo que no le concierne.

—Puedo burlar a ese perro. Pero si usted me contara lo que quiero saber, no tendría que hacerlo.

—Primero acérquese al perro. Luego veremos si le cuento o no.

—¿Es un reto?

—Usted burle al perro.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

Me volví y fui hasta el camino.

Sentía su mirada. No miré hacia atrás. Subí por el camino. Y entonces me llamó; su voz era fuerte y —como había dicho Don— podía llegar a una milla de distancia sin alzarla por completo. Me volví. Seguía sentada en la silla, pequeña como una gran muñeca, y agitaba el brazo, la pipa, en dirección a mí.—¡Váyase de aquí y no vuelva!

—gritó—. Siga su camino y váyase.

Pensaba en todo esto mientras permanecía al lado de la casa, oyendo al perro. Burlarlo había sido fácil: cuestión de encontrar el riachuelo, y de una tajada de carne de vaca cruda doblada sobre medio bote lleno de pimienta. Y allí estaba, a punto de consumir el allanamiento con fractura, pensando en la banalidad del nombre de una negra vieja. Estaba un tanto nervioso; no era demasiado viejo para aquello. No tan viejo, salvo en la medida en que el umbral de la aventura bien pudiera privarme de mi sano juicio, pues ni siquiera me había pasado por la imaginación el hecho de que alguien que había vivido escondido en una casa durante cuarenta años, que tan sólo sale por la noche a respirar aire

fresco y cuya presencia es sólo conocida por otro ser humano y un perro, al escuchar un ruido en la casa, no necesitaría gritar: "¿Eres tú?"

Así que cuando me encontré al fin en el oscuro vestíbulo, al pie de las escaleras en donde cuarenta años atrás una muchacha negra, tendida de espaldas en el suelo y gritando, había visto sobre ella, en el aire, la cara invertida, y seguí sin oír ruido alguno ni voz que dijera "¿Eres tú?", me sentí casi al borde de la exasperación. Era así de joven. Permanecí allí un rato, hasta que caí en la cuenta de que me dolían los globos de los ojos, pensando: "¿Qué voy a hacer ahora? El fantasma estará dormido.

De modo que no voy a despertarla".

Entonces oí el ruido. Era en algún lugar de la parte trasera de la casa, en la planta baja. Y me sentí enardecido, reivindicado. Me imaginé hablando con Don, y diciéndole: "¡Te lo dije! Te lo dije desde el principio". Quizá me había hipnotizado a mí mismo y me hallaba aún en el reflujó de tal estado, pues imagino que el intelecto había reconocido ya aquel ruido: el de una llave que entraba dificultosamente en una cerradura agarrotada; alguien estaba entrando en la casa por la puerta trasera, de forma lógicamente humana y con una llave lógica. Y supongo que el intelecto sabía quién era quien entraba, pues recordaba que el fragor del perro que corría hacia el arroyuelo tenía por fuerza que haber llegado también a la cabaña. Sea como fuere, seguí allí envuelto en la negrura de pez, y la oí entrar en el vestíbulo desde atrás, moviéndose sin prisa aunque con seguridad, como se movería un pez ciego entre las rocas ciegas de un pozo ciego de una cueva. Y entonces habló, sosegadamente, no en alta voz, aunque tampoco en voz baja: —Así que burló usted al perro.

—Sí —susurré. Ella siguió andando, invisible.

—Se lo advertí —dijo—. Le advertí que no se entrometiera en lo que no le concierne. ¿Qué les han hecho a usted y a los otros?

—Chsss... —susurré—. Si ella no me ha oído aún, a lo mejor puedo salir de la casa. Puede que no llegue a saber...

—Él no va a oírle. Aunque lo oyera, a él le tendría sin cuidado.

—¿Él? —dije.

—¿Salir de casa? —dijo ella. Siguió avanzando—. Ha ido usted muy lejos. Le advertí que no lo hiciera, pero usted tuvo que hacerlo. Ahora es demasiado tarde para retirarse.

—¿Él? —dije—. ¿Él? —Pasó a mi lado sin tocarme. Oí cómo empezaba a subir las escaleras. Me volví hacia el sonido, como si pudiera verla—.

¿Qué quiere que haga?

Ella no se detuvo.

—¿Hacer? Ya ha hecho demasiado.

Le advertí que no lo hiciera. Pero su joven cabeza es dura como la de una mula. Venga conmigo.

—No. Yo...

—Venga conmigo. Tuvo su oportunidad y la desaprovechó.

Ahora adelante.

Subimos las escaleras. Ella iba delante, segura e invisible. Y me apoyaba en la barandilla, tanteaba el camino, me dolían los globos de los ojos; de pronto tropecé con ella, que se había detenido, y permanecí inmóvil.

—Ya hemos llegado arriba —dijo—.

Aquí ya no podrá tropezar con nada.

La seguí de nuevo, volví a avanzar tras el blando sonido de sus pies desnudos. Toqué una pared y oí el chasquido de una puerta y sentí que se entreabría hacia dentro, y nos golpeó una vaharada de aire viciado y fétido y cálido como el de un horno: un olor de carne vieja, un aposento cerrado.

Y me llegó el olor de algo más. De algo que no identifiqué en aquel momento sino luego, cuando ella cerró la puerta y encendió una cerilla y la acercó a una vela colocada

verticalmente sobre un plato de porcelana. Vi cómo la vela se encendía, y me pregunté quietamente, en aquel instante en suspensión del raciocinio, cómo era posible que llegara a arder, a cobrar vida en aquella estancia muerta, en aquel aire de tumba. Luego miré el cuarto, la cama, y avancé y me situé junto a la cama, rodeado de aquel olor a carne rancia y sin lavar y a muerte que al principio no supe identificar.

La mujer llevó la vela hasta la cama y la puso sobre la mesa. Sobre ésta había otro objeto, una caja plana de metal. “Vaya, la fotografía –pensé–.

La fotografía de Judith que Charles Bon llevó a la guerra y se trajo consigo al volver”. Entonces miré al hombre que yacía en la cama –la cabeza consumida, pálida, como una calavera, rodeada de largo y despeinado cabello del mismo color marfileño y de una barba que le llegaba casi hasta la cintura–, con una camisa de dormir sucia y amarillenta, sobre sucias y amarillentas sábanas. Tenía la boca abierta, y respiraba a través de ella lenta, apacible, débilmente, sin agitar apenas la barba. Sus párpados, cerrados, eran tan finos que parecían trozos de papel de seda humedecido pegados sobre la córnea. Miré a la mujer. Se había acercado. Nuestras sombras, a la espalda, se cernían encogidas en lo alto de la pared desconchada y de un color como de pescado.

—Dios mío –dije–. ¿Quién es?

Y ella habló sin agitación alguna, sin movimiento visible de su boca, con aquella voz ni alzada ni apagada: —Es Henry Sutpen –dijo.

lv

Estábamos de nuevo abajo, en la cocina oscura. De pie, uno frente a otro.

—Y va a morir –dije–. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Como una semana. Solía pasear por la noche con el perro. Pero hace aproximadamente una semana me desperté de noche y oí aullar al perro y me vestí y subí hasta aquí y lo encontré tumbado en el jardín, y el perro estaba junto a él, aullando. Y lo metí en la casa y lo acosté en esa cama y no se ha movido desde entonces.

—¿Lo acostó? ¿Quiere decir que lo metió en casa y subió con él las escaleras usted sola?

—Metí a Judith en el ataúd yo sola. Él ya no pesa nada ahora. Y también voy a meterlo en su ataúd yo sola.

—Dios sabe que va a ser muy pronto –dije–. ¿Por qué no avisa a un médico?

Gruñó; oí su voz no más arriba de mi cintura.

—Él es el cuarto que va a morir en esta casa sin necesidad de médicos.

Me arreglé con los otros tres. Calculo que podré arreglarme también con éste.

Y entonces, allí en la oscura cocina, empezó a contarme, mientras Henry Sutpen moría apaciblemente arriba, en aquel sucio aposento, ignorado por los hombres, incluido él mismo.

—Tenía que apartarlo de mi mente.

Llevo ya mucho tiempo soportando esta carga, y ahora voy a soltarla.

Escuché de nuevo la historia de Henry y Charles Bon, que fueron como hermanos hasta aquel segundo verano en que Henry fue invitado por Charles a su casa. Y cómo Henry, que debía estar fuera tres meses, volvió a casa a las tres semanas, pues había descubierto Aquello.

—¿Descubierto qué? –dije.

La cocina estaba oscura. La única ventana era un pálido cuadrado en la oscuridad estival que se alzaba sobre la tupida maraña del jardín. Afuera, algo se movía bajo la ventana, algo de grandes y blandas patas; entonces el perro ladró una vez. Luego volvió a

ladrar, ahora desatadamente. Pensé con calma: "Ya no me queda carne ni pimienta. Estoy dentro de la casa y no puedo salir". La vieja se movió; se dibujó la silueta de su torso en la ventana.

—Calla —dijo.

El perro calló unos instantes; luego, cuando la mujer se apartó de la ventana, volvió a ladrar con ladrido frenético, hondo, salvaje, retumbante.

Fui hasta la ventana.

—Calla —dije, sin alzar la voz—.

Calla, muchacho. Quieto.

Calló; el ruido débil, blando y voluminoso de sus patas cedió y cesó.

Me volví. La mujer era invisible otra vez.

—¿Qué sucedió en Nueva Orleans?

—dije.

No respondió de inmediato. Estaba absolutamente silenciosa; ni siquiera la oía respirar. Luego, del silencio sin aliento, me llegó su voz.

—Charles Bon tenía ya esposa.

—Oh —dije—. Tenía ya esposa. Entiendo. Así que...

Y habló, no exactamente con más rapidez. No sabría cómo expresarlo.

Era como si un tren que se desliza por el raíl, no a gran velocidad, y sin embargo un pasajero descarrila: algo así sucedió al contarme cómo Henry le brindó a Charles una oportunidad. Oportunidad para qué, para hacer qué: nunca quedó bien claro. No pudo ser para conseguir el divorcio; la vieja me contó que las ulteriores acciones de Henry mostraban que no pudo conocer la existencia de un matrimonio real entre ambos hasta mucho después, acaso en tiempo bélico o acaso al final mismo de la guerra. Al parecer, en el asunto de Nueva Orleans existía algo —al menos para Henry— aún más ignominioso de lo que pudiera haberlo sido el asunto del divorcio. Pero ella no quiso decirme de qué se trataba.

—No necesita saberlo —dijo—. Ya no tiene importancia. Judith está muerta y Charles Bon está muerto y pienso que también ella está ya muerta en Nueva Orleans, pese a sus vestidos de encaje y a sus sinuosos abanicos y a los negros a su servicio; pero imagino que allí las cosas son diferentes. Imagino que Henry se lo dijo así en su momento a Charles Bon. Y ahora Henry pronto dejará de estar entre los vivos, así que ya no importa.

—¿Cree que Henry morirá esta noche?

Su voz llegó desde la oscuridad, apenas desde la altura de mi cintura: —Si el Señor así lo quiere.

Henry, pues, le dio a Charles Bon una oportunidad. Y Charles Bon no la tomó.

—¿Por qué no les dijo Henry a Judith y a su padre de qué se trataba? —dije—. Si para él era razón de peso suficiente, también habría de serlo para ellos.

—¿Iba Henry a decir a los de su sangre, a menos que no hubiera más remedio que decírselo, lo que no voy a decirle yo a usted, un extraño? ¿No le estoy precisamente contando cómo Henry intentó otros medios antes? ¿Y cómo Charles Bon le mintió?

—¿Le mintió?

—Charles Bon le mintió a Henry Sutpen. Henry le dijo a Charles Bon que aquellas cosas no se daban entre los Sutpen, y Charles Bon le mintió a Henry. ¿Cree que si Charles Bon no le hubiera mentado a Henry, le habría permitido Henry que se casara con su hermana? Charles Bon le mintió a Henry antes de aquella mañana de Navidad. Y luego volvió a mentirle después de aquella mañana de Navidad; de otra forma, Henry nunca hubiera permitido que Charles Bon se casara con Judith.

—¿Cómo le mintió?

—¿No le acabo de decir que Henry descubrió aquello en Nueva Orleans?

Lo más probable es que Charles Bon le llevara a Henry a verla, mostrándole así los usos de Nueva Orleans, y que Henry le dijera a Charles Bon: "Eso no se da entre los Sutpen".

Pero yo seguía sin entenderlo. Si Henry no sabía que estaban casados, su actitud le hace parecer como bastante mojigato. Pero quizá hoy día no podemos ya entender a la gente de aquel tiempo. Quizá por ello sus actos, transmitidos tanto por escrito como oralmente, tengan para nosotros cierta calidad grandilocuente aunque valerosa, galante aunque un tanto absurda. Pero tampoco era eso. Había algo más que la mera relación entre Charles y aquella mujer; algo que la vieja no me había dicho y que, como me había anunciado, no me diría, y que yo sabía que no lo haría a causa de cierto sentido del honor o del orgullo; y pensé con calma: "Ahora ya nunca lo sabré. Y sin eso, la historia entera carece de sentido; así que estoy perdiendo el tiempo".

Pero, en cualquier caso, había un punto que iba haciéndose más claro, de forma que cuando la vieja me hubo contado cómo Henry y Charles se fueron a la guerra al parecer en buena concordia, y cómo Judith, con su anillo de boda de una hora, se había hecho cargo de la hacienda y enterrado a su madre y conservado la casa lista para la vuelta de su marido, y cómo supieron del final de la guerra y que Charles Bon estaba a salvo, y cómo dos días después Henry trajo el cuerpo de Charles en el carro, sin vida, muerto por el último disparo de la guerra, dije: —¿El último disparo disparado por quién?

Ella no contestó de inmediato. Estaba absolutamente inmóvil. Se me antojó que podía verla: inmóvil, con la cabeza un poco baja, aquella cara estática, inmutable, fría, implacable, contenida.

—Me pregunto cómo averiguó Henry que Charles y la mujer estaban casados —dije.

Tampoco respondió a esta pregunta.

Y luego volvió a hablar, con voz uniforme y fría, de cuando Henry trajo a Charles a casa y lo subieron al cuarto que Judith le tenía preparado, y de cómo ella mandó afuera a todo el mundo y cerró la puerta con llave, encerrándose con su marido muerto y la fotografía. Cómo ella —la negra, que se pasó la noche en una silla en el vestíbulo principal— oyó una vezaquella noche un golpeteo arriba, en el cuarto, y cómo, cuando Judith salió de él a la mañana siguiente, tenía el semblante idéntico a cuando cerró la puerta a su espalda.

—Luego me llamó y fui y entré y metimos el cuerpo en el ataúd, y cogí la caja de la fotografía de encima de la mesa y dije: "¿Quiere que la metamos dentro, señorita?", y ella dijo: "No la dejaré ahí dentro", y vi cómo cogía el atizador y golpeaba la cerradura de la caja cerrada hasta el punto de que no pudiera abrirse nunca.

"Lo enterramos aquel mismo día. Al día siguiente llevé la carta a la ciudad para ponerla en el tren..."

—¿Para quién era la carta?

—No lo sabía. No sé leer. Lo único que sabía era que iba destinada a Nueva Orleans, porque conocía los trazos que significaban Nueva Orleans, pues solía llevar al correo las cartas que ella le escribía a Charles Bon antes de la guerra, antes de que se casaran.

—A Nueva Orleans —dije—. ¿Cómo supo Judith dónde vivía la mujer? —Y luego dije—: ¿Había...? En la carta había dinero.

—Entonces no. Entonces no teníamos dinero. Nunca tuvimos dinero para mandar hasta más tarde, cuando el coronel volvió a casa y murió y lo enterramos, y Judith compró pollos para criar, para vender las gallinas y los huevos. Entonces pudo enviar dinero en las cartas.

—¿Y la mujer aceptó el dinero?

¿Lo aceptó?

La vieja lanzó un gruñido.

—Lo aceptó. —Siguió hablando con voz tan fría y monótona como aceite que fluye—: Y entonces, un día, Judith dijo: "Vamos a preparar la habitación del señor Charles".

"¿Prepararla con qué?", dije yo.

"Haremos lo que podamos", dijo ella.

Así que preparamos el cuarto, y al cabo de una semana el carro fue a la ciudad a esperar el tren, y volvió con aquella mujer de Nueva Orleans. Venía lleno de baúles, y ella llevaba aquel abanico y aquel paraguas de mosquitera sobre la cabeza, y la acompañaba una mujer negra, y no le gustó una pizca lo del carro. “No estoy acostumbrada a ir en carros”, dijo. Y Judith la esperaba en el porche con un viejo vestido, y ella bajándose del carro con todos aquellos baúles y la mujer negra y el chico...

—¿El chico?

—El hijo de ella y de Charles Bon. Tenía unos nueve años. Y tan pronto como la vi lo comprendí, y tan pronto como Judith la vio también lo comprendió.

—¿Comprender qué? —dije—. Pero ¿qué es lo que pasaba con esa mujer?

—Usted oirá lo que yo le diga. Lo que no le diga no va a oírlo. —Hablaban con calma, invisible, fría—. No se quedó mucho tiempo. Nunca le gustó esto. No había nada que hacer ni nadie a quien ver. No se levantaba hasta el almuerzo. Entonces bajaba y se sentaba en el porche con uno de esos vestidos que traía en los baúles, y se abanicaba y bostezaba, mientras Judith, con un viejo vestido no mejor que los míos, trabajaba en la parte trasera de la casa desde el alba.

“No se quedó mucho tiempo. Únicamente, creo, hasta que hubo usado uno por uno y una vez todos los vestidos de los baúles. Solía decirle a Judith cómo debía llevar la casa, y que debía tener más negros para no tener que molestarle ella misma con las gallinas, y tocaba el piano. Pero tampoco esto la satisfacía, porque no estaba bien afinado. El primer día fue a la tumba de Charles Bon, con aquel abanico y aquel paraguas incapaz de proteger a nadie de la lluvia, y volvió llorando con un pañuelo de encaje y se echó en la cama y la negra le frotaba la cabeza con una medicina.

Pero a la hora de la cena bajó con otro vestido y dijo que no entendía como Judith soportaba este lugar y tocó el piano y volvió a llorar, hablándole a Judith de Charles Bon como si Judith no lo hubiera visto en su vida.

—¿Quiere decir que no sabía que Judith y Charles también se habían casado?

No respondió. Sentí que me miraba con una suerte de frío desdén. Siguió hablando:— Al principio lloró mucho por Charles Bon. Solía vestirse de tiros largos por la tarde, y se iba a pasear hasta el terreno de las tumbas, con el paraguas y el abanico, y el chico y la negra iban detrás con frascos de sales y una almohadilla, para que pudiera sentarse al lado de la tumba, y de vez en cuando lloraba por Charles en la casa y se echaba casi encima de Judith, y Judith allí sentada, tan tiesa como el coronel y con la misma cara que cuando salió del cuarto de Charles Bon aquella mañana, y al final ella dejaba de llorar y se ponía polvos en la cara y tocaba el piano y le contaba a Judith lo que hacían en Nueva Orleans para divertirse, y le decía que debía vender esta vieja hacienda e irse a vivir a Nueva Orleans.

“Y un día se marchó, sentada en el carro con uno de esos vestidos también como de mosquitera, y con el paraguas, y lloró un rato en el pañuelo, y luego lo agitó hacia Judith, que estaba de pie en el porche con su viejo vestido, y por fin el carro se perdió de vista.

Entonces Judith me miró y dijo: “Raby, estoy cansada. Estoy horriblemente cansada”.

“Y yo también estoy cansada. He llevado esto dentro mucho tiempo. Pero entonces teníamos que cuidar de las gallinas para poder mandar el dinero en la carta de cada mes...

—¿Y seguía aceptando el dinero?

¿Incluso después de venir y ver la situación, seguía aceptándolo? ¿Y Judith, después de haber visto también, seguía enviándolo?

La vieja respondió inmediata y bruscamente, sin alzar el tono: —¿Quién es usted para poner en tela de juicio el proceder de un Sutpen?

—Lo siento. ¿Cuándo volvió a casa Henry?

—Un día, nada más marcharse la mujer, llevé dos cartas al tren. Una de ellas llevaba escrito Henry Sutpen.

Lo sé porque también conozco los trazos de ese nombre.

—Ah, Judith sabía dónde estaba Henry. Y le escribió después de ver a la mujer. ¿Por qué esperó hasta entonces para hacerlo?

—¿No le he dicho que Judith lo comprendió en cuanto vio a aquella mujer, lo mismo que lo comprendí yo al verla?

—Pero no me ha dicho qué es lo que comprendió. ¿Qué es lo que sucede con esa mujer? ¿No lo entiende? Si no me cuenta ese punto, la historia carece de sentido.

—Bastante sentido tiene ya el que yo haya puesto a tres personas en su tumba. ¿Qué más sentido quiere usted?

—Está bien —dije—. Y entonces Henry vino a casa.

—No en seguida. Un día, aproximadamente un año después de la visita de la mujer, Judith me dio otra carta con el nombre de Henry Sutpen. Con el sobre y todo en orden, lista para mandarla en el tren. "Ya sabrás cuándo enviarla", dijo Judith. Y yo le dije que cuando llegara el momento lo sabría. Y el momento llegó y Judith me dijo: "Creo que puedes enviarla ya". Y yo le dije: "La he mandando hace tres días".

"Y cuatro noches después Henry llegó a caballo y fuimos hasta la cama de Judith y Judith dijo: "Henry.

Henry, estoy cansada. Estoy tan cansada, Henry". Y no necesitamos médico ni predicador ninguno, y ahora no voy a necesitar tampoco ni médico ni predicador.

—Y Henry ha estado aquí cuarenta años, escondido en la casa. Dios mío.

—Cuarenta años más de lo que cualquiera de los demás vivió en ella.

Era un hombre joven entonces, y cuando uno tras otro los perros se hacían viejos, él partía por la noche y estaba fuera dos días y volvía también de noche y traía un perro idéntico a los otros. Pero ahora ya no es joven, y la última vez fui yo misma a buscar un perro nuevo. Pero ya no va a necesitar más perros. Yo tampoco soy ya joven, y me iré también pronto. Porque yo, como Judith, también estoy cansada.

La cocina estaba apacible, silenciosa, en total oscuridad afuera, la medianoche estival estaba llena de insectos. En alguna parte cantó un sinsonte.—¿Por qué ha hecho todo esto por Henry Sutpen? ¿No tenía usted su propia vida que vivir, su propia familia que criar?

Habló, y su voz no me llegaba a la cintura, una voz serena y uniforme: —Henry Sutpen es mi hermano.

V

Estábamos de pie en la cocina oscura.

—Así pues, no vivirá hasta mañana.

Y nadie más que usted en la casa.

—Antes de él, me he bastado a mí misma con tres de ellos.

—Quizá sea mejor que me quede yo también. Por si acaso...

Su voz me llegó llana, inmediata: —¿Por si acaso qué? —No contesté.

No oía su respiración en absoluto—.

Me he bastado con mucho con tres de ellos. No necesito ayuda. Ahora ya tiene la información. Váyase de aquí y escriba su artículo en el periódico.

—Puedo no escribir ni una letra.

—Apuesto a que, si Henry Sutpen estuviera en su sano juicio y aún tuviera su fuerza, no lo haría. Si yo subiera arriba y le dijera: "Henry Sutpen, ahí hay un hombre que va a escribir en los periódicos sobre ti y tu padre y tu hermana", ¿qué piensa que él haría?

—No lo sé. ¿Qué haría?

—No importa. Ahora usted ya ha oído la historia. Váyase de aquí.

Deje morir en paz a Henry Sutpen.

Eso es todo lo que puede hacer por él.

—Tal vez eso es lo que haría: únicamente decirme: "Déjeme morir en paz".

—Eso es lo que estoy haciendo al fin y al cabo. Váyase de aquí.

Así que eso es lo que hice. Ella llamó al perro a la ventana de la cocina, y oí cómo le hablaba suavemente mientras yo me deslizaba afuera por la puerta principal y bajaba por el camino de entrada. Temí que el perro apareciera por una esquina de la casa y me persiguiera y me obligara a subirme a un árbol, pero no lo hizo. Tal vez fue eso lo que me decidió. O quizá fuera simplemente ese mecanismo que el hombre emplea para justificar el entrometerse en los asuntos humanos.

Sea como fuere, me detuve en donde la puerta de hierro herrumbrosa y ya sin goznes que daba paso al camino, y me quedé allí un rato, en la apacible e innumerable medianoche del estío rural. La lámpara de la cabaña estaba ya apagada, y la propia casa era invisible más allá del camino de entrada abovedado por los cedros, que la ocultaban alzando su tupida maraña sobre el cielo. Nada se oía salvo a los insectos de cadencia argentina entre las hierbas, y al estúpido sinsonte. Así que volví a enfilar el camino de entrada hacia la casa.

Temí de nuevo que el perro apareciera por una esquina de la casa, ladrando. “Y entonces ella sabrá que no he jugado limpio —pensé—. Se dará cuenta de que le he mentido como Charles Bon mintió a Henry Sutpen”. Pero el perro no apareció. No hasta después de que hubiera tenido tiempo de sentarme un rato en el escalón superior del porche, con la espalda apoyada en una columna. Y entonces allí estaba: surgió sin ruido, sobre la tierra al pie de la escalinata, vago y amenazador, y me miraba. No hice ruido alguno, no me moví. Al rato se alejó, tan silencioso como había venido. Su sombra ejecutó un lento movimiento evanescente y desapareció.

La quietud era perfecta. Había un tenue y constante gemido en lo alto de los cedros, y oía a los insectos y al sinsonte. Pronto fueron dos los sinsontes: se respondían el uno al otro, formaban coro, elevaban el tono gradualmente. Pronto los gimientes cedros, los insectos y los pájaros fueron el único y apacible sonido alojado dentro del cráneo en monótona miniatura, como si la tierra entera hubiera sido contraída y reducida al tamaño de una pelota de béisbol, en la que unas formas, difuminadas, entraran y salieran, emergieran desvaneciéndose y se desvanecieran emergiendo: —¿Y fuiste muerto por el último disparo de la guerra?

—Así fui muerto. Sí.

—¿Quién disparó el último disparo de la guerra?

“Fue ése último disparo que disparaste en la guerra, Henry?”

—Disparé un último disparo en la guerra, sí.

—Contabas con la guerra, y la guerra también te traicionó, ¿fue eso?

“¿Fue eso, Henry?”

“¿Qué es lo que pasaba con esa mujer, Henry? Había algo que para ti era aún peor que el matrimonio. ¿El niño? Pero Raby dijo que el niño tenía nueve años después de que el coronel muriera en el setenta, de modo que debió nacer después del matrimonio de Charles y Judith. ¿Fue en eso en lo que te mintió Charles Bon?”

“¿Qué es lo que Judith comprendió y Raby comprendió tan pronto vieron a la mujer?”

—Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí.

—Oh. Y has vivido aquí escondido durante cuarenta años.

—He vivido aquí cuarenta años.

—¿Estabas en paz?

—Estaba cansado.

—Es lo mismo, ¿no es cierto? Tanto para ti como para Raby.

—Lo mismo. Lo mismo que yo. También estoy cansada.

—¿Por qué ha hecho todo esto por Henry Sutpen?

—Era mi hermano.

Vi

Todo ello estalló como una caja de cerillas. Desperté con el hondo y salvaje atronar de los ladridos del perro sobre mi cabeza; sorteé al perro dando traspiés y corrí escalones abajo sin haber despertado por completo, o tal vez sin haber despertado en absoluto. Recuerdo las delgadas y melodiosas voces de los negros, que llegaban de lejos, de la cabaña más allá de los pastos, y entonces, medio dormido aún, me volví y vi la fachada de la casa iluminada por el fuego, los huecos hasta entonces ciegos de las ventanas, de forma que todo el frontis de la casa parecía inclinarse sobre mí, alto y alevoso, con salvaje y furiosa exaltación. El perro se lanzaba aullando contra la puerta principal cerrada; luego saltó del porche y corrió en dirección a la parte trasera de la casa.

Corrí tras él; también yo estaba gritando. La cocina había desaparecido ya, y toda la trasera de la casa estaba en llamas, al igual que el tejado; las livianas tablillas, ha tanto tiempo secas, saltaban en el aire y ascendían en remolino como trozos de papel en llamas, consumiéndose en dirección al cenit como estrellas fugaces invertidas. Volví corriendo y sin dejar de gritar hacia la fachada de la casa. El perro me adelantó, ladrando ensordecedora y frenéticamente; mientras miraba las figuras de las mujeres negras que subían a la carrera por los pastos deslumbrados por el fuego, oí cómo el perro se arrojaba una y otra vez contra la puerta principal.

Se acercaron las negras, las negras de las tres generaciones, con los ojos en blanco, con las abiertas bocas cavernosas y rosadas.

—¡Están ahí dentro! ¡Os digo que están dentro! —decía yo a gritos—.

Ella prendió fuego a la casa y están los dos ahí dentro. Me dijo que Henry Sutpen no viviría hasta mañana, pero yo no...

Apenas podía oírme a mí mismo en medio del fragor, y durante cierto tiempo no logré oír en absoluto a las negras. Sólo veía sus bocas abiertas, sus ojos fijos y orlados de blanco.

Entonces el fragor alcanzó ese punto en que se escapa al oído y se alza mudo y veloz hasta perderse, y me fue posible oír a las negras. Emitían un gemido largo, concertado, violento, acompasado, cuyo tono variaba armónicamente desde el tiple de las niñas hasta la voz de soprano de la mujer más vieja, hija de la mujer que estaba dentro de la casa en llamas; tal vez lo habían ensayado durante años, a la espera de aquel momento irrevocable y fuera del tiempo. Y entonces vimos en la casa a la mujer.

Estábamos al pie del muro, mirando cómo las tablillas se desconchaban y derretían, haciendo desaparecer ventana tras ventana, y vimos a la viejanegra arriba, en una ventana. Surgió en medio del fuego y se apoyó un instante en la ventana, con las manos sobre el ardiente antepecho, no más grande que una muñeca y tan impenetrable como una efigie de bronce, serena, dinámica, meditabunda, en primer término del holocausto. Luego la casa entera pareció desplomarse, doblarse sobre sí misma, derretirse; el perro volvió a pasar, aunque esta vez sin aullar. Se situó frente a nosotros, y luego se volvió y se internó de un salto en la rugiente disolución de la casa, sin emitir sonido alguno, sin un grito.

Creo haber dicho ya que el ruido había sobrepasado el límite del agraviado y ahíto oído. Permanecíamos allí, viendo cómo la casa se disolvía y licuaba y precipitaba hacia lo alto en mudo y furioso fuego escarlata, lamiendo y brincando entre las ardientes y salvajes ramas de los cedros, de suerte que ellos también, ardiendo y derritiéndose, se agitaban violentamente en remolino contra el cielo débilmente estrellado del estío.

Vii

Poco antes del alba empezó a llover. La lluvia llegó de prisa, sin relámpago ni trueno, y azotó con fuerza durante toda la mañana, lanceando las ruinas, de forma que sobre las lúgubres y aún enhiestas chimeneas y la madera carbonizada flotaba un grueso palio desplegado de vapor. Pero al cabo de cierto tiempo el vapor se dispersó y pudimos caminar

entre las vigas y restos de tablas. Nos movíamos con cautela, sin embargo; las negras con prendas inclasificables para protegerse de la lluvia, en silencio ya, sin entonar cántico alguno, salvo la mujer más vieja, la abuela, que cantaba monótonamente un himno mientras iba de un lado para otro, deteniéndose de cuando en cuando para recoger algo del suelo. Fue ella quien encontró la fotografía de la caja de metal, la fotografía de Judith que había poseído Charles Bon.—Me la llevaré —dije.

Me miró. Era un punto más oscura que su madre. Pero en su cara seguía, débilmente, la raza india; y seguía también la sangre de los Sutpen.

—No creo que a mamá le gustara eso. Era muy particular en cuanto a lo que pertenecía a los Sutpen.

—Hablé con ella anoche. Me contó la historia, me lo contó todo. No creo que haya problema. —Me miraba, observaba mi cara—. Te la compraré, entonces.

—No puedo vender lo que no es mío.

—Déjame mirarla, entonces. Te la devolveré. Hablé con ella anoche. No será nada incorrecto.

Me la entregó. La caja se había fundido un tanto; la cerradura que Judith había cerrado a golpes para siempre se había reducido a una fina línea a lo largo de la juntura: podría abrirse tal vez con la hoja de un cuchillo. Pero fue precisa un hacha.

La fotografía estaba intacta. Miré la cara y pensé tranquilamente, estúpidamente (somnoliento, empapado y sin haber desayunado, estaba un poco alelado); pensé tranquilamente: “Vaya, creía que era rubia. Me habían dicho que Judith era rubia...” Entonces desperté, volví a la vida. Miré con calma aquel rostro: suave, oval, sin mácula; la boca carnosa, llena, un tanto flácida, los ojos ardientes, somnolientos, sigilosos, el pelo de tinta con su casi imperceptible aunque inequívoca tiesura: el sello trágico e indeleble de la sangre negra. La dedicatoria era en francés: “A mon mari. Toujours. 12 Ao5t 1860”⁶.

Y volví a mirar serenamente aquella malhadada y apasionada cara, con su calidad intensa y saciadora de pétalo de magnolia —la cara que inintencionadamente había destruido tres vidas—, y entendí entonces por qué el tutor de Charles Bon le había enviado a estudiar tan lejos, al norte de Mississippi, y qué era lo que para Henry Sutpen, fruto de generaciones, nacido ya con lo que era y lo que creía y lo que pensaba, era peor que el matrimonio y agravaba la bigamia hasta el punto de que la pistola era no sólo justificable sino inevitable.

—Eso es todo lo que hay dentro —dijo la negra. Sacó la mano de debajo del abrigo militar caqui, cuajado y manchado de barro, que llevaba sobre los hombros. Cogió la fotografía.

Posó la vista sobre ella una sola vez antes de guardarla: una mirada vacía o sombría, no sabría decirlo. No sabría decir tampoco si la mujer había visto anteriormente aquella cara o aquella fotografía, o si ni siquiera era consciente de no haber visto nunca ninguna de las dos—. Creo que será mejor que me quede yo con ella.

Retrato de Elmer

I

Elmer bebe cerveza en la terraza del Dome, con Angelo a su lado. A su lado también, pegada a la pierna, tiene una carpeta. Bastante nueva y bastante plana. Así, sentado entre los artistas, contempla el Boulevard Montparnasse y parece mirar a través del edificio de

⁶ A mi marido. Siempre. 12 de agosto de 1860.

enfrente, gris y de tejado violeta y embutido con suficiencia en azulejo contra el cielo oscurecido, y dirige la mirada a París y a Francia y hacia la fría y agitada monotonía del propio Atlántico, de suerte que en aquel momento crepuscular y nostálgico contempla solitario y retrospectivamente aquel escenario tejano adonde la penosa y desinteresada ambición de su madre les había arrastrado implacable y finalmente a su resignado y estático padre y a él mismo, aún joven entonces y desgarrado y rubio, único de los hijos que vivía en el hogar, pensando en la Circunstancia como si se tratase de una entidad infatigable y estanca como el Departamento de Correos, tomando a la gente aquí y allá utilizándola o no, oscuramente, dejándola o no con diferida e impersonal eficiencia.

Hace un comentario acerca de ello.

Angelo aguarda su deleite con infatigable y atenta cortesía, como siempre, con ese espíritu de "laissez-faire" que rige su relación, y reivindica el mismo privilegio y replica en italiano. A Elmer esto le suena como si Angelo le estuviera haciendo la corte, y mientras el otoño y el crepúsculo ascienden gravemente en Montparnasse, Elmer está sentado, envuelto cálidamente por palabras que para él carecen por completo de sentido, y acaricia la cerveza cálida y mira a las chicas, de una excitante y normalizada uniformidad indumentaria y acompañadas de hombres con y sin barbas, y baja suave y tranquilamente la mano y toca fugazmente la carpeta, preguntándose quiénes son entre los hombres los pintores, y a continuación quiénes son los buenos pintores, mientras piensa "Hodge, el artista.

Hodge, el artista". El otoño y el crepúsculo ascienden gravemente en Montparnasse.

Angelo, con su chaleco excesivo flanqueando en V el sucio y calidoscópico abultamiento de la corbata, ante una bebida violácea y poco densa, continúa formando los períodos de su discurso con pleno y exquisito olvido del hecho de que Elmer no sabe una palabra de italiano. Sus palabras, sin sentido alguno, parecen poseer un significado estético, apasionado e impersonal, de modo que al fin Elmer deja de pensar "Hodge, el artista", y vuelve a mirar a Angelo con el viejo desaliento desvalido, y piensa: ¿Cómo interrumpir con su crudeza americana el inagotable flujo de amistad cortés y protectora de su amigo? Porque Angelo, con tacto afable que en opinión de Elmer ningún americano sería capaz de alcanzar jamás, ha establecido entre ellos una relación que ha ido mucho más allá y muy por encima de cualquier grosero asunto de dinero; y se ha instalado él mismo en la vida de Elmer con la sedosa afabilidad de un príncipe en una urbe de bárbaros. Y ahora, ¿qué hacer?, se pregunta Elmer. No puede seguir mucho tiempo más con Angelo mariposeando en torno a él. Allí, en París, él pronto empezará a conocer gente; pronto entrará en un estudio (de nuevo su mano toca ligera y fugazmente el cartapacio que tiene contra la pierna), cuando haya tenido el tiempo suficiente para aclimatarse y haya aprendido un poco más de francés, y piensa con rapidez. Sí.

Sí. Eso es. "Cuando haya aprendido un poco más de francés, de forma que pueda elegir el mejor y enseñar en él mi trabajo, pues ha de ser el mejor".

Sí. Sí. Eso es. Además, podría tropezar con Myrtle en la calle cualquier día. Y ella sabría que Angelo y él eran inseparables y que debía depender de Angelo hasta para el acto mismo de comer. Ahora que ya están lejos de Venecia, del calabozo del Palazzo Ducale, no lamenta su encarcelamiento, pues tales cosas —la vida a lo vivo— son las que hacen al artista. Pero lamenta haber estado en la cárcel con Angelo, y a veces se sorprende a sí mismo lamentando, con ingratitud que —sabe— jamás será capaz de albergar Angelo, que Angelo haya logrado salir de ella. Y entonces súbita, esperanzadoramente piensa, de nuevo con secreta vergüenza: Quizá, después de todo, sería lo mejor.

Myrtle sabrá cómo deshacerse de Angelo; y de lo que no hay duda es de que la señora Monson sabrá de sobra cómo hacerlo.

La voz de Angelo concluye un suave período en su discurso. Pero ahora Elmer ni siquiera se pregunta qué es lo que está diciendo Angelo; vuelve a contemplar más allá del amasijo de frágiles mesas y de las apretadas hileras de cabezas y hombros, que beben a dos sexos y a cinco lenguas, la al parecer interminable multitud que por allí transita, y mira a las jovencitas blancas y suaves y cautelosas y estúpidas, de turbadores cuerpos que él debe suponer virginales, preguntándose por qué ciertas chicas le eligen a uno y otras no. Hubo un tiempo en que creyó que uno puede seducirlas; ahora no está tan seguro. Ahora cree que

son ellas las que le eligen a uno cuando coincide que se encuentran en el estado de ánimo adecuado y coincide que uno se halla a mano. Pero sin duda se supone que uno aprende de la experiencia (en el sentido de infelicidades reales que uno padece comparadas con infelicidades posibles que no le alcanzan), si no el modo de alcanzar lo que desea, al menos la razón por la cual no lo ha alcanzado. Pero ¿quién quiere experiencia cuando puede obtener cualquier tipo de sucedáneo? Al diablo con la experiencia, piensa Elmer, ya que toda realidad es insoportable. Y quiero lo que pienso que quiero cuando pienso que lo quiero, al igual que todos los hombres. No una fórmula para el estoicismo, un antídoto contra los deseos frustrados. El otoño y el crepúsculo ascienden gravemente en Montparnasse.

Angelo, abstraído y locuaz, sin turbación alguna, continúa hablando mientras sostiene con cuidado en una mano su bebida oscura y poco densa.

Lleva el pelo peinado hacia atrás, liso y lustroso; la cara afeitada y azul, como la de un pirata. A ambos lados de la nariz breve y respingona, sus ojos, separados y marrones, son enternecedores y tristes como los de un perro de raza óptima. Su traje, después de seis semanas, está razonablemente pulcro y nuevo, al igual que los zapatos con remate de paño, y sigue conservando su bastón. Es uno de esos bastones delgados y nudosos de bambú que se conservan palpable y positivamente nuevos hasta el momento de su pérdida o de la muerte de su dueño, pero el traje, salvo por el hecho de que Angelo aún no ha dormido con él puesto, es idéntico al que desechó en Venecia a instancias de Elmer. Es un mosaico de cuadros grises y castaños, que parece hallarse en un estado de constante y benigna explosión por todo Angelo, al cual despoja de toda forma, y que está dotado de los suficientes botones de ámbar como para convertir en un ser a prueba de balasa su dueño, salvo en caso de que se disparase contra él a quemarropa.

Angelo sigue formando sus períodos verbales, delicada y plenamente absorto, y manosea cuidadosamente su bebida violácea. No se ha limpiado las uñas de las manos desde que dejaron Venecia.

li

Conoció a Myrtle en Houston, Texas, donde él tenía ya un hijo bastardo. Aquello había sido un nebuloso fuego breve y dulce, pero Myrtle, arrogante en su juventud y riqueza, era para él como una estrella: inaccesible pese a su opulencia rosada y curva. Él no quería saber que aquellas suaves y turbadoras caderas, al cabo de cierto tiempo, se volverían gruesas, pesadas, carentes casi de gracia; aquella nariz recta era una pizca demasiado corta; los inefables ojos azules un punto demasiado cándidos; la frente baja, pura y ancha un punto demasiado baja y ancha bajo el bruñido cabello del color de la melaza.

La conoció en un baile, en un acto semipúblico en honor de los soldados que partían, en 1917. Apoyado contra la pared, posición que había mantenido durante toda la velada, la veía pasar en medio de un fulgor de botas y espuelas nuevas, de soberbias charreteras sin deslucir, sin desgastarse aún por los saludos; y él, con su frac alquilado y su lesión en la espalda, soñaba. Era ya un veterano de guerra, aunque lisiado y sin un centavo, mientras el padre de Myrtle era conocido incluso en Texas por sus pozos de petróleo. La conoció antes de que finalizara la velada; ella le miró de frente con aquellos ojos grandes y celestes, vírgenes de todo pensamiento; y le dijo: “¿Es usted de Houston?”, y: “¿De veras?”, con la suave boca un tanto abierta para mostrar interés, y luego una bocamanga con galones la hizo desaparecer de su vista.

También conoció a la señora Monson, con la que hizo excelentes migas.

Era una mujer brusca de ojos fríos, que parecía mirarle a él y a los que bailaban y aun al mundo allende Texas con perspicacia breve y sardónica.

La vio sólo una vez; luego, en 1921, cinco años después de que Elmer hubiera vuelto de su vana y frustrada tentativa bélica, el señor Monson y Myrtle viajaron a Europa para que

Myrtle estudiara, para que se acabara de pulir, pues dos años en Virginia y uno en la universidad del estado de Texas no habían sido suficientes.

Así que ella partió, y dejó a Elmer con el recuerdo de su vestido color limón, de su boca roja y húmeda y un poco abierta para mostrar interés, de sus grandes e inefables ojos bajo la pura melaza de su pelo cuando le fue presentada al fin; pues de pronto él, con una suerte de horror, había oído que alguien decía por su boca: “¿Quiere casarse conmigo?”, y se había quedado mirando con estremecido horror cómo los ojos de ella se dilataban y se encontraban con los suyos, pues no quería creer que no hay mujer que se ofenda cuando se solicita su cuerpo. “Lo digo en serio”, dijo, y entonces la bocamanga con galones se la apartó de la vista. Lo digo en serio, clamó en silencio para sí mismo, viendo cómo aquel cuerpo de piernas cortas y color limón, diseminaba su aura de inminente obesidad, y se alejaba entre el fulgor de los cinturones y las botas hacia la música, ahora ya marcial, que él no podía seguir a causa de su espalda. “Lo digo en serio todavía, clama en silencio, agarrando su cerveza entre los platillos apilados de Montparnasse, después de leer en el “Herald” que la señora Monson y Myrtle están viviendo en París, sin preguntarse dónde está el señor Monson desde entonces, sin pretender saber que el señor Monson sigue en América, dedicado a pozos de petróleo aún más numerosos y a cierta Gloria, que canta y baila en un club nocturno de Nueva Orleans con una prenda de seda única y oscura que, ceñida en torno a los amables muslos y al indelicado trasero, confiere a las pesadas y blancas piernas un aire increíblemente inocuo, como de carne de vacaexangüe. A lo mejor, piensa con una oleada de triunfo y exultación casi insufribles, ellas me han visto también en los periódicos, y puede que hasta en el francés: Le millionair americain Odge, qui arrive d.etre peinteur, parce-qu.il croit que seulment en France faut-il d.artiste rever et travailler tranquil; en Amerique tout gagne seulment”⁷.

iii

Cuando tenía cinco años, en Johnson City, Tennessee, se quemó la casa en que vivían temporalmente.

“Antes de que te haya dado tiempo a mudarnos otra vez”, le dijo su padre a su madre con humor sarcástico. Y Elmer, que había odiado siempre el que le vieran desnudo, cuyo pudor se veía en cierto modo vejado incluso en presencia de sus hermanos, había sido arrebatado físicamente del sueño y llevado, precipitadamente y desnudo y a través de un acre fragor, hasta un loco mundo carmesí donde, paradójicamente, la temperatura era cercana a los cero grados; allí estuvo de pie, levantando alternativamente los pies desnudos del suelo helado e inclemente, mientras uno de sus costados se retorció mortificado, con los oídos llenos de un griterío atronador y sin sentido, y la nariz llena del olor del calor y de los desconocidos, aferrado a una de las delgadas piernas de su madre. Aún hoy recuerda la cara de su madre sobre él, contra un torrencial penacho de chispas semejante a un bárbaro velo; recuerda que pensó entonces: “¿Es ésta mi madre, esta cara amarga y rígida?” ¿Qué había sido de aquella amorosa y quejumbrosa criatura que un día conoció? Y su padre, saltando sobre una de sus enjutas piernas mientras trataba de ponerse el pantalón; recuerda que hasta la pierna velluda de su padre parecía haberse incendiado bajo la camisa de dormir.

Sus dos hermanos, codo con codo, berreaban allí cerca, y de las semicerradas cuencas de sus ojos brotaban lágrimas que surcaban sus caras sucias y se esfumaban, y el aullido escarlata llenaba sus bocas abiertas; sólo Jo no lloraba, Jo, con quien él dormía, ante quien no le importaba estar desnudo. Sólo ella se mantenía furiosamente erguida, mirando

⁷ Con deficiente ortografía y peor sintaxis, Elmer imagina el francés del suelto periodístico cuya traducción benevolente podría ser como sigue: El millonario americano Odge, que acaba de convertirse en pintor, pues cree que en Francia sólo es preciso que el alma del artista suene y trabaje tranquila; en América todo granjea únicamente. (N. del T.)

el fuego con su flaco y oscuro desafío, ridiculizando a sus gimientes hermanos con su sola y desabrida y arrogante fealdad.

Pero –según recuerda– su hermana no estaba fea aquella noche: el violento carmesí le confería una belleza amarga semejante a la de la salamandra mitológica. Y él hubiera ido a estar con ella, pero su madre le asía con fuerza contra su pierna, envolviéndolo contra ella con un pliegue del camisón cubriendo su desnudez. Se acurrucó, pues, contra la delgada pierna, y miró inmóvil cómo los vociferantes voluntarios arrojaban al exterior desde la casa los escasos objetos que durante tantos años su familia había arrastrado sobre la faz del continente americano: la silla baja en la que su madre se mecía con vehemencia mientras él, arrodillado, apoyaba la cabeza en su regazo; la caja de metal, con la palabra Pan en panes de oro rotos y combados, en la que desde que podía recordar guardaba un ala de pájaro seca, hoy casi sin nombre, un hueso de melocotón tallado en forma de canasta, una manoseada ilustración de Juana de Arco a la que, con tedioso cuidado y mordiéndose la lengua, había añadido un bigote añil y una perilla (los ingleses la habían hecho mártir, los franceses santa, y a Hodge, el artista, le quedó hacer de ella un varón), y una colección de colillas de cigarro de largura diversa. Los voluntarios sacaban las cosas una por una de las ventanas de arriba y las deslizaban por el muro de ladrillo.

Su hermana no estaba fea aquellanoche. Después de aquello, después de que desapareciera un día entre dos de las incontables mudanzas que desde entonces hizo su familia, y de que de los hijos quedara tan sólo él –el niño– en casa, después de verla una vez más en cierta ocasión y no verla nunca más, al recordarla volvía a verla siempre de pie, erguida como un joven árbol delgado y feo, aspirando hasta el sonido mismo de aquel caos y delirante sueño por las ensanchadas ventanas de la nariz, que palpitaban como las de una altiva yegua.

Fue en Jonesboro, Arkansas, donde Jo les dejó. Los dos chicos, antes de esto, se había negado al gambito de la blanda inactividad del padre y la energía malhumorada de la madre. El segundo, un patán lerdo con espinillas en la cara, los dejó en París, Tennessee, por un empleo en un negocio de caballos de alquiler, cuyo dueño tenía un rostro pesado y cruel y una nariz curtida por el alcohol y una leontina de veintidós onzas. Y el mayor, un muchacho menudo y tranquilo con la cara de la madre, pero sin su frustración invencible, partió en Memphis para Saint Louis. Jo les dejó en Jonesboro, y al poco tiempo Elmer y sus padres se mudaron otra vez.

Pero antes, por correo postal, les llegó de forma anónima (“Es de Jo”, dijo la madre. “Lo sé”, dijo Elmer) una caja de pinturas: acuarelas baratas y un pincel chocante, que sobresalía airoso y erizado de un tubo de celuloide en el que el mango de madera jamás lograba quedar fijo. Los colores mismos eran no sólo chocantes: eran de una durabilidad al parecer insensible a todo elemento conocido; salvo el azul. El azul compensaba todos los demás, y parecía poseer una energía dinámica que la mera presencia del agua liberaba, como la presencia de la primavera libera en la tierra la simiente escondida. Sofocante, prodigioso, era tan virulento como la viruela, y teñía todo aquello que tocaba con la apasionada ubicuidad de una plaga desatada.

Aprendió a tiempo, sin embargo, a refrenarlo, y extendía sobre el suelo su cuerpo ya para entonces desgarrado y pintaba, en papel de envolver cuando podía o en papel de periódico, azules gentes y casas y locomotoras. Pero tras dos mudanzas más el azul se había agotado; su vacío disco de madera alzaba hacia él la mirada entre los dos discos lustrosos, que para entonces habían adquirido un similar color pardo, como el de los ojos de una caballa muerta que mira con reproche fijo y azulado.

Pero pronto acabó el curso, y Elmer, con catorce años y en cuarto grado, había vuelto a suspender. A diferencia de sus hermanos y hermana, le gustaba ir a la escuela. No por el saber, ni siquiera por la información: simplemente ir a la escuela. Era siempre torpe con los libros, e inevitablemente acababa alimentando una delicada y asexuada pasión por la maestra. Pero aquel año fue cautivado y apartado de tal fidelidad por uno de los chicos, una bestezuela para él tan bella como un dios, y de la misma crueldad. A lo largo de todo el curso idolatró al chico desde lejos: una ciega y eterna adoración a la que el propio chico puso término un día al abalanzarse de pronto sobre Elmer en el patio y derribarlo violentamente al suelo. Sin motivo conocido por ninguno de los dos. Elmer se levantó sin

rencor, se lavó el rasponazo del codo y, emocionalmente libre de nuevo, huyó de tal libertad como de una maldición y transfirió su devoción ovina una vez más a la maestra.

La maestra tenía una cara gruesa y gris, como de masa espesa; emanaba ese olor inconfundible a carne femenina virgen y de edad mediana. Vivía en una pequeña casa de madera que olía como olía ella, con un pequeño jardín trasero en el que nunca florecieron bien las flores, ni siquiera las resistentes y cenicientas zinnias de octubre. Elmer solía esperarla a la salida de la escuela las tardes en que ella se quedaba con los alumnos que no habían cumplido bien con los deberes cotidianos, y la acompañaba a casa.

Porque la maestra le guardaba el papel de envolver que él empleaba para pintar. Y pronto ambos, la entrecanay poco elegante solterona y el corpulento chico rubio que tenía casi el cuerpo de un hombre, eran tema de comentario y especulación en la ciudad.

Elmer no lo sabía. Tal vez ella tampoco lo sabía, pero un día dejó de pronto de volver a casa por las calles principales, y tomó el camino más corto en compañía de Elmer, que caminaba pesadamente a su lado. Actuó así en dos ocasiones. Luego le dijo que no volviera a esperarla. Elmer se quedó asombrado: eso fue todo. Se marchó y pintó, estirado en el suelo sobre el estómago. Se quedó sin papel de envolver antes de que terminara la semana. A la mañana siguiente fue a casa de la maestra, como había hecho hasta entonces. La puerta estaba cerrada.

Llamó, pero no obtuvo respuesta.

Aguardó ante la puerta hasta que, cuatro o cinco manzanas más allá, oyó la campana de la escuela. Tuvo que correr. No vio a la maestra, al marcharse él, salía de casa y se apresuraba también hacia la campana aún sonora de la escuela por una calle paralela, con su pesada cara de masa y sus borrosos ojos tras las gafas. Luego llegó la primavera. Aquel día, cuando los alumnos salían en fila de clase a mediodía, la maestra le paró y le dijo que fuera a su casa después de la cena, pues tenía que darle más papel para pintar. Él hacía mucho que había olvidado que en un tiempo el calado lento y rubio de su vida interior había sido marcado y fijado en un placer sencillo, hasta que ella le pidió que no volviera a hacerlo: acompañarla a casa por la tarde e ir a esperarla a su casa por la mañana para acompañarla a la escuela. Al olvidar, la había perdonado, perrunamente: siempre con aquella capacidad de perdonar y, con la misma facilidad, de olvidar luego; la miraba, pero no veía sus ojos, no podía ver su corazón.

—Sí, señorita —dijo—. Iré.

Había oscurecido ya cuando llegó a la casa y llamó a la puerta; en el cielo, por encima de los enrojecidos arcos de hojas dentadas, titilaban las estrellas; en alguna parte de aquella alta negrura había un sonido solitario de gansos rumbo al norte. La maestra abrió la puerta apenas él hubo llamado.

—Entra —dijo, precediéndole hasta una habitación iluminada; Elmer permaneció de pie en ella, con la gorra en las manos; su cuerpo, demasiado crecido para su edad, descansaba alternativamente sobre una y otra pierna. A su espalda, la sombra de su voluminosa figura se recortaba contra la pared, enorme e inquietante. La maestra le quitó la gorra de las manos y la dejó sobre la mesa, en la que había un mantel de papel con flecos y una bandeja con una tetera y un pan partido—. Ceno aquí —dijo—. Siéntate, Elmer.

—Sí, señorita —dijo él. Ella llevaba la blusa blanca y la falda oscura con la que siempre la veía, con las que tal vez también la imaginaba en sueños. Se sentó tímidamente sobre el borde de una silla.

—La primavera ya está ahí esta noche —dijo ella—. ¿No la has olido?

La vio empujar a un lado la bandeja y coger un trozo de pan que había estado escondido a la sombra baja de la bandeja.

—Sí, señorita —dijo—. He oído volar a unos gansos. —Empezó a transpirar un poco; la habitación estaba cálida, cargada, fragante.

—Sí, pronto estará aquí la primavera —dijo ella. Él seguía sin ver sus ojos, pues al parecer ella miraba ahora la mano que sostenía el pan.

Dentro del vivo campo de luz de la lámpara con tulipa, la mano se contraía y expandía como un pulmón sin envoltura corporal; al poco Elmer empezó a ver cómo aparecían en ella, entre los dedos, migas—. Y habrá pasado otro año. ¿Te alegrarás?

—¿Cómo, señorita? —dijo él.

Tenía bastante calor, se sentía incómodo; pensó en la alta y clara y estridente negrura de afuera. Ella se levantó de pronto; casi arrojó el ya informe puñado de masa sobre la bandeja.

—Quieres el papel, ¿no es eso?

—dijo.

—Sí, señorita —dijo Elmer.

“Pronto estaré afuera”, se dijo. Se levantó también, y ambos se miraron; entonces él vio sus ojos; las paredes parecían abatirse lentamente sobre él, apelmazando contra él el aire cálido y fragante. Ahora estaba sudando. Se pasó la mano por la frente. Pero aún no podía moverse. Ella dio un paso hacia él; él vio sus ojos.

—Elmer —dijo, y se acercó otro paso. Ahora reía, como si su gruesa cara se hubiera retorcido y fijado en aquella doliente y trágica mueca, y Elmer, incapaz aún de moverse, pareció alzar pesadamente la mirada por la falda negra e informe, por la blusa blanca, abrochada al cuello por un prendedor de falso lapislázuli, y al fin sus ojos se encontraron. Él también sonrió entonces, y ambos permanecieron frente a frente, llenando la estancia con la blancura de los dientes. Luego ella posó su mano sobre él. Y entonces él huyó. Siguió corriendo afuera, con el ruido de la mesa que se estrellaba contra el suelo aún en los oídos. Corrió, sintiendo cómo el sudor se evaporaba de su cuerpo, aspirando violenta y profundamente el aire de la calle.

“Oh, y tu pequeño universo blanco como una muchacha: Montparnasse y Raspail, musicales en su agitación: sutiles e incesantes fugas de muslos bajo la luna creciente de la muerte”:

Elmer, de quince años, con una taza de té sin asa, desciende por las escaleras, atraviesa un césped ralo, una puerta; cruza una calle, atraviesa un césped tupido, asciende por las escaleras entre arbustos en flor, llama a una puerta de tela metálica, cortésmente pero sin apocamiento.

Velma es su nombre, está sola en casa, tiene dieciséis años, llenos y turgentes y suaves y rosados. Elmer entra con la taza de té y atraviesa la quietud oscura entre destellos de caoba artificial, consciente de algo remoto y hormigueante y de turgencias suaves y rosadas y de un tenue atisbo de caderas cubiertas que día a día van formándose, y continúa caminando y entra en la despensa. Ayuda a bajar el tarro de azúcar —está dentro de uncazo de agua para preservarlo de las hormigas—, pero ve únicamente, en blanca cascada de azúcar, pequeños dientes blancos sobre los cuales la boca carnosa y blanda y el rojo no acaban nunca de cerrarse por completo, y el cuerpo rollizo que abulta la ropa cara y manchada en la penumbra aromática de la despensa. Manos de azúcar que se rozan en la siseante penumbra se juntan esquivándose, se esquivan pero no se apartan; abultamientos como gazapos bajo seda manchada suavemente tensa; cascada siseante e incesante de azúcar volcada ahora en el suelo: un juego.

El azúcar susurra su blanqueada cascada por el vidriado precipicio de la taza desbordada, y ella huye chillando, y Elmer la persigue pesadamente, gustando algo cálido y espeso y salado en la garganta. Llega a la puerta de la cocina: ella ha desaparecido; pero al mirar con embobado asombro hacia el corral ve un revuelo de faldas que se esfuma, y corre por el patio y entra en la caverna fuertemente olorosa del establo.

No logra verla. Elmer se queda en pie, desconcertado, tratando de calmarse, en medio de la tierra pisoteada e impregnada de estiércol; sigue allí, en desorientada incertidumbre, tratando de calmarse, en impotente desesperación que crece lentamente ante la pérdida irreparable de algo que no ha alcanzado jamás, pensando: “Así que nunca lo dije en serio. Creo que se está riendo de mí. Creo que será mejor que recoja el azúcar desparramada antes de que la señora Merridew llegue a casa”. Se vuelve y echa a andar hacia la puerta. Al

hacerlo oye un débil sonido sobre su cabeza y se detiene. Siente una oleada de triunfo y miedo que hace que su corazón se pare unos instantes. Al cabo es capaz de moverse hacia la escalera vertical que sube hasta el pajar.

Acre olor de cuero sudado, de amoníaco y de bestias y de polvo seco, fuerte y cáustico; de quietud y soledad, de triunfo y miedo y cambio. Sube por la escalera tosca, gusta de nuevo algo cálido y espeso y salado, oye su corazón pesado y rápido, siente el peso de su cuerpo, que oscila de un hombro a otro, hacia arriba, y ve amarillos haces sesgados de cavernoso sol reticular que gira en doradas motas.

Sube el último peldaño y la encuentra en el heno, un poco asustada y sin aliento.

En las ansias de la pubertad, ese conflicto oscuro y suave, semejante a una música oída y olvidada o a aromas o cosas recordados, aunque no olidos ni vistos nunca, esa mezcla de pavor y anhelo, Elmer empezó a dibujar conscientemente gentes: no eran ya líneas con total libertad para asumir la significación que ellas mismas eligieran, sino hombres y mujeres; intentaba dibujarlos haciendo que se ajustaran a cierta forma vaga, hoy en algún lugar de su mente, y trataba de infundirles lo que creía entender por esplendor y prosperidad. Más tarde, la forma albergada en su mente dejó de ser vaga, se hizo concreta y viva: una chica de virginidad inexpugnable ante el tiempo o la circunstancia; de pelo oscuro, pequeña y orgullosa, que le arrojaba huesos con furia como si fuera un perro, que le arrojaba monedas como si fuera un mendigo leproso al lado de una puerta polvorienta.

iv

Cuando fue a la guerra dejó a su madre y a su padre en Houston. Pero a su vuelta encontró a otra gente en la casa, como de costumbre. Fue a ver al agente inmobiliario. El agente, un hombre aún joven, despierto y atareado y calvo, miró el bastón amarillo de hospital de Elmer en apenada pausa, visiblemente empeñado en dar vueltas en la cabeza al apellido Hodge. Al poco tocó un timbre y entró una bonita y vivaz judía que olía a agua de colonia y no a jabón, y encontró la carta que áellos] le habían dejado. El agente le ofreció un cigarrillo a Elmer, y explicó que la guerra le mantenía demasiado ocupado para fumar cigarros. Nuestra guerra, decía. Habló de Europa, brevemente, preguntó a Elmer unas cuantas cosas, del mismo modo que un comerciante de ropa podría preguntar a un misionero que volviera de África, se respondió a sí mismo y, en reciprocidad, manifestó a Elmer ciertos hechos: que la guerra era mala y que era copropietario de unas tierras cercanas a Fort Worth, donde el gobierno británico había instalado un campo de entrenamiento para aviadores.

Pero Elmer consiguió al fin leer la carta y se fue a ver a los suyos.

A su padre le había gustado Houston. Su madre, sin embargo, quiso mudarse de nuevo, y Elmer, sentado en el tren diurno entre olores de cacahuete y de niños húmedos, acariciando el bastón amarillo cuyo mango curvo había perdido el barniz hacía tanto tiempo, recordaba y pensaba en aquel hombre, en aquel Job, y sentía una piedad atemperada por el íntimo y desleal alivio de que al menos él no sería ya arrastrado por la faz de la tierra al primer impulso sin rumbo que pudiera mover a su progenitora. Desde el privilegiado punto de referencia de la ausencia, de lo que podría denominarse casi su destete, se preguntaba cuándo abdicaría ella: y ello también (compensando su reciente e íntima deslealtad) atemperado por una brusca y fiera oleada de ternura ante el amargo e indómito optimismo de su madre.

Pues él, una vez que sus padres no le necesitaban y por tanto nada esperaban ya que hiciera, volvería a vivir a Houston. Viviría en Houston y se dedicaría a la pintura.

Vio a su padre primero, sentado en el pequeño porche principal. De antemano sabía exactamente cómo sería la casa. Su padre no había cambiado: impasible, afable, resignado; la edad no había hecho mella en él —jamás la hizo—, en su aguda y angélica cara, en su pelo desordenado y vigoroso. Elmer percibió en él, sin embargo, algo más, algo que su padre había adquirido durante su ausencia: una suerte de alegría suficiente aunque no enfática. Y

entonces (sentado también en el porche, de donde su padre no se había levantado, en otra de aquellas sillas barnizadas de amarillo que podían comprarse en cualquier parte por unos dólares), sin emoción alguna, oyó cómo la voz alegre de su padre le contaba que su madre, aquella apasionada e indómita mujer, había muerto. Y mientras su padre enumeraba detalles, con encomio deleitado casi, él contempló la casa de madera, pintada de castaño y levantada en un patio pequeño y polvoriento, sin césped y sin árboles, que evocaba la larga serie de casas exactamente iguales que, extendiéndose ante él como una calle sin fin, se adentraba en aquel tiempo en que solía despertar en la oscuridad al lado de Jo, quien con su áspera y fiera mano en el pelo de su hermano, y la voz, fiera también en la noche, le decía: “Elly, cuando quieras hacer algo, hazlo, ¿me oyes? No dejes que nadie te lo impida”, y en aquel otro tiempo en que existía ya pero no podía recordar. Permaneció sentado en la silla barnizada de amarillo, mientras su padre hablaba y hablaba, mientras el crepúsculo llegaba a través de doscientas millas sin obstáculos y llenaba la casa en la que la malhumorada presencia de su madre parecía persistir aún como un aroma, como si no hubiera tenido tiempo para dormir siquiera, por no hablar de morir.

No iba a quedarse a cenar, y su padre, con auténtico alivio, según creyó ver Elmer, le explicó cómo llegar al cementerio.

—Me arreglaré perfectamente —dijo Elmer.

—Sí —dijo su padre, sinceramente de acuerdo—. Te las arreglarás perfectamente. A la gente le gusta ayudar a los soldados. Éste no es en absoluto lugar para un hombre joven. Si yo fuera joven, como tú... —La insinuación de un mundo fecundo, a la espera de ser conquistado con total y pródiga paciencia, se esfumó finalmente, y Elmer se levantó pensando si acaso había estado presente su madre, aquella mujer que se negó siempre a creer que parte alguna de su carne o de su sangre pudiera en modo alguno subsistir satisfactoriamente fuera del radio de su solicitud malhumorada.

“Oh, me arreglaré”, repitió Elmer, esta vez dirigiéndose al delgado espíritu de ella que aún flotaba en la casa que al fin la había vencido, y al instante casi oyó cómo ella replicaba, con una especie de ánimo triunfal: “Eso era lo que opinaba tu hermana”, olvidando que jamás habían recibido noticia alguna de Jo, y que, que ellos supieran, podía ser lo mismo Gloria Swanson que la esposa de J.

P. Morgan.

No le habló a su padre acerca de Myrtle. Su padre no habría comentado nada en absoluto, y aquel vivo espíritu de la energía de su madre habría dicho que Myrtle no era lo bastante buena para él. Tal vez tenga razón, pensó con calma, apoyado en el bastón al lado de la tumba, que parecía participar también de la temporalidad rígida e inquieta de su madre, del mismo modo que el atuendo asume las características de quien lo lleva. A la cabecera de la tumba había una pequeña y escueta lápida de inequívoco mármol, coronada por una rolliza paloma de piedra de tamaño natural. Y sobre todo ello, sobre la colina sin árboles, se extendía un inmensurable crepúsculo en el que las estrellas pendían con la impersonalidad de los locos, y a través del cual Adán y Eva, prematuros muertos del Génesis, tal vez seguían buscando aquel cielo del que habían oído hablar.

Elmer cerró los ojos y gustó la tristeza, la pérdida, la soledad sentimental del tiempo consciente. Pero no por mucho tiempo: veía ya contra sus párpados el cuerpo de tronco esbelto de Myrtle, con su vestido color limón, su húmeda y roca boca semiabierta, sus ojos que se abrían inefablemente bajo la bruñida melaza del pelo, y pensaba Dinero dinero dinero.

“Bueno, ahora puedo pintar”, pensó, hundiendo el bastón en la quieta y blanda tierra. “Un nombre. Tal vez la fama. Hodge, el pintor”.

V

Angelo es uno de esos jóvenes, uno de los integrantes de esa gran masa sumergida, de esa clase vigorosa aunque reprimida y domeñada hasta el presente que —según se afirma— ha sido profundamente afectada por la guerra.

Pero Angelo no ha sido afectado profundamente por la guerra. Durante la guerra ha realizado cosas que en tiempo de paz la policía, el gobierno, todos aquellos que por nacimiento o posición hubieran sido capaces de prevalecer sobre él, habrían impedido. La guerra es mala, naturalmente, pero también lo es el tráfico, y el hecho de que deba pagarse el vino que uno bebe, y el hecho de que, si consintieran en yacer con uno todas las mujeres que uno puede imaginar, no bastaran los asignados setenta años de una vida. En cuanto a la posibilidad de resultar herido, no existe austríaco ni turco ni incluso "carabiniere" que vaya a dispararle con un fusil, y en lo que se refiere a la cuestión del territorio, ni la ha examinado nunca ni tiene deseos de hacerlo. Ahora bien, en lo que toca a la mujer... Contempla el flujo en apariencia infinito de mujeres y jovencitas con deleite callado y pueril, y expresa su gozo y aprobación sorbiendo el aire bruscamente a través de los labios fruncidos. Al otro lado de la mesa estrecha está sentado su compañero y protector: el incomprensible americano, con su predilección por cierto líquido que para Angelo es algo así como el que se extrae con una bomba de las entrañas de los barcos, a quien lleva dos meses viendo vivir, moverse, respirar en algún estático, infantil, furioso, meditabundo universo allende todo hecho y toda carne; por espacio de unos instantes, sin ser visto, Angelo lo observa con reflexión que es casi desprecio. Pero pronto vuelve a estar inmerso en su propio y constante sonido de aprobación y gozo, y el otoño, entretanto, asciende en Montparnasse, impregna el tráfico de Montparnasse y Raspail, importuna los senos y los muslos de jovencitas que se mueven armoniosamente en el reluciente crepúsculo de espliego, entre viejos muros, bajo un cielo que es como un paciente anestesiado que agoniza tras una intervención quirúrgica.

Elmer tiene un hijo bastardo en Houston. Todo sucedió con rapidez.

Tenía dieciocho años, era rubio y desgarbado, de pelo rizado. Solían ir al cine, pongamos dos veces a la semana, pues ella (su nombre es Ethel) era una chica con éxito; salía con varios hombres y hablaba de ellos con él. Así que él aceptó un papel secundario antes de que se le ofreciera, como si ésa fuera la situación por él deseada, y se cogían de la mano en el ronroneo cálido de la media luz, y ella le decía que el actor de la pantalla se parecía o no se parecía a sus amistades masculinas.

—Tú no eres como los demás hombres —le decía—. Contigo es diferente: no necesito estar siempre... —le decía, con aquel vestido de raso negro de mala calidad que a ella tanto le gustaba, mirándole con aquellos ojos en los que había algo fijo e inquisitivo y absolutamente fingidor—. Porque eres tan joven en comparación conmigo, ¿entiendes? Casi dos años. Como un hermano. ¿Comprendes lo que digo?

—Sí —decía Elmer, inmóvil y anegado en la secreta intimidad de sus manos estrechadas, que sudaban ligeramente. A Elmer le gustaba aquello.

Le gustaba estar sentado en la discreta oscuridad, mirando las ineludibles exigencias de conducta humana instauradas y decretadas por expatriados fabricantes de botones y pantalones de Brooklyn, y transponer a Ethel a cada beso y abrazo del celuloide, sin saber que ella hacía lo mismo por mucho que él sintiera la mano laxa de ella enardecerse barométricamente dentro de la suya. Le gustaba también besarla, en lo que él creía momentos robados entre la subida al porche y la apertura de la puerta, y de nuevo cuando cesaban los ruidos arriba y hasta que empezaba a ponerse nerviosa por la luz de la lámpara de mesa.

Luego fueron al cine cuatro días consecutivos, y la quinta noche no salieron. La familia de Ethel iba a salir y ella no quería dejar la casa completamente vacía. Elmer era partidario de empezar a besarse en seguida, pero ella le hizo sentarse al otro lado de la mesa y, frente a frente, le explicó el tipo de hombre con quien se casaría algún día; dijo que se casaría sólo porque sus padres esperaban que lo hiciera, y que jamás se entregaría a un hombre salvo por deber para con el marido que ellos le eligieran, que sería sin duda viejo y rico: que por tanto nunca perdería el amor, puesto que jamás lo habría tenido. Que Elmer era la clase de hombre que, al no tener ella hermanos, siempre había deseado conocer, pues podía contarle cosas que ni siquiera con su madre se atrevía a discutir.

Y así, durante las semanas que siguieron, Elmer vivió en una empalagosa maraña de joven carne femenina, húmedamente ávida y al parecer insaciable (cuando se henchía ardientemente junto a él, Elmer, con ese desapego visual del hombre que sufre aniquilación

temporal o permanente, pensaba en un globo pobremente inflado con un dedo hundido en él), si bien al principio nada aconteció. Pero después aconteció mucho. “Demasiado”, habría de decirle ella con los brazos extendidos y rodeando su nuca con las manos enlazadas, mientras le miraba a la cara con intensidad oscura y fingidora.

—Casémonos entonces —dijo Elmer, hipnotizado por envolventes y subrepticios muslos y pechos.

—Sí —dijo ella. Su voz era desapegada, tranquila, un tanto resignada; Elmer pensó “Ni siquiera me está mirando”—. Me voy a casar con Grover.

—Era la primera vez que oía hablar de Grover.

No estoy huyendo, se dijo Elmer a sí mismo, sentado en el furgón negro como la pez mientras los ejes sin ballestas chirriaban y golpeaban bajo su cuerpo; es porque no imaginé que pudiera sentirme tan mal. El tren se dirigía al norte, pues podía recorrerse más distancia hacia el norte que hacia el sur. Y en su mente había también algo que transcendía la sorpresa y el dolor, y que él se negaba a pensar siquiera que fuera alivio; lo que se decía a sí mismo era lo siguiente: Tal vez en el norte, donde las cosas son diferentes, pueda empezar a pintar. Tal vez con la pintura pueda olvidar que o imaginé que pudiera sentirme tan mal. Por otra parte, tal vez no había hecho sino llegar tardíamente al punto en que su hermana y hermanos habían ido rompiendo, uno tras otro, el encantamiento de progreso que su madre había ceñido en torno a ellos como la cuerda que se arrolla a una peonza.

Conoció Oklahoma; trabajó en los trigales de Missouri; durante dos días mendigó pan en Kansas City. En Navidad estuvo en Chicago: día tras día erguido y totalmente dormido frente a cuadros de galerías en las que no se exigía el pago de una entrada; noche tras noche sentado en estaciones de ferrocarril, hasta que los empleados despertaban a todos los durmientes; quienes carecían de billete habrían de caminar por las calles azotadas por el vendaval, rumbo a otra estación en la que la historia volvería a repetirse. De cuando en cuando comía.

En enero estuvo en un campo maderero de Michigan. Pese a su corpulencia, trabajó en el estruendoso cobertizo empañado de vapor del cocinero, que olía siempre de forma soporífera a comida y a lana húmeda, fregando las panzas de pucheros de aluminio que en la monótona somnolencia de las largas mañanas le recordaban el vacío disco de madera que había contenido el azul en la caja de pinturas de su infancia.

Para la noche había siempre papel basto en abundancia. Utilizó carbón vegetal hasta que descubrió una caja de jabón en polvo azul. Con ella y con posos de café y con un frasco de tinta roja propiedad del cocinero, empezó a trabajar en color. Pronto los taladores y los conductores de camiones y los aserradores descubrieron que era capaz de reproducir caras sobre el papel. Los dibujó uno a uno, por encargo, una vez descrito el tipo de atuendo —traje de etiqueta, traje hípico de cuadros, chaquetón cruzado de gruesa lana— con el que deseaban ser retratados; tras posar pacientemente hasta que Elmer daba por terminado su trabajo, se enfrascaban con sus compañeros en serios y profanos debates estéticos.

A principios de febrero había crecido dos pulgadas y había ganado en corpulencia; su cuerpo era ya el cuerpo pura sangre de un joven de diecinueve años; sentados en el humeante barracón, los hombres charlaban acerca de Elmer con la impersonalidad de cirujanos o jinetes de carreras. Aunque reacios aún, pronto se relajarían los rígidos músculos de la nieve. Grandes masas de nieve se desprenderían muda y pesadamente de las ramas de piceas y cicutas, y las ramas saltarían oscuramente libres de la nieve desprendida; de lo alto y azul pronto los gritos de los gansos llegarían a la deriva como hojas que caen, salvajes, fantásticos y tristes. En sus charlas sobre el sexo, que se hacían más y más frecuentes por la noche en torno a la estufa del barracón, los hombres comentaban el cuerpo de Elmer en relación con las mujeres. Una noche, llevado por un vago deseo de crearse una reputación y de dar por terminado formalmente su aprendizaje como hombre, Elmer les contó el episodio de Ethel en Houston. Los hombres le escucharon, escupiéndole con gravedad sobre el siseante hornillo naranja. Cuando hubo terminado, se miraron unos a otros con fatigada tolerancia. Al cabo uno de ellos dijo con benevolencia: — No te preocupes, muchacho. Conseguir una es más difícil de lo que piensas.

Luego llegó marzo. La armadía estaba ya en el río, y en el barracón, sobre la última comida, los hombres se miraban unos a otros –tal vez no volverían a verse las caras nunca más–, mientras Elmer y el cocinero se movían entre la mesa y el hornillo. El cocinero era el inmediato superior de Elmer, y zar del campamento. A Elmer le recordaba a alguien, lo mimaba y acosaba y maldecía con bárbara amabilidad: Elmer acabó por temerlo, en una suerte de hipnotismo estático, y dejaba que el cocinero rigiera sus actos, aunque no con placer sino con resignación. Fuerte y enjuto, el cocinero era hombre fogoso e irascible; cuando los hombres llegaban tarde a las comidas, se apoderaba de él una ira casi homicida. Lo trataban con rudeza y con prudencia, y lo hacían callar a fuerza de gritarle todos juntos cuando les maldecía, pero nadie se atrevía a desafiarle. Él, por su parte, mantenía la cocina limpia y los alimentaba bien y les remendaba la ropa; cuando alguien resultaba herido lo cuidaba con un frenesí diestro y solícito, y lo maldecía a él y a varias generaciones de sus antepasados y descendientes.

Cuando acabaron de comer, el cocinero le preguntó a Elmer por sus intenciones futuras. Elmer no había pensado en ello; se le antojó de pronto que su destino le era devuelto, arrojado en brazos como un recién nacido en la sala de espera de una estación de tren. El cocinero cerró de un puntapié la puerta del hornillo.

—Vámonos a esa maldita guerra.

¿Qué dices?

En efecto, a Elmer le recordaba a alguien, y en especial cuando fue a verle la noche en que Elmer y su batallón partían en tren para Halifax.

Se sentó en la litera de Elmer y maldijo la guerra, al gobierno canadiense, a los cuerpos, brigadas, batallones y pelotones de las Fuerzas Expedicionarias Canadienses, a él mismo y a Elmer en el pasado, presente y porvenir, pues le habían hecho cabo y cocinero.

—Así que yo no voy –dijo–. Creo que nunca iré. De modo que tendrás que portarte lo mejor que puedas tú solo. Lo puedes hacer. Dios, no tienes por qué imitar a ninguno de esos bastardos, ni a canadienses ni a ingleses. Eres tan bueno como el mejor, aunque no lleves galones en la manga ni malditas bellotas de oficial en las hombreras. Eres tan bueno como el mejor y muchísimo mejor que la mayoría, no lo olvides. Mira, toma esto. Y no lo pierdas.

Era una lata de tabaco. Contenía agujas de todos los tamaños, hilo, unas tijeras cortas, un rollo de cinta adhesiva y una docena de esos objetos que los ingleses, con agudeza, llaman “letras francesas” y los franceses, como la misma agudeza, “letras inglesas”⁸. Y se fue, sin dejar de maldecir. Elmer no volvió a verlo jamás.

La vida militar en tierra había sido una mera cuestión de desfilas aquí y allá con la compañía, de mantener limpios los botones de la guerrera y la insignia de la gorra y el fusil, y de no olvidar a quién debía saludarse.

Pero una vez a bordo, donde el espacio era restringido, recibían instrucción sobre combate. Aprendían el manejo de las granadas de mano, por las que Elmer sentía un gran temor. Había logrado reconciliarse con el fusil –se apuntaba y apretaba el gatillo con resultados inmediatos–, pero no con este objeto, al que había de someter primero a una operación infinitesimal, y luego retener en la mano mientras se contaba hasta tres en silencio, a la espera de arrojarlo. Se dijo a sí mismo que, llegado el momento, tiraría de la espoleta y arrojaría la granada al instante, pero el fornido sargento mayor, de ojos como canicas de cristal y con una condecoración en el pecho, les contó que los alemanes tenían la costumbre de agarrar la granada en el aire y devolverla como si fuera una pelota de béisbol.

—No –dijo el sargento mayor, haciendo pasear sus ojos muertos por las caras serias de los soldados–. Contad hasta tres, así.

Hizo algo a la granada en milésimas de segundo, mientras los soldados le miraban con quieta y horrorizada fascinación; luego tiró de la espoleta e hizo que la granada brincase ligeramente en su mano.

⁸ French letter (letra francesa): en lenguaje popular, condón. (N.del T.)

—Así, ¿lo veis?

Entonces alguien le dio un codazo a Elmer. Elmer dejó de tragar la sal caliente y cogió la bomba de mano y se quedó examinándola con curiosidad silenciosa y aterrada. Era oval, con la altiva superficie quebrada como la de una piña, obtusa y sólida: un tacto agradable, una solidez compacta casi sensual para la palma de la mano. La voz del sargento mayor, desde cierta distancia, dijo ásperamente.

—Venga. Hazlo como te he enseñado.

—Sí, señor —dijo la voz de Elmer mientras sus ojos miraban sus manos, aquellas manos familiares que ya no podía controlar y que jugaban con ella y la acariciaban. Luego sus manos simiescas hicieron algo en milésimas de segundo y se quedaron inmóviles, blandamente satisfechas, y Elmer, durante unos instantes absolutamente en blanco y absolutamente intemporales, miró el objeto que tenía sobre la palma.

—¡Arrójala, maldito bastardo!

—gritó el hombre de al lado antes de morir. Elmer, a la espera, se miraba fijamente la mano; entonces ésta se decidió a obedecerle y se abrió hacia atrás en abanico. Pero tropezó con un candelero antes de alcanzar el ápice del arco, y Elmer vio que la cara del hombre que tenía a su lado era como una máscara suspendida a la altura de su hombro, carente en absoluto de expresión, y vio el objeto oval y obtuso alzarse en el aire entre ellos y expandirse hasta alcanzar una dimensión monstruosa, como la de un obsceno coco. Y entonces su cuerpo le ordenó volver la espalda y echarse a tierra.

Cuán verdes, pensó mientras sentía sus heridas. Más tarde, en los meses en que yació boca abajo, mientras su espalda sanaba y mujeres jóvenes y viejas miraban su cuerpo desnudo con sorprendente falta de interés, recordaba el asombroso verdor de las orillas del Mersey. Eso era casi todo lo que tenía que pensar. Aquella gente ni siquiera sabía dónde estaba Texas, y al parecer la consideraban una ciudad de la Columbia británica, a juzgar por lo que le decían amablemente con su hablar a tropicónes y recortado. En un catre vecino yacía un joven de su edad, un aviador con la espalda rota y los pies quemados, que se pasaba la mayor parte del tiempo delirando. Matar gente es tan difícil como conseguirla, pensó Elmer; pensó “Esto es la guerra”: blancas filas de camas en un recinto semejante a un túnel blanco, enfermeras de gris, amables pero indiferentes, luego una silla de ruedas entre otras sillas de ruedas, y de cuando en cuando mujeres tenientes de capas azules con galones; pensó “Pero cuán verdes”, porque ahora había calma, pues el aviador ya no estaba. Si había muerto o no, no losabía ni le importaba.

Le parecieron más verdes que nunca cuando las volvió a ver desde cubierta, mientras el barco avanzaba hacia el mar con la corriente. Y con Inglaterra a la espalda al fin, las sentía retrospectivamente aún más verdes, de una quietud inmaculada que ninguna guerra podría perturbar jamás. Mientras navegaban por la zona del canal y se adentraban de nuevo en el Atlántico gris, se durmió y se despertó, y de cuando en cuando se tocaba la cabeza, allí donde las almohadas sin cuento le habían hecho perder pelo, y se preguntaba si le volvería a crecer algún día.

Otra vez era marzo. Hacía once meses que no pensaba en la pintura. Antes de haber recorrido medio océano era ya abril; a un día de Terranova supieron por un radiograma que América había entrado en guerra. La picazón en la espalda era mayor que el dolor.

Gastó en Nueva York parte de sus pagas atrasadas. No sólo visitó galerías públicas y semipúblicas, sino que merced a la gentileza de una mujer gorda y con buen aspecto todavía, pasó tardes en galerías y residencias privadas. Su protectora, voluntaria en la cantina militar, había sido en un tiempo suave y turgente y rosada, pero desde hacía mucho tiempo no era sino la esposa de un asesor del gobierno en Washington, con un sueldo anual y simbólico de un dólar, pero con una renta de cincuenta mil dólares. Había conocido a Elmer en la cantina de la estación, y, compadecida de su pelo residual y apolillado, antaño rizado, lo trató con amabilidad exquisita.

Luego Elmer viajó al Sur. Con su cojera y su bastón amarillo permaneció en Nueva Orleans en un paréntesis sin objeto. A ninguna parte había de ir, a ninguna parte deseaba ir; existía, no vivía, en una inercia voluptuosa, y se mofaba de todo ánimo activo y toda prisa: graves y contaminados crepúsculos, blandos y opresivos como humo sobre la ciudad,

suspendidos sobre el callado y eterno río y sobre los muelles, por donde caminaba aspirando el olor de la tierra rica y defecundidad vertiginosa; azúcar y fruta, resina y oscuridad y calor, como el suspiro de una oscura y apasionada mujer que ya no es joven.

Un día, en Canal Street, le cortó el paso una aglomeración de personas.

En el centro del gentío, de pie sobre una silla, un hombre ronco y rechoncho y sudoroso y próspero lanzaba una arenga en pro de los Bonos de la Libertad, en demanda callejera de dinero, como un mendigo. Y súbitamente, entre las cabezas apiñadas, vio una menuda y tensa figura, tan fieramente erguida como siempre, que miraba al orador y al auditorio con fiera repugnancia.

—¡Jo! —gritó Elmer—. ¡Jo!

“el dinero que ganamos, por el que trabajamos y sudamos, a fin de que nuestros hijos no tengan que enfrentarse a lo que nosotros ahora capaces de ganar este dinero? Por la protección que este país, esta nación americana que está mostrando a las viejas civilizaciones moribundas la libertad ella recurre a vosotros, ¿qué diréis” La muchedumbre bullía en una lenta histeria, y Elmer embistió con su cuerpo lisiado, tratando de abrirse paso hacia donde divisaba aún el equilibrio fiero de su pequeño sombrero.

—Por amor de Dios —dijo alguien: un jovencito con gorra de campaña nueva y el caqui de su reciente alistamiento aún con el planchado intacto—.

¿A qué vienen esas prisas?

“Los muchachos que están allí terminarla antes de que otros deban morir la Palabra de Dios en la Biblia misma” La multitud se encrespó otra vez; embistieron a codazos contra los filamentos de fuego que habitaban en su espina dorsal.

—¡Esta guerra! —volvió a gritarle el judío—. Esos muchachos a quienes están matando ya, oh Dios. Va a ser algo serio: en Lituania he visto...

—Cuidado —dijo con presteza una tercera voz—. Es cojo. ¿No veis el bastón?

—Sí, claro —dijo el soldado—. Todos se agarran a las muletas cuando tocan a formar.—
Disculpen. Disculpen —entonó Elmer en medio de las risas. El sombrero negro no se hallaba ya a la vista. Elmer sudaba, se esforzaba por abrirse paso, y su espinazo, que había cobrado vida, parecía invadido por hormigas furiosas. El orador advirtió la conmoción. Vio al soldado, vio la cara descompuesta y tensa de Elmer; hizo una pausa y se enjugó el pescuezo.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Quiere alistarse? Venga aquí, hermano. Hagan sitio, amigos; dejen que se acerque.

—Elmer trató de resistirse ante las manos que lo tocaban, ante el gentío que le abría paso y empezaba a empujarle hacia adelante.

—Sólo quiero pasar —dijo. Pero las manos lo impulsaban hacia el frente. Miró por encima del hombro, y pensó “Creo que voy a vomitar”; pensó “Ya voy. Pero, por el amor de Dios, no me vuelvan a tocar la espalda”. El sombrero negro había desaparecido.

Elmer empezó a forcejear; al final su espalda rebasó el límite y Elmer perdió toda sensibilidad—. ¡Suéltense, malditos! —dijo, con el semblante blanco—. Yo ya he estado en...

Pero ya el orador se inclinaba y le cogía la mano; otras manos lo alzaron y empujaron sobre la plataforma, mientras el hombre sudoroso, una vez más, se volvía hacia la multitud y decía: —Amigos, mirad a este hombre. Algunos de nosotros, la mayoría de nosotros somos jóvenes y estamos sanos y fuertes: nosotros podemos ir. Pero mirad a este joven: es tullido, y sin embargo, quiere desafiar a la bestia de la intolerancia y de la sangre.

Vedlo: con su bastón, cojeando.

¿Habría de decirse de nosotros, sanos de miembros y de cuerpo, que tenemos menos coraje y menos amor a nuestro país que este muchacho? Y aquellos de nosotros que sean viejos y no aptos, aquellos de nosotros que no puedan ir...

—No, no —dijo Elmer, sacudiendo la mano que el otro retenía—. Yo sólo quiero pasar: yo ya he estado en...

—... hombres, mujeres, hagamos todos lo que este muchacho, lisiado en el esplendor mismo de la juventud, haría. Y si nosotros no podemos ir, que cada uno de nosotros diga He mandado a un hombre al frente; aunque nosotros seamos viejos o no aptos, que cada uno de nosotros diga He mandado a un soldado a preservar la herencia americana que nuestros padres crearon para nosotros con su propio sufrimiento y preservaron para nosotros con su propia sangre. Que yo haya hecho lo que está en mi mano para que esta herencia pueda legarse sin tacha a mis hijos, a los hijos de mis hijos, aún no nacidos... —La ronca e inspirada voz prosiguió su alocución, arrastrando a orador y auditorio hacia las alturas en una inmolación de palabras, un holocausto sin fuego, una conflagración sin luz ni sonido y que no habría de dejar cenizas.

Elmer trató de vislumbrar de nuevo el pequeño sombrero, la fiera cara desdeñosa, pero en vano. Había desaparecido, y el auditorio, arrebatado una vez más por la elocuencia del orador, pronto olvidó al lisiado. Pero ella se había ido, tan totalmente como una llama extinguida. Con enfermiza desesperación Elmer se preguntaba si ella habría visto todo aquello, sin reconocerlo y sin comprender. El gentío le dejó entonces pasar.

“no permitáis que la Bestia alemana piense que nosotros, vosotros y yo, nos negamos, no pudimos, no nos atrevimos, mientras nuestros muchachos, nuestros hijos lidian la batalla justa, derramando su sangre y sufriendo y muriendo para barrer para siempre del mundo” Se pasó el bastón a la palma habituada a él, ya curtida. Vio de nuevo al judío, que seguía tratando de entregar su billete de mil dólares; oyó amainar a su espalda la voz ronca e incesante, apasionada y fatua y sincera. Y empezó a dolerle otra vez la espalda.

Vi

Musicales en su agitación, Montparnasse y Raspail: la noche, desmayada, se disuelve: un delgado olor a heliotropo se hace visible: con luces que salpican amarillo y verde y rojo. Angelo atrae al fin la atención de Elmer y con el pulgar señala, en una mesa vecina, unos ojos abatidos de atractivo sobrio y pasivo, y una sonrisa dorada que corona una estola de piel de mala calidad. Angelo continúa dando codazos a Elmer, emite su rico sonido a través de los labios fruncidos: la adusta mira a Elmer en actitud de invitación estoica, la otra siembra sus dientes orlados de oro para Elmer antes de que Elmer retire velozmente la mirada. Pero Angelo le sigue haciendo muecas y asiente con rápidos movimientos de cabeza, pero Elmer es testarudo, y Angelo se echa hacia atrás en su silla con una indescriptible genuflexión de fatigado y profundo disgusto.

—Hace seis semanas —dice en italiano— te llevaron al calabozo político de Venecia, donde yo ya estaba, y te quitaron el cinturón y los cordones de los zapatos. Tú no sabías por qué.

Dos días después, me saqué yo mismo de la cárcel y fui a ver a vuestro cónsul, que a su vez te sacó a ti.

Tampoco entonces supiste cómo ni por qué. Y ahora llevamos veintitrés días en París. En París, óyeme. ¿Y qué es lo que hacemos? Sentarnos en los cafés, comer, sentarnos en los cafés; y nos vamos a dormir. Eso es lo que hemos hecho, si quitamos los siete días de aquella semana que pasamos en el bosque de Meudon, y que empleaste en pintar un cuadro de tres árboles y un detalle poco importante de un río poco importante; parece que tampoco de esto saber el porqué, porque no has hecho nada con ello, porque en estos trece días no se lo has enseñado a nadie y no has hecho más que llevarlo en esa cosa que tienes junto a la pierna, de un café a otro, y sentarte encima de ello como si fuera un huevo y tú la gallina. ¿Es que piensas empollarlo y sacar otros de él, eh? ¿O es que esperas a que el tiempo lo convierta en la obra de un maestro clásico? Y esto en París. En París, óyeme. Lo mismo nos valdría estar en el cielo. O incluso en América, donde no hay más que trabajo y dinero. Musicales en su agitación y sus luces y sonidos, con taxis flatulentos, pálidos y vaporosos en el reluciente crepúsculo. Elmer vuelve a mirar: las dos mujeres se han levantado y se marchan ya sorteando las apiñadas mesas sin dirigir hacia atrás ni una mirada; Angelo vuelve a emitir su soniquete de exasperación, explosivo aunque resignado.

Pero musicales en su agitación femenina, Montparnasse y Raspail: pronto Angelo, una vez olvidado su amigo y protector ante la carne expuesta, expresa su deleite y aprobación a través de los labios fruncidos, y deja que su protector, solitario y meditabundo, atraviese con la mirada el gris edificio que hay enfrente y contemple aquella colina de Texas donde permaneció en pie junto a la tumba de su madre, y piense en Myrtle Monson y el dinero y en Hodge, el pintor.

Alguien murió y dejó al viejo Hodge dos mil dólares. El viejo, se podría decir que a manera casi de venganza, se compró una casa. Estaba situada en una pequeña población en donde –como decía Hodge en humorística paráfrasis– había más vacas y menos leche y más ríos y menos agua, y donde se podía ver más lejos y ver menos, que en cualquier otro lugar bajo el sol. La señora Hodge, haciendo una pausa en su actividad acerba e incesante, se quedó mirando a su marido –sedentario, claudicante, tan inevitable y fatal como una enfermedad– con asombro, y al cabo con franca conmoción.

—Pensaba que estabas buscando una casa de tu gusto –le dijo Hodge.

Y ella miró en torno las habitaciones idénticas, la carpintería (marcos de puertas, ventanas pintadas de un blanco delgado y reciente en el que tan sólo resaltaban las huellas de unas manos que se mudaron tiempo atrás para dejar las mismas huellas en otras casas idénticas diseminadas por la tierra), las paredes empapeladas de un práctico color tostado que absorbía la luz como una esponja y en el que se apreciaban sólo manchas ínfimas.

—Lo has hecho por mezquindad –dijo ella con amargura, e inmediatamente se puso a deshacer las maletas, por última vez.

—Vaya, ¿no has deseado siempre una casa propia en la que educar a tus hijos? –dijo Hodge. La señora Hodge se quedó inmóvil, con una colcha plegada en las manos, y miró la habitación que sus dos hijos mayores probablemente nunca verían, y de la que Jo habría huido apenas verla; y ahora Elmer, el benjamín, en una guerra extranjera.

No pudo ser la naturaleza ni el tiempo ni el espacio; no en el caso de ella, que era insensible al diluvio y al fuego y al tiempo y a la distancia, que no se doblegaba ante contratos de arrendamiento que le exigían alquilar las casas durante un año como mínimo.

Debió de ser el acto de la posesión, el echar raíces, lo que quebró su espíritu como se quiebra el de un pájaro enjaulado. Fuera lo que fuere, intentó cultivar dondiegos de día en el porche de madera festoneado de greca, pero al cabo se dio por vencida.

Hodge la enterró en una colina mínima y sin árboles, donde los vientos sin obstáculos pudieran recordar la idea de distancia a la difunta cuando ésta sintiere el anhelo inevitable de mudarse una vez más, pese a estar muerta, y donde el tiempo y el espacio pudieran mofarse de su incapacidad para resucitar y levantarse y ponerse en movimiento. Y escribió a Elmer, que yacía boca abajo dentro de un molde de escayola en un hospital británico, soportando el dolor del espinazo y sintiendo que su carne escayolada –que también podía oler– se hacía cálidamente fluida, como un velo de saliva, y en la carta le decía que su madre había muerto y que él (Hodge) estaba como de costumbre. Añadía que había comprado una casa, pero olvidaba decir dónde. Más tarde, y con una especie de macabra solicitud, envió la carta devuelta a Elmer tres meses después de que Elmer lo visitara brevemente aquella tarde y se volviera a Houston.

Tras la muerte de su esposa, Hodge cocinaba (era un buen cocinero, mejor de lo que su esposa lo había sido nunca) y hacía con dejadez las tareas de la casa, y después de la cena se sentaba en el porche y cortaba el tabaco necesario para la pipa del día siguiente, y suspiraba. E inmediatamente aquel suspiro se le antojaba algo muy similar al alivio, y entonces se reprendía en pronta actitud de respeto por los muertos. Y al poco ya no estaba tan seguro de lo que significaba aquel suspiro. Imaginaba el menguante futuro, esos años en los que no tendría ya que ir a ninguna parte –salvo cuando le viniera en gana–, y experimentaba un ligero malestar. ¿Habría adquirido él también de aquel infatigable optimismo el instinto del movimiento, el prurito del desplazamiento físico? ¿Le había despojado ella, al morir, de toda aptitud para la vida apacible? Jamás iba a la iglesia, pero era hondamente religioso, e imaginaba con detenida e inquieta alarma el día en que él también dejara este mundo y se encontrara a su esposa esperándole, con las maletas hechas y de nuevo lista para partir.

Y un día, cuando se dispó todo aquello y decidió que, puesto que no podía evitarlo, era mejor dejar que se hiciera la Voluntad del Cielo –no sólo era lo mejor, de todas formas, sino lo único que podía hacerse–, llegaron tres hombres que calzaban botas y, ante su alarmado y afligido asombro, abrieron un pozo de petróleo en el patio de las gallinas, tan cerca que podía escupir en él desde la puerta de la cocina. Así que debía mudarse de nuevo, pues de lo contrario sería literalmente barrido del condado.

Pero esta vez se limitó a mudar la casa misma: la cambió de orientación de forma que podía sentarse en el porche y contemplar, con estático asombro y –a decir verdad– consternación, la afanosa actividad que tenía lugar en su antiguo patio de gallinas. Había facilitado a uno de los hombres con botas la dirección de Elmer en Houston, y le había pedido que la próxima vez que fuera a Houston buscara a Elmer y le contara todo aquello. Así que lo único que tenía que hacer ya era sentarse en el porche principal y esperar y meditar en la naturaleza imprevisible de la circunstancia. Porejemplo, la circunstancia había permitido que se quedara una noche sin cerillas; así, en lugar de cortar en hebras el trozo entero de tabaco, se reservó lo suficiente para mascar hasta que al día siguiente alguien llegara con cerillas. Sentado, pues, en el porche de la primera cosa mayor que una cama plegable que había poseído en su vida, con su tribulación más reciente alzando afuera su esqueleto de escalera enrejada contra el fúnebre cielo, mascó tabaco y escupió en la oscuridad immaculada. Como no había mascado hacía dos años, se sintió un tanto incómodo al principio. Pero pronto fue capaz de escupir el jugo de tabaco con siseo delgado y cobrizo, arqueándolo por encima del porche y sobre el paralelogramo de contrariada tierra en donde alguien había intentado que creciera algo alguna vez.

El médico de Nueva Orleans envió a Elmer a Nueva York. Allí el paciente permaneció dos años mientras reparaban su columna, y un año más recuperándose, boca abajo de nuevo, con la imagen de un cuerpo de piernas cortas y vestido color limón en el fondo de la memoria; una imagen que retrocedía, pero ya no velozmente, pues él, aunque tendido boca abajo y bajo pesas, se movía ahora con rapidez. Antes de partir, sin embargo, realizó una breve visita a Texas. Su padre no había cambiado, no había envejecido: lo encontró resignado y tan complacidamente filosófico como siempre, al pie del nuevo revés que los hados le habían deparado. El solo cambio que apreció en el medio familiar fue la presencia de una cocinera, una mujer delgada y amarilla y ya no joven que acogió a Elmer con una mezcla de seguridad y alarma; en cierto momento, e inadvertidamente, Elmer entró en el dormitorio de su padre y descubrió que en la cama, sin hacer aún al mediodía, habían dormido claramente dos personas. Pero no tenía intención –ni deseos– de interferir en modo alguno; había vuelto ya los ojos hacia el este; pensaba ya: esperaba, deseaba haber cruzado ya el frío e inquieto ygris Atlántico, y estar pensando “Ahora tengo el dinero. Y ahora la fama. Y luego Myrtle”.

Así, lleva tres semanas en París.

Todavía no se ha integrado en ningún grupo de estudiantes; ni ha visitado el Louvre, pues desconoce dónde está pese a haber atravesado la Place de la Concorde varias veces en taxi con Angelo. Angelo, con su instinto para el brillo y el ruido, descubrió de pronto la Exposición⁹, y llevó a su protector a visitarla. Pero Elmer no considera que estas cosas sean pintura. Sin embargo curioseó, la visitó de extremo a extremo, aunque diciéndose con rápida lealtad: Myrtle no vendría aquí; la señora Monson será quien la traiga, quien la obligue a venir. No le cabe la menor duda de que están en París. Lleva en Europa el tiempo suficiente para saber que donde se ha de buscar a un americano en Europa es en París; que cuando está en otra parte, es sólo para pasar el fin de semana.

Cuando llegó a París conocía únicamente dos palabras de francés: las aprendió en el libro que compró en la tienda donde compró las pinturas.

(Fue en Nueva York. “Quiero las mejores pinturas que tenga”, le dijo a la joven empleada, que vestía un guardapolvo de pintor. “Esta caja tiene veinte tubos y cuatro pinceles, y esta otra treinta tubos y seis pinceles. Tenemos una con sesenta tubos, si lo desea”, dijo ella. “Quiero las mejores”, dijo Elmer. “¿Quiere decir que quiere el juego con

⁹ Exposición Universal de las Artes Decorativas e Industriales Modernas (París, 1925). (N. del T.)

más tubos y pinceles?”, dijo ella. “Quiero las mejores”, dijo Elmer. Así, en tal punto muerto, se quedaron mirándose el uno al otro hasta que se acercó el dueño de la tienda, que vestía igualmente un guardapolvo de pintor. Bajó la caja de los sesenta tubos –por la que, dicho sea de paso, la aduana francesa en Ventimiglia le hizo pagar a Elmer los derechos de importación con que se agrava al comerciante– y dijo: “Porsupuesto que quiere lo mejor. ¿Es que no lo ve con sólo mirarle? Escuche usted, hágame caso. Ésta es la que usted quiere, hágame caso. Cuántos cuadros puede pintar con diez tubos, ¿eh?” “No lo sé –dijo Elmer–. Pero quiero las mejores”. “Pues claro que sí –dijo el propietario–. La que le permita pintar más cuadros. Vamos, dígame, cuántos cuadros puede pintar con diez tubos; yo le diré los que puede pintar con sesenta”. “Me la llevo”, dijo Elmer).

Las dos palabras eran “rive gauche”. Se las dirigió en la Gare de Lyon al taxista, quien respondió: “Cierto, monsieur”, y miró a Elmer con viva atención hasta que Angelo le habló en una lengua bastarda, en la que Elmer oyó “millionair americain” sin entender entonces su sentido.

“Ah”, dijo el taxista. Lanzó primero la maleta de Elmer y luego a Angelo al interior del coche, donde ya estaba acomodado Elmer, y los condujo al hotel Leutetia. Así que esto es París, pensó Elmer, rumbo al enloquecido e indistinguible bamboleo de casas y calles, a cafés con toldos y urinarios con carteles, a otros vehículos a pedal o automóviles conducidos por unos locos, mientras iba en el taxi echado un poco hacia adelante, agarrado al asiento, con una expresión de inquietud inmóvil en la cara. La inquietud seguía aún en su semblante cuando el coche se detuvo en el hotel.

Y se acrecentó apreciablemente cuando entró y miró a su alrededor: empezaba a sentir auténtico desasosiego. Esto no está bien, pensó. Pero ya era tarde; Angelo había emitido ya una vez su sonido fruncido de placer y aprobación, y le habló en su lengua bastarda a un hombre con uniforme de mariscal de campo, quien a su vez bramó con severidad: ““Encore un millionaire americain””¹⁰. Era demasiado tarde; cinco hombres con y sin uniforme lo obligaban, con firmeza aunque amablemente, a firmar una declaración en relación con su existencia, y Elmer pensaba “Lo que yo quería era una buhardilla”; pensaba, con una especie de desesperanza humorística. “Parece que lo que en realidad quiero es la pobreza”.

Pero se evadió pronto, para sorpresa, asombro y, finalmente, resignación fatalista y encogida de hombros de Angelo. Pues dio en vagar por los alrededores, con el libro en el que había aprendido las palabras “rive gauche” en la mano, mirando las ventanas de las buhardillas bajo los tejados emplomados y volviendo a mirar el libro, con desvalido desaliento que –sabía– pronto se convertiría en desesperación y luego en resignación ante los galones dorados, las fúnebres levitas, las apiladas alfombras y las discretas luces que lo oprimían por obra del destino y de Angelo, como si su irrevocable horóscopo hubiera sido fijado y cerrado a su espalda con el estrépito metálico de aquella puerta con barrotes del Palazzo Ducale en Venecia. Ni siquiera había abierto la caja de pinturas. En la aduana le había exigido el pago de los derechos de importación con que se grava al comerciante; bien podía, pues, asumir la personalidad mercantil que los franceses le habían asignado y vender ahora las pinturas. Un día, mientras vagaba, entró en la Rue Servandoni. Se limitaba a pasar por ella, con cierta esperanza aún, cuando miró a través de una puerta abierta y vio un patio.

Aun en el momento fatal se vio diciéndose a sí mismo “Es solamente otro hotel. Se vivirá casi igual, con la única diferencia de que aquí con un poco más de tedio y exigencia y de fastidio y mezquindad”. Pero ya era tarde una vez más; la había visto. De pie, con las manos en las caderas y un vestido chillón, reprendía a un hombre obeso que empuñaba inmóvil una fregona; era una mujer delgada de cuarenta años o más, fuerte y enjuta, de cara asolada e incansable; por espacio de un instante Elmer fue su propio padre en Texas, a ocho mil millas de distancia, y ni siquiera supo que estaba pensando “Debería haber sabido que ella no iba a quedarse muerta”, y ni siquiera pensó, con perspicacia omnisciente “Ni siquiera necesitaré ellibro”.

¹⁰ Otro millonario americano. (N. del T.)

Y no necesitó el libro. Ella le escribió en un papel el precio de las habitaciones; habría podido poner la tarifa que le hubiera venido en gana.

La que le hubiera venido en gana, se decía Elmer, alojado de nuevo, estático, desalentado, y liberado, mientras ella le reprende por sus ropas sucias, mientras las examina y las compone y hurga furiosamente entre sus cosas y limpia su habitación furiosamente (Angelo vive en el piso de arriba), mientras le hunde en la boca palabras y frases francesas y le obliga a repetirlas. Tal vez pueda escaparme alguna noche, se decía Elmer.

Tal vez pueda escapar cuando duerma, y consiga encontrar un ático al otro lado de la ciudad; pero sabe que no lo hará, sabe que ya se ha dado por vencido, que se ha rendido ante ella; que, como cuando se es juzgado por un crimen, no hay quien escape a la misma fatalidad dos veces.

Así que pronto (al día siguiente fue a la oficina de la American Express y dejó su nueva dirección) su mente no hizo otra cosa que repetir "París". París. El Louvre, Cluny, El Salón, además de la ciudad misma: la misma silueta contra el cielo, el mismo empedrado, las mismas estatuas de mármol de aire amable y muslos aptos para la procreación; toda esa alegre y sofisticada y despiadada ciudad moribunda a la que Cézanne se vio arrastrado de cuando en cuando como una vaca reacia, en la que Manet y Monet se debatieron por crear puntos de color y delineación; en la que Matisse y Picasso aún pintaban: al día siguiente él se integraría en un grupo de estudiantes. Aquella noche, por vez primera, abrió la caja de pinturas. Al mirarlas, sin embargo, volvió a quedarse inmóvil. Los tubos descansaban en apretadas hileras inmaculadas, obtusos, sólidos, como torpedos, latentes. Hay tantas cosas en ellos, pensó. En ellos está todo.

Pueden hacer cualquier cosa; pensaba en Hals y en Rembrandt; en todos los altos e inmortales gigantes del pasado; y volvió la cabeza de pronto, como si ellos estuvieran en el cuarto, atestándolo, haciéndolo parecer tan pequeño como un gallinero, y lo miraban a él, Elmer; de modo que volvió a cerrar la caja con quieto y espantado desaliento. Todavía no, se dijo. Todavía no soy digno. Pero puedo valer.

Valdré. Quiero valer, y sufrir si es necesario.

Al día siguiente compró acuarelas y papel (por primera vez desde que llegó a Europa no se sintió apocado ni indefenso al tratar con comerciantes extranjeros en las tiendas) y se fue a Meudon con Angelo. No sabía adónde iba; vio una colina azul y se la señaló al taxista. Permanecieron allí siete días, el tiempo que tardó en dar por finalizado su paisaje. Rompió tres antes de sentirse satisfecho; mientras sentía calambres en los músculos y se ofuscaban sus ojos por el cansancio, se decía a sí mismo. Quiero que sea duro, quiero que sea cruel, que saque cada vez algo de mí. No quiero sentirme nunca totalmente satisfecho con ninguno de ellos, de forma que tenga que seguir pintando siempre. Así, cuando volvió a la Rue Sevandoni con el cuadro terminado dentro del nuevo cartapacio, en la primera noche en que volvió a mirar a los altos espectros que lo esperaban, se siguió sintiendo humilde pero ya no sintió espanto.

Ahora ya tengo algo que mostrarle, piensa, acariciando su cerveza entibiada, mientras el sonido fruncido de Angelo se ha hecho continuo a su lado. Ahora, cuando haya averiguado quién es el mejor maestro de París, cuando vaya a él y le diga: Enséñame a pintar, no iré con las manos vacías; y piensa "Y luego la fama. Y luego Myrtle", mientras el crepúsculo se alza en Montparnasse gravemente, bajo la estación que cambia, que se resiste a hacerlo como una joven novia ante el viejo cuerpo flaco de la muerte. Y es entonces cuando siente el primer lento e implacable despertar de sus entrañas.

Vii

El sonido fruncido de Angelo se ha hecho continuo: una abierta y amable cortesía, hasta que ve que su protector se ha levantado, con el cartapacio bajo el brazo.

—Comemos, ¿eh? —dice Angelo, que en tres semanas ha aprendido algo de francés y de inglés, mientras que Elmer no es capaz siquiera de preguntar dónde está el Louvre o el Salón.

Luego señala la cerveza de Elmer—.

¿No terminas?

—Tengo que irme —dice Elmer, y en su cara se advierte la expresión de ensimismamiento e introversión de los dispépticos: como si estuvieran prestando oído a sus tripas, que es exactamente lo que Elmer está haciendo.

Se está ya retirando. Al instante aparece el camarero; Elmer, aún con esa expresión ensimismada —no exactamente preocupada—, pero con movimientos que no dan lugar a tiempos muertos, entrega al camarero un billete y sigue su camino; es Angelo quien retiene al camarero y recoge el cambio y deja una propina europea, que el camarero arrebató con desdén mientras dice algo en francés a Angelo; como réplica, y en vista de que su protector se aleja —a paso un poco más rápido que de ordinario—, Angelo se limita a demorarse lo suficiente como para invertir su sonido de aprobación y expeler el aire a través de los labios fruncidos en lugar de aspirarlo.

Y ahora, musical también en su agitación, Michel¹¹, pero es en la plaza de L. Observatoire donde Angelo alcanza a su protector, aunque ha de seguir apretando el paso para no quedarse atrás. Angelo mira en torno, con su ceja única levantada.

—¿No a comer ahora? —dice.

—No —dice Elmer. Su tono es irritado, aunque no aún acosado, no aún desesperado—. El hotel. Tengo que estar a solas.

—¿A solas? —dice Angelo.

—Excusado —dice Elmer.

—Ah —dice Angelo—. Excusado.

Alza la vista hacia la preocupada, a un tiempo vigilante y ensimismada cara de su protector; agarra a Elmer por el codo y echa a correr. Corren varias zancadas antes de que Elmer logre desasirse de un tirón; su semblante muestra ahora franca alarma.

—Cierto —dice Angelo en italiano—. En tu situación, correr no es lo que se necesita. Lo olvidé. Con cuidado y despacito, pero no demasiado despacio. “Coraggio”¹² —dice—, en seguida llegamos. —Y al poco se divisa la cabina telefónica—. “Voilà”¹³ —dice Angelo. Vuelve a coger del brazo a su protector, aunque ahora ya no corre; Elmer vuelve a liberar su brazo, y se aparta; Angelo vuelve a señalar la cabina telefónica, con su caja única en lo alto del cráneo, y sus ojos se ablandan, inquisitivos, preocupados; vuelve a invertir su sonido de aprobación y apunta con el pulgar la cabina telefónica.

—¡No! —dice Elmer. Su voz es ahora desesperada pero firme—. ¡El hotel!

En el Jardín, por donde Elmer camina con largas y atormentadas zancadas, con Angelo a su lado al trote, el crepúsculo es gris y no emite silbido alguno entre los árboles; la gente, en el largo tapiz que se disuelve, se dirige ya hacia las puertas. En el crepúsculo teñido de otoño pasan presurosos ante las figuras esculpidas, pasan ante las de bronce, cuyos destellos callados y meditabundos son solemnes y ya informes; ambos van casi a la carrera: pasan ante el Verlaine de piedra, ante Chopin, ese hombre enfermo y femenino semejante a nieve que se descompone bajo una luna muerta; la luna de la muerte está ya arriba, grata y afable y gélida como una alcahueta. Elmer entra en la Rue Vaugirard, apresurándose con el cuidado asolado de quien lleva dinamita; es Angelo quien lo retiene hasta que se produce un hueco en el tráfico.

Luego ha llegado a la Rue Servandoni. Corre por la pendiente empedrada. Ya no piensa “Qué pensará de mí la gente”. Es como si la vida, la volición, todo fuera meciéndose

¹¹ Boulevard Saint-Michel (N. del T.)

¹² En italiano en el original: Animo. (N. del T)

¹³ En francés en el original: Ahí está. (N. del T)

oscuro e invisible en su zona pélvica, y al cabo sólo le resta la inteligencia suficiente para saber que ha llegado a su puerta. Allí, sin sombrero, está saliendo su patrona.

—Ah, señor Hodge —dice—. En este mismo momento le estaba buscando.

Tiene visita. Las millonarias americanas Monson le esperan en su alcoba.

—Sí —dice Elmer, esquivándola para entrar corriendo, sin conciencia siquiera de que le está hablando en inglés—. Un minuto y estaré... —Se detiene; la mira penetrantemente con el semblante asolado y sumido en la desesperanza—. ¿Mosong? —dice—.

¿Mosong? —Y luego—: ¡Monson!

! "Monson"! —Aprieta con fuerza el cartapacio y lanza una mirada salvaje hacia su ventana, y vuelve a mirar a su patrona, que le mira con asombro—.

¡Reténgalas ahí! —le grita con ferocidad—. ¿Me oye? ¡Reténgalas ahí!

No deje que se marchen. En un minuto estaré... —Pero ya se ha dado la vuelta y corre hacia el otro lado del patio. Sin dejar de correr, con el cartapacio bajo el brazo, sube por las oscuras escaleras mientras su pensamiento, en alguna parte de su desesperada mente, piensa sin crispación "Estará ocupado. Sé que estará ocupado" y piensa con absoluta desesperación que va a perder a Myrtle dos veces por culpa de su cuerpo: la primera a causa de su espalda, que le impedía bailar, y ahora a causa de sus tripas, que permitirán que Myrtle piense que está huyendo.

Pero el excusado está vacío; un suspiro de alivio es eco del suspiro de los pantalones al deslizarse por sus piernas, y piensa Gracias a Dios. Gracias a Dios.

Myrtle. Myrtle. Luego también esto se esfuma; se le antoja ver su vida, boca arriba ante la vida secreta y ciega e implacable de sus propias entrañas, cual inmolación que clama "Aquí estoy. Aquí estoy" como el Samuel de la Antigüedad. Y luego sus entrañas lo liberan. Vuelve a despertar y tiende la mano hacia el hueco del papel, y se queda absolutamente inmóvil mientras el tiempo parece pasar vertiginoso ante él con un sonido semejante casi al de un proyectil.

Gira sobre sí mismo; mira el hueco vacío, y entorno está el viento oscuro que silba burlón como si fuera el viento que ha vaciado el hueco. Elmer no ríe; también sus tripas se han vaciado apremiadas por la urgencia. Se da unas palmadas en el bolsillo del pecho; se queda inmóvil de nuevo, con el brazo cruzado sobre el pecho; como si estuviera saludando; luego, con terrible urgencia, se busca en todos los bolsillos saca dos trozos rotos de carboncillo, un reloj de dólar, unas cuantas monedas, la llave de su cuarto, la lata de tabaco (ya plateada y suavizada por el tiempo) con las agujas e hilo y demás útiles que hace diez años le regaló en Canadá el cocinero. Y eso es todo. Y sus manos dejan de buscar. Animadas momentáneamente de vida y exigencia propias y furiosas, mueren; y él sigue sentado y durante unos instantes mira con calma el cartapacio que tiene al lado, en el suelo: y de nuevo, como cuando las miró acariciar la granada de mano a bordo del buque de transporte de tropas en 1916, las ve coger el cartapacio y abrirlo y sacar la acuarela del paisaje. Pero es sólo un instante, porque el apremio vuelve a descender sobre él y ya no mira en absoluto sus manos, y piensa Myrtle. Myrtle.

Myrtle.

Y ya la hora, el momento, ha llegado. En el interior del Jardín, más allá de la oscuridad y del lento gentío que camina hacia las puertas, el bugle oculto comienza. De la oscuridad secreta llegan las graves notas de latón; alcanzan a la gente, dejan atrás a los policías con gorra de las puertas, se extienden por la ciudad y mueren donde la noche, bajo la creciente y exangüe luna, se ha encontrado a sí misma. Mas dentro del crepúsculo formal de los árboles el bugle sigue sonando acompasado y arrogante y triste.

Con cautela y diligencia

I

El general, flanqueado por su ayudante de campo y el coronel del aeródromo y su ayudante y varias esposas y otras mujeres más, en pie y erguido en el sol ventoso, leyó en voz alta el papel cuyo contenido conocían ya desde el día anterior:

—... en fecha a determinar de marzo de 1918, el escuadrón partirá inmediatamente, sobre las armas y con cautela y diligencia, hacia el destino que en adelante denominaremos cero.

Luego dobló el papel y miró al auditorio; los tres comandantes de escuadrilla en posición de firmes; a su espalda, los jóvenes reclutados en los dispersos rincones del imperio (incluido Sartoris, natural de Mississippi, que no había sido británico desde hacía ciento cuarenta y dos años); y detrás de ellos, la hilera de aviones en reposo, apagados y sin brillo a la intermitente luz del sol, a través de la cual seguía llegando la voz del general, que volvía a contar la trillada historia: Waterloo y los campos de deporte de Eton, y este lugar que es Inglaterra para siempre.

Luego la voz, en franca vuelta atrás, retrocedió a través de un largo limbo lleno de caballos —Fontenoy y Azincourt y Crécy y el Príncipe negro—, y Sartoris, por la comisura de su boca rígida, susurró a su vecino: “¿De qué negro habla? Habla de Jack Johnson”(1).

(1) El Príncipe negro: Eduardo, príncipe de Gales (1330–1376).

Jack Johnson: primer boxeador de raza negra que ganó el título mundial de los pesos pesados. (N. del T.) Pero al fin el general dio por terminado también esto. Los miró de frente; un hombre viejo, sin duda amable, ciertamente en modo alguno tan marcial y espléndido como su ayudante de campo, capitán de la Guardia Montada, todo sangre y acero, con la cinta roja en la gorra y el distintivo de rango en el cuello y el brazalete y los rizos y espiras de la bruñida cadena de aire lapidario en hombros y axilas, de donde aquella antigua cota de malla de Crécy y Azincourt había sido arrancada por los fuertes y constantes vientos de los largos años transcurridos, quedando tan sólo aquel delgado vestigio.

—Adiós y buena suerte, y denles una buena tunda —dijo el general.

Recibió el saludo de los comandantes de escuadrilla. Los tres comandantes de escuadrilla se volvieron.

Britt, el más antiguo, con su Cruz Militar y su Estrella de Mons y su Cruz de Vuelo Distinguida y su cinta de Gallipoli (sobre el bolsillo izquierdo, su guerrera resultaba aún más abigarrada que la del capitán de la Guardia Montada), dejó vagar sus ojos duros por las caras del escuadrón, y habló como era natural en él: con esa voz fría y precisa como el bisturí de un cirujano, que jamás dejaba de llegar a aquellos oídos a los que iba destinada, aunque jamás iba más lejos; ahora, en efecto, no llegó hasta el general situado a sus espaldas: —Por el amor de Dios, tratad de mantener la formación hasta que lleguemos al Canal. Tratad al menos de parecer algo a ojos de los contribuyentes mientras estamos sobre Inglaterra. Si alguien se pierde y aterriza detrás de las líneas enemigas, ¿qué deberá hacer?

—Quemar el cacharro —dijo alguien.

—Si tiene tiempo; no importa demasiado. Pero si os estrelláis más aquí de nuestras líneas, en Francia o incluso en Inglaterra, ¿qué es lo mejor que podéis hacer, santo Dios?

Respondió esta vez una docena de voces.

—Coger el reloj.

—Exacto —dijo Britt—. Vámonos.

La banda, que estaba tocando, fue pronto ahogada por el ruido de los motores. Los aviones despegaron y ascendieron a mil pies y las escuadrillas formaron niveles escalonados de vuelo. Britt iba a la cabeza de la escuadrilla B, en la que Sartoris era el número tres. Britt los hizo volver y sobrevolaron el aeródromo en un ligero picado. Dejaron atrás, a poca altura, un revoloteo de pañuelos femeninos; Sartoris veía el constante subir y bajar del brazo del tambor y los cambiantes centelleos de latón entre las trompas, como si el sonido que emitían fuera primero hacerse visible y luego audible. Pero no fue así; los motores volvieron a retumbar y los aviones ascendieron y se alejaron hacia el sudeste.

Era un soporífero y nebuloso día de principios de la primavera. A cinco mil pies la verdeante Inglaterra se deslizaba abajo despacio, pulcra y acolchada, y los aviones cambiaban de posición ligera constantemente, elevándose y descendiendo dentro de lacerrada formación, dentro de su propio y fuerte zumbido. En un abrir y cerrar de ojos —según le pareció a Sartoris— tuvieron bajo sus pies el reflejo plano y sin brillo del Canal, y más allá el banco nuboso de la tierra de Francia. Exactamente debajo de ellos había un aeródromo. Britt estaba haciéndoles señas. Iba a ejecutar un rizo en formación: saludo y adiós al hogar; a alguno, como es natural se le podría haber ocurrido rivalizar por diversión un rato, pues nada urgente acontecía en Francia, sólo una penetración alemana en el derrumbado Quinto Ejército, mientras el general Haig, de espaldas contra el muro, creía firmemente en la justicia y santidad de su causa. Estaban realizando el rizo; estaban en el ápice del rizo, invertidos. Arriba, a la derecha, había un Camel que se dirigía directamente hacia Sartoris, a unos diez pies de distancia; sería uno de la escuadrilla A cuya posición debía mantenerse justo a su espalda. Había perdido altitud, pensó Sartoris; había salido del rizo sin saberlo. Pero no era cierto; el Camel de Britt se hallaba donde debía estar, frente a su ala derecha.

Manipuló el timón para apartarse hacia afuera y empujó hacia adelante la palanca de mando. Ahora, sin duda, entraría en pérdida. Así sucedió, en efecto, y descendía ya en barrena; de un modo u otro, había esquivado al otro Camel, cuya estela sintió al pasar a través de ella. Cerró el gas y detuvo la barrena y volvió a abrir de golpe el gas, y ascendió atemorizado y colérico. El escuadrón estaba debajo de él ahora, y el hueco entre Britt y Atkinson en el número cinco, donde él debería estar, seguía escrupulosamente intacto. Entonces Britt se separó y empezó a ascender. “De acuerdo —dijo Sartoris—. Si eso es lo que quieres”. Si al menos hubiera sido el propio Britt quien arremetió contra él... Ignoraba quién había sido; no había tenido tiempo de leer la letra o el número. “Estaba demasiado cerca”, pensó, “para ver algo del tamaño de una letra o un número. Tendría que mirar de frente y desde una distanciad de cinco pulgadas; tendría que encontrar el aparato que tuviera una espiga retorcida en uno de los cubos de las ruedas o algo por el estilo”. Picó hacia Britt, que se apartó bruscamente. Se desvió él también, a fin de encaramarse sobre la cola de Britt.

Pero no logró situar a Britt dentro de su Aldis, porque Britt era demasiado bueno para competir con él; Sartoris no necesitó siquiera mirar atrás para saber que tenía a Britt en la cola. Ejecutaron dos rizos uno en la estela del otro, como si ambos se movieran unidos por un cable. “Probablemente ha estado atrás, pegado a las correas de mis gafas, durante todos estos giros”, pensó Sartoris.

El altímetro no había reflejado en ningún momento la altitud exacta, pero marcaba unos siete mil pies cuando, en el ápice del tercer rizo, Sartoris entró deliberadamente en pérdida, e, inmediatamente antes de bajar en barrena, vio a Britt pasar ante él acometiendo ya una vuelta de Immelman.

Siguió en barrena —según su apreciación— unos mil pies, e inició el picado; con el motor a toda potencia siguió en picado, y al cabo ascendió en vertiginosa vertical, y prosiguió su ascenso incluso después de que el Camel empezara a vibrar y a dar señales de haber llegado al límite de su impulso. Abajo, a dos mil pies del aparato, el escuadrón completaba otro círculo a velocidad de crucero; uno de los otros dos comandantes de escuadrilla —bien Sibleigh o Tate— había ocupado el lugar de Britt. A quinientos pies debajo

de Sartoris, Britt describía también un círculo y, mirando hacia arriba, movía el brazo hacia abajo con violencia. “Con mucho gusto”, dijo Sartoris. Bajó el morro del Camel hasta alcanzar la vertical.

Cuando dejó atrás a Britt, descendía a ciento sesenta millas; cuando bajó en picado junto al morro de Tate o de Sibleigh o de quienquiera que fuera entonces en cabeza, había alcanzado la velocidad terminal; el motor hacía un ruido endemoniado; si el Camel superaba aquel instante sin quebrarse, dispondría de la velocidad suficiente como para volver a ascender verticalmente dos mil pies, y tal vez rizar en torno al escuadrón una o dos veces. Y entonces el manómetro reventó. Salió del picado; había puesto en funcionamiento la bomba manual, pero no sucedió nada; cambió la válvula al tanque de gravedad, pero tampoco entonces sucedió nada, y la hélice continuó aleteando pesadamente por propia inercia.

Se encontraba a menos de dos mil pies, y recordó el aeródromo situado en algún lugar debajo de ellos cuando Britt decidió realizar los rizos. Lo divisó a menos de dos millas. Pero el viento soplaba en dirección contraria, por lo que, en medio de un silencio poblado sólo por el silbido de los cables, dio la espalda al aeródromo.

Entonces oyó a Britt, que se acercaba por detrás; al verlo pasar le indicó por señas que su motor se había averiado. Pero había encontrado un campo, una superficie oblonga en la que crecía el grano; flanqueada a ambos lados por setos vivos, a un extremo había un bosquecillo, y al otro un muro bajo de piedra. Y el lugar se hallaba a favor del viento. Britt volvió a pasar a su lado y agitó el puño. “No fui yo –dijo Sartoris–.

Venga a ver el manómetro y la válvula si no me cree”. Realizó el último giro, con viento contrario; entraría por encima del muro. El campo era aceptable; cualquiera que tuviera cuarenta horas de vuelo en Camel podría aterrizar en él, pero ni siquiera Sibleigh, el mejor piloto de Camel que había visto en su vida, sería capaz de sacarlo de allí después. Estaba aproximándose correctamente, sobrepasando exactamente lo bastante. Coleó un poco, siguió sobrepasando lo bastante como para disponer de la altura y velocidad adicionales en caso de necesidad; apagó el motor y dio un ligero golpe de timón, alzando levisimamente el morro, haciendo descender ya la cola al pasar por encima del muro y bajándola luego aún más hacia la maraña verde. Estaba consiguiendo un aterrizaje espléndido. Estaba realizando el mejor aterrizaje de su vida. Lo había conseguido; tenía la palanca pegada al estómago; estaba en tierra. Alcanzaba ya el cierre del cinturón de seguridad cuando el Camel rodó, fue a caer en la hondonada húmeda –que él ni siquiera había visto– y tras un lento descenso quedó en tierra sobre el morro.

En pie junto al aparato, se restañaba la sangre de la nariz –la culata de una de las ametralladoras lo había golpeado al caer en la hondonada cuando Britt pasó de nuevo como un trueno, agitó el puño y se alejó velozmente brincando por encima de los setos en dirección al aeródromo.

El aeródromo no estaba tan lejos como había imaginado; aún no había acabado el cigarrillo cuando una motocicleta con sidecar irrumpió a través del seto y se acercó hasta él. Eran un soldado raso y un cabo.

—No debería estar fumando, señor –dijo el cabo–. Va contra las ordenanzas el fumar cerca de un aparato estrellado.

—No me he estrellado –dijo Sartoris–. Lo único que he hecho ha sido destrozarse la hélice.

—Se ha estrellado, señor –dijo el cabo.

—Bien, ya me aparto –dijo Sartoris–. Ustedes dos lo atestiguarán: el reloj seguía ahí cuando han venido a hacerse cargo de todo esto.

—De acuerdo, señor –dijo el cabo.

Sartoris subió al sidecar. En el camino se cruzaron con el camión que conducía al equipo encargado de desmontar y conducir el Camel al aeródromo. El soldado condujo a Sartoris al oficial de servicio. En la oficina había un capitán con un parche negro en un ojo y un brazalete azul de oficial pendiente de destino, y un comandante con la insignia de observador.

—¿Herido? –dijo el comandante.

—Me sangró un poco la nariz —dijo Sartoris.

—¿Qué sucedió?

—El manómetro reventó, señor.

—¿Cambió al dispositivo de gravedad?

—Sí, señor —dijo Sartoris—. Probablemente su cabo habrá comprobado la posición de la válvula.

—Sin duda —dijo el comandante.

“Ya podría haber venido usted mismo a echar una ojeada”, pensó Sartoris.

“Me habría gustado verle haciendo ese aterrizaje”—. Su gente ha seguido hacia adelante. No veo que pueda usted hacer otra cosa que informar a Pool.

¿Se le ocurre algo más?

—No, señor —dijo Sartoris.

—Llame a Pool, Henry —dijo el comandante. El ayudante habló unos instantes por teléfono. Luego lo hizo el comandante. Sartoris esperaba.

Con el calor de la habitación, empezaba a sentir cierto picor dentro del mono—. Quieren hablar con usted —dijo el comandante. Sartoris cogió el teléfono. Era la voz de un coronel, tal vez la de un general, aunque pensó al instante que aquella voz sabía demasiado bien de qué estaba hablando como para ser la de un general: —¿Y bien? ¿Qué sucedió?

—El manómetro reventó, señor.

—Supongo que se le reventó mientras picaba —dijo la voz.

—Sí, señor —dijo Sartoris, mirando por la ventana y rascándose, pues el chaleco de punto que llevaba debajo de la camisa empezaba a picarle de verdad.

—¿Qué? —dijo la voz.

—¿Señor?

—Le preguntaba si picó deliberadamente hasta que hizo saltar su mano...

—Oh, no, señor. Creí que me preguntaba si cambié la gravedad.

—¡Por supuesto que lo hizo! —dijo la voz—. No he conocido nunca a ningún piloto con el motor averiado que no haya hecho lo que tenía que hacer, incluido el encaramarse sobre el ala y poner en marcha la hélice. Preséntese en su aeródromo esta noche. Luego, por la mañana, vaya a Brooklands. Le tendrán otro Camel preparado. Tómelo y prosiga... —con “cautela y diligencia”, pensó Sartoris. Pero la voz no dijo eso; dijo—: ...sin destrozar más manómetros y alcance a su escuadrón.

¿Cree que será capaz de encontrarlo?

—Preguntaré en el camino —dijo Sartoris.

—¿Qué hará qué?

Pero eso fue todo; la comunicación se había interrumpido, y aquel número —si Sartoris, basado en su conocimiento de los sistemas telefónicos militares, no se equivocaba— tardaría en tener línea de nuevo media hora como mínimo, y para entonces él estaría ya camino de Londres.

Así, pronto se encontró en el tren militar que partía diariamente de Dover con soldados de permiso; un militar sin destino entre militares sin destino, aunque no mutilado todavía.

Pero cuando llegó a Londres decidió no presentarse en el aeródromo. Era un militar sin destino permanente; oficialmente estaba en Francia y físicamente en Inglaterra, luego no existía en absoluto; decidió conservar aquella suerte de anonimato. Aunque nada desagradable fuera a ocurrirle en el aeródromo, conocía y respetaba la capacidad de fecundidad infinitas no tanto de la propia y compleja jerarquía militar cuanto de algún ocioso miembro del personal encargado a quien se despierta bruscamente mientras dormita. Ciertamente él, Sartoris, se vería obligado a presentarse en la Comandancia de Transporte de la zona sur de Inglaterra y del Canal. Podía imaginar la escena: él, que desde el mediodía del día anterior no había existido en Inglaterra, pese al hecho de seguir ocupando un lugar en el espacio, se vería súbitamente en medio del disciplinado murmullo de

funcionarios y suboficiales y alféreces y, finalmente, capitanes que no sólo no habían oído hablar de él en su vida, sino que no tendrían el mínimo deseo de hacerlo, que simplemente se exasperarían ante tal interrupción en su afanosa y apacible tarea de autenticar formularios, que simplemente se enfurecerían ante su paciente y pasiva exigencia.

De modo que dejó su equipo de vuelo en el Royal Automobile Club y, extranjero y libre y ofuscado casi, permaneció en el bordillo de aquel Londres, de aquella Inglaterra de aquella primavera de 1918 —las mujeres, los soldados, las mujeres de los cuerpos auxiliares del ejército y del destacamento de ayuda voluntaria, las mujeres con uniforme de cobradoras de autobuses y tranvías, las mujeres con el nuevo uniforme del viejo comercio, del viejo e infamado comercio que florece siempre en tiempo de guerra, pues los hombres que se emparejan precipitadamente saben que la muerte probablemente los hará cornudos de todas formas; los carteles: “Inglaterra aguarda”, los letreros: “Derrotad a los alemanes con Bovril”, los partes: “Se mantienen las líneas delante de Amiens, los viejos campos de batalla del Somme”—, y deambuló en medio de todo aquello, él, el extranjero surgido de la curiosidad y dispuesto a arriesgar su vida en las guerras de sus mayores, y que ni siquiera era consciente de que estaba presenciando el perseverante corazón de una nación que padecía uno de sus períodos más negros.

Cuando llegó a Brooklands, a la mañana siguiente, estaba lloviendo.

El Camel estaba preparado, aunque no habían sido montadas las ametralladoras. Trataron, por otra parte, de disuadirle con razones lógicas y sensatas: —Sobre el Canal hará un tiempo de perros. Usted es un voluntario sin destino fijo; ¿por qué no lo deja y se va a la ciudad hasta mañana?

Pero Sartoris se negó a hacerlo.

—Llevo ya un día de retraso; además ayer eché a perder un aparato.

Britt estaba ya de mal talante. Y se va a poner furioso de verdad si no estoy allí para la comida.

Le habían preparado mapas en los que habían trazado la ruta hasta el escuadrón (se hallaba exactamente en Amiens), con indicación de los aeródromos en los que podía repostar. Ni siquiera había presentado documento alguno que le facultara para hacerse cargo del Camel, pero sabía de antemano que allí habría de tratar con gentes que lo eran todo menos soldados profesionales bien aviadores auténticos o bien personas que, pese a los tres años y medio últimos, seguían siendo civiles por inclinación y conducta y pensamiento, gentes interesadas tan sólo en desenvolverse lo mejor posible en la contienda. Firmó, pues, el recibo, y le ayudaron a arrancar el aparato. En cuanto abrió la válvula de admisión creyó oír que alguien gritaba, pero se hallaba ya en movimiento. Siguió avanzando y despegó.

Cuando pudo volver la mirada hacia lapista vio que le hacían señas con los brazos, y al pasar tras su segunda vuelta vio que habían desplegado sobre el suelo el símbolo de aterrizaje.

Pero si algo malo le ocurría al aparato no habría sido necesario ningún letrado para hacer que descendiera, y si el fallo residía en la falta de una rueda, o algo similar que hiciera necesario un aterrizaje forzoso, daba lo mismo hacerlo en Francia que allá abajo. Además, no había nada defectuoso en aquel Camel; lo hizo oscilar y jugueteó con él un rato; era un buen Camel, aunque tal vez un tanto liviano de cola para su gusto (siempre lo eran, pues la fábrica o quien fuera los armaba de ese modo; a él le gustaban esos aviones que, nada más liberar de la más mínima presión a la palanca, subían cual ascensores de urgencia.

Pero aquello podría subsanarse cuando llegara al escuadrón). Y se manejaba como una pluma. Tomó tierra sobre la pista e hizo rodar el aparato hasta el final de la pista secundaria, donde, con la ayuda del viento de costado en aquel punto, dio el giro de tres cuartos; patinó un poco, no obstante, aunque sólo a causa del barro, y hubo que despegar de nuevo para no entrar en colisión con el vallado exterior.

Ascendió a mil pies y tomó el rumbo. Y allí estaba el nimbo; se mantuvo debajo de él y avanzó de tramo en tramo de lluvia. Esta, aunque no era torrencial, no cesaba en ningún momento, de forma que, una vez asentada la brújula y después de haber manipulado los

mandos y ajustado el funcionamiento del motor, Sartoris se acurrucó en la cabina hasta que su cabeza quedó por debajo del parabrisas, fuera de la lluvia. Pero al poco la lluvia empezó a amainar. A su izquierda vio el destello plano donde el estuario del Támesis comenzaba a abrirse; vio que se hallaba fuera de rumbo, demasiado hacia el este, de modo que corrigió su curso y continuó hacia adelante; luego, súbitamente y sin previo aviso, se adentró a toda velocidad en una zona húmeda sin visibilidad alguna. Inclino el morro hacia abajo; el movimiento no lo dictó el cerebro sino la mano.

El aeroplano había desaparecido; podía ver tan sólo el borde del parabrisas, el panel de mandos, la moldura de la cabina. La brújula se agitaba de un lado a otro. Cuando trató de hacer que se estabilizara, la brújula empezó a oscilar violentamente –noventa grados o más–, y el aparato, pese a estar acelerado a fondo, perdía velocidad.

Durante unos segundos la palanca de mando se vio desprovista por completo de presión, y se produjo una terrible vibración; aquella bestia iba a entrar en barrena, y se encontraba a menos de mil pies.

Salió de la nube por la base y atravesó retazos de veloces nubes ligeras y lluvia torrencial. Cuando recuperó el aliento y el corazón volvió a latirle en el pecho, avanzaba ya directamente hacia el este a ciento cuarenta millas por hora y a menos de quinientos pies sobre la vertiginosa tierra. Una vez en calma la agitación de la brújula, y retomado el rumbo, no vio ante él el destello ni reflejo alguno de agua. Vio, en lugar de ello, el borde fijo y estático de Inglaterra, solidificado en un firme muro de lluvia sesgada hacia el este. Abajo había una ciudad; quizá era Dover o quizá Folkstone. Sobre un cabo se alzaba un faro; podía tratarse, a su juicio, de cualquier punto situado entre el Lizard y los Downs. Sin duda habría aeródromos del sistema costero defensivo, pero si aterrizaba en uno de ellos tendría una vez más que desistir de la posibilidad de recurso, y sucumbir sin esperanza ante las rígidas y bruñidas hojas de roble y los metálicos distintivos escarlata en el momento mismo en que tocara el suelo el tren de aterrizaje. Además, todo marchaba bien ahora; tenía ante él una visibilidad de casi una milla; lo único que debía hacer era mantenerse fuera de las nubes, las cuales, mientras siguieran arrojando lluvia sobre la tierra, se mantendrían como mínimo a quinientos pies, apuntaladas por las miríadas de lanzas de la propia lluvia.

Así que no buscó ningún aeródromo.

Con el doce de la brújula bisecado exactamente por la línea de fe, avanzó sobre el bastión escarpado y granítico del terreno; a ciento veinte millas por hora y descendió hasta unos cincuenta pies de la superficie del agua, y se deslizó hacia abajo en la cabina hasta que su cabeza quedó por debajo del parabrisas, guarecida de la lluvia. El Canal, en su punto más estrecho, tenía veintiséis millas; aun en el caso de encontrarse exactamente en ese punto, lo cual no era probable, dispondría cuando menos de diez minutos antes de tener que preocuparse por el acantilado u otro accidente cualquiera que le aguardara de frente al comenzar Francia. De modo que seguía avanzando, con la cabeza baja en la cabina, con un ojo en el reloj de pulsera y el otro vigilando el agua, entre el hombro izquierdo y el borde de la cabina, a fin de mantener su altitud y seguir su rumbo según la dirección del flujo de las olas, cuando –no habían transcurrido aún seis minutos; se encontraba, pues, a medio camino más o menos– el aire y la lluvia empezaron a rugir atronadoramente. No era delante de él, era en todas partes: arriba, abajo, dentro de él. Respiraba y surcaba tal bramido, al igual que antes respiraba y surcaba el aire.

Alzó la vista. Exactamente ante él, a unos veinticinco pies, había una enorme bandera brasileña. Estaba pintada en el costado de un barco tan largo a sus ojos como una manzana de casas, y más alto que cualquier acantilado. “Ya me he estrellado”, pensó.

Hizo tres cosas al tiempo: aceleró al máximo y tiró hacia él de la palanca y cerró los ojos. El Camel subió como un halcón ante el costado del barco, como una gaviota ante la cara de un acantilado. “¿Por qué no me estrello?”, pensó. Abrió los ojos. El Camel estaba suspendido de la hélice, inmóvil. Frente a él se alzaba el mástil de la nave, coronado por una torre de vigía con capota de lona desde la cual dos caras, asomadas e inmovilizadas en mudos gritos, le miraban fijamente. Más tarde recordaría que, incluso en aquel instante, pensó “No son caras sudamericanas; son caras inglesas”. Pero no hubo movimiento alguno; de hecho ambos, el aeroplano y la torre, se hallaban suspendidos en la nada anegada de

llovía tan solitarios y apacibles como nidos de la pasada temporada de cría. “Tengo la hélice y las ruedas por encima de él”, pensó Sartoris. “Si ahora pudiera alzar también la cola”. Pero si trataba de utilizar el timón, entraría en pérdida y caería en barrena. “Pero he entrado ya en pérdida”, pensó. Cruzó los mandos, hincó hacia abajo un ala y apretó hasta el fondo el timón de dirección contraria. Se había enderezado; la torre de vigía quedó arriba y se alejó. La banda del puente pasó vertiginosamente a su lado; sobre él había también una cara inglesa que gritaba mudamente. Había un bote salvavidas en sus pescantes; pasó por encima de él o entre él y el barco —no lo sabía—, pero no había chocado contra nada todavía. Entonces supo que había pasado por debajo de un estay.

Volaba de costado sobre el foso de la cubierta de popa; un ventilador cabalgaba ahora en el ángulo entre sus alas y el fuselaje del aeroplano, aunque aún no había sentido choque alguno, y dos marineros corrían enloquecidos hacia una puerta de popa. Paró el contacto. “Si no me estrello en seguida se me acabará el barco y saldré al océano”, pensó. El segundo marinero se arrojó hacia el hueco de la puerta, que quedó abierta a sus espaldas.

Sartoris vio que el Camel, al parecer, tenía intención de seguirle.

Fuera como fuese, esta vez eran dos las culatas de ametralladora que tenía que esquivar; y supón —se dijo— que me hubieran dado un Camel para vuelo nocturno, con cohetes de señales en las alas; o supón que hubiera llevado bombas.

Cuando cesó el estruendo de la colisión —metales que entrechocaban, tejidos que se desgarraban, palos que se partían—, Sartoris, que sangraba por la nariz de nuevo, se encontró sentado sobre la cubierta, junto a un agujero mellado (el ventilador había desaparecido por completo; Sartoris no llegó siquiera a verlo) del que brotaba un soplo de aceite caliente y un apagado jadeo de motores. Entonces se oyó una voz áspera y agria, de pescador de trainera de Liverpool:—¡La que se va a armar! ¿No sabe que le pueden encerrar lo que queda de guerra por aterrizar en territorio neutral?

li

Estaba de pie al lado del contraataque de Liverpool, inclinándose para apartar de sí el flujo de sangre y buscando a tientas el pañuelo que el día anterior había guardado en la pernera del mono, mientras otra fuerte y enfurecida voz atronaba por un megáfono desde el puente: —¡Sáquenlo del barco! ¡Arrójenlo por la borda! ¡Vamos!

Y una segunda voz más serena dijo, razonablemente: —Flotará.

—¡Calle! ¡Sáquenlo de este barco!

¡Saquen hachas y háganlo astillas y tírenlo por la borda!

—Eh —dijo Sartoris—. Tengo que coger el reloj.

—¡Y agarren a ese hombre! —bramó el megáfono—. ¡Atícenle en la cabeza si es necesario!

Ahora tenía a otro individuo junto al otro codo. Luego se vio avanzando rápidamente hacia la puerta de popa que el Camel había intentado utilizar.

—Esperen —dijo—. Tengo que recoger ese reloj...

Estaba atravesando el umbral de aquella puerta. Y oía ya a su espalda el ruido de las hachas; al mirar atrás, vio a dos hombres que corrían hacia la borda con el conjunto de cola del Camel.

Lo llevaban bruscamente por un largo corredor iluminado al fondo por una débil y única bombilla. El suelo le transmitía un tacto no sólo frío sino grasiento; fue entonces cuando Sartoris descubrió que llevaba en la mano la bota derecha, aún abrochada, y que tanto el calcetín de lana como el de seda habían desaparecido. Los hombres se detuvieron e hicieron que él también se detuviera; el contraataque abrió una puerta. Al otro lado, el cuarto estaba iluminado por otra débil y sórdida bombilla; recordaba el barcode ganado en el que había venido a Europa hacía un año a alistarse: lo recordaba lo bastante como para saber que se trataba del camarote del tercer piloto o del tercer mecánico.

—Eh —dijo—. Oigan...

Una mano cayó sobre su espalda. De modo casi impersonal, lo impelió hacia dentro. Sartoris tropezó contra el umbral, recuperó el equilibrio y, cuando se volvía, la puerta se cerró de golpe ante su cara. Cuando agarraba el tirador oyó el ruido del cerrojo.

—Maldita sea, soy un oficial del Flying Corps —dijo—. No pueden...

Pero no había duda de que aún estaba un tanto histérico: gritaba a una puerta cerrada con llave, y decía que no podían hacer algo que ya habían hecho. Pero habrían de atestiguar en su favor: él había intentado coger el reloj del aparato.

Se limpió la nariz con cuidado en el lavabo. No había espejo, pero podía sentirlo al tacto; si volvía a estrellarse iba a necesitar un periscopio para caminar. Luego se quitó la otra bota, se quitó el calcetín de lana y se lo puso en el pie izquierdo —así tenía ya un calcetín en cada pie—, se puso las botas y fue hasta la litera y se acostó, y se quedó escuchando la vibración y la cadencia débiles de los motores, mirando el tenue balanceo de las ropas que colgaban de las perchas del mampero, entre las que no había mangas con galones ni botones con insignias.

Ahora Britt estaría realmente furioso. Tendré que volver a Brooklands, pensó Sartoris, y conseguir otro Camel. Lo cual significaba que no existía esperanza alguna de unirse al escuadrón hasta el día siguiente.

El reloj que llevaba en la muñeca derecha seguía funcionando, pero la caja y el cristal y las tres manecillas habían desaparecido, se habían esfumado en ese extraño limbo de accidentes donde desaparecían zapatos y calcetines y amuletos y gafas y a veces hasta corbatas y tirantes; no sabía la hora que era. Pero habían sido las doce y cuatro minutos un instante antes de que alzara la vista y viera ante él labandera pintada, y aunque llegara a Brooklands a tiempo para salir aquella misma tarde, probablemente se negarían a entregarle otro Camel en cuestión, sino explicar también, para empezar, cómo se había hecho con él sin seguir los requisitos de rigor.

Si es que llegaba a tierra aquella noche, si es que volvía incluso a poner los pies en Inglaterra. No había identificado la bandera contra la que casi se estrella, pero había en ella demasiado verde y amarillo como para pertenecer a un país que no fuera de América del Sur, si bien los hombres que lo habían sacado del Camel y arrojado en aquel camarote, sin detenerse siquiera a comprobar si estaba herido, eran ingleses. Había, al parecer, algo poco claro en aquel barco; su punto de destino podía ser cualquiera, Escandinavia o incluso Rusia. Sobre la litera había un ojo de buey con sólidas rejas, y el cristal estaba pintado con una gruesa capa de pintura negra. Al menos si tuviera un destornillador o un punzón para romper hielo o cualquier otra herramienta lo bastante larga como para llegar hasta el cristal y romperlo, probablemente vería tierra. Sería Francia (no es que la idea le hiciera muy feliz; aun cuando el barco se detuviera y lo llevaran a la costa de Francia, lo máximo que podía esperar era llegar hasta el escuadrón después del anochecer, y a pie); el barco se dirigía al este y él había caído sobre el lado derecho de cubierta; el Camel había enfilado hacia abajo su voluntarioso e invencible morro a fin de iniciar una barrena hacia la derecha, y él seguía en la parte derecha del barco. Sabía incluso cómo sería la tierra: se alzaría al fin sobre la palpitante desolación del océano, tal como la había visto después de quince días en el barco de ganado, al alba, la alta y súbita silueta de una forma perpendicular envuelta en bruma, erguida sobre un yermo lateral e inestable que miraba el mar violento y gris y que un vigía, al pasar junto a la borda del centro del barco —donde él estaba— camino del relevo, le había dicho que era Bishop's Rock... Diez horas después, despertó parpadeando ante el ojo fiero de una linterna eléctrica. La débil bombilla del techo estaba apagada; las ropas colgaban ahora inmóviles, pero sus sombras se desplazaban al moverse la linterna. Esta vez los dos hombres se acercaron hasta colocarse a ambos lados con tal inflexible y sincronizada precisión, que Sartoris no necesitó las polainas blancas ni los fusiles para saber que eran soldados de infantería de marina.

—Vamos a ver, cocinero —dijo una voz detrás de la linterna, y Sartoris la reconoció también: la voz compuesta del contramaestre jefe, el cual se encontraría a tres o cuatro años del retiro honorable, y cuyo solo superior con uniforme o sin él era aquel de igual edad y rango en el buque insignia de la flota de guerra.

—¿Quién de ustedes está al mando?

—dijo Sartoris—. Soy un oficial. Si estoy arrestado, debe...

—Hop —dijo la voz detrás de la linterna.

Volvieron por el sombrío corredor, ahora vacío de cualquier murmullo o vibración que indicara movimiento.

Doblaron una esquina. La linterna se apagó a espaldas de Sartoris y volvieron a torcer. Sartoris se encontró ante un negro y fuerte viento, ya sin lluvia pero mucho más frío, bajo unas nubes ligeras y bajas que pasaban velozmente. Empezó a ver el entorno poco a poco; era la cubierta sobre la que había caído. Tres sombras esperaban.

—¿Todo bien, contramaestre? —dijo una nueva voz, la voz de un oficial.

—Todo bien, señor —dijo la voz de la linterna.

Sartoris, entonces, vio la forma y el ángulo de la gorra del oficial.

—Oiga —dijo.

—Perfecto, entonces —dijo la voz nueva.

Cruzaron la cubierta. Había una escala de cuerda al otro lado de la borda; bien podría haber descendido por el costado de hierro, negro y ciego, hasta el mismo mar del Norte.

Pero algo con vida humana se alzó hacia Sartoris y se hundió y volvió a alzarse debajo de él; lo tocaron unas manos, y una voz dijo: "Soltadlo", y se encontró dentro de la lancha. Sentado en una bancada entre los dos infantes de marina, y el oscuro chapoteo unísono de los remos, era consciente del fuerte flujo del negro mar, de las negras profundidades del fuerte mar, del cual le separaba tan sólo el espesor de una delgada plataforma de madera. Y entonces vio otra escala, otro negro costado de hierro que, después del primero, parecía tan bajo que uno creería poder tocar la borda con sólo ponerse en pie sobre la lancha. Pero era más alto que todo eso. Luego se encontró en otra oscura y atestada cubierta. Había una forma que él no sabía aún que era un tubo lanzatorpedos, una pieza que no sabía que era un cañón de boca de fuego biselada, y cuatro chimeneas inclinadas absolutamente desproporcionadas con el casco, el cual cobró vida y se movió con violencia bajo sus pies. Escoró; parecía agazaparse para lanzarse luego hacia adelante a toda máquina, en medio del bramido del agua, de forma tal que ni los aviones mismos serían capaces de emular.

Vio tal velocidad sólo una vez.

Seguía el oficial. Estaban subiendo; el fuerte y negro viento le golpeó de pronto; había una figura inmóvil, voluminosa por la ropa, con unos prismáticos; luego, más allá de la mampara de lona del puente, vio la estrecha y veloz proa entre dos enormes y burbujeantes alas de agua blanca. Luego cesó el viento. Pasó una luz mortecina bajo la cual los radios de un timón de caoba se desplazaban ligeramente.

Se cerró una puerta a su espalda y, al otro lado de una mesa sobre la que descansaba una carta de navegación extendida e iluminada directamente por una luz apantallada, distinguió al poco a un hombre con chaqueta de cuero que le miraba. El hombre no despegó los labios. Sentado ante su mesa, miraba a Sartoris, y al cabo, sin movimiento alguno, dejó de hacerlo.

—Por aquí —dijo el oficial.

Avanzaron por un pequeño pasillo, rumoroso por la velocidad del barco y tan angosto como una tumba intensamente iluminada.

—¿A qué venía eso? —dijo Sartoris.

—A nada —dijo el oficial—. Quería simplemente mirarle.

La cámara de oficiales era oblonga; la pintura, de color de acero. Había una mesa larga y poco más. Cuando entraron, el contramaestre dijo: "Hop", y los dos infantes de marina se cuadraron, y una vez más se colocaron a ambos lados de Sartoris con la precisión de un metrónomo. Ahora eran seis guardiamarinas quienes se cuadraban; con su sencillo y monótono atuendo azul, parecían seis muchachos cualquiera de cualquier equipo deportivo de enseñanza media de América; seis elegidos, conforme a algún criterio de inverosímiles excelencias, entre la totalidad juvenil de la nación.

—Maldita sea —dijo el oficial—.

Os dije que os fuerais al cuerno.

Salieron, desaparecieron, se esfumaron. El oficial se desabotonó el chaquetón azul marino y se soltó la bufanda. Su cara aparentaba quizá unos treinta años, y era hosca y fría.

Una cicatriz fruncida, como un relámpago sin ruido, surcaba de arriba abajo uno de sus lados. Entonces Sartoris vio bajo el chaquetón del oficial, indistinta entre las demás y de color tan parecido al de la guerrera que apenas descollaba, la cinta de la Cruz Victoria.

—¿Qué es lo que dice ser? —dijo el oficial.

—Subteniente de Flying Corps —dijo Sartoris—. ¿Lo ve? —Se abrió el mono de vuelo y mostró la insignia de las alas. El oficial la miró un instante sin el mínimo interés.

—No es difícil de conseguir —dijo.

—¿No? —dijo Sartoris—. Me llevó ocho meses. Que yo sepa nadie la ha conseguido en menos tiempo.

—¿Por qué estaba usted en aquel barco?

—Me estrellé contra él.

—Ya lo sé. ¿Por qué?

—No lo vi. Tenía la cabeza metida dentro por la lluvia. Cuando el barco me lanzó el pitido sólo me dio tiempo a tirar hacia arriba. Entré en pérdida. ¿Esperaban que me tirase al agua?—No sabría decirlo —dijo el oficial—. ¿Hacia dónde iba?

—Intentaba reunirme con mi escuadrón —dijo Sartoris—. ¿Hacia dónde cree que podía ir yendo por ahí, por donde estaba el barco?

—No sabría decirlo —dijo el oficial—. ¿Ha comido algo?

—No he comido desde el desayuno.

—Que el camarero le sirva lo que haya —dijo el oficial.

—Hop —dijo el contramaestre.

Su nuevo cuarto era aún más pequeño que el anterior; el infante de marina, en pie en el interior, al lado de la puerta, con el fusil en posición de descanso y la cabeza a sólo cuatro pulgadas del techo, parecía llenarlo, reducirlo al tamaño de una casa de muñecas. A Sartoris, durante un instante, el cuarto se le antojó muy parecido al anterior. Había también una litera empotrada, aunque con mantas limpias, y un lavabo. Pero no había ningún ojo de buey, ni siquiera pintado de negro. Las paredes no tenían abertura alguna: había vuelto a entrar no sólo en el sonido de la velocidad sino también en el del agua. Le daba la impresión de que si ponía la mano contra la pared sentiría cómo el casco de acero temblaba con el constante y largo bramido del agua que se desplazaba velozmente al otro lado.

El camarero entró con un tazón de té fuerte y caliente y amargo, y algo de fiambre y de pan. Una vez hubo comido, Sartoris quiso fumar un cigarrillo; normalmente los tenía en el bolsillo de la pernera, donde había guardado el pañuelo ensangrentado el día anterior, pero también habían desaparecido. De modo que se echó en la limpia litera, bajo la luz intensa de la única bombilla, a dos pies del percutor del fusil del centinela, y escuchó el borboteo y el fragor del agua que corría al otro lado de la pared de acero, hasta que al rato tuvo la sensación de que la fragilidad intacta del casco dependía únicamente de su velocidad para no quebrarse, como en el caso de los aeroplanos, y que si en algún momento reducía la velocidad sería aplastado hacia el centro por el mismo peso del agua sobre la que pretendía detenerse. No sabía adónde iba. Había creído saberlo el día anterior y se había equivocado. Pero jamás había oído hablar de ningún destructor que navegara por el Támesis hasta el mismo Londres. Y había dormido como mínimo diez horas el día anterior, antes de que lo despertara la linterna, de modo que debía de llevar algún tiempo ya en el mar del Norte; y trató, sin éxito, de recordar algunos puertos de la costa este. En cualquier caso, además, debían de encontrarse probablemente bastante arriba, hacia el estuario del Forth; tal vez era allí adonde se dirigían. Lo cual significaba que lo más probable era que no podría volver a Brooklands a hacerse cargo de otro Camel hasta dos días después; cuando llegara al escuadrón, lo más seguro era que Britt lo hiciera fusilar. La "Cruz Victoria", pensó, sintiendo el atronador empuje del casco. Pero uno a de ser inglés de nacimiento para conseguirla, o

para conseguir la Cruz Militar a Britt, que en su opinión era la que le seguía en importancia. “Pero algo si voy a conseguir”, pensó.

Sí. Iba a conseguirlo el 5 de julio siguiente. Pero para conseguir lo que iba a conseguir no tenía sino que haber nacido. “A lo mejor puedo jugar con alguien a los dados y ganarle una Cruz de Hierro”(1), pensó.

Esta vez no le zarandearon para que despertara. Era un teniente con el brazalete de capitán preboste. El barco estaba inmóvil ahora; no había borboteo ni bramido del agua, y cuando cruzó la cubierta entre dos policías militares del ejército de tierra armados, no había lancha, no había negro océano. El barco estaba anclado junto a un muelle de piedra, y bajo el albor de la mañana se veía un puerto, y en torno una ciudad oscura. Pero no era Londres.

—Esto no es Londres —dijo.

—Difícilmente —dijo el teniente.

Así que estaba en algún lugar del estuario del Forth, como había pre (1) Condecoración militar alemana.

(N. del T.) visto. Tal vez en Edimburgo, puesparecía una ciudad importante..., si es que Edimburgo llegaba hasta el agua. Podría, pues, llegar a Londres aquella misma noche. Podría, pues, pasarse el día siguiente explicando la historia del viejo Camel y haciendo lo necesario para conseguir uno nuevo.

Podría reunirse con su escuadrón dentro de dos días. Al final del muelle había un centinela. Se hizo venir al suboficial de guardia antes de permitirles el paso; Sartoris ignoraba por qué, puesto que el teniente y sus dos hombres había pasado ya una vez, y lo que seguramente deseaban tanto unos como otros era que pasaran y siguieran su camino. En sólo dos días, sin embargo, había olvidado la vida en tierra, había olvidado el viejo y rancio olor de la gorra del coronel del aeródromo. Pero quizá en dos días estaría en Francia; Britt y Tate y Sibleigh solían decir que, una vez cerca realmente de la guerra, uno se ve libre de todo eso.

Avanzaban en automóvil por las calles oscuras y desiertas; al poco entraron en un patio en donde otros coches y correos militares en motocicleta iban y venían ante una gran casa iluminada en su interior. Puede que no fuera exactamente lo que él habría esperado de un patio de Edimburgo, pero no era ninguna estación de tren, ni siquiera una escocesa, y él había estado en Turnberry y en Ayr. Entonces cayó en la cuenta de que también había esperado aquello; estaba dentro, en una enorme y disciplinada habitación llena de correos y mensajeros y cabos escribientes y telefonistas: atareados, apacibles, despidiendo la vieja e invencible pestilencia. En vista de la atención que le prestaban, lo mismo le habría valido que hubiera estado tratando de encontrar a alguien que le proporcionara otro aeroplano.

—Por favor —dijo—. Llevo... —Se le antojaba una semana; era increíble que el escuadrón hubiera salido para Francia hacía sólo dos días— dos días de retraso; debo unirme a mi escuadrón. Quizá sea mejor que telefoneen... —Dio el nombre del coronel del aeródromo de donde había partido el escuadrón.—Ya se ocuparán de ello —dijo el teniente.

—¿Quiénes? —dijo Sartoris.

—Ellos —dijo el teniente—. Si es que quieren hablar con él.

Comparado con los otros dos, su nuevo cuarto parecía un campo de aviación. Se echó también sobre aquel catre de hierro, quitándose el gorro —instantes antes de desconectar el motor del Camel, se había echado las gafas hacia arriba, sobre la cabeza—, ya que permanecería allí algún tiempo a la espera de que lo llamaran; deseó entonces no haber dormido tanto desde el mediodía del día anterior. Al rato le trajeron el desayuno. Era un desayuno aceptable, pero olía igualmente a la vieja maldición del correa de Sam Browne¹⁴ en maridaje con la máquina de escribir, y, puesto que estaba en Escocia, le habría gustado tomar un desayuno autóctono. No le habría importado, en tal caso, que se hubieran quedado con lo sólido. Bien, probablemente dentro de dos días, cuando llegara a Francia, podría tomarse ese trago. Así que se quedó tendido en el catre, mientras el reloj sin manecillas de su muñeca derecha proseguía su tictac. Ahora “llevo aquí dos horas”, pensó.

¹⁴ Sam Browne belt: cinturón de correas del uniforme de los oficiales británicos. (N. del T.)

“Ahora llevo aquí cuatro horas”, pensó. Y luego resultó que había estado seis horas, pues al fin llegó un cabo a la puerta y le ofreció un cigarrillo y le dijo que eran las once menos doce minutos.

Dejó, pues, de esperar, pues jamás enviarían por él. Nunca conseguiría llegar a Francia. Lo había intentado una vez, y estaba en Escocia. La próxima vez estaría en algún lugar de los países bálticos o de Escandinavia, y la tercera en Rusia o en Islandia. Llegaría a ser una leyenda para todas las fuerzas armadas aliadas; se vio a sí mismo ya viejo, con la cara desencajada y una larga barba blanca, gateando acantilado arriba en algún lugar entre Brest y Ostende, cincuenta o sesenta años después, gritando el número de un escuadrón disuelto y olvidado, clamando: “¿Dónde está la guerra? ¿Dónde está? ¿Dónde está...?” El centinela y el teniente que ya conocía estaban en la puerta.

Sartoris se levantó del catre.

—¿Están dispuestos a recibirme? —dijo.

—Sí —dijo el teniente. Sartoris se acercó hacia la puerta—. ¿No coge su gorro? —dijo el teniente.

—¿No voy a volver? —dijo Sartoris.

—No lo sé. ¿Usted quiere volver?

Sartoris volvió y cogió el gorro.

Luego los tres caminaban por un largo pasillo. Luego Sartoris y el teniente subían unas escaleras. Había otro corredor por donde los correos iban y venían. Luego el teniente se fue; un hombre, de pie y a contraluz, le estaba mirando. Era Britt.

—¿Qué está haciendo en Escocia?

—dijo Sartoris.

—Por todos los diablos —dijo Britt—. Póngase su maldito gorro y vámonos de aquí.

lil

—Estoy en Francia —dijo Sartoris.

Estaban en el patio; las motocicletas de los correos se precipitaban ruidosamente de un lado para otro.

Había un coche —con aspecto de pertenecer a un jefe de escuadrilla— y un sidecar de motocicleta esperando; el chófer era un mecánico de aviación.

—Está usted en Francia —dijo Britt—. Este lugar se llama Boulogne. ¿Cuántos años tiene?

—Cumpliré veintiún años el mes que viene —dijo Sartoris—. Si es que logro salvarme de la cárcel el tiempo que falta.

—Realmente debería escribir sus memorias. Si espera a tener los treinta, le habrán sucedido tantas cosas que no podrá acordarse de ellas.

Elige probablemente el único barco en aguas europeas que de verdad no desea ser visto, y aterriza en él con un avión...

—No eran sudamericanos —dijo Sartoris—. La bandera era sudamericana, no sé de qué país, pero ellos eran ingleses. Me sacaron a rastras del Camel, sin pararse siquiera para ver si estaba herido, y me arrojaron...

—¿Y quién le ordenó ir de aquí para allá por el Canal observando barcos?

—Pero había algo muy raro...

—Pues claro que sí —dijo Britt—.

Por eso le encerraron inmediatamente y llamaron para que alguien fuera a buscarle. Muy probablemente pensaron que era usted un espía alemán, o peor aún, de La Haya. De

todos modos, ese barco no le incumbe; les incumbe a ellos, a los encargados de la guerra en Londres o donde sea. Se supone que ni siquiera ha visto ningún barco; lo he prometido de su parte. Hay cantidad de asuntos en esta guerra –y en las otras también, imagino– que se supone que ni los alféreces ni los capitanes deben ver.

—De acuerdo –dijo Sartoris–.

¿Qué es lo que yo hice, entonces?

—Luego lo sacaron de allí en un destructor. No en un barco vulgar; uno de los barcos de guerra de Su Majestad (el que no fuera un acorazado de primera clase no tiene importancia) es apartado de su misión de patrulla submarina y desviado a doscientas millas a toda máquina y por la noche para interceptarlo a usted y subirlo a bordo, como si se tratara del primer señor de la guerra, y traerlo a tierra. ¿No cree que el episodio es digno de figurar en su libro?

—No vale lo suficiente como para ser arrestado por ello.

Ahora Britt miraba a Sartoris, que alzó la vista y se encontró con los ojos fríos de su jefe.

—No le arrestaron por eso –dijo.

Ambos se estaban mirando—. Le ordenaron unirse a su escuadrón hace tres días. Y todavía no lo ha hecho.

Transcurrió un instante, y Sartoris dijo: —Así que pensaron que tenía miedo.

Y usted también lo pensó.

—¿Y qué habría pensado usted? Le envían a Francia la primera vez; usted sale pero ni siquiera llega al Canal. Se separa de la formación sin razón alguna...

—¡Alguien de la escuadrilla A se venía derecho hacia mí en aquel rizo!

¡Estuve tan cerca de él que pude ver una clavija torcida en uno de los cubos!

—... sin razón alguna y asciende a ocho mil pies y pico hasta que revienta el manómetro, y luego, habiendo un aeródromo de media milla a menos de una milla, acaba con el morro hincado en tierra en un campo de grano, tan minúsculo que ni siquiera Sibleigh sería capaz de hacer que despegara de él un Camel. Y luego desaparece.

Recibe la orden de presentarse en cierto sitio. Pero usted no se presenta. No se tiene noticia de usted hasta el día siguiente, cuando aparece de pronto en Brooklands, donde tenían órdenes de tenerle preparado un aparato. Y se lo entregan, a pesar de que usted no tiene aún autorización para llevárselo. Y despega justo antes de que llegue el mensaje que ordena retenerlo. Desplegan la señal de que aterrice, pero usted no se da por enterado. Luego el aeroplano y usted desaparecen. Es evidente que se dirige al encuentro de su escuadrón en Francia; debía tardar una hora y media como máximo. Pero no. Desaparece; y a la tarde el capitán de aquel barco radiotelegrafía frenéticamente que usted, al parecer deliberadamente, se ha estrellado contra lo que sin duda tomó por una nave neutral, lo que automáticamente significa prisión hasta el final de la guerra, como sin duda sabía.

—No vi el barco –dijo Sartoris–.

Sólo tuve tiempo para tirar hacia arriba y entrar en pérdida. Se trataba de caer contra el barco o contra el agua. Yo...

—Ya no importa –dijo Britt–.

Ahora lo entiendo, porque no hay quien trate de hacer aterrizar voluntariamente un Camel en una cubierta de acero de sesenta pies y en medio del canal. Todo está olvidado ya.

Usted no ha visto ningún barco; nadie tiene por qué saber dónde ha estado; se estrelló, sencillamente, y esta mañana llegó a Boulogne y se reunió conmigo.

—¿Qué es lo que quiere que haga ahora?

—El sidecar es para usted. Le llevaré a Candas. Atkinson se reunirá allí con usted. Le mostrará el camino hasta el escuadrón. Usted y él recibirán dos nuevos Camel. El que le entreguen será el suyo. Así que esta vez haga las cosas como es debido, ¿eh?

—No se preocupe –dijo Sartoris.

Subió al sidecar. Le habría gustado ver un poco Francia, al menos las zonas alejadas de las líneas. “Así que pensaron que tenía miedo”, pensó.

Atkinson le esperaba en el aparcamiento del aeródromo.

—¿Dónde has...? —dijo.

—No te preocupes por eso —dijo Sartoris. Los Camel estaban preparados. Atkinson lo miró pestañeando.

—Nos han guardado la comida —dijo—. Vamos.

—No quiero comer. Vete tú y come —dijo Sartoris. “Así que pensaron que tenía miedo”, pensó. Atkinson lo miró pestañeando.

—Entonces no comeré yo tampoco —dijo—. Tomaremos algo en el comedor de oficiales.

Los mecánicos arrancaron los motores y los Camel despegaron. Sartoris tuvo la sensación de que no había visto un avión en un mes, pero recordaba bien su funcionamiento. Nunca olvidaría cómo volar; aun en el caso de que tuviera miedo. Despegó describiendo una brusca curva ascendente. El Camel tenía la cola aún más ligera que el de Brooklands, y más fuerza. Se hallaba ya a cierta altura antes casi de que Atkinson hubiera despegado.

Viró y alcanzó a Atkinson y situó un ala entre el ala y el conjunto de cola de Atkinson, ante lo cual Atkinson volvió la cabeza bruscamente y gritó con franca alarma. Le dirigió frenéticas señas para que se apartara, y al fin logró zafarse; Sartoris tiró de la palanca y ascendió, y luego se acercó a Atkinson por la espalda, viendo cómo Atkinson, asustado, volvía la vista hacia él por encima de uno y otro hombro; lidió un combataéreo con Atkinson —es decir, lo importunó durante un rato, pues, lo único que hacía Atkinson era gesticular hacia él con frenética iracundia—, picando hacia él, alejándose en vuelo vertical, volviendo a picar, avanzando a toda velocidad hasta ganar la distancia suficiente como para virar y dirigirse hacia él de frente; cuando llegó y situó un ala en el hueco entre el ala y el conjunto de cola de Atkinson, éste no hizo sino agitar el puño hacia Sartoris. Pero siguió volviendo la cabeza a un lado y a otro para vigilar la punta del ala de Sartoris, hasta que al poco Sartoris vio que su compañero se desviaba hacia la derecha más y más, de forma que pronto enfilaría hacia donde debía estar París. Por otra parte, a Sartoris le estaba siendo difícil contener su aparato, que se resistía a quedarse en aquel punto; cuando redujo la velocidad lo suficiente, la vibración se hizo tan intensa que incluso no pudo ya leer la brújula.

Así que se apartó y dejó al motor en libertad, con lo cual empezó al instante a dejar atrás a Atkinson.

Pero sabía la situación aproximada del aeródromo; además, Atkinson observaba cómo se alejaba sin dar muestras de inquietud. Al parecer, pues, iba en la dirección correcta. Encontraría, en cualquier caso, algún aeródromo. Y poco importaba si elegía otro que no fuera el de destino, pues quien tiene miedo no es realmente responsable. Además, divisó lo que sin duda era la iglesia de Amiens, que se alzaba sobre el llano; vio los umbrales del valle del Somme, con sus múltiples afluentes, y luego la carretera increíblemente recta que conducía a Roye. Y entonces vio el aeródromo; era un aeródromo perfecto, pues a su lado corría una vía férrea. Miró hacia atrás. A tres o cuatro millas, sin forzar la velocidad, se acercaba Atkinson, de modo que debía de tratarse del aeródromo correcto, y cuando vio el tren que avanzaba paralelo al aeródromo a toda máquina —a bastante más velocidad que la de un hombre caminando—, supo que no se había equivocado. Había sin duda un cable telefónico a lo largo de la pista, aunque probablemente bastaría el tren, pues o bien aterrizaba con viento de costado o bien entraba por encima del tren, ya que, si se cruzaba de brazos a esperar que el tren pasara, se quedaría sin combustible; el Camel sólo tenía una autonomía de tres horas, aun con el combustible adicional del depósito de gravedad. Pero tenía miedo; al parecer era incapaz de seguir recordando esto o de olvidarlo o de cosa alguna; tal vez también tenía miedo de los trenes; ciertamente tenía miedo de Francia, de modo que no podía esperarse que aterrizara sobre su suelo, se esperaba, naturalmente, que aterrizara sobre la pista, ante la puerta del comedor. Así que, a toda velocidad y con el viento de costado, pasó a unos diez pies del tren en movimiento, como si pretendiera aterrizar sobre él, y ladeó hacia el viento hasta enfilarse directamente al comedor, y cuando

creyó tener la velocidad precisa para aterrizar y rodar hasta el comedor, desconectó el motor y dejó que se estabilizara el aparato. La velocidad, en todo caso, era un punto excesiva; Sartoris, entonces, intentó uno de aquellos aterrizajes por deslizamiento de ala que solía realizar Sibleigh, y que una vez iniciados han de consumirse porque no hay tiempo para cambiar de parecer; hizo resbalar al Camel hasta que estuvo en situación de tomar tierra e iniciar la rodadura, y entonces enderezó y bajó la cola, y volvió a bajar la cola un poco más. Sólo que, una fracción de segundo antes, supo que no la había bajado lo bastante. Rebotó. El comedor parecía estar más cerca de lo que lo había estado el barco, aunque no daba la impresión de ser tan grande. Pero tendría que remontar y pasar por encima de él. Lanzó la mano contra el acelerador, pero en lugar del acelerador golpeó la válvula de mezcla. El motor dejó oír una explosión y se paró. El Camel volvió a rebotar y fue a caer sobre la cola.

El comedor estaba más lejos de lo que había imaginado; la gente que lo observaba desde allí no parecía ya estar de pie sobre el ala más baja de su avión. Era un aeródromo muy grande; le pareció andar un largo rato; iba inclinado, apartando de sí la sangre de la nariz (seguía sin pañuelo); al llegar tropezó casi con un ordenanza que salía a la puerta con la toalla húmeda. Britt lo estaba mirando.

—¿Se siente bien ya? —dijo Britt.

—Ha sido sólo la nariz —dijo Sartoris—. Usted pensará que a estas alturas tendría ya que haberse acostumbrado a los siniestros.

—Todavía es joven —dijo Britt—.

Déle tiempo... Escuche —dijo—: en cierto modo no estamos de acuerdo. No creo que su punto de vista al respecto sea el acertado. Su adiestramiento y el traerlo aquí le costó al gobierno el equivalente a tres aviones enemigos. Y ya ha estrellado tres de los nuestros antes de ver siquiera la línea de combate. ¿No lo entiende?

Tendrá que derribar a seis alemanes antes de empezar siquiera a contar.

Apareció el ordenanza: traía algo más para Sartoris. Unas gafas de vuelo. Entonces Sartoris cayó en la cuenta de que las suyas, que llevaba sobre la frente, sólo tenían la montura. Britt le cogió las gafas al ordenanza y se las tendió a Sartoris.

—¿Para qué es esto? —dijo.

—Son unas gafas —dijo Britt—.

Las necesita para volar. Va a ir a Candas a recoger un Camel. Y mire: vuelva y estréllelo, si puede, antes del té.

Sartoris cogió las gafas.

—¿Le daría lo mismo antes de la cena? —dijo—. Éste puede que se incendie. Sería más bonito después del anochecer.

—No, antes del té —dijo Britt—.

El general Ludendorff deberá estar ya aquí para entonces con su Cruz de Hierro. Está sólo un poco más allá de Amiens en este momento.

Nieve

—Padre —dijo el niño—, ¿cómo era Europa antes de que toda la gente de allá empezara a odiar y a temer a los alemanes?

El hombre no respondió. Estaba sentado tras el periódico abierto; se le veían sólo las manos y las mangas caqui con galones y las piernas enfundadas en la tela clara de gabardina del pantalón sin vueltas y los pies dentro de los zapatos militares con cordones. En aquel domingo de Pearl Harbor él era un arquitecto bien situado, marido y padre, y no había cumplido aún los cuarenta años. Y al día siguiente exhumó los viejos expedientes de la escuela militar de su juventud, y ahora era un alférez de ingenieros que, tras un curso de refresco y a la espera de un servicio activo cuyo destino aún no conocía, disfrutaba de un permiso de tres días.

No respondió al niño. El periódico no vaciló siquiera en sus manos mientras miraba aquello; no era ni un titular ni una columna en una página interior; era sólo una nota: “El gobernador nazi de Czodnia, asesinado por su compañera”; y debajo de ella, las dos borrosas telefotos: la fría, satisfecha, bella cara prusiana que jamás había visto, que ni deseaba ni podría ver ya, y la cara de la mujer que había visto una vez y que tampoco deseaba volver a ver jamás; una cara algo más vieja que entonces, cuando la había visto quince años atrás, una cara no campesina ya, cualquier cosa menos una cara campesina, ahora que las montañas y el apacible valle que la habían conformado habían sido borrados de ella para siempre por los cuatro o cinco años de triunfal pompa de poder y destrucción y sufrimiento humano y sangre; y al pie de ellas, las tres líneas de tipografía dentro del pulcro recuadro semejante a una esquela mortuoria: “Se informa desde Belgrado que el gobernador alemán de Czodnia, general von Ploekner, fue muerto a puñaladas la semana pasada por una mujer francesa que había sido su compañera durante varios años”.

—Sólo que no era francesa —dijo el hombre—. Era suiza.

—¿Eh? —dijo el niño—. ¿Qué has dicho, padre?

Cuando bordeamos la estribación volvimos a ver el sol. Más allá del curvo terraplén de nieve sucia alzado por los quitanieves, el valle entero se extendía a nuestros pies llenos de sol; una apacible y silenciosa capa dorada, tan quieta como la represa de un molino, que encerraba en suspensión la nieve sombreada de violeta del lecho del valle, y que en el último y lento y mortecino momento del atardecer tocaba la aguja de la iglesia y las chimeneas más altas y las faldas mismas de las montañas, que se alzaban y ascendían con rigidez muda de roca hacia el azafranado y rosado y lila de las altas nieves que jamás conocerían el deshielo, pese a que en el valle ya fuera primavera y en París ya hubieran florecido los castaños.

Entonces vimos el entierro. Don se había parado en el sucio terraplén caído y miraba hacia el valle a través de los gemelos, del Zeiss incompleto que había comprado por cincuenta liras en una casa de empeños de Milán. Tenía sólo una lente, pero —como decía Don— había costado sólo dos dólares y cuarenta y tantos centavos, y un Zeiss sin ninguna lente valía ese dinero; lo valdría también un autógrafo de Zeiss en dos botes de tomate. Pero en su día debió de ser la mejor lente que Zeiss hizo en su vida, pues ahora, durante el tiempo que uno podía soportar el mirar a través de ella sin el soporte visual del otro ojo, uno sentía que el globo se le salía del cráneo como una canica de acero hacia un imán. Pero pronto aprendimos a cambiar la lente de ojo cada pocos segundos y dividir así el esfuerzo; y eso es lo que Don estaba haciendo, apoyado sobre el sucio terraplén, con las piernas abiertas, como un oficial tras el parapeto del puente de su barco. Don era de California. Tenía una figura semejante a la de un silo, y casi su tamaño.

—Adoro la nieve —dijo, cambiandola lente de ojo—. Allí no la tenemos más que en Hollywood. Mañana, cuando nos vayamos de Suiza, llenaré de nieve el otro hueco de los gemelos para recordarte.

—Un poco de nieve les podía venir bien a esos gemelos, de todas formas —dijo yo.

—O un trozo de bistec —dijo él.

Entonces caí en la cuenta de que no se había cambiado la lente en cinco o seis segundos, que se convirtieron luego en ocho y luego en diez; yo sentía que mi propio globo del ojo era arrastrado hasta el insoportable instante previo al súbito brote de ardientes y ciegas lágrimas. Al cabo Don bajó los gemelos y volvió la cabeza y el ojo lagrimeante, y se inclinó un poco hacia adelante, como si le sangrara la nariz, mientras las lágrimas le surcaban la mejilla.

—A quién llevan es a un hombre —dijo.

—¿Quiénes llevan a un hombre?

—dijo yo.

Ahora era yo quien tenía los gemelos, y pude experimentar la misma sensación: el globo del ojo que miraba no sólo se salía de mi cráneo, sino que arrastraba detrás al otro globo, que pasaba a través de la nariz para llenar la cuenca vacía de su compañero.

Me cambié la lente de un ojo una y otra vez. Pero ya los había visto: se deslizaban negros y diminutos por el fondo del valle, en dirección al pueblo, y sus sombras largas se arrastraban ante ellos sobre la nieve; primero un punto, luego dos series de puntos unidas por aquello que portaban, luego otro punto y luego otros dos más, en fila india; el de detrás de los hombres que portaban el cuerpo vestía también faldas.

—El que va a la cabeza es un cura —dijo Don—. Dame los gemelos.

Nos turnamos en la observación, pero en ningún momento vimos nada detrás de ellos más que el amasijo de rocas de la base de las montañas, de donde habían surgido: ni una casa ni una choza de donde hubieran podido sacar el cuerpo; sólo el amasijo rocoso de la base y el clamor mudo del barranco, al que ni siquiera el hielo podría aferrarse y cuya pared ascendía hasta un punto en donde la sombra de la cornisa era tan insignificante como un hilo. Entonces vi que el surco que hacían en la nieve no se extendía sólo a su espalda sino también hacia el frente. Le tendí los gemelos a Don y me sequé la cara con el pañuelo.

—Fueron a buscarle y ahora vuelven —dijo Don—. Se despeñó.

—A lo mejor es un sendero. Un camino.

Don cogió los gemelos y se pasó la correa por encima de la cabeza. El hombre de la casa de empeños no había encontrado ningún estuche que sirviera. Tal vez había vendido el que correspondía a Zeiss por cincuenta liras.

—Se despeñó —dijo Don—. ¿No quieres seguir mirando?

—Ya es suficiente —dije—. Vamos.

¿No ves el sol?

Porque el sol se había puesto. Había dejado el valle mientras estábamos allí; ahora sólo descansaba en las nieves altas, rosadas y sin consistencia como nubes contra un cielo que cambiaba ya de verde a violeta. Seguimos adelante; el camino serpeaba y zigzagueaba a nuestros pies, abismándose en la oscuridad. En el pueblo se veían ahora luces, trémulas y parpadeantes como luces que fluctuaran sobre el agua, o bajo el agua, y de pronto se acabó la nieve. La habíamos dejado atrás, habíamos emergido de ella; súbitamente hizo más frío, como si en el fulgor de la nieve hubiera habido cierta calidez y ahora no hubiera ya nada sino el crepúsculo y el frío. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, el propio pueblo se había inclinado hacia un lado, y volví a pensar que en aquel país no existía ni un pie cuadrado llano de verdad; los pueblos de los valles, incluso, no eran llanos sino vistos desde arriba. Acaso toda la tierra parecía llana mientras uno caía hacia ella; acaso uno no podría soportar mirarla o acaso no podría hacer sino mirarla.

—¿Te sigue gustando la nieve?

—dije—. Quizá sea mejor que llenemos el hueco con nieve antes de que se nos acabe.—Quizá yo no quiera hacerlo por ahora —dijo Don.

Don iba delante; siempre era el más rápido en el descenso. Llegó, pues, el primero al valle; tal como había cesado la nieve cesaron las montañas, que se convirtieron en el valle, y el valle, a su vez y casi de inmediato, se convirtió en el pueblo, y el camino en una calle empedrada que volvía a ascender. También allí llegó el primero Don.

—Ahora están en la iglesia —dijo—.

Algunos de ellos. Seguro que uno o dos. Al menos uno.

Entonces lo vi yo también: el pequeño y severo cubo de piedra con su aguja, que por su aspecto bien podría datar de tiempos de los reyes lombardos, la luz de las velas cayendo hacia el exterior a través de la puerta abierta, y la gente —hombres y mujeres, e incluso algún niño— congregada ante ella; el grupo me trajo a la memoria aquel otro que vi una vez esperando ante el muro ciego de una pequeña cárcel de Alabama donde iba a tener lugar un ahorcamiento. Los clavos de nuestras botas golpearon el empedrado como cascos de caballos de tiro; sin alterar siquiera el ritmo de sus zancadas, Don se dirigía hacia la iglesia.

—Espera —dije—. Se despeñó. ¿Y qué? Vamos. Tengo hambre. Vamos a cenar.

—A lo mejor no se cayó —dijo Don—. A lo mejor lo empujó un amigo.

A lo mejor saltó por una apuesta.

Hemos venido a Europa para observar las costumbres. Un entierro como éste no lo has visto ni siquiera en Alabama.

—De acuerdo —dije—. Supón que el hombre...

Pero estábamos ya demasiado cerca; uno no podía asegurar, al menos en los lugares de Europa que habíamos visitado, qué lengua hablaba exactamente una persona o cuáles eran las que no hablaba. Así que nos dirigimos a lo que al parecer era una iglesia vacía, pues toda la gente que alcanzábamos a ver estaba fuera de ella. Al acercarnos se volvieron y nos observaron en silencio.—"Messieurs" —dijo Don. "Mesdames".

—"Messieurs" —dijo uno de ellos al cabo de un instante. Era un hombre cincuentón y de aire quisquilloso, un cartero, según creí reconocer al punto; también había habido un cartero con su valija de cuero aquel día, ante la cárcel de Alabama.

Las caras de los otros seguían volviéndose, observándonos, pero al poco, cuando nos detuvimos entre ellos para mirar también al interior de la iglesia, dejaron de mirarnos. La iglesia era un cubículo de piedra no mayor que la garita de un centinela; la blanda y fría luz de las velas, que bañaba lo alto del recinto y se extinguía en torno a la agonía de yeso de un crucifijo de tamaño natural, parecía consolidar el frío glacial que nos asaltó cuando dejamos la nieve; además de las velas, el ataúd y la mujer arrodillada a un lado —ni el sombrero ni el abrigo de piel habían sido comprados en ninguna ciudad suiza— y el cura, atareado en algo al fondo, con aire idéntico al de una atareada y absorta ama de casa, y el otro hombre, un campesino —con la impronta de las montañas, si bien era posible que no la hubiera adquirido llevando y trayendo ganado de los pastos al alba y al crepúsculo—, de pie en un banco cercano al pasillo, hacia el centro de la iglesia. Entonces, mientras mirábamos hacia el interior, el cura cruzó por detrás del ataúd y se detuvo bajo el crucifijo —su sotana se agitaba y se oía un sonido sibilante, como si el débil y frío fulgor de las velas hubiera llegado a ser audible— e hizo una genuflexión, una reverencia muy semejante a las que se enseña a las niñas, y desapareció en alguna parte del fondo o de un costado, y el otro hombre dejó el banco y se acercó por el pasillo hacia nosotros.

Y yo no vi movimiento alguno —lo sentí tan sólo—, pero cuando el hombre llegó a la puerta y salió, fuera quedaban únicamente tres personas: Don y yo y el pequeño cartero. El hombre que salía se agachó y cogió un "piolet", que tenía fijadas a él cinco o seis clavijas de escalada, y pasó ante nosotros sin mirarnos y se alejó. El cartero seguía allí únicamente porque Don lo tenía sujeto por el brazo; recordé entonces que, antes de dejar París, alguien nos advirtió que uno puede decir cualquier cosa a un europeo, pero no debe jamás poner la mano sobre su persona; aquel hombre era sin duda un funcionario estatal, y lo que estaba haciendo Don era lo mismo que importunar a un policía o a un jefe de estación. Yo no veía a los demás, pero los podía sentir vigilándonos desde la oscuridad mientras Don retenía al

cartero como a un chiquillo sorprendido robando manzanas, frente a la puerta abierta de la iglesia en la que la mujer del sombrero parisiense y el abrigo de pieles seguía arrodillada con la frente contra el féretro, como si estuviese dormida. El francés de Don era aceptable. No siempre expresaba lo que él quería, pero nunca nadie había dejado de entenderle.

—Ese muerto —dijo—. ¿Se cayó?

¿Se estrelló contra el pie de la montaña?

—Sí, señor —dijo el cartero.

—Y la mujer que lo llora, la dama de París, ¿es su esposa?

—Sí, señor. —El cartero tiró del brazo que retenía Don.

—Entiendo —dijo Don—. Un extranjero. Un cliente de las escaladas.

Un francés rico. O un milord inglés que viste a su mujer en París.

Ahora el cartero forcejeaba.

—¡No! ¡No francés! ¡No inglés!

¡De este pueblo! ¡Basta, “monsieur”!

¡Basta ya...!

Pero Don lo retenía.

—No el guía que salió de la iglesia y cogió el “piolet” con las baratijas de metal. El otro. El que se ha quedado. El marido que está muerto en la caja.

Pero para mí era ya demasiado rápido. El cartero había liberado ya su brazo, y durante los instantes que siguieron el propio Don se quedó allí inmóvil, como un silo contra el que lanzan agua con una manguera o incluso grava menuda a través de un tubo, hasta que el cartero cesó al fin y alzó un brazo y se alejó, y allí quedó Don pestañeando en dirección a mí, con el Zeiss incompleto colgándole del pecho como un juguete.

—De este pueblo —dijo—. Su marido. Y el sombrero parisiense, y apuesto a que el abrigo costó treinta o cuarenta mil francos.

—Eso también lo he oído yo —dijo—.

¿Qué es lo que ha dicho cuando se ha soltado la lengua?

—Que los dos eran guías: el que ha salido de la iglesia y ha cogido el “piolet”, y el que está en el ataúd.

Y los tres son del pueblo, sí, también la del sombrero parisiense y el abrigo de pieles. Y ella y el que está en el ataúd estaban casados, y un día, el otoño pasado, los cuatro escalaron...

—¿Quiénes son los cuatro? —dijo yo.

—Sí —dijo Don—. También a mí me gustaría saberlo. El caso es que subieron a la montaña; generalmente no se oye hablar de guías profesionales que se despeñan, pero éste, de una forma u otra, se despeñó, y entonces era ya tarde para recoger el cuerpo, y había que esperar hasta el deshielo en primavera, y llegó el deshielo y ayer volvió la esposa, y esta tarde lo han traído al pueblo, así que la mujer ya puede marcharse, pero como no hay tren hasta mañana por la mañana, ¿qué te parece si nos valemos de la mujer para satisfacer nuestra curiosidad, o, mejor aún, nos ocupamos de nuestros asuntos y buenas noches, “messieurs”?

—¿Volvió de dónde? —dijo—. ¿Marcharse adónde?

—Sí —dijo Don—. Eso me pregunto yo. Vamos a buscar el hostel.

No podía estar sino en una dirección, pues sólo había una calle y estábamos en ella. Y al poco lo vimos; nuestros clavos resonaban en el agua helada. Pero en él estaba la primavera: esa vívida novedad de la primavera, que hacía que las lámparas de las ventanas dispersas —que ascendían escalonadamente sobre las invisibles gradas de las pendientes— parpadearan y temblaran con centelleo más intenso que el que les confería la distancia.

La puerta estaba a un nivel dos escalones más bajo que la calle. Don la abrió y entramos en el recinto limpio y cálido y luminoso y bajo, con su estufa y sus mesas y bancos

de madera, con esa mujer que hace punto siempre en su pequeño rincón, al fondo de la barra ocupada por montañeses que vuelven la cabeza a un tiempo cuando entramos.

—"Gruss Gott, messieur"¹⁵ —dijo Don.

—Eso sólo se dice en Austria —dije yo.

Pero (de nuevo después de una décima de segundo) una voz dijo: —"Gruss Gott".

—Ya ves que no —dijo Don.

Dejamos nuestras mochilas y nos sentamos a una mesa. La mujer, que hacía punto con presteza mientras inclinaba la rubia cabeza ondulada sobre su labor, se dirigió a nosotros sin alzar siquiera la mirada:

—"Messieurs?"

—"Deux Bières, Madame" —dijo Don.

—"Brune au blonde, Messieurs?"

—"Blonde, Madame"¹⁶. Y también deseábamos pasar aquí la noche.

—"Bon, Messieurs"¹⁷.

Y la cerveza llegó, rubia como el oro y en jarras de cristal fabricadas probablemente en Pittsburgh o en Akron o en Indianápolis, antes casi de que la pidiéramos, como si hubieran sabido que tarde o temprano vendríamos y la hubieran tenido preparada. El camarero llevaba un esmoquin sobre el delantal, tal vez el primer esmoquin de la geografía exterior al Palacio de la Paz de Lausana. Tenía unos cuantos dientes cariados y una atractiva y consumida cara de mozo de cuadra, y en los diez segundos siguientes descubrimos que no sólo hablaba mejor inglés que nosotros sino incluso, cuando olvidaba esforzarse, mejor norteamericano.

—Ese muerto —dijo Don en francés—, ese hombre del pueblo que cayó...

—Así que ustedes son los que han tratado de sonsacar a Papá Grignon —dijo el camarero.

—¿A quién? —dijo Don.

—Al alcalde, allá en la iglesia.

—Yo creía que era el cartero —dije.

El camarero ni siquiera me miró.

—Ustedes echan de menos la espada y el carro de estiércol —dijo—. Se creen que están en Hollywood. Esto es Suiza.

Tampoco miraba las mochilas. No tenía necesidad de hacerlo. Podía haber hablado todo un párrafo o una página y no haber dicho tanto.

—Sí —dijo Don—. Adelante. Nos gusta. El hombre que cayó.

—Muy bien —dijo el camarero—. ¿Y qué?

—Un guía —dijo Don—. Con una esposa que lleva un sombrero parisiense y un abrigo de pieles de cuarenta mil francos. Y que estaba allí arriba con ellos mientras él se despeñó. Puede que yo haya oído hablar de guías que se caen, pero nunca de ninguno que se lleve a la mujer con él a una excursión profesional, a una escalada con una cliente que paga. Porque el alcalde dice que había cuatro personas, y uno de ellos era otro guía...

—De acuerdo —dijo el camarero—.

Brix y su mujer y Emil Hiller y el cliente. Era el día que habían fijado Brix y su mujer para casarse, el otoño pasado, después de la temporada, cuando ya Brix había sacado toda la pasta posible en la temporada de escalada y ya no quedaba nada por delante más que la vida de casado que llevaría en el invierno. Pero la noche anterior a la boda Brix recibe un telegrama del cliente que le anuncia que el cliente está ya en Zurich y que espera que lo

¹⁵ Saludo utilizado en Austria y en el sur de Alemania: Buenos días. (N. del T.)

¹⁶ —¿Señores? —Dos cervezas, señora. —¿Negras o rubias, señores? —Rubias, señora...

¹⁷ Bien, señores. (N. del T.)

vaya a recibir a la mañana siguiente. Así que Brix aplaza la boda y va con Hiller a la estación a esperar al tren, y el cliente se apea con los ocho o diez mil francos de trastos de montañismo que Brix e Hiller le ayudaron a comprar en los cinco años pasados, y aquella misma tarde suben a los Bernardines y aldía siguiente...

—¿La novia? —dijo Don.

—La llevaron con ellos. Se habían casado aquella mañana, como Brix tenía planeado. Cuando recibió el telegrama, Brix aplazó la boda para subir con Hiller y el cliente adonde el cliente quisiera, y bajar luego y acompañarlo hasta el tren pero lo primero que oyó el cliente cuando se bajó del tren fue lo de la boda, así que tomó las riendas del asunto y...

—Espere —dijo Don—. Espere.

—Tenía la pasta —dijo el camarero, que ya no se movía en absoluto. Ni siquiera limpiaba la mesa que no necesitaba limpieza alguna, como podíamos haber supuesto que haría. Se limitó a seguir allí, junto a la mesa—. El pez gordo. Brix y Hiller lo habían estado llevando los últimos cuatro o cinco años a las escaladas fáciles de los alrededores; venía cuando le quedaba tiempo libre entre uno y otro negocio de esos de dos millones de coronas o francos o liras. No es que no fuera capaz de escalar uno más difícil. Era mayor que ustedes, pero no mucho. Lo que sucede es que no quería. Escalaba para pasar el rato, a lo mejor para que el periódico de la ciudad donde vivía publicara su fotografía. Y uno no hace montañismo para pasar el rato.

Uno saca de donde sea el tiempo libre y lo emplea y se gasta en la escalada quizá hasta el dinero que debería gastar su mujer en el dentista. Y allí estaba la pasta, la pasta extra, y Brix posiblemente veía ya tan cerca el matrimonio que se daba cuenta de que en adelante no iba a andar, como él diría, sobrado de dinero. Así que el pez gordo tomó las riendas y se celebró la boda, y fue el propio pez gordo quien llevó la novia al altar y firmó en el registro...

—¿No tenía ella parientes? —dijo Don.

—La hija de la hermanastra de su madre y su marido —dijo el camarero—.

Vivía con ellos, pero no es fácil que la medio prima carnal de uno se case con un hombre cuyo patrón no sólo tiene pasta, sino que es generoso con ella siempre que pueda imponer el modo de gastarla. Así que el pez gordofirmó el primero en el registro, y el cura bendijo también la escalada, que era hasta el monasterio de los cistercienses, donde el pez gordo invitaría a la cena de bodas; al día siguiente volvería y cogería el tren de Milán para hacerse con algún otro negocio, pues hasta un niño podía hacer solo aquella escalada si el tiempo no se ponía en contra. Así que subieron al monasterio aquella tarde y el pez gordo dio la cena de bodas, y a la mañana siguiente estaban sobre el glacis que Brix no tenía intención de pisar, pero algo les fue mal, tal vez el tiempo, siempre suele decirse que es el tiempo, y quizá debieron quedarse refugiados en el monasterio, pero estaba el tren del pez gordo, y no todo el mundo quiere dedicar su vida a subir y bajar tipos de las montañas, ni tiene intención de hacerlo en el futuro, y quizá Brix debió dejar a su mujer en el monasterio, pero no todo el mundo quiere casarse ni tiene intención de hacerlo alguna vez. Sea como fuere, el pez gordo está en aquel momento donde Brix no debería haber permitido que estuviera, haciendo lo que Brix y Hiller deberían haber sabido que haría, y resbala de la cornisa y se lleva con él a la señora Brix, y entre los dos se llevan detrás a Brix, y ahí los tenemos: Hiller afianzado en la cornisa con un extremo de la cuerda, y la señora Brix y luego el pez gordo y luego Brix al otro extremo, colgando sobre la cara de hielo. Pero el pez gordo, al menos, suelta su "piolet", en el momento justo para no darle a Brix, lo cual es una suerte pues está en un saliente que Brix no puede alcanzar con su "piolet" y nadie ha sido capaz de subir a tres personas que se balancean en el extremo de una cuerda, al menos no por estos pagos, y naturalmente Brix no va a pedir al tipo que paga la excursión que corte la cuerda para que Hiller pueda subir a la mujer del guía, que ha ido con ellos gratis y que además no tenía por qué haber ido. Así que Brix corta la cuerda entre él y el pez gordo, y entonces Hiller sube a los dos que quedan perfectamente, y a la tarde siguiente la señora Brix y el pez gordose marchan en el tren y al cabo de un tiempo la nieve...

—Espere —dijo Don—. ¿La novia?

¿La viuda?

—Esperaron veinticuatro horas. El pez gordo se quedó un día entero.

Hiller, aquella tarde, volvió con ellos al monasterio para bajar por el camino a la mañana siguiente; Hiller y uno de los frailes fueron aquella noche al glacis en busca de Brix.

Pero había demasiada nieve, así que bajó al pueblo a buscar ayuda (también esto corrió a cargo del pez gordo).

Ofrecía un buen pellizco por encontrar a Brix), y cuando amaneció, Hiller y los otros intentaron llegar partiendo desde abajo. Pero había demasiada nieve; sólo se deshelaría en primavera, de modo que al final Hiller comprendió que tendrían que esperar. Y al cabo de un tiempo la nieve...

—Pero sus parientes —dijo Don—.

Usted dijo que ella tenía unos parientes. La...

—... hija de la hermanastra de su madre y su marido. Tal vez el cura sabía. Estaba en la estación cuando ellos partieron en el tren. Puede que la medio prima carnal y su marido lo dejasen en manos del cura. O puede que fuera otra vez el dinero. O es posible que la señora Brix no pudiera oír al cura, simplemente. No parecía capaz de ver ni oír gran cosa aquella tarde, cuando subió al tren.

—¿Nada? —dijo Don—. ¿Nada en absoluto?

—Bueno, podía andar —dijo el camarero—. ¿Qué quieren comer? ¿El “rago5t” o huevos con jamón?

—Pero ha vuelto —dijo Don—. Al menos ha vuelto.

—Sí. Anoche en el tren. El deshielo empezó el mes pasado, y la semana pasada Hiller le envió un telegrama al pez gordo diciéndole que creía que era el momento, así que ella llegó en el tren de la medianoche pasada y dejó la bolsa en consigna y esperó en la estación hasta que al amanecer apareció Hiller; fueron y encontraron a Brix y lo trajeron al pueblo; y si ella tiene frío esta noche allá en la iglesia, puede volver a la estación y sentarse a esperar el tren de mañana.

¿Qué quiere comer?

—Pero su gente —dijo Don—. La...

—¿Qué quieren comer? —dijo el camarero.

—A lo mejor se han casado —dijo Don.

—¿Qué quiere comer? —dijo el camarero.

—A lo mejor ahora ella lo ama —dijo Don.

—Muy bien. ¿Qué quieren comer?

—Habla usted muy bien el inglés de los Estados Unidos —dijo Don.

—Viví allí. En Chicago. Dieciséis años. ¿Qué quieren comer?

—A lo mejor él fue bueno con ella —dijo Don—. Por mucho que fuera italiano, un extranjero...

—Era alemán —dijo el camarero—. A la gente de este país no le gustan los alemanes. ¿Qué quieren comer?

—El “rago5t” —dijo Don.

Apuramos la comida, siempre buena en Europa o en cualquier otro lugar donde se hable francés; subimos las pulcras escaleras y entramos en el pequeño y limpio cuarto, situado bajo la empinada pendiente de los aleros, y nos acostamos entre las limpias y heladas sábanas, que emanaban de sí mismas un olor de nieve. El sol salió luego al otro lado de las montañas que ahora teníamos enfrente, alargándose oblicuamente en el valle para luego acortarse; no arrastraba ante él la sombra de las montañas, sino que la borraba del mismo modo que la marea creciente engulle la playa; después, cuando dejamos el hostel, el valle estaba lleno de sol. Y volví a pensar que aquel país, incluso cuando era llano, lo era en diferentes niveles, pues cuando mirábamos hacia el verdadero valle desde lo que habíamos tomado por el valle, de nuevo en medio de la nieve, entre los arrugados terraplenes de nieve que los quitanieves habían alzado a ambos lados, dando lugar a un canal que encauzaba no sólo los relucientes raíles sino la luz viva y el sol hacía el negro

orificio del túnel, que a su vez pronto se vería desbordado, como la montaña misma que horadaba se disolvería en violenta luz. Entramos en la cantina.

—“Gruss Gott, messieurs” —dijo Don.

Y de nuevo respondió una voz: —“Gruss Gott”.

Y bebimos aquella cerveza tan rubia como la mañana en las jarras de cristal. En América, beberla antes del mediodía, aun en un día caluroso, era algo tan insólito como desvainar un barreño de guisantes en la iglesia, y sin embargo habíamos desayunado con ella a lo largo y ancho del Tirol.

Luego llegó el tren y Don dijo: —“Gruss Gott, messieurs”.

Y como siempre alguien respondió, y salimos al vivo e insufrible resplandor de la nieve, y caminamos por el andén a lo largo del tren, hacia nuestro coche de tercera clase, y nos volvimos y miramos hacia atrás y, a excepción de la nieve y el sol, todo era idéntico a la noche pasada: las apacibles caras de los campesinos de las montañas, ahora no tantas como la noche pasada y todas de varones; gentes que bien podían estar allí del mismo modo que las gentes de las pequeñas poblaciones de América esperan la llegada de los trenes directos; y el guía llamado Hiller, el que la noche pasada había salido de la iglesia, estaba ahora ante la escalerilla de un coche de primera clase, junto a la mujer del sombrero parisiense y el abrigo de pieles y la cara aún campesina, pues habrían de transcurrir más de seis meses para que se borrarán de ella las montañas y el valle y el pueblo y las fiestas de la primavera en el ejido —si es que en el pueblo existía un terreno comunal y las gentes de Suiza organizaban fiestas de la primavera— y las vacas conducidas a los altos pastos y luego de nuevo al pueblo y ordeñadas para fabricar queso y chocolate con leche, o fuera lo que fuese lo que las chicas suizas hacían.

Entonces oímos las escuálidas y frenéticas y tristes bocinas, y la mujer sacó algo de su bolso y se lo dio al hombre que estaba junto a ella y subió al tren, y subimos también nosotros cuando el tren ya se movía; ganaba velocidad al dejar atrás al hombre —que se movía y lanzó al aire lacentelleante moneda—, al deslizarse entre los taludes convulsos por los quitanieves, y marchaba aún más veloz al irrumpir en la negrura del túnel, que tras la nieve era como un latigazo en plenos ojos, y de la negrura irrumpía luego en la violenta luz y era como un segundo latigazo, y avanzaba más de prisa, dando bandazos y balanceándose en las curvas y volviendo a irrumpir del resplandor a la negrura y de la negrura al resplandor, mientras a ambos lados, incesantemente, los picos, en gradación de tonos pasteles a partir de aquel fulgor insufrible, se movían con la tremenda deliberación de mastodónticos rumiantes celestes, bajo la mañana ascendente y hacia el fuego del mediodía, y luego, llegado y superado ya el mediodía, hacia un último y mortecino terreno en declive de la C4te d.Or, la empinada pendiente de un continente que se inclina hacia la somnolienta neblina donde se encuentra París, y el último pico blanco pasó lentamente ante nuestra ventana y quedó atrás.

—Me alegre —dije yo.

—Sí —dijo Don—. No quiero ya más nieve. No quiero volver a ver nieve en mucho tiempo.

—Era exactamente igual —dijo el hombre—. La gente de Europa lleva odiando y temiendo a los alemanes tanto tiempo que ya nadie recuerda cómo eran antes.

Notas

“Abreviaturas”

DCPA Dorothy Commins Private Archive.

ESPL Essays, Speeches & Public Letters by William Faulkner, ed. James B. Meriwether, New York, Random House, 1965. NOS “William Faulkner: New Orleans Sketches”, ed. Carvel Collins, New York, Random House, 1968. FCVA William Faulkner Collections, Biblioteca de la Universidad de Virginia.

JFSA Jill Faulkner Summers Private Archive.

NYPL New York Public Library, Astor, Lenox, and Tilden Foundations. ROUM Rowan Oak Papers, Biblioteca de la Universidad de Mississippi.

“Emboscada” Esta historia apareció en “The Saturday Evening Post” (29 de septiembre, 1934) en calidad de primera de una serie. En la página 22 aparece entre corchetes un párrafo del original que se omitió en el “Post” y que Faulkner tampoco incorporó a la historia cuando volvió a escribirla para hacer de ella el primer capítulo de su novela “Los invictos”. Había otros trece párrafos del original que tampoco aparecieron en el “Post”, pero todos ellos son breves y poco importantes para la forma o el contenido de la historia.

Depositario: ROUM.

“Retirada” Esta historia apareció en “The Saturday Evening Post” (13 de octubre, 1934). Se hicieron algunos cambios menores del original para su publicación en la revista.

Cuando Faulkner la revisó para convertirla en el segundo capítulo de “Los invictos”, dio mayor amplitud a la parte cómica de las estratagemas de la Nana para proteger el baúl de la plata y escribió una media docena de páginas importantes sobre tío Buck y tío Buddy McCaslin que prefiguraban su tratamiento de estos personajes en “Desciende, Moisés”. También restituyó las dos últimas líneas de la historia (eliminadas en la versión del “Post”), que aparecen aquí entre corchetes.

Depositario: ROUM.

“Incurción” Esta historia se publicó en “The Saturday Evening Post” (3 de noviembre, 1934). Las diferencias entre esta versión y el original fueron mínimas.

Cuando Faulkner revisó la historia para convertirla en el tercer capítulo de “Los invictos”, alargó dos días las correrías de la Nana y amplió el material de la destrucción del ferrocarril, incluyendo un pasaje de siete páginas que describía un enfrentamiento entre locomotoras Federales y Confederadas que sirviera de contraste a las terribles realidades de la guerra que Ringo y Bayard habrían de experimentar más tarde.

Depositario: ROUM.

“Escaramuza en Sartoris” El 4 de octubre de 1934, Faulkner envió una historia llamada “Drusilla” a “The Saturday Evening Post”. Pero el “Post” no la compró, y Coldman, el agente de Faulkner, la vendió a “Scribner’s Magazine”, donde apareció en abril de 1935, sin ninguna alteración, bajo el nuevo título de “Escaramuza en Sartoris”.

Cuando Faulkner la revisó para transformarla en el sexto capítulo de “Los invictos”, eliminó material que proporcionaba información necesaria a los lectores de “Scribner’s”, pero que ya había sido tratado en “Incurción”. También el tiempo transcurrido desde “Incurción”. de dos años a dieciocho meses.

Despositario: ROUM.

“Los invictos” Esta historia apareció en “The Saturday Evening Post” (14 de noviembre, 1936).

A finales de la primavera de 1937, Faulkner la revisó e introdujo material nuevo, aunque no hay diferencias importantes entre el texto de la revista y el libro. Se le dio el nuevo título de “Riposte in Tertio”, y el título original se usó para dar nombre al nuevo libro.

Depositario: ROUM.

“Vendée” Cuando esta historia se envió a “The Saturday Evening Post”, en septiembre de 1934, al editor le gustó, pero pidió a Faulkner que hiciera algunos cambios. Éste accedió y además volvió a escribir cuidadosamente algunos pasajes, en total más de mil palabras.

Al revisar la historia para convertirla en el capítulo quinto de “Los invictos” Faulkner amplió el material sobre la persecución de Grumby, su matanza y la colocación de la mano cortada en la tumba de Rosa Millard.

Depositario: ROUM.

“Loco por un caballo” A finales del invierno de 1935 Faulkner escribió un manuscrito de diez páginas con este título. No llegó a ponerse de acuerdo con el “Post” respecto de esta historia, y finalmente la publicó “Scribner.s Magazine” en agosto de 1936. En el invierno de 1938-39, cuando Faulkner estaba trabajando en su novela “El villorrio”, revisó la historia y la incorporó a la segunda parte del capítulo segundo del libro primero “Flem”.

Depositario: FCVA.

“Lagartos en el patio de Jamshiyd” Por las notas de Faulkner sabemos que envió esta historia al “Post” en mayo de 1930. Su correspondencia con el “Post” nos revela que envió dos versiones, y a los editores les gustó más la primera que la segunda, que finalmente aceptaron en agosto de 1930. Finalmente la historia se publicó en febrero de 1932. Fue probablemente en el invierno de 1938–39 cuando Faulkner empezó a usar elementos de la historia en su novela “El villorrio”.

Depositarios: JFSA. ROUM.

“El perro” Faulkner envió esta historia al “Post” el 17 de noviembre de 1930. Se la rechazaron, igual que “Scribner.s” y “The American Mercury” hicieron después. El 8 de mayo de 1931 la aceptó “Harper.s” y la publicó en agosto del mismo año.

En 1934 se incluyó en “DoctorMartino and Others Stories”. A finales del invierno de 1938–39, Faulkner la interpoló en su novela “El villorrio”.

“Caballos manchados” Faulkner escribió seis versiones de esta historia con títulos distintos, hasta que finalmente se publicó en “Scribner.s” con el título “Caballos manchados”, en julio de 1931. En septiembre de 1939 la volvió a narrar como parte del cuarto libro de “El villorrio”.

Depositarios: NYPL. FCVA.

ROUM. JFSA.

“Lion” Probablemente Faulkner escribió esta historia a finales del invierno o principios de la primavera de 1935. Intentó venderla a por lo menos una de las revistas semanales de mayor circulación, pero finalmente la compró “Harper.s” y la publicó en diciembre de 1935. En septiembre de 1941 usó gran parte de ella en “El oso”, que se había de convertir en la quinta parte de la novela “Desciende, Moisés”.

“Gente de antaño” Después de haber sido rechazada por siete publicaciones semanales, esta historia publicada por “Harper.s” en septiembre de 1940. Cuando Faulkner la revisó en el verano de 1941 para incluirla en “Desciende, Moisés”, la amplió en unas mil palabras, y realizó cambios notables, necesarios para la integración del material en la saga de las relaciones entre familias blancas y negras que formaba la base de esta novela.

Depositario: FCVA.

“Cuestión de leyes” Probablemente Faulkner completó esta historia a finales de 1939. El 31 de enero de 1940 la compró “Collier.s”, que la publicó en junio del mismo año.

En la primavera de 1941, Faulkner estaba trabajando en “Desciende, Moisés” y utilizó la historia en el capítulo primero de “El fuego y el hogar”, aunque con bastantes variaciones.

“No siempre es oro” El 19 de febrero de 1940 H.

Ober, agente de Faulkner, recibía de éste el original mecanografiado de esta historia. Antes de que “The American Mercury” lo comprara, el 16 de septiembre, fue rechazado por otras cinco publicaciones.

Se publicó en noviembre.

En el verano de 1941 Faulkner la usó al escribir el capítulo segundo de “El fuego y el hogar”.

“Bufón en negro” H. Ober recibió de Faulkner un mecanografiado de veinticuatro páginas de esta historia el 18 de marzo de 1940. Intentó sin éxito darlo a cuatro publicaciones diferentes antes de venderlo a “Harper.s” el 9 de agosto. Se publicó en octubre de 1940. Cuando Faulkner utilizó la historia en la tercera parte de “Desciende, Moisés”, se limitó a añadir algunas frases y modificar la distribución de los párrafos de la versión de la revista.

Depositario: FCVA.

“Desciende, Moisés” Faulkner escribió esta historia en julio de 1940. El 17 de septiembre lo compró “Collier.s” y apareció en enero de 1941. Dos pasajes del original que no aparecieron en la revista y que Faulkner no incluyó en “Desciende, Moisés”, están aquí entre corchetes.

A finales de agosto de 1941, Faulkner envió a Random House la versión que quería usar como última parte de “Desciende, Moisés”. Los cambios que realizó fueron de carácter menor, y menos numerosos que los que había realizado en cualquiera de las otras historias que pasaron a formar parte de esta novela.

“El otoño del Delta” El 16 de diciembre de 1940 H.Ober recibió un original mecanografiado de dieciocho páginas de esta historia. Seis publicaciones la rechazaron antes de que “Story” la comprara el 2 de diciembre de 1941, y la publicara en junio de 1942. Al volverla a escribir para convertirla en la sexta parte de “Desciende, Moisés”, Faulkner introdujo varios cambios cruciales.

“El oso” En julio de 1941 Faulkner empezó a trabajar en una novela corta, que se había de convertir en la quinta y más larga parte de “Desciende, Moisés”. En el intervalo que medió entre la entrega de las dos primeras partes y la de la tercera, Faulkner se dedicó a refundir parte de este material para crear una historia, con el mismo título de la novela, que esperaba aliviara sus perennes problemas financieros.

El “Post” la aceptó una vez revisada, a petición suya, y la publicó en mayo de 1942.

“Carrera en la mañana” Faulkner llevó a Ober esta historia el 21 de septiembre de 1954. La había escrito para “The Saturday Evening Post” que la compró dos días después y la publicó en marzo de 1955. A comienzos de 1955 Random House decidió publicar una colección de las historias de caza de Faulkner. Después de añadir a ésta una docena de líneas nuevas, se convirtió en la cuarta y última del libro titulado “Grandes bosques”.

Depositario: DCPA.

“Peón porcino” Puede que Faulkner escribiera esta historia en octubre de 1954. El 13 de marzo de 1955 Ober la recibió y la envió a “Life”. El 29 de enero “Life” la rechazó, y “Collier.s” también lo hizo dos semanas después. Quedó en los archivos de Ober hasta que Faulkner la reclamó para revisarla y convertirla en parte de “La mansión” (1959).

Volvió a escribirla y la amplió haciendo numerosos cambios.

Depositario: FCVA.

“Ninfolépsia” El 10 de marzo de 1922 Faulkner publicó una pieza corta titulada “La colina” en “The Mississippi”, periódico estudiantil de la Universidad de Mississippi, donde había publicado dos años antes un poema titulado “L.aprés–midi d.un faune”.

Ninfolépsia, que parece datar de principios de 1925, durante el primer o segundo mes de su estancia en Nueva Orleans, combina elementos de esas dos obras anteriores.

Depositario: NPL.

“Frankie y Jonny” El 4 de enero de 1925 Faulkner salió para Nueva Orleans con la intención de pasar a Europa y vivir de su literatura. Sin embargo su estancia se prolongó seis meses mientras escribía y publicaba su trabajo en “Times–Picayune” de Nueva Orleans y en una revista nueva con sede allí llamada “The Double Dealer”. En esta última hizo su primera aparición con una obra titulada “Nueva Orleans” y que constaba de once piezas cortas, la tercera de las cuales era Frankie y Johnny.

Depositario: FCVA.

“El sacerdote” Durante su estancia en Nueva Orleans, Faulkner trabajó en lo que esperaba fuera una serie de historias y piezas cortas para el dominical de “Times–Picayune”. “El Sacerdote” fue la número cinco, pero se la rechazaron por miedo a ofender a algunos lectores del periódico.

Faulkner utilizó elementos de la historia así como el título en un segmento de “New Orleans” para “The Double Dealer”.

Depositario: NYPL.

“Una vez a bordo del lugre (I y II) En muchas ocasiones Faulkner habló de su trabajo como contrabandista delictivos durante su estancia en Nueva Orleans en 1925. El hermano de Faulkner, Jack, pensaba que su experiencia de contrabando no había sido muy intensa. Sea como fuere, le dio material para su literatura.

Faulkner dijo en una ocasión a F.L. Gwynn que había destruido dos novelas. Estas dos historias puede que constituyan todo lo que pudo salvar de una de aquellas novelas.

Depositario: ROUM.

“Miss Zilphia Gant” A mediados de diciembre de 1928 Faulkner envió esta historia a “Scribner’s Magazine” por segunda vez. Por segunda vez la rechazaron igual que hizo después “The American Mercury”. En marzo de 1930 la compró “The Southwest Review”, que al encontrarla demasiado larga, la vendió a su vez al Club del Libro de Texas que hizo una edición especial de 300 copias publicada el 27 de junio de 1932. Depositario: FCVA.

“Ahorro” Esta historia apareció en “The Saturday Evening Post” en septiembre de 1930. Era la tercera historia de Faulkner que aparecía en una revista nacional, y fue seleccionada para incluirla en el anuario de “Henry Memorial Award Prize Stories”. Como tratamiento predominantemente cómico de actividades bélicas aéreas en la Gran Guerra, ofrece un contraste con sus historias trágicas sobre el mismo tema como “Ad Astra” o “All the Dead Pilots”.

Depositario: FCVA.

“Idilio en el desierto” Presentada sin éxito a un total de siete revistas entre 1930 y 1931, esta historia fue publicada en edición limitada de 400 copias por Random House, el 10 de diciembre de 1931. Faulkner volvió a usar la situación de una mujer que abandona a su marido y dos hijos para huir al Oeste con una amante en “Las palmeras salvajes”.

Depositario: FCVA.

“La esposa de dos dólares” En primavera–verano de 1935, Faulkner, presionado por dificultades financieras, volvió a escribir esta historia para enviarla a un concurso de relatos cortos patrocinado por “College Life” con un premio de 500 dólares. La aceptaron y la publicaron en enero de 1936, pero no ganó ningún premio en el concurso.

La presente es la última versión de una historia que bien en su totalidad bien en parte Faulkner ya había escrito anteriormente con distintos títulos.

Depositarios: FCVA. ROUM.

“La tarde de una vaca” La primera noticia que tenemos de esta historia data de junio de 1937, en que Faulkner la leyó a un grupo de invitados suyos después de la comida diciendo que la había escrito un muchacho de mucho talento llamado Ernest V. Trueblood. El único que pareció apreciar la broma fue su traductor francés, Maurice Coindreau. Cuando durante la segunda guerra mundial las autoridades alemanas prohibieron la publicación de libros americanos en la Francia ocupada, Faulkner aprobó la publicación en Argel de la traducción de Coindreau de “La tarde de una vaca”, en 1943. A principios de 1947 pidieron la historia para publicarla en un número especial de “Furioso”, y Faulkner accedió.

Así pues, la historia apareció por fin en inglés, firmada por Ernest V. Trueblood, en el verano de 1947, una década después de que fuera escrita.

Depositario: DCPA.

“El señor Acarius” Faulkner entregó esta historia, con el título de “Weekend Revisited”, a Harold Ober en febrero de 1953. Éste la envió a “The New Yorker” que la rechazó, lo mismo que hicieron después “Collier.s Esquire”.

Faulkner seguía teniendo confianza en ella pero no viviría para verla publicada. Finalmente apareció en su mercado favorito para piezas cortas, “The Saturday Evening Post”, en octubre de 1965. Depositarios: JESA. DCPA.

“Sepultura en el sur: luz de gas” El amigo de Faulkner Anthony West le envió una fotografía de un umbrío cementerio tomada por Walker Evans, en la que había en primer término media docena de esculturas de mármol de tamaño natural. Poco después, a mediados de septiembre de 1954, West y Faulkner se encontraron en las oficinas de “Harper.s Bazaar” en Nueva York. Al comentar Faulkner que la foto era magnífica, West, esperando conseguir algo para “Bazaar”, le preguntó si quería escribir acerca de ella.

Aunque no se comprometió a nada, se puso a trabajar en ello poco después. Acabó la pieza antes de finalizar el mes y la envió a West.

“Harper.s Bazaar” la publicó en diciembre de 1954. Depositario: DCPA.

“Adolescencia” Faulkner dijo que había escrito “Adolescencia” a comienzos de 1920. La historia contiene imágenes que recuerdan algunos poemas tempranos de Faulkner, pero también prefigura parte de su ficción posterior, sobre todo por lo que respecta a los personajes, especialmente la esposa de Joe Bundem y su hija Juliet, así como la particular relación de ésta con Lee Hollowell, cargada de erotismo subyacente, que sugiere la de Donald Mahon y Emmy en “La paga del soldado” y la de Harry Wilbourne y Charlotte Rittenmeyer en “Las palmeras salvajes”.

Depositario: FCVA.

“Al Jackson” A finales del invierno de 1925 Faulkner consolidó su amistad con Sherwood Anderson. Los dos disfrutaban no sólo contándose historias, sino que también intercambiaban cartas que eran ejercicios conscientes en el arte del cuento inverosímil. Cuando Anderson leyó la primera carta le sugirió a Faulkner que volviera a escribir. Cuando lo hizo, Anderson escribió una respuesta que ampliaba la historia.

Faulkner replicó con la segunda carta. Más tarde utilizó algo de este material en su novela “Mosquitos”.

Depositario: The Newberry Library.

“Don Giovanni” Esta historia iba aparentemente destinada, como algunas otras que Faulkner escribió en Nueva Orleans en la primera mitad de 1925, al “Times–Picayune” de Nueva Orleans. Aunque la historia nunca se publicó, Faulkner, como es característico en él, rescató partes de ella para usarlas en quizá tres novelas: “Mosquitos”, “El villorrio” y “Pylon”.

Depositario: NYPL.

“Peter” En marzo de 1925, tras el traslado de Faulkner al apartamento de William Spratling, Faulkner a veces acompañaba a éste, joven arquitecto y profesor en la Universidad de Tulane, en las expediciones que hacía por diferentes partes de la ciudad para dibujar.

Aunque el original no lleva el nombre de Faulkner, es con certeza obra suya. Es difícil fecharlo en la secuencia de “sketches” que escribió durante la primera mitad de 1925. Al

igual que “El Sacerdote” esta historia contiene elementos que habrían ofendido a los lectores del “Times–Picayune”. La historia con esta forma era probablemente sólo un borrador y quizás en parte experimental, con sus cambios repentinos de diálogo a diálogo dramatizado y viceversa.

Depositario: NYPL.

“Claro de Luna” Según Faulkner, la primera versión de este relato fue escrita en 1919 o 1920 o 1921 y fue el primer relato corto que escribió. El original de dieciséis páginas que sobrevive de esta versión es incompleto.

La presente versión de “Claro de Luna” proviene de un original de catorce páginas mucho más cercano al estilo maduro de Faulkner que la versión de dieciséis páginas mencionada.

Depositario: FCVA.

“El pez gordo” Como “Snow” y “Evangeline”, este relato emplea un narrador en primera persona y un confidente llamado Don que comparte la función narrativa.

Probablemente Don se basaba en William Spratling, con quién Faulkner viajó a Europa en 1925. “El pez gordo” fue ofrecido a “The American Mercury” con fecha anterior al 23 de enero de 1930, y a otras cuatro revistas después que ésta lo rechazara. El estilo sugiere que fue escrito después de las historias de Nueva Orleans, pero antes de obras más maduras de finales de los veinte como “Sartoris”.

Elementos de este relato aparecerían después en varias obras posteriores.

Depositario: FCVA.

“Una historia prosaica” Esta repetición de “El pez gordo” fue enviada a “The Saturday Evening Post” el 14 de noviembre de 1930, pero no tuvo más éxito que el relato anterior. Quizá el aspecto más interesante del relato para el estudioso de Faulkner es la oportunidad que ofrece, al compararlo con “El pez gordo”, de observar a Faulkner haciendo lo que hacía tan a menudo y tan incansablemente: cambiar su punto de vista narrativo (aquí incluso el final) en su búsqueda del modo más efectivo de contar una historia.

Depositarios: JFSA. ROUM.

“Un regreso” El 7 de noviembre de 1930, Faulkner envió un relato llamado “Rosa del Líbano” a “The Saturday Evening Post”, que lo rechazó. Intentó dos veces más venderlo al año siguiente, pero sin éxito. Después Faulkner trabajó de nuevo el material y volvió a contar la historia de “Un regreso”. El agente de Faulkner, Ober, lo recibió el 13 de octubre de 1938. Intentó venderlo sin éxito, y recomendó a Faulkner que lo volviera a escribir. Lo hiciera o no lo hiciera el caso es que el relato nunca se publicó.

Depositarios: JFSA. ROUM.

“Evangeline” Faulkner había mencionado a su amigo “William Spratling” y lo había usado como modelo para un personaje en algunos de sus “sketches” de Nueva Orleans. Después de su viaje juntos a Europa, lo utilizó como base para el personaje de Don que aparece en tres relatos. En “Evangeline” vuelve a usar el narrador en primera persona y el personaje de Don, y lo envía en julio de 1931 a “The Saturday Evening Post”, que lo rechaza, y acto seguido a “The Woman.s Home Companion”, que también lo rechaza.

Depositarios: ROUM. JFSA.

“Retrato de Elmer” El año 1925 en París Faulkner dedicó gran parte de su tiempo a una novela titulada “Elmer”, pero cuando ya tenía 31.000 palabras, en octubre o noviembre probablemente, la dejó. Era ligeramente autobiográfica, escrita en un estilo experimental y con algunos pasajes cargados de simbolismo freudiano. No todo el trabajo se perdió, pues usó elementos de ella en “Mosquitos, Las palmeras salvajes” y “El villorrio”. Tampoco abandonó sus esfuerzos para rescatar la idea original; existen tres fragmentos que son claros intentos de relato corto con el mismo tema: “Dolor creciente”, “Elmer y Myrtle” y “Retrato de Elmer Hodge”.

“Retrato de Elmer” data de mediados de los años treinta.

Depositario: ROUM. FCVA.

“Con cautela y diligencia” Faulkner hizo un uso extensivo de su breve experiencia con la RAF.

Él dijo que la presente historia fue comenzada en 1932, pero en 1939 seguía sin venderse.

Existe una versión incompleta de cuarenta y siete páginas que tiene elementos en común con un guión cinematográfico titulado “Historia de fantasmas” que Faulkner escribió para Howard Hawks. La presente versión es fruto de la revisión de cuarenta y siete páginas, y pese a los juiciosos recortes que Faulkner hizo, y pese a que la dividió en dos partes por considerar que era demasiado larga para las revistas normales, en abril de 1940 se la rechazaron por considerar que estaba “demasiado al día”.

Depositarios: FCVA. Patrimonio de Howard Hawks. JFSA.

“Nieve” Harold Ober recibió una versión de veintiuna páginas de esta historia el 17 de febrero de 1942. Al día siguiente cuando escribió a Faulkner para decirle que “Harper’s” había rechazado “Gambito de caballo”, le dijo también que tanto ésta como “Nieve” tendrían muchas más posibilidades de venta si Faulkner las simplificara. Faulkner respondió que podía simplificar “Nieve”, aunque no le parecía demasiado oscura.

El 22 de julio Ober recibía otra versión de dieciocho páginas. Pero la revisión no sirvió de nada. Ober no pudo venderla y la historia aparece aquí por primera vez.

Depositarios: FCVA. JFSA.